

¿Hasta dónde es capaz
de llegar una madre por su hijo?

Siempre
serás
mi
héroe

NATALIA ROMÁN





Siempre
serás
mi
héroe

NATALIA ROMÁN

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente como intención de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: Siempre serás mi héroe.

©Natalia Román, 2019.

Diseño de portada: Adyma Design.

Maquetación: Adyma Design.

Corrección: Carol RZ (Deletréame).

Quiero dedicar este libro a todas esas madres luchadoras y a sus hijos, que sufren y padecen esas enfermedades crueles y devastadoras por las que ningún niño debería pasar.

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Únete a mi iniciativa](#)

[Próximamente en Amazon](#)

[Agradecimientos](#)

[Otros títulos de la autora](#)



Prólogo

Marcos estaba en esa habitación tan blanca, tan fría y tan sumamente desagradable de la que pensaba que jamás podría salir porque, por más que lo intentara, no era capaz de concentrarse. Nunca había tenido problemas de erección, pero en ese mismo instante era incapaz de conseguir que se le pusiera dura. Cuando se masturbaba era porque le apetecía y sentía la necesidad de desahogarse, pero tener que hacerlo por obligación no era nada agradable, y más al pensar que el semen que dejara en ese pequeño recipiente serviría para que una completa desconocida pudiera quedarse embarazada gracias a él. Lo peor era que siempre le quedaría la duda de que podría ser que en cualquier parte de la ciudad existiera un hijo suyo al cual nunca conocería. A veces las inseminaciones fallaban y se malograban, pero ¿quién podría asegurarle que sería así? Desde ese mismo instante él tendría esa duda en la cabeza, la duda de saber si podría ser padre o no.

—Bueno, Marcos, tú solito te has metido en este lío y tú solito tendrás

que salir —se dijo a sí mismo tratando de animarse—. Ahora concéntrate y ponte manos a la obra, que tampoco es tan difícil.

Cuando volvió a intentarlo, le vinieron a la mente las palabras de esa ayudante de enfermería con la que se había cruzado varias veces por la universidad y que en cuanto lo veía se le acercaba para entablar conversación. Parecía estar loca por él, aunque él ya estaba acostumbrado a esas cosas. Y como siempre, nada más entrar y verlo, ella se había hecho cargo de todas sus necesidades. Le había dado los papeles que tenía que rellenar y firmar y ese pequeño bote donde debía eyacular. Después lo había acompañado a esa habitación y, antes de cerrar la puerta y dejarlo solo, le había dicho con una voz muy sensual e insinuante: «Si necesitas ayuda, estaré aquí al lado. Solo tienes que llamarme y estaré encantada de ayudarte en lo que necesites. Estoy a tu disposición, guapo». Después de esas palabras tan descaradas, una sonrisa picarona y un guiño de ojos, había cerrado la puerta y lo había dejado allí solo.

Descartando esos pensamientos, se obligó a coger una revista y a empezar de una vez por todas con lo que tenía que hacer. Había una estantería llena de revistas y un DVD con varias películas porno, y decidió probar con ambas cosas. Así que puso un disco en el reproductor, cogió una revista y se sentó intentando relajarse y concentrarse para que fuera fácil y rápido.

Todos sus amigos estaban fuera esperando a que él cumpliera la apuesta, y en qué mala hora había entrado en ese juego estúpido. Cada semana uno de ellos se veía sometido a una prueba y el que no la cumplía debía someterse al castigo que los demás le impusieran. Nunca debió apostar a que sería capaz de besar a la primera chica que apareciera por la puerta del bar la noche del sábado pasado, y no porque no pudiera lograrlo, ya que normalmente no tenía que hacer demasiados esfuerzos para conquistar a una mujer pues casi todas se le lanzaban al cuello, sino porque jamás se hubiera imaginado que esa chica sería su exligue. Una chica medio loca que le montaba escenas de celos cada dos por tres y sin ningún motivo, ya que no podía girar la cabeza cuando estaba con ella porque enseguida lo acusaba de estar mirando a otra chica y le montaba un pollo, y por esa misma razón lo habían dejado.

Le había costado mucho romper con ella, pues cada vez que intentaba dejarla, ella le amenazaba con suicidarse; y ahora que por fin había conseguido quitársela de encima era capaz de cualquier cosa con tal de no volver a forjar ninguna relación con ella, porque estaba seguro de que con un simple beso podría hacer que ella volviera a perder la cabeza por él. Por eso

valía la pena estar en esa habitación haciendo algo que no quería, para no arriesgarse y ser otra vez la obsesión de una loca enferma de celos.

Había sido su primer ligue al llegar a esa universidad y después de ella había jurado no volver a entablar ninguna relación de más de una cita con ninguna otra chica. Como bien decían sus amigos: «No te ates a ninguna mujer cuando puedes tener a todas a la vez». Y gracias a Dios a él las mujeres no le faltaban, sino más bien lo contrario.

Cuando por fin consiguió concentrarse, gracias a las revistas y al DVD, eyaculó en el pequeño recipiente y salió. En cuanto abrió la puerta empezó a oír las risas y los vítores de sus amigos.

—¡Hooombre, por fin! —gritó uno de ellos—. Has tardado tanto que creía que tendríamos que pedirle a la enfermera que pasara a echarte una mano —se burló haciendo reír a todos.

—No seas capullo —dijo Marcos mosqueado—, no es tan fácil ponerse a tono en un lugar tan frío, y más sabiendo que estáis todos aquí esperando el resultado.

—¡Exacto! Vamos a ver cómo se ha portado nuestro semental. —Otro de sus amigos le quitó el bote de las manos y lo levantó para que todos lo vieran.

—No seas gilipollas y devuélveme eso —se enfureció Marcos.

—Vaya, te has portado muy bien, está bastante lleno —se reía otro a carcajadas.

—Yo también lo habría llenado después de estar castigado más de tres días sin ninguna mujer. —Todos volvieron a reírse.

Marcos, muy cabreado, les arrancó el bote de las manos y se fue al mostrador para dejarlo. Cuando llegó, lo recibió la misma enfermera con una sonrisa en los labios y le dijo:

—Vaya, te has portado muy bien, campeón. ¿Crees que podríamos quedar una noche de estas para salir?

—Podría ser, bombón, pero ahora estoy muy liado y quisiera terminar cuanto antes con este asunto. Me muero de ganas de salir de aquí.

—Está bien, ya puedes irte, yo me haré cargo de todo lo demás.

—Gracias, bombón, nos vemos por el campus.

—¿Llamas a todas bombón o solo a mí?

—Tengo un problema, soy muy olvidadizo con los nombres.

Acababa de mentirle, pero no quería confesarle que su lista de conquistas era tan larga que para no equivocarse de nombre las llamaba a todas con ese apelativo cariñoso; era algo que agradaba a todas y que a él le evitaba

confundirse de nombre. A ninguna mujer le gusta que mientras estás con ella, nombres a otra.

Después de decir eso, se dio media vuelta y regresó con sus amigos para tener que seguir soportando las burlas.

—Y bien, ¿a que no ha sido tan difícil como parecía? —le preguntó uno de ellos.

—Sois todos unos cabrones, ¿lo sabíais?

—Vamos, no puedes seguir enfadado. Ya ha pasado —dijo otro.

—No, no ha pasado, siempre me va a quedar la incertidumbre de saber si tengo un hijo perdido por cualquier sitio. Y todo gracias a vosotros.

—No exageres, dentro de poco ni te acordarás. Y, aunque llegara a suceder eso, nunca conocerías a ese niño, ya que cuando termines este año de voluntariado volverás a Madrid. Solo debes pensar que acabas de hacer una obra de caridad y que, gracias a ti, una pobre mujer deseosa de ser madre tendrá un bebé —habló el que propuso el pago de la apuesta.

—Bueno, visto de esa manera puede que tengas razón. Pero, aun así, no sé si te voy a poder perdonar esto, puesto que a ti se te ha ocurrido esta locura.

—Pues claro que tengo razón. Anda, no te mosquees. Además, si el niño se parece a ti, esa mujer podrá presumir de tener el bebé más bonito del mundo —bromeó.

—No seas capullo.

—No lo soy, solo hay que ver cómo te persiguen las mujeres, macho...

—Sí, esa enfermera estaba dispuesta a entrar ahí contigo y hacerte un buen apaño —añadió uno de ellos haciendo reír a los demás—. Seguro que eso no lo hubiera hecho por ninguno de nosotros.

—Anda, dejaos de tonterías y vayamos a beber una cerveza. Y esta noche pienso ir de gorra, solo así podréis recompensarme el mal trago que me habéis hecho pasar.

—Está bien, pero deja ya de protestar. Anda, vámonos.

Mientras, una de las enfermeras le preguntaba a la que había atendido a Marcos:

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—¿Por qué estás escribiendo tu nombre en esa muestra?

—Voy a guardar esta muestra en el lugar más escondido del congelador.

—¿Para qué?

—Si dentro de diez años no he encontrado al hombre de mi vida, quiero que Marcos sea el padre de mi futuro hijo. Siempre he querido ser madre joven.

—¿Estás loca?

—¿Por qué? ¿Tú has visto a ese hombre? Es guapísimo y, con esos ojos, seguro que mi hijo sería tan guapo como él.

—Son muy raros.

—Pero fascinantes.

—Sigo pensando que estás loca. ¿Y por qué crees que después de diez años su muestra seguirá estando aquí?

—¿Por qué crees que he puesto reservado y después mi nombre? La voy a guardar donde están las muestras de los hombres que se han sometido a alguna cirugía que puede dejarlos estériles y que han pagado para poder tener un hijo natural en el futuro. Esa es una buena razón para que nadie la coja, y con un poco de suerte puede que si algún día lo necesito, aún esté aquí. ¿No crees?

—Lo que digo, que estás loca.

—Quiero un hijo con los mismos ojos de ese hombre, y eso se hereda.



Capítulo 1

Quince años después

Laura era una muchacha muy bonita y sumamente tímida. Se había criado en un convento, donde alguien la abandonó nada más nacer. Las monjas la recogieron pensando que la persona que la había dejado allí se arrepentiría y volvería a por ella, pero eso nunca ocurrió; así que después de varias semanas, las religiosas se habían encariñado tanto con ella que decidieron adoptarla. Las monjas fueron muy cariñosas con ella y Laura fue una niña muy feliz, pero dentro de su ser añoraba una familia, una madre, un padre y muchos hermanos, le habría gustado tener muchos hermanos.

Las monjas se hicieron cargo de su educación y, al ser criada con sus costumbres, eligió un trabajo en el que pudiera ayudar al prójimo, así que estudio enfermería. Quería ayudar a los enfermos y darles consuelo, algo que se le daba muy bien pues por su forma de ser dulce, tierna, cariñosa, bondadosa, tranquila y comprensiva conseguía que la gente se sintiera en paz a su lado. Y como bien le decían las monjas, había heredado la mejor cualidad de cada una de ellas, así que era perfecta para ese trabajo.

Trabajaba en un hospital de Valencia y por las tardes era la ayudante de uno de sus jefes del hospital, un ginecólogo que tenía su propia consulta privada en el centro. Ganaba bastante dinero y gracias a eso tenía un apartamento muy pequeño y muy bonito, cerca del hospital donde trabajaba y a pocos metros de la playa, y eso era precisamente lo que más le gustaba, estar cerca del mar.

Con el dinero que ganaba pagaba la hipoteca, guardaba una parte para los gastos del mes y el resto lo destinaba a distintas ONG que cooperaban con los más necesitados, pues era lo que le habían enseñado desde que era un bebé y ayudando a los demás se sentía feliz.

Dedicaba su vida a trabajar y cuando tenía algún día libre, lo pasaba con las monjas. Al cumplir los veinte años tuvo que abandonar el convento, ya que solo tenía dos caminos: tomar el velo y hacerse monja, o empezar una vida nueva fuera del convento, algo que le daba terror, pero no tuvo más remedio que hacerlo.

Al principio le costó mucho habituarse a la soledad de su apartamento, pero se fue acostumbrando poco a poco. Por eso siempre que alguien necesitaba un día libre ella se lo trabajaba, así estaba ocupada y ganaba más dinero para poder donarlo a los necesitados, algo que ninguna de sus compañeras podían entender. Todas le decían que con lo que ganaba para ella sola, podría tener el mejor guardarropa y podría disfrutar de las mejores fiestas, sin embargo, vestía muy sencilla y no tenía demasiada ropa, pues casi no salía. Su pasatiempo preferido era visitar a las monjas o ir de vez en cuando al cine con alguna amiga.

Después de trabajar en el hospital y en la consulta casi todas las noches llegaba a su casa a las once, y lo hacía tan agotada que lo único que le apetecía era cenar cualquier cosa, ducharse, meterse en la cama y dormir. Pero las pocas veces que se desvelaba se sentía tan sola que le daba por pensar en su madre y en las circunstancias que la llevaron a abandonarla.

Se imaginaba que había sido una muchacha muy joven y que la abandonó porque la obligaron a hacerlo, no porque no la quisiera. Esos eran los días en los que se sentía bien y soñaba con una buena madre. Pero los días que se sentía mal en su cabeza la veía como a una prostituta sin sentimientos que, sin saber siquiera quién era su padre, se había desecho de ella para poder seguir con esa vida sucia y vulgar sin ningún lastre que se lo impidiera.

Laura estaba en la consulta, era muy tarde, ya que se había marchado la última clienta, a la cual acababan de hacerle una ecografía y le habían dado un gran disgusto al decirle que llevaba gemelos. Muchas mujeres se ponían histéricas cuando les decían que llevaban más de un bebé en su vientre, cosa que Laura no podía entender porque ella sería la mujer más feliz del mundo si pudiera encontrar al amor de su vida y ser madre, que era lo que más deseaba en el mundo.

Si el día que ella estuviera embarazada el ginecólogo le dijera que llevaba gemelos o incluso quintillizos, cuantos más mejor, se sentiría la mujer más dichosa del mundo. Ella quería tener muchos hijos y jamás se desharía de ninguno de ellos, nunca los abandonaría como hicieron con ella.

Cuando el timbre volvió a sonar Laura se extrañó, pues ya no tenían ninguna cita y nadie iba a la consulta sin una cita previa; pero aun así decidió abrir la puerta para ver quién era a pesar de que Diego, su jefe, se lo tenía prohibido cuando se quedaba sola después de cerrar, ya que ella insistía en quedarse para recoger, limpiar, ordenar y preparar todas las cosas para el día siguiente.

Al abrir la puerta Laura se quedó muy sorprendida, frente a ella había un hombre alto, muy delgado, rubio, con ojos color chocolate y una mueca en forma de sonrisa; era bastante guapo. Ese hombre se parecía mucho a su jefe, pero con unos cuantos años más e inmediatamente recordó dónde lo había visto: en una foto que Diego tenía en su despacho. Al darse cuenta de su parentesco, le sonrió.

—Hola, es usted el hermano de Diego, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

—Se parece mucho a él, y además tiene una foto suya en su despacho.

—¿Está mi hermano?

—No.

—¿Y puedo pasar?

—¡Uy! Lo siento, discúlpeme, claro que puede pasar.

Laura se echó a un lado para que entrara.

—Creía que mi hermano aún estaría aquí, acabo de hablar con mi cuñada y me ha dicho que todavía no ha llegado a casa, pero no sé qué le ocurre que no me coge el móvil.

—No hace mucho que se ha marchado, todavía no habrá llegado a su casa. Y si no le ha cogido el móvil ha sido porque esta tarde se le ha estropeado. Puede que por eso se haya retrasado; según me dijo, iba a parar

para comprarse otro.

—¿Y tú quién eres? —le preguntó mirándola de arriba abajo. Cuando reparó en sus vaqueros piratas y en su camiseta de punto, volvió a preguntarle —: ¿La chica de la limpieza?

—No, soy la ayudante de su hermano.

—¡Ah! ¿Y tienes nombre?

—Laura.

Le ofreció la mano un poco avergonzada y bastante nerviosa por la intensa mirada que ese hombre le dedicó.

—¡Ahí va! La monja.

—¡No! No soy monja, sino enfermera.

Muy molesta por su comentario, bajó la mano y se alejó de él, ya que estaba harta de que la gente le dijera eso.

—Lo siento, discúlpame, no lo dije con mala intención, solo recordé que mi hermano me había dicho que su ayudante había sido criada en un convento. Por favor, no te enfades, a veces soy muy bruto —dijo acercándose a ella. Acarició su cintura y le dio dos besos, presentándose—: Soy Héctor, el hermano pesado de tu jefe. —Con esa pequeña broma la hizo sonreír—. Tienes una sonrisa muy bonita —alabó tocándole la punta de la nariz.

—Gracias —le contestó ella ruborizada y agachó la mirada, pues la de él empezaba a ponerla de los nervios.

—¿Qué estás haciendo aquí a estas horas de la noche?

—Preparando la consulta para mañana, pero ya me iba.

—Nunca me imaginé que mi hermano fuera un negrero. Mira qué hora es, tendré que denunciarlo. —Habló con mucha seriedad.

—No, él no me obliga, lo hago porque quiero... —defendió a su jefe muy nerviosa al verlo tan serio.

—Es broma, no te inquietes. —Parecía una niña asustada a la que le hubieran dicho que el hombre del saco iba a venir a por ella—. Pero ya es muy tarde para que sigas trabajando, ¿no crees?

—Sí, estaba a punto de irme cuando ha llamado.

—¡Vaya! ¿Ahora el responsable de tu retraso soy yo?

—¡No, por Dios! Yo no quise decir eso... —Se ruborizaba con tanta facilidad que parecía increíble.

—Tranquila, estoy bromeando. —No podía dejar de mirarla, parecía tan joven, tan frágil, tan inocente, que daban ganas de abrazarla y protegerla—. Será mejor que cojas tus cosas, es muy tarde, te acompañaré.

Ella, en silencio, cogió su bolso, salió detrás de él, cerró la puerta con llave y después subieron al ascensor. Sin poder mirarlo, se puso a jugar con los dedos de las manos, esperando que el ascensor volara para poder salir de allí lo más rápido posible; el espacio le parecía diminuto y parecía que él se acercaba a ella poco a poco. Pero la impresión pasó a ser una certeza cuando Héctor ocupó todo el espacio y la dejó aprisionada contra la pared, tanto que le faltaba el aire para respirar. Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando él le habló al oído:

—No soy el coco y no voy a comerte, deberías tranquilizarte.

—Yo... estoy muy tranquila.

—Entonces ¿por qué no respiras?

Justo al escucharle decir eso se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento y lo soltó de golpe, haciéndole reír y ruborizándose como una niña. En cuanto el ascensor llegó abajo, ella salió rápidamente.

—Ha sido un placer conocerle —dijo aún nerviosa—, pero ahora debo irme a casa. Buenas noches.

—No puedes irte a casa.

—¿Por qué?

—No sola, al menos.

—¿Qué quiere decir?

—Que voy a acompañarte a tu casa, es demasiado tarde para que andes por ahí sola. Y, por favor, tutéame; me haces sentir viejo.

—Está bien, pero no es necesario que me acompañes, no me da miedo andar por ahí sola.

—Pues debería, eres muy joven y muy bonita, y mi hermano no debería dejar que andaras a estas horas de la noche sola. Hay gente muy mala.

—Pero yo...

—Voy a acompañarte, y no me importa lo que digas.

Cogió su mano como el que coge la mano de un niño para llevarle hasta donde uno quiere ir y se puso a caminar calle abajo. Parecía un hombre muy autoritario y a ella le daba un poco de miedo contradecirle, así que decidió seguirle sin rechistar. Si era hermano de Diego tenía que ser buena persona y si no, que fuera lo que Dios quisiera. Trataba de tranquilizarse así pues pensaba por sus creencias que Dios era justo y que la protegería de todo mal, ya que ella era una buena persona y no se merecía ninguna maldad. Siempre que se encontraba en una situación delicada pensaba en eso y la ayudaba a relajarse.

—¿Dónde vives? —preguntó Héctor sacándola de sus pensamientos.

—Cerca de la playa.

Habían llegado al coche, él abrió la puerta del copiloto y la ayudó a subir; después rodeó el vehículo, se acomodó detrás del volante y arrancó. Al salir del aparcamiento ella empezó a indicarle por dónde debía ir.

Laura no podía dejar de mirar el coche. En el volante tenía grabados los tres círculos de la casa Audi y el salpicadero era moderno, bonito y lleno de lucecitas por todas partes; era elegante y muy amplio, y hasta olía a nuevo. Sin saber cómo entablar una conversación con él, le preguntó, incómoda por el silencio:

—¿Qué coche es? Es muy bonito.

—Es un Audi A5, lo acabo de comprar.

—Ya, aún huele a nuevo. ¿Por qué haces esto? ¿Por qué me llevas a casa?

—Ya te lo he dicho antes, es muy tarde y no deberías andar por ahí sola.

—Sí, pero no me conoces, ¿qué te importa lo que me pase?

—No tengo nada mejor que hacer. ¿Te gusta más esa respuesta? ¿O tienes miedo de que pueda aprovecharme de ti?

—Yo... no... —dijo asustada.

—Solo estoy bromeando, no te pongas nerviosa. Procuraré llevarte a casa sana y salva, y prometo portarme bien.

—Gracias.

—De nada —habló con tono burlón en la voz.

—No te he preguntado para qué querías ver a tu hermano, ¿era importante?

—No, ya no tiene importancia.

Cuando llegaron, él bajó del coche y la acompañó, ella abrió el patio y se volvió para despedirse.

—Muchas gracias por todo, ahora tengo que marcharme. Buenas noches.

Antes de que pudiera moverse él cogió su barbilla y la miró directamente a los ojos consiguiendo que temblara por la impresión, ya que nunca había tenido a un hombre tan cerca.

—Ha sido un placer acompañarte y espero volver a verte pronto.

Sin darle tiempo a reaccionar, agachó la cabeza y la besó con suavidad en los labios; Laura se quedó estupefacta, era incapaz de hablar, de respirar y de moverse. Cuando Héctor volvió a mirarla, aún seguía con los ojos cerrados y no pudo evitar sonreír.

—Despierta, solo es un beso de despedida —le dijo, sacándola de esa

nube en la que la había envuelto.

—No vuelvas a hacer eso —le exigió con un hilo de voz.

—¿Por qué, no te ha gustado?

—No es eso, yo... no te conozco, y... y no eres mi novio.

—¿Tienes novio?

—No.

—Mejor. ¿Y te gustaría tenerlo?

Héctor podía ver cómo se ruborizaba y estaba de lo más divertido.

—Yo... Buenas noches.

Sin poder contestar a su pregunta, se alejó de él y subió corriendo a su casa. Tenía la respiración acelerada, y no por subir los tres pisos a la carrera, sino por ese primer beso que acababa de darle un completo desconocido y que, sin embargo, la llenaba de emociones que jamás hubiera podido imaginar. Estaba nerviosa, pero al mismo tiempo contenta; sentía que el corazón se le salía del pecho al pensar en él y era muy extraño porque lo acababa de conocer, pero al mismo tiempo era como si lo conociera de toda la vida. Jamás creyó que a ella le pudiera pasar algo así, siempre había pensado que las chicas que se enrollaban con un chico el mismo día en que se conocían eran un poco libertinas, y ahora resultaba que acababa de dejarse besar por un completo desconocido. Porque aunque fuera el hermano de su jefe, era un completo desconocido.

Había sido un beso robado, muy corto, más bien un roce de labios, y sin embargo ella sentía todavía su calidez. Era su primer beso y no podía imaginar cuándo volvería a besar a otro chico, ya que por más hombres que conociera en el hospital ninguno le atraía. Estaba segura de que cuando volviera a ver a Héctor, si es que eso volvía a suceder, él la ignoraría por completo. ¿Qué hombre querría estar con una niñata tonta y sin experiencia como ella, con una chica que después de un beso sale corriendo asustada? Él parecía ser bastante más mayor que ella y con mucha experiencia, se veía que era todo un seductor de los pies a la cabeza, y no querría perder el tiempo con una niñata cobarde y asustadiza como ella.

Héctor se acomodó en el coche preguntándose si de verdad existían muchachas como Laura capaces de asustarse por un simple beso en los labios y echar a correr. Él, por lo menos, nunca había conocido a ninguna, aunque tampoco había conocido nunca a una chica criada por monjas. Pero ¿qué importaba dónde hubiera sido criada si no pensaba volver a verla? Esa clase de chicas no le interesaban.



Capítulo 2

Al día siguiente, Laura estaba terminando de arreglar unas cosas en la consulta cuando llamaron a la puerta. Al abrir, la carpeta que llevaba en las manos se le cayó por la impresión de volver a verlo.

—¡Uy! Lo siento —se disculpó, avergonzada al ver todos los papeles por el suelo.

Los dos se agacharon al mismo tiempo para recogerlos y Héctor tropezó con ella dándole un cabezazo.

—¡Joder! Lo siento, ¿te he hecho daño? —le preguntó sin dejar de reunir las hojas.

—Un poco, pero no importa —dijo acariciándose la frente mientras se

incorporaban después de recoger los papeles.

—Déjame ver —ordenó Héctor cogiendo su cabeza.

—No es nada, estoy bien, de verdad... —insistió nerviosa por la cercanía, y enmudeció cuando agachó la cabeza y le dio un beso en la frente justo donde la había golpeado.

—¿Alguna vez dejarás de temblar cuando me acerque a ti?

—Yo... no... —Laura no sabía qué decir.

—Estás temblando igual que ayer en el ascensor y después cuando te besé en el patio.

—Héctor... por favor, suéltame.

—Si cenas conmigo esta noche.

No debería haber dicho eso y lo sabía, pero no había podido evitarlo.

—¿Yooo?! ¿Por... por qué?

—Tengo una reserva y mi cita me ha dado plantón. Es un buen restaurante, se cena muy bien y no quisiera perder la reserva.

—No. Será mejor que busques a otra, yo soy muy aburrida.

—¿De qué tienes miedo? Solo será una cena y si me acompañas, juro no tocarte.

—Pero yo...

—Por favor —suplicó mirándola con intensidad.

—¿No volverás a besarme? —le preguntó nerviosa.

—Lo juro. Solo charlaremos, quiero conocerte.

Héctor seguía sin saber por qué decía esas cosas; esa niña no era para él, podría ser su padre.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —contestó con otra pregunta y con una sonrisa, dejándola pasmada—. ¿Está mi hermano?

—Sí.

—¿Está solo? ¿Puedo pasar? Ayer no conseguí hablar con él.

—Tendrás que esperar a que salga la última visita.

—Bueno, me encantará hacerte compañía. —Le guiñó un ojo.

«¡Oooh, Dios mío! ¿Por qué hace eso? Es tan guapo. Laura, contrólate y no sigas mirándolo como un carnero degollado o te vas a meter en un lío; ese hombre no es para ti».

Mientras tenía esos pensamientos, se alejaba de él y se sentaba detrás del escritorio con la esperanza de que él se quedara en la sala a esperar a que su hermano pudiera recibirle; cuanto más lejos lo tuviera, mejor. Pero él la

seguía y cuando ella se volvió y lo miró, dio gracias a Dios por tener como barrera el escritorio entre los dos; no entendía por qué ese hombre la ponía tan nerviosa.

«No debiste aceptar su invitación. ¿Por qué no aprendes de una vez a decir que no cuando alguien te pide las cosas tan amablemente? Un día llegará un asesino en serie, te pedirá con una sonrisa si puede asesinarte y tú le dirás que sí. Eres muy tonta».

—Un céntimo por tus pensamientos. —Con esas palabras la devolvió a la realidad.

—¿Qué?

—¿En qué estás pensando?

El teléfono empezó a sonar y Laura dio gracias a Dios por no tener que contestar a esa pregunta, pues no le gustaba mentir y sabía que no sería capaz de decirle lo que estaba pensando, así que cogió el teléfono para evitar contestarle.

—Dígame... Está bien, tranquilícese... Escúcheme, señora Reyes, intente coger aire y soltarlo lentamente, eso la ayudará a relajarse para contarme qué le pasa... Está bien, enseguida la pasaré con el doctor, pero por lo que me ha contado, parece una infección de orina. Debe tranquilizarse, estar así no es bueno en su estado... Si la entiendo, pero intente concentrarse en mi voz, debe calmarse. Eso es, respire poco a poco, lo está haciendo muy bien. Ahora mismo la paso con el doctor.

Mientras hablaba por teléfono, Héctor no podía dejar de mirarla. En esos momentos parecía una persona totalmente distinta, se la veía segura, fuerte, decidida y paciente intentando calmar a una mujer que parecía estar histérica, no como esa muchacha tímida, asustada e insegura que él había conocido y que siempre veía cuando estaba cerca de él. La mujer que estaba hablando por teléfono parecía capaz de calmar al mismísimo diablo y no sería de extrañar pues su voz sonaba suave y melosa, pero también convincente y confortante. Una voz como esa era capaz de conseguir cualquier cosa que se propusiera.

Mientras la veía desaparecer por la puerta que llevaba a la consulta de su hermano no dejaba de preguntarse qué tenía esa chica que llamaba tanto su atención. Era preciosa, su pelo largo y liso color miel con varios mechones más oscuros enmarcaba su cara y sus hermosos ojos azules lo miraban con cautela y empezaban a robarle la razón. Su boca grande escondía una preciosa sonrisa, sus labios gruesos eran una incitación para sus sentidos y esa pequeña nariz llena de pecas era muy graciosa. Era bastante alta y tenía unas buenas

curvas, no se parecía nada a las mujeres con las que él solía salir, que estaban obsesionadas por estar delgadas y siempre estaban a dieta. Ella tenía una buena delantera, unas caderas bien formadas y un buen culo que no podía dejar de mirar mientras se alejaba preguntándose:

«¿Qué te está pasando con esta chica?».

Cuando volvió a salir lo hizo acompañada por una pareja, y antes de seguir conversando con ellos, lo acompañó hasta el despacho de su hermano y se fue.

—Vaya, por fin consigo hablar contigo —le dijo Héctor a Diego nada más entrar.

—Siento lo de ayer, pero se me estropeó el móvil.

—Lo sé, Laura me lo dijo.

—Bien, cuéntame cómo van esos anuncios.

Héctor era el dueño de una gran agencia de publicidad y de vez en cuando le hacía algunos anuncios a su hermano sobre la clínica; eso aumentaba su clientela y lograba que sus clientes lo valoraran más y le dieran más importancia. Llevaban bastante rato hablando cuando tocaron a la puerta y Laura asomó la cabeza para decirles:

—Ya he terminado, solo quería despedirme. Hasta mañana.

—¿Dónde vas? Creía que íbamos a cenar —comentó Héctor antes de que pudiera cerrar la puerta.

—Estás muy ocupado y será mejor...

—Dame cinco minutos, enseguida salgo.

Cuando cerró la puerta se maldijo a sí misma por no ser capaz de decirle que no, pero su manera tan autoritaria al hablarle la obligaba a aceptar su invitación sin rechistar.

—¿Vas a salir con Laura?

—Sí. ¿Algún problema?

—Pues sí, no deberías salir con ella. No funcionará y podría perder a la mejor ayudante que he tenido nunca.

—¿Por qué estás tan seguro de que no funcionará?

—Porque sois incompatibles. Tú eres como Satanás y ella a tu lado un ángel —dijo riéndose al ver la cara de su hermano.

—Vaya, no creía que tuvieras tan mal concepto de mí.

—No es eso, pero Laura no es para ti. Tú usas a las mujeres a tu antojo y ella es una buena chica que no se merece que un hombre como tú la utilice.

—Bueno, si te quedas más tranquilo, te diré que me gusta demasiado.

—Sí, hombre, acabas de conocerla, no me vengas con ese rollo.

—Sí, acabo de conocerla y me gusta mucho más de lo que me ha gustado cualquier otra, y quién sabe, ella podría ser esa mujer capaz de reformarme.

—Lo dudo, pero veo que no tengo nada que hacer; te diga lo que te diga, saldrás con ella.

—Pues sí.

—Ve con cuidado, solo tiene veintiún años, casi veinte menos que tú.

—¡Joder! Pues parece más mayor.

—Porque es una chica muy responsable, por eso parece mayor, pero en el fondo es una cría. Por eso te digo que vayas con cuidado.

—No te preocupes, cuidaré muy bien de ella.

—Eso espero.

Cuando salió se acercó a ella, la cogió por la cintura y le dedicó una gran sonrisa.

—Ahora soy todo tuyo, podemos irnos. —Ella le quitó la mano, se alejó un poco de él y volvió a mirarlo con cautela—. ¿Qué te pasa?

—¿Cumplirás lo que me dijiste? No quiero que vuelvas a besarme; esto no es una cita, quiero que te quede bien claro. Podemos salir como amigos simplemente para que no pierdas esa reserva, pero si no va a ser así, será mejor que me lleves a casa.

—Me portaré bien, ya te lo he dicho antes, y juro que no voy a besarte. ¿Contenta?

—Sí.

Cuando estaban saliendo Diego se unió a ellos y los tres subieron al ascensor. Mientras hablaba con su hermano no podía dejar de observarla, otra vez había bajado la mirada y jugueteaba con los dedos de las manos. Estaba seguro de que si estuvieran solos y se acercara a ella, volvería a temblar como ya le había pasado antes.

—Pasadlo bien —les dijo Diego cuando salieron a la calle despidiéndose—. Y tú —esta vez se dirigió a su hermano—, cuida bien de ella. No olvides que es la mejor enfermera que tengo.

—Está en buenas manos —aseguró. La cogió por la cintura y la llevó hacia el coche—. Podrás seguir esclavizándola mañana.

—Que gracioso —soltó su hermano, mientras Héctor se reía al ver la cara de Laura.

—¿Por qué has dicho eso? —le preguntó preocupada. Después miró a Diego y añadió, avergonzada—: No le hagas caso, yo jamás he dicho eso.

—Ya lo sé. Y nunca le hago caso, no te preocupes.

—No te pongas tan seria —agregó tocándole la punta de la nariz—, solo bromeaba. —Después de eso la subió al coche, se acomodó tras el volante y puso rumbo hacia el restaurante.

Los dos estaban callados, ella porque estaba muy nerviosa y él porque no podía dejar de pensar en lo que le había dicho su hermano. Veintiún años, tenía veintiún años, aunque aparentaba veinticinco, pero aun así seguía siendo muy joven para él. No era lo mismo llevarle catorce años que dieciocho; catorce eran muchos, pero dieciocho demasiados. Lo mejor sería cenar con ella, llevarla a su casa y olvidarse de ella, pero ¿quién era capaz de hacer algo así? Cuanto más pensaba en la diferencia de edad, más deseaba tener ese cuerpo tierno y firme entre sus brazos. Imaginarla desnuda entre sus brazos mientras le hacía el amor era como quitarse años de encima. No, no se veía capaz de renunciar a su juventud y haría cualquier cosa para conquistarla.

Al llegar al restaurante ella lo miró, parecía molesta, así que cuando el camarero los dejó solos, él le preguntó:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

—Debiste llevarme a casa, podría haberme puesto algo más elegante. No se puede venir con vaqueros a un restaurante como este.

—Estás preciosa, eres la mujer más bonita que hay en este restaurante. Pero si no estás cómoda, podemos irnos a otro sitio.

—¿Serías capaz de marcharte ahora que estamos sentados y perder tu reserva?

—Si no quieres estar aquí y si estas incómoda, sí. Podríamos volver otro día y podrías ponerte elegante para mí, eso me gustaría mucho. Pero antes de que me contestes, déjame hacer algo. —Se levantó de la mesa, se quitó la americana y la corbata y las colgó detrás de la silla. Después se sentó, se desabrochó los puños, se remangó y por último se abrió los dos primeros botones de la camisa, diciéndole—: Ahora estamos a la par, ¿sigues queriendo irte? —A ella le dio tanta risa que no pudo hablar, y justo en ese momento vino el camarero, así que él volvió a preguntarle—: ¿Podemos pedir? —Ella seguía riéndose, pero con un gesto de la cabeza asintió.

Héctor pidió la cena y cuando el camarero se fue, Laura le agradeció el gesto.

—Gracias, ha sido un gesto muy bonito.

—De nada, pero si hubieras dicho que no, hubiera sido capaz de comprarle el vestido a cualquier damisela del restaurante para que no nos

fuéramos. —Ella volvió a reírse.

—¿Y crees que alguna de ellas hubiera aceptado? —le preguntó siguiendo con la broma, pues se estaba divirtiendo mucho, cosa rara en ella, pero él la hacía reír.

—No sabes lo que la gente es capaz de hacer por dinero.

—Tampoco creo que fueras a dar tanto.

—Por cenar contigo, sería capaz de arruinarme. —Los labios de Laura se curvaron en una sonrisa.

—Anda, no exageres y cuéntame algo de ti.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cuántos años tienes?

Estaba esperando esa pregunta y temiéndola al mismo tiempo, ya que se imaginaba que en cuanto supiera su edad cualquier intento por seducirla quedaría aniquilado. Por un momento sintió la necesidad de mentirla, ya que sabía que aparentaba menos edad, pero decidió decirle la verdad y cruzó los dedos para que no echara a correr.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¿No quieres decirme tu edad?

—No quiero que me veas tal y como soy, sino como parezco ser.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Soy demasiado mayor para ti.

—Que exagerado. ¿Qué tienes, unos treinta y tres?

—Unos poquitos más.

—¿Treinta y cinco?

—Treinta y nueve. —Ella se quedó pasmada mirándole.

—¡Ahí va! No te hubiera echado más de treinta y cinco. ¿Qué es lo que haces para conservarte tan bien?

—Me cuido bastante.

—Con L'Oreal, porque tú lo vales —dijo imitando el anuncio de la tele y haciéndole reír.

—Más o menos. Entonces ¿no te parezco tan viejo?

—¿Por qué tendrías que parecerme viejo? Esto no es una cita, ¿recuerdas? —Él la miró sorprendido mientras se preguntaba: «¿De verdad eres tan ingenua o te haces la inocente conmigo? Porque me muero por darte un revolcón y creo que es bastante evidente como para que no te des cuenta».

—Un céntimo por tus pensamientos.

—¿Qué?

—¡Ah! Esta vez te he pillado yo. —Él no pudo evitar sonreír.

—¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Por qué estaba tan histérica?

—Normalmente las madres se ponen histéricas cuando creen que van a perder a sus bebés, es lo más comprensible del mundo. A mí me pasaría.

—Estuviste estupenda, supiste cómo hablarle para que se calmara.

—Cuando tratas con enfermos debes saber tranquilizarlos, y a mí se me da bien. Me gusta ayudar a la gente.

—Todos tus pacientes deben estar muy contentos contigo.

—Eso espero.

Pasaron el resto de la velada hablando, los dos se sentían muy bien el uno con el otro, y cuando terminaron de cenar él la llevó hasta su casa. Al llegar al patio Laura abrió la puerta y, al girarse para despedirse, él la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Héctor... —Él le dio un beso corto y suave en los labios, dejándola sin palabras—. Me lo juraste —le susurró con un hilo de voz al sentir su cercanía y el roce de sus labios.

—Lo sé, pero es más fuerte que yo. Me muero por besarte, Laura.

Después de decirle eso volvió a besarla, pero esta vez invadió con su lengua su boca inocente en una suave y lenta caricia. Cuando sintió su respuesta, el beso se volvió más exigente y su abrazo más intenso. Pero Laura lo empujó hasta separarlo de ella.

—No... vuelvas hacer eso —susurró con la voz temblorosa por el deseo.

—¿Por qué?

—Porque no está bien.

—¿No te ha gustado?

—Sí, sí me ha gustado. ¡Oh, Dios! No he debido decir eso, ¿verdad? —Héctor le sonrió—. Tengo miedo.

—¿Te asusta la diferencia de edad?

—No, no es eso. Me asustan tu seguridad y tu experiencia, eres muy autoritario, y sé que, si te dejo, harás conmigo lo que quieras. Eso es lo que me asusta.

—Me gusta tu sinceridad, pero no debes tener miedo, yo jamás te haría daño.

—Pero yo nunca he estado... tú eres el...

No la dejó terminar de hablar, el beso que le dio a continuación fue tan apasionado que de repente ella olvidó todos sus miedos y se entregó a él con la misma pasión. Ya no le importaba nada, solo quería seguir entre esos brazos

que la apretujaban con fuerza, pero sin dolor, y la envolvían en una nube de la cual no quería bajar. Era la primera vez en su vida que sentía algo tan placentero y no quería que terminara ese momento.

—Será mejor que subas a tu casa porque, de lo contrario, no podré dejarte marchar —le advirtió cuando fue capaz separarse de ella.

—Sí... será mejor que suba —asintió ella con la voz cortada por las emociones que él acababa de despertar en ella—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Y se despidió con un último beso.

Cuando Laura se echó en la cama esa noche sabía que le iba a costar mucho dormir, estaba tan emocionada que casi no podía respirar y, muy sorprendida, se dio cuenta de que era la primera vez que se desvelaba y no pensaba en su supuesta madre. La única persona que ocupaba sus pensamientos esa noche era Héctor y, por primera vez en su vida, se sintió inmensamente feliz.



Capítulo 3

Acababa de levantarse y Héctor seguía en sus pensamientos, no podía dejar de pensar en él, y lo más extraño era que deseaba volver a verlo.

Cuando llegó al hospital, se lo contó a su mejor y única amiga mientras se cambiaban de ropa en el vestuario.

—¿Quééé?! ¿Me estás diciendo que el primer hombre que te besa podría ser tu padre?

—Cállate, no grites, y no seas exagerada, tampoco es para tanto.

—¿Que no es para tanto? Te lleva dieciocho años, ¿cómo no va a ser para tanto? Yo de ti no volvería a verlo. Ese tío lo único que quiere es llevarte a la cama y después de eso desaparecerá, te lo digo en serio. ¿De verdad crees que un hombre tan mayor quiere algo serio con una niña como tú?

—No me digas esas cosas, me gusta —dijo tímidamente.

—¿Ves? Pues eso es lo que no entiendo. Nunca has tenido novio y te gusta un viejo. Eres muy rara, ¿lo sabías?

—Tampoco es tan viejo, no te pases. Además, solo aparenta unos treinta y tres, y es tan elegante y tan guapo que te quita el sentido.

—Ya, treinta y tres, en cada pata.

—Qué exagerada.

—Bueno, tú verás lo que haces, pero seguro que se ha dado cuenta de lo puritana que eres y solo quiere arrebatarte tu virginidad. Como se entere sor Teresa, lo colgará de las pelotas en la cruz y lo lapidará.

—Qué burra eres, y no blasfemes, por favor —le recriminó riéndose a carcajadas por esa frase.

—Sí, burra, pero espera a que se entere de que tu enamorado podría ser tu padre; seguro que te encierra en el convento y te obliga a hacerte monja.

—Puede que tengas razón, a sor Teresa no le va a hacer mucha gracia Héctor. En realidad, ni a ella ni a ninguna.

Sor Teresa era la madre superiora del convento, la que la adoptó y le dio sus apellidos, la mujer que representaba todo para Laura. Sor Teresa había sido su madre, su padre, su profesora, y sobre todo la persona más importante de su vida. Por eso le aterraba pensar en lo que ella pudiera opinar de Héctor, ya que si se negaba a que siguiera viéndolo, Laura no podría desobedecerla.

Pero tenía que dejar de pensar en esas cosas porque seguro que Héctor no volvería a verla, ella era muy poca cosa para un hombre como él. Era maduro y muy atractivo, y Laura estaba segura de que había estado con mujeres más experimentadas que ella. Comparada con ellas, Laura era insignificante.

—¿Y si estuviera casado? —le preguntó sacándola de sus pensamientos.

—No, no lo está.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque Diego me lo hubiera dicho.

—Es su hermano, podría estar tapándole. O quizás crea que tú ya lo sabes y que no te importa.

—No, Diego me conoce y sabe que yo nunca saldría con un hombre casado.

—Pues con esa edad si no está casado, está divorciado, de eso puedes estar segura. Un hombre como el que me has descrito, guapo, con pasta y soltero, si no está casado, es gay.

—Desde luego eres una fastidiosa, ¿lo sabías? —dijo echándose a reír—. Pero te puedo asegurar que no es gay, si lo fuera, no besaría así.

—¡Aaay! Y tú qué sabrás si ha sido tu primer beso, alma de cántaro. No puedes comparar, careces de experiencia. O a lo mejor se ha dado cuenta de lo

inocente que eres y te usa de tapadera para esconder su sexualidad.

—Estás loca. Será mejor que nos pongamos a trabajar o vendrán a echarnos la bronca.

Cuando por la noche llegó a su casa estaba algo decaída porque, aunque sabía que lo de ellos no podía ser, tenía la esperanza de que él volviera a la consulta de su hermano para verla. Pero no había sido así y Laura se había pasado el día triste, pensando en él y en esos besos que tantas emociones habían despertado en ella y que tanto le habían gustado.

Acababa de salir de la ducha y estaba dispuesta a meterse en la cama cuando llamaron a la puerta. Miró por la mirilla y al verlo, el corazón empezó a latirle con fuerza. No podía creer que Héctor estuviera allí, en su casa, y a esas horas. Eran ya las once y media y sabía que no tenía que abrir esa puerta, pero cuando volvió a llamar, su mano fue directamente al picaporte y abrió sin apenas darse cuenta.

—Hola —la saludó con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella tímidamente—. ¿Ha pasado algo?

—No, solo quería verte. ¿Puedo pasar o me vas a dejar toda la noche plantado en el rellano?

—Lo siento, no me he dado cuenta. Pasa —dijo abriendo la puerta del todo.

Cuando entró, no pudo evitar mirarla de arriba abajo. Llevaba un camisón de seda rosa palo, corto hasta las rodillas, y estaba realmente bonita y provocativa. Al ver cómo se la comía con los ojos, se puso colorada como un tomate.

—Voy a ponerme una bata, vuelvo enseguida.

Antes de que pudiera dar un paso, él la cogió de la muñeca y tiró de ella suavemente para pegarla a su cuerpo. Verla así había despertado el deseo en él y, con voz ronca, le dijo:

—No quiero que te pongas una bata, más bien deseo arrancarte ese camisón con los dientes.

—¿¿Qué?! —le gritó asustada—. No puedes hacer eso, no está bien. Deberías marcharte.

—Sí, debería marcharme, pero no quiero. —Le cogió la barbilla con la mano, alzó su cara hacia él y la acercó a su cuerpo muy lentamente—. No

deseo estar en otro sitio, te deseo, Laura, y vas a ser mía —susurró haciéndola temblar de deseo.

Laura se quedó sin palabras y Héctor aprovechó para apoderarse de su boca con una pasión infinita que la dejó sin voluntad y flotando en esa nube con la que siempre la envolvía, sin poder negarle nada y sin poder protestar porque él no le daba tregua con sus besos fuertes y arrebatadores.

Héctor dejó de besarla para poder sacarle el camisón por la cabeza y fue cuando ella se dio cuenta de que él ya estaba desnudo. Sus besos la habían embriagado de tal manera que ni siquiera sabía cómo habían llegado hasta su habitación. Con un último esfuerzo, le dijo antes de volver a caer en su embrujo:

—Héctor, no... no podemos hacer esto. Esto no está bien, es pecado.

—Pecado sería marcharme ahora, preciosa. Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida, tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida. —Mientras le hablaba no dejaba de besarle el cuello, de morderlo muy lentamente haciéndola estremecer—. No he podido dejar de pensar en ti en todo el día.

—Héctor... deberías marcharte.

—No puedo, lo he intentado. No he ido a la consulta para no verte, aunque no sabes las ganas que tenía de hacerlo. Me fui a casa y me metí en la cama para dormirme y dejar de pensar en ti, pero era inútil, no podía dejar de hacerlo. Estabas dentro de mi cerebro y no podía sacarte de él, así que volví a vestirme y aquí me tienes. —Nada más terminar de decir eso le quitó el camisón. Laura agachó la cabeza al encontrarse desnuda ante él y se acercó a su cuerpo para evitar que siguiera mirándola, y Héctor la abrazó con fuerza—. No me pidas que me vaya, por favor, porque no creo que pueda hacerlo. — Ella levantó la cabeza y le miró a los ojos.

—¿Estás casado? —Necesitaba quitarse esa duda que su amiga había sembrado.

—No. ¿Crees que estaría aquí si lo estuviera?

—¿Divorciado?

—No, mis relaciones nunca han llegado demasiado lejos.

—¿Y yo qué soy para ti, una noche más?

—No lo sé, pero nunca he deseado estar con una mujer tanto como te deseo a ti en estos momentos. Si quieres me marcharé, pero estoy seguro de que los dos nos arrepentiremos si lo hago.

—Tengo miedo.

—¿Te asusta la diferencia de edad?

—No, eso no me importa.

—¿Quieres que me vaya?

—Si te vas, nunca más volveré a verte, ¿verdad?

—Sí.

El miedo de no volver a verlo le hizo decir.

—No, no quiero que te vayas.

—Gracias a Dios porque no pensaba hacerlo —confesó con una sonrisa, haciéndola reír.

Después de eso volvió a besarla, la tumbó en la cama, se puso de rodillas y le quitó las braguitas. Muy lentamente contempló su desnudez, deleitándose con cada centímetro de su joven y precioso cuerpo, hasta que la escuchó decir:

—Por favor, no me mires así, me da mucha vergüenza.

—Pues no deberías, tienes un cuerpo increíblemente perfecto, digno de admiración.

Bajo la atenta mirada de Laura, Héctor se volvió, cogió sus pantalones y sacó un preservativo del bolsillo. No podía dejar de contemplarlo, era muy delgado, pero le gustaba su cuerpo. Nunca había visto a un hombre desnudo y no podía entender cómo podía estar mirándolo tan descaradamente mientras él sacaba el preservativo de su envoltorio. Pero de pronto todo el pudor la invadió cuando lo vio agarrar su erección y ponerse el preservativo, y cerró los ojos.

Héctor empezó a acariciar sus piernas despacio, pero ella sentía vergüenza de su desnudez y trató de relajarse para no echar a correr, que era lo que su mente le pedía que hiciera. Sin embargo, su cuerpo no podía resistirse a esas manos suaves que recorrían sus esbeltas piernas y que le provocaban una agradable sensación que le erizaba la piel.

Héctor estaba acostumbrado a mujeres expertas y dispuestas a recibir placer sin esperar nada a cambio, y el deseo tan grande que sentía por ella no le dejaba razonar, así que sin poder esperar un segundo más abrió sus piernas y se tumbó encima de ella. Cuando empezó a penetrarla, Laura dio un quejido de dolor. Asustado, se detuvo, se incorporó apoyándose en sus codos y se separó un poco de ella para mirarla a los ojos.

—¿Eres virgen? —le preguntó, y ella asintió con la cabeza—. ¡Joder! ¿Por qué no me lo has dicho?

—Pensaba que lo sabías.

—¿Cómo iba a saber algo así? Ninguna chica hoy en día llega a los veinte conservando su virginidad. Creía que eras tímida por haberte criado

con monjas, pero jamás se me pasó por la cabeza que pudieras ser virgen. ¿Te he hecho daño?

—Un poquito. ¿Ya no soy virgen? —Él sonrió.

—Sí, sigues siendo virgen, aún no hemos empezado. ¿Esto era lo que te daba miedo?

—Sí.

—¿Quieres que me vaya?

—No, no quiero que te vayas; pero si ya no quieres estar conmigo, lo entenderé.

—¿Por qué crees que ya no me interesas?

—Porque estarás acostumbrado a otra clase de mujeres, y yo debo parecerle insignificante e insulsa.

—¿Insignificante e insulsa?! ¿Cómo puedes decir eso? En estos momentos eres la mujer más excitante que he tenido entre las piernas y me muero de ganas de hacerte el amor, pero quiero que estés segura de lo que está a punto de pasar porque después no podré parar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque sé que te he presionado para traerte a la cama, pero no tenía ni idea de que fueras virgen. Por eso, si quieres que esperemos...

—¿Me dolerá mucho?

—Ahora que lo sé intentaré que no te duela demasiado.

—Entonces no quiero que te vayas, quiero hacerlo.

—¡Gracias a Dios! No sé si hubiera sido capaz de irme.

Ella le sonrió y sin darse cuenta le dio un beso.

—Te quiero. —Los dos se miraron a los ojos y ella, avergonzada, le dijo —: Lo siento, no he debido decir eso.

—Me gusta oírlo. —Y la besó dejándola sin aliento, para después llenar su cuello de besos mientras le susurraba al oído—: Me gusta que me quieras.

Con esas últimas palabras volvió a apoderarse de su boca mientras sus manos acariciaban su piel, despertando en ella un placer inimaginable. Al acariciar sus pezones, la oyó suspirar y cuando los pellizcó, la escuchó gemir de placer, así que abandonó sus labios para descender hasta ellos, para llenarse la boca con ellos, mientras sus manos los masajearan. No solía entretenerse tanto en dar placer a una mujer, pero con ella todo era distinto. Debía ser paciente y volverla loca de deseo para que la penetración no fuera muy dolorosa, ya que cuanto más excitada estuviera, menos dolor sentiría.

Laura se retorció bajo sus caricias, sus besos eran insaciables y sus

manos una tortura que la estaban enloqueciendo, pero no tenía ni idea de hasta dónde podía llegar. Cuando sintió su mano en su zona más íntima y cómo masajeaba ese pequeño bultito que parecía ser el centro de todo su ser, comenzó a sentir unas descargas de placer que la estremecieron de pies a cabeza. Héctor aceleró el ritmo de sus dedos hasta que la escuchó suplicar.

—Héctor... para, para, por favor. —Sabiendo que era el momento, él se detuvo y se puso encima de ella otra vez, y no pudo evitar sonreír cuando la escuchó suplicar—: ¡Oh, no! No pares, por favor.

—No podría, cariño. —Nada más decir eso, se quitó el preservativo y la penetró con fuerza, rompiendo su himen de golpe. Laura se quedó sin aliento y soltó un quejido de dolor—. Lo siento, sé que duele, pero enseguida pasará. Confía en mí.

—Sí duele —susurró con un suspiro.

Sin dejar de moverse, la llenó de besos y le susurró palabras bonitas al oído. Cuando el dolor desapareció, Laura se entregó a él, se movió con él, lo acarició y lo besó. Héctor se volvió loco con esa entrega tan apasionada con la que ella le respondía. Cuando estaban llegando a la cima del placer, justo en el momento en que él descargaba toda su pasión dentro de ella, le confesó, acompañado por un gemido ronco y profundo:

—¡Te quiero!

—No vuelvas a mentirme, por favor... no me gusta —le pidió Laura con la voz aún entrecortada por el esfuerzo.

—¿Cuándo te he mentido? —le preguntó confuso.

—No volveré a decírtelo, pero tú no lo hagas, no me digas que me quieres si no es cierto.

—¿Tú me has mentido? —le preguntó tumbándose bocarriba.

—¡Nooo!

—Entonces ¿por qué crees que lo hago yo?

—Yo no... no lo sé.

—¿Te ha gustado? —Se giró para mirarla a los ojos y Laura asintió tímidamente con la cabeza—. A mí también. ¿Quieres que sigamos viéndonos? —Ella volvió a asentir con la cabeza—. Yo también. ¿Esta noche ha sido especial para ti?

—¡Pues claro que sí!

—Bien, pues para mí también lo ha sido y no te he mentido. Me siento feliz de haber compartido contigo este momento, y yo debería ser el incrédulo y no tú. Porque aún no puedo entender cómo una chica de tu edad puede querer

a un viejo como yo.

—No digas eso, tú no eres viejo, solo un poco maduro —bromeó—. Además, yo siempre he estado rodeada de gente mayor, es normal que no me lo parezcas. ¿Sabes que la monja más joven del convento tiene tu edad?

—Vaya, eso me consuela mucho.

Laura se rio a carcajadas al ver su cara de desagrado.

—Ningún chico de mi edad me gusta, todos me parecen unos críos. Sin embargo, contigo no me pasa eso. Desde el primer momento que te vi supe que acabaría perdiendo la cabeza por ti.

—Pues quiero que te quede bien clara una cosa —dijo abrazándola y besándole la nariz—, desde esta misma noche yo también he perdido la cabeza por ti. Así que ándate con ojo porque soy muy celoso y te quiero solo para mí.

—Eso será si sobrevivo a este fin de semana.

—¿Qué quieres decir? No me asustes.

—Este domingo voy a pasarlo en el convento y sor Teresa va a matarme cuando le cuente lo que ha pasado.

—¿Quién es Sor Teresa?

—La madre superiora del convento, y bueno, un poco mi madre y mi profesora. Ella me recogió, me crio y me adoptó.

—Entonces no le digas nada.

—¡Uuuf! No la conoces, siempre que voy tiene que confesarme y no sé cómo se las arregla, pero nunca puedo ocultarle nada. Es como si tuviera un radar o rayos x, no se le escapa una.

—Déjame acompañarte.

—¡No! ¿Te has vuelto loco? Es capaz de crucificarte para después lapidarte. —Héctor se rio al oírla decir eso—. Estoy cansada y quiero dormir, ¿seguimos hablando mañana?

—Está bien, durmamos un poco, es muy tarde. —La acurrucó entre sus brazos y la besó—. Buenas noches, te quiero.

—Yo también te quiero.

Laura se sentía tan feliz que creía que todo era un hermoso sueño del cual no quería despertar. Tener a ese hombre a su lado la hacía sentirse bien, él llenaba ese vacío que sentía cada noche cuando llegaba a su casa y la encontraba tan solitaria y fría, pues desde que abandonara el convento un año atrás, se sentía sola, muy sola.



Capítulo 4

Laura había ido a pasar el día al convento y, como era de esperar, al soltar la bomba de que estaba con Héctor, sor Teresa empezó a acribillarla a preguntas sobre él, y cada vez le costaba más responder a todas ellas.

—¿Te das cuenta de que ese hombre es muy mayor para ti?

—Lo sé, madre, pero le quiero y él me quiere a mí.

—¿Estás completamente segura de eso?

—Sí.

—¿Ya habéis tenido relaciones? Y por favor, hija, no me mientas, que ya sé que hoy en día la juventud no espera a casarse.

—Sí, madre.

—¡Virgen del cielo, si acabas de conocerlo! ¿Cómo es posible que ya te hayas entregado a él? ¿Es que no recuerdas nada de lo que te enseñé?

—Lo siento, madre, pero tenía miedo de perderlo y necesitaba estar con él. Me siento sola allí afuera y él es el único hombre que me ha gustado de todos a los que he conocido en este último año. No puedo explicarlo, pero mi corazón sabe que Héctor es el hombre de mi vida. —Los nervios la hicieron explotar y rompió a llorar—. No me obligue a renunciar a él porque no podría hacerlo.

—¡Por Dios, hija! ¿Por qué crees que yo te obligaría a hacer algo así? — La madre superiora la abrazó con fuerza, dándole consuelo, y la besó en la frente. La quería con todo su corazón.

—Usted sabe que yo no podría desobedecerla y si me obligara a dejarlo, no tendría más remedio que hacerlo. —Sor Teresa le quitó las lágrimas de la cara.

—Sabes que dentro de diez años esa diferencia de edad será demasiado evidente, ¿verdad, hija? Cuando él tenga cincuenta años y tu treinta, cuando se te haya pasado ese primer enamoramiento y te des cuenta de que es demasiado mayor para ti, ¿seguirás queriéndole? Quiero que estés completamente segura de eso antes de seguir adelante.

—Sí, madre, seguiré queriéndole. Siempre voy a quererle.

—Pues como no hay nada que pueda decirte para hacerte cambiar de idea, quiero conocerle, quiero que lo traigas aquí la próxima vez que vengas.

—Lo haré, madre, pero no sea demasiado dura con él porque para ser una religiosa a veces da miedo —bromeó, haciéndola reír.

—Ay, mi niña, si supieras lo mucho que te echamos de menos.

—Y yo a ustedes.

—¡Bien! Ahora será mejor que vayamos con las demás, si no, van a decir que soy una aprovechada y que quiero disfrutar yo sola de tu compañía.

Acababan de hacer el amor y estaban abrazados cuando Héctor le preguntó:

—¿Qué tal te ha ido en el convento?

—¡Uuuf! Sor Teresa me ha sometido a un tercer grado —bromeó haciéndole reír—, y prepárate, porque quiere hacer lo mismo contigo. Me ha dicho que la próxima vez que vaya tengo que llevarte.

—¿Y cuándo será eso?

Laura lo miró sorprendida y después añadió muy seria:

—No quiero que vayas.

—¿Por qué?

—Porque no. No te lo he contado para que te sientas obligado, ya me las apañaré con ella, inventaré cualquier excusa.

—¿Por qué crees que me sentiría obligado?

—No creo que esto dure mucho y no quiero que pases por un

interrogatorio con sor Teresa. No puedes imaginar lo insistente que puede llegar a ser.

—Me muero por conocer a sor Teresa, debe ser una mujer muy interesante.

—No quiero que... —Él la hizo callar poniéndole un dedo en la boca.

—Esta relación va a durar mucho así que tendré que conocer a la mujer que te ha cuidado y que es como una madre para ti.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuánto va a durar esto, según tú? ¿Cuándo vas a cansarte de mí?

—Nunca, por eso vas a casarte conmigo.

—¡¡¿Qué?!! Estás loco, no puedes querer casarte conmigo.

—Te quiero, Laura, y quiero pasar el resto de mi vida a tu lado.

—Pero...

—¿Tú no me quieres?

—Sí, te quiero mucho.

—Entonces te casarás conmigo. Y estoy completamente seguro de que sor Teresa estará de acuerdo conmigo.

—¿Por qué nunca me dejas elección? ¿Por qué nunca puedo decirte que no?

—Porque sé qué es lo mejor para ti, porque me quieres y porque sabes que soy el hombre de tu vida. Igual que yo sé que tú eres la mujer de la mía.

Tras esas palabras no pudo seguir negándose a sí misma que era lo que más deseaba en el mundo.

—Te quiero, y sí, me casaré contigo.

Después volvieron a hacer el amor y, como siempre, él se ponía el preservativo delante de ella para después quitárselo sin que se diera cuenta un segundo antes de penetrarla.

Como bien había dicho Héctor, sor Teresa estaba encantada con él y con esa noticia tan inesperada de que iban a casarse. Después de conocerlo se quedó más tranquila, pues era un hombre responsable, capaz de cuidar de Laura y de darle una vida tranquila y feliz.

Desde que Laura abandonó el convento Sor Teresa no estuvo tranquila ni un solo día, pues temía que cualquiera pudiera aprovecharse de su inocencia y de su buena voluntad, algo que ya no la preocuparía al saberla con Héctor.

Él era perfecto para ella y ya no le importaba la diferencia de edad, pues su niña no había nacido para ser monja y con él estaría segura. Héctor la

cuidaría y eso era lo único importante.



Capítulo 5

Héctor habló con su hermano para contárselo y se sorprendió con su reacción.

—No me lo puedo creer, ha sido más fácil que me aceptara sor Teresa a que tú me des tu enhorabuena.

—Sabes perfectamente por qué creo que no deberías casarte con ella.

—Sí, lo sé y no voy a decirle la verdad. Y tú tampoco. Me lo debes, hermano, todo lo que tienes me lo debes a mí.

—Lo sé, y no voy a decirle nada si tú no quieres, pero sigo pensando que deberías contárselo. Ella te quiere y no creo que le importe, pero si no se lo dices, estarás cometiendo un gran error.

—No me importa, prefiero arriesgarme. Si hay algo en este mundo que Laura quiera más que a mí, es ser madre, y si sabe que conmigo nunca podrá serlo, me dejará y buscará otro hombre más joven que sí pueda darle hijos. No soportaría perderla, no creo que pueda vivir sin ella. Cuando estoy con ella en la cama, siento que rejuvenezco veinte años. Ella me da fuerza, es tan apasionada que me vuelve loco, nunca había sentido nada igual con ninguna otra mujer. Ahora puedo entender por qué muchos hombres maduros salen con jovencitas, te cambian la vida y te sientes más vital.

—Todo lo que me dices puedo entenderlo, pero ¿qué harás cuando Laura quiera tener hijos?

—Cuando llegue ese momento, ya veré lo que hago. Puede que con el tiempo se olvide y si insiste, podemos adoptar. También existe la opción de una inseminación artificial, y estoy seguro de que eso no será ningún problema teniéndote a ti a nuestro lado.

—Creo que, si le dices la verdad, ella te elegirá a ti igualmente y a la opción de la inseminación o adoptar. Pero si sabe que la has engañado, puede que no tengas ninguna posibilidad y la pierdas.

—Ese es un riesgo que tendré que correr. No te creas que es tan fácil para mí, a veces me da terror que se dé cuenta de que antes de hacerle el amor me quito el preservativo.

—¿Qué?

—La primera vez que hicimos el amor no sabía que era virgen y me puse un preservativo delante de ella, ya sabes, por las enfermedades. Nunca he hecho el amor a pelo, pero cuando me dijo que era virgen sentí la necesidad de quitarme el preservativo, y te diré que fue alucinante. Desde esa noche finjo delante de ella que me lo pongo para que no se mosquee, pero antes de penetrarla me lo quito porque necesito sentirla y no me puedo arriesgar a que descubra mi problema. Eso podría hacer que se replanteara casarse conmigo o con alguien más joven que pueda darle un hijo.

—Creo que estás cometiendo un error, pero como bien has dicho antes, eres mi hermano y te debo todo lo que soy; así que, como siempre, puedes contar conmigo, aunque no esté de acuerdo con tu decisión.

Diego siempre acababa haciendo todo lo que Héctor le pedía, le gustara o no, ya que se sentía en deuda con él desde que sus padres murieron en un accidente de coche cuando él tenía quince años. Las autoridades aconsejaron a Héctor que lo internase en un colegio ya que no tenían más familia. Pero él no quiso saber nada del asunto y al ser mayor de edad, pues se llevaban ocho

años, podía perfectamente hacerse cargo de Diego. Y eso fue lo que hizo.

Consiguió un trabajo en una agencia de publicidad muy pequeña y, gracias a su inteligencia, a su espíritu de lucha y a su capacidad de superación, fue ascendiendo poco a poco. Con el tiempo abrió su propia agencia de publicidad donde se llevó a los clientes de la compañía que le habían enseñado todo lo que sabía, que a su vez le facilitaron más contactos, y se convirtió en el dueño de una de las agencias más importantes de España.

Gracias a su tenacidad y constancia, los dos vivieron muy bien y Diego pudo estudiar para dedicarse a lo que más le gustaba, la medicina, ya que su hermano nunca reparaba en gastos para su educación. También compró y corrió con todos los gastos de la consulta hasta que Diego se hizo con una buena clientela y por fin pudo salir por sí mismo adelante sin el respaldo de su hermano.

Por eso le estaría agradecido mientras viviera y haría siempre cualquier cosa que le pidiera, por muy descabellada que esta pudiera ser. Como engañar a su futura cuñada y no confesarle que Héctor jamás podría cumplir sus sueños de ser madre, por mucho empeño que pusieran en ello.



Capítulo 6

Laura estaba preciosa caminando por el pasillo de esa iglesia con su increíble vestido de novia que las monjas se habían empeñado en regalarle y que habían confeccionado ellas mismas con mucho amor. Nunca se imaginó cuando era una niña y correteaba por ese pasillo mientras el cura la amonestaba porque no podía jugar en el altar, que llegaría el día en que ese mismo cura bonachón y cariñoso estaría frente a ella para casarla.

De niña se escondía entre la gente para poder ver las bodas y se imaginaba a sí misma casándose con el hombre de sus sueños, y no podía creer que ese momento hubiera llegado y que Héctor fuera ese hombre. Cuando lo vio de pie en el altar, con ese traje que parecía estar hecho a medida de lo bien que le quedaba, mirándola embelesado, se preguntó cómo podía ser que un hombre como él, tan guapo y elegante, pudiera estar enamorado de ella.

El vestido era muy bonito, todo blanco, con el cuello de barca que caía

sobre sus hombros, y se ceñía a su cuerpo hasta las caderas, donde salía una falda muy pomposa, con una cola muy larga. Llevaba el velo sujeto con una tiara de pedrería muy fina y el pelo recogido en un moño muy sencillo. Lucía una hermosa gargantilla de brillantes a juego con unos pendientes, pulsera, anillo y reloj. Los nervios le hacían acariciar el anillo en su dedo y recordar el momento en que Héctor se lo había regalado.

Cuando se lo entregó, Laura se quedó atónita. Era la primera vez que alguien le regalaba una joya y ese aderezo era una preciosidad, pero a simple vista se veía tan caro que la primera reacción de ella fue rechazarlo.

—No puedo aceptar algo así, Héctor. Te ha tenido que costar una fortuna.

Pero él, sin hacerle caso como siempre, le puso una a una cada pieza de ese precioso aderezo y le dijo, obligándola a aceptarlo sin darle la oportunidad de rechistar:

—El dinero está para gastarlo y quiero que seas la novia más bonita del mundo, aunque para eso no necesitas adornos.

—Héctor, es demasiado.

—Cariño, vas a casarte con uno de los publicistas más importantes de España. ¿De verdad crees que no puedo permitirme regalarle a mi esposa un aderezo?

—Si me lo planteas así, no puedo negarme.

—Pues no, no puedes negarte.

Salió de sus pensamientos cuando escuchó al cura preguntarles:

—¿Venís a contraer matrimonio sin ser coaccionados, libre y voluntariamente?

—Sí, venimos libremente —contestaron los dos a la vez.

—¿Estáis decididos a amaros y respetaros mutuamente durante toda la vida?

—Sí, estamos decididos.

—Así pues, ya que queréis contraer Santo Matrimonio, unid vuestras manos y manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia.

Héctor cogió la mano derecha de Laura.

—Yo, Héctor, te quiero a ti, Laura, como esposa. Y me entrego a ti y prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida. —Con una sonrisa, le cedió el turno a ella, que repitió las mismas palabras que él, pero con la voz temblorosa por los nervios.

—Yo, Laura, te quiero a ti, Héctor, como esposo. Y me entrego a ti y

prometo serte fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida.

—El Señor que hizo nacer entre vosotros el amor, confirme este consentimiento mutuo que habéis manifestado ante la Iglesia. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. —Después de eso cogió los anillos y dijo, ofreciéndoselos—: El Señor bendiga estos anillos que vais a entregaros el uno al otro en señal de amor y fidelidad. Amén.

—Laura, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti.

Mientras decía esas palabras la miraba con intensidad a los ojos, al mismo tiempo que le ponía el anillo.

—Héctor, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti.

La mirada de Laura estaba llena de amor y ternura, y Héctor no pudo evitar suspirar.

—Ya sois marido y mujer. Puedes besar a la novia.

—Te quiero —dijo él con una sonrisa.

—Y yo a ti —le respondió ella antes de fundirse con su recién estrenado marido en un beso.

La ceremonia había sido muy bonita y al salir de la iglesia se hicieron las típicas fotos. Después se fueron al salón, donde los invitados esperaban para brindar con ellos por su felicidad. Todo era perfecto, la comida era exquisita y las bebidas selectas. Héctor no había reparado en gastos, pues decía que ya que se casaba quería hacerlo por todo lo alto.

Al día siguiente salieron de viaje dos semanas a Bora Bora, en la Polinesia Francesa, un paraíso tropical de playas cristalinas e increíbles vistas al volcán.

Se alojaron en un *over-the-water*, un bungalow sobre el agua. En el centro de la habitación, a los pies de la cama, el suelo era de cristal y se podía ver el mar, donde nadaban los peces típicos del lugar; era muy relajante y bonito. La primera mañana, Laura, nada más despertarse, se tumbó bocabajo en los pies de la cama para observar a los peces. Héctor se despertó y, al verla, hizo lo mismo que ella.

—¿No es precioso? Me encanta poder ver esto desde la cama. Mira, mira ese qué bonito —dijo entusiasmada señalando un precioso pez con unos colores muy llamativos.

—Tú sí que eres preciosa —la lisonjeó besando su espalda desnuda.

—Para, tenemos que arreglarnos si queremos ir a esa excursión.

—Tenemos tiempo, ahora solo quiero disfrutar de mi joven y maravillosa esposa.

Sus besos empezaban a descontrolarla, se giró hacia él y le habló muy mimosa:

—Sí, tenemos tiempo, aunque podríamos olvidarnos de esa excursión. — Lo besó con mucha pasión—. Yo también quiero disfrutar de mi maravilloso marido.

Se fundieron en caricias e hicieron el amor, olvidándose de cualquier compromiso que pudieran tener, pues estaban de luna de miel y ni el tiempo ni las excursiones eran importantes. Lo más importante para ellos era amarse y demostrarse el uno al otro lo mucho que se querían.

Todo allí era espectacular, exótico y maravilloso. Y por ser julio el mes en el que los habitantes celebraban la fiesta de Heivia, en todos los hoteles se realizaban actos culturales de todo tipo, donde destacaban las espectaculares danzas. Las cenas a la orilla del mar eran increíbles, amenizadas por bailes típicos e iluminadas por hogueras mientras contemplaban el anochecer; todo era romántico y maravilloso.

Hicieron muchas excursiones, como alimentar a los tiburones, algo típico de allí, una experiencia emocionante y excitante. También habían hecho *parascending* —volar sobre el mar con paracaídas—, submarinismo y excursiones en canoa y catamarán. En una de ellas pararon en Motus, unos pequeños islotes, para tomar un apetecible refrigerio.

Fueron los quince días más maravillosos que Laura había pasado en toda su vida. La última noche, después de compartir una increíble cena de marisco en la orilla de la playa, volvieron al bungalow, donde abrieron una botella de champán e hicieron el amor. Agotados por el apasionado encuentro, estaban abrazados y en silencio, hasta que Laura dijo con tristeza:

—No quiero marcharme, quiero pasar el resto de mi vida aquí contigo en este paraíso.

—A mí también me gustaría pasarme la vida así —confesó con un fuerte apretón y un tierno beso en los labios—, haciéndote el amor todas las noches y gozando del descanso. Hacía más de tres años que no cogía vacaciones, pero estar aquí contigo compensa todas las que no he tenido anteriormente. Aunque debemos volver a la realidad, cariño, por más que nos pese, tú al hospital y yo

a mi empresa. Como tarde un poco más en llegar, cuando vuelva seguro que andará patas arriba.

—No, no quiero —dijo enfadada como una niña pequeña haciéndole reír.

—Te prometo que el año que viene podemos volver. O si prefieres ir a otro sitio, no hay problema, iremos donde tú quieras.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo.

—Está bien, entonces no tendremos más remedio que marcharnos mañana. Eso sí, el año que viene quiero volver a este paraíso, me lo has prometido y voy a hacerte cumplir tu promesa.

—Sabes que no puedo negarte nada y que me encantará regresar contigo para seguir disfrutando de nuestra luna de miel.

—Sí, no quiero que nuestra luna de miel se acabe nunca.

—¿Eres feliz?

—Sí, muy feliz, estar contigo me hace muy feliz.

—Pues a eso voy a dedicarme el resto de mi vida, a hacerte feliz.

—Prométemelo.

—Te lo prometo. Ahora duérmete, mañana hay que madrugar para coger el avión. Buenas noches.

—Buenas noches, te quiero.

—Yo también te quiero.

Los dos se durmieron abrazados sintiéndose dichosos y felices. Lo que ninguno podía imaginar era que esa felicidad tenía los días contados y que Héctor jamás podría cumplir sus promesas.



Capítulo 7

Llevaban un año casados y todo entre ellos andaba de maravilla. Héctor acababa de salir de la ducha, Laura lo esperaba en la cama, y cuando se tumbó a su lado, ella le anunció:

—El veinte de agosto cojo las vacaciones. ¿Cuándo quieres que vayamos a la agencia a contratar el viaje para Bora Bora?

—Lo siento, cariño, pero este año no puedo irme, acabamos de firmar con Adidas y me es imposible dejar la empresa. Vamos a estar muy liados y no podemos fallarles, o nos dejarán por otros. Así es el mundo de la publicidad, si no das todo lo que tienes, lo pierdes, y Adidas es un cliente muy importante. Si hacemos un buen trabajo, podríamos meternos en el bolsillo a otros clientes tan importantes como ellos.

—Pero me lo prometiste.

—Lo sé, y lo siento. Pero te juro que el año que viene cuando cojas las vacaciones seré todo tuyo y nos iremos donde tú quieras. —Ella lo miraba muy seria y Héctor se echó encima de ella—. Vamos, cariño, no te enfades, no tengo otra opción. —La besó con mucha pasión y añadió—: Perdóname, te quiero.

—Yo también te quiero, pero si el año que viene no me llevas de

vacaciones, te mataré. —Él se rio y volvió a besarla.

—El año que viene te llevaré donde tú quieras.

Y la besó con mucha pasión hasta despertar todos los sentidos de Laura, que inmediatamente le devolvió las caricias con el mismo fervor. Cuando los dos estaban a tono, Héctor abrió el cajón de la mesita y sacó un preservativo, como siempre hacía, pero antes de que lo abriera Laura le detuvo.

—No. No quiero que vuelvas a usarlos.

—¿Qué?

—Quiero tener un bebé, quiero que me dejes embarazada.

—Laura, no —dijo muy serio apartándose de ella—, es muy pronto.

—La semana que viene es nuestro aniversario, ya hace un año que estamos casados y me encantaría tener un bebé.

—Si te quedas embarazada, no podremos hacer más viajes.

—No me importa. Me prometiste que siempre me harías feliz y no hay nada en este mundo que me haga más feliz que ser madre, es lo que más deseo.

—¿Por qué no esperamos un par de años más y disfrutamos de nuestra intimidad? No quiero compartirme con nadie más, aún no.

Laura se incorporó, apoyó la barbilla en su pecho y le habló mimosa:

—Eres un amor, pero un hijo no va a separarnos, sino todo lo contrario, va a unirnos más. —Entonces bromeó—: Ya no eres un chaval y si tardamos mucho más, la gente creerá que eres su abuelo en vez de su padre, y estoy segura de que eso no te va a hacer ninguna gracia.

—Ah, ¿sí? —le dijo con una sonrisa, dándose cuenta de lo mucho que lo conocía.

—Sí. ¿Crees que no me he dado cuenta de lo mucho que te molesta cuando a veces te confunden con mi padre?

—¡Joder! Es que me mosquea.

—No blasfemes —dijo sonriendo—. Lo sé, por eso quiero tener hijos ya, no quiero esperar más. Además, que lo intentemos no quiere decir que vayamos a quedarnos enseguida, puede que tardemos bastante. Eso nunca se sabe.

—¿Estás segura? ¿Quieres intentarlo ya?

—Sí, nunca he estado más segura de nada en toda mi vida, y es lo que más deseo en el mundo.

—¡Bien! —exclamó, y tiró el preservativo por los aires haciéndola reír—. Pues pongámonos manos a la obra.

Mientras le hacía el amor rezaba para que el tiempo pasara, para que ella

se fuera olvidando del tema y que poco a poco desapareciera en ella ese deseo de ser madre. Si se acostumbraba a una vida sin hijos, nunca más tendrían que volver a tocar ese tema. Le aterraba pensar que en cuanto se diera cuenta de que no podía dejarla embarazada lo dejara para ir en busca de un hombre más joven que él, un hombre capaz de darle esos hijos que ella tanto deseaba.



Capítulo 8

Diez meses más tarde Laura se acercó para hablar con Diego después de que la última visita se fuera de la consulta y se quedaran solos.

—Diego, ¿puedo pedirte un favor?

—Pues claro que sí, cuñada.

—Pero te pido que no le digas nada a tu hermano hasta que sepamos los resultados.

—¿Estás bien? ¿Te pasa algo?

—No, tranquilo, no es nada grave. Héctor y yo llevamos casi un año buscando familia y aún no me he quedado embarazada. Quiero hacerme todas las pruebas que hagan falta y si el problema no está en mí, convenceré a tu

hermano para que se las haga él.

—Estaré encantado de hacer lo que sea necesario para tener un sobrino —bromeó para que ella no notara los nervios que empezaban a invadirle—, pero es pronto. Deberías relajarte y no pensar en eso, eres muy joven y tienes mucho tiempo. Ya sabes que lo peor que hay en estos casos es obsesionarse.

—Sí, ya lo sé, eso se lo decimos continuamente a nuestras clientas, pero no estoy obsesionada, solo quiero salir de dudas. Y tienes razón, soy joven, pero tu hermano no y no quiero que la gente lo tome por abuelo en vez de padre. Por eso necesito que sea ya. Ya sé que para ti mentir y no contárselo a tu hermano debe ser un poco molesto, y si vas a sentirte mal, puedo ir a otro ginecólogo, no hay problema. Si te lo he pedido es porque confío en ti.

Esas últimas palabras le llegaron al corazón y se sintió un miserable, pero aun así no pudo evitar seguir mintiendo por esa lealtad, agradecimiento y obligación que sentía por su hermano, que era superior a él.

—No, no, no, no. No se trata de eso, y si fueras a otro ginecólogo me sentiría muy decepcionado. Puedes confiar en mí, no le diré nada a mi hermano. ¿Cuándo quieres que empecemos con las pruebas?

—Mañana.

—¡Joder, Laura!

—No blasfemes.

—Lo siento, pero es que me has pillado por sorpresa. Dame un par de días para arreglarlo todo.

—Está bien.

—Menos mal que no estabas obsesionada, ¿eh? —dijo haciéndola reír.

—Te quiero, cuñadito, y no me hagas esperar mucho. No sabes las ganas que tengo de hacerte tío.

Cuando Laura se fue, Diego llamó a su hermano.

—Tenemos un problema y bien gordo.

—¿Qué pasa?

—Vente inmediatamente a la consulta, tenemos que hablar.

—Está bien, ya voy.

—Pero no subas hasta que Laura se vaya, te mandaré un wasap cuando se haya ido.

—Vale. Me estás poniendo nervioso.

—Creo que tu pequeña mentira está a punto de salir a la luz, Laura quiere que le haga pruebas para quedarse embarazada.

Cuando Héctor llegó, su hermano le contó toda la conversación que había

tenido con Laura.

—¡Joder, joder, joder! Pensé que acabaría olvidándose de ese tema — dijo andando por el despacho.

—Te lo advertí, te dije que este momento llegaría.

—¡Lo sé, no me jodas tú también! —exclamó nervioso.

—¿De verdad creíste que ella olvidaría que quiere ser madre?

—Tenía esa pequeña esperanza.

—Pues no la conoces bien. Ninguna mujer con el deseo tan grande que siente Laura por ser madre lo olvidaría. ¿Cuándo vas a hablar con ella? ¿Cuándo vas a decirle la verdad? —Héctor seguía dando vueltas por la consulta sin decir una palabra—. Héctor, debes hablar con ella, debes sincerarte.

—No, no voy a decirle nada.

—¿En qué estás pensando? No me gusta nada esa mirada.

—Vas a hacerle todas las pruebas que necesite.

—Pero ¿te has vuelto loco? Los dos sabemos que esas pruebas no son necesarias.

—Sí, pero ella no lo sabe. Vas a hacérselas y después le dirás que es estéril y que nunca podrá tener hijos.

—¡¡¿Te has vuelto loco?!! ¡¡No puedo hacer eso!!

—Sí puedes y lo harás por mí, solo tienes que falsificar los resultados y ya está. De eso depende mi felicidad, hermano, y no puedes fallarme.

—¡¡¿Y ya está?!! ¿De verdad crees que ella se va a conformar con eso?

—Tendrá que hacerlo. Si cree que es ella la que no puede tener hijos, se resignará y no la perderé. Sin embargo, si descubre que soy yo el que no puede tenerlos, buscará otro hombre más joven que pueda dárselos.

—Ese es tu problema, ¿verdad? Tienes miedo de que se fije en otro hombre más joven que tú y por eso eres capaz de hacerle una cosa tan desalmada como esa. ¡Claro! Si ella se cree estéril, tú serás ese hombre maravilloso al cual no le importa que su mujer pueda o no darle hijos, y la tendrás para siempre a tu merced.

—No me importa lo que creas.

—Está bien. Pero ¿y si resulta que ella decide buscar una segunda opinión? ¿Crees que cualquier otro ginecólogo tapaná tus mentiras?

—Ella no hará eso, confía en ti.

—Sí, por eso no puedes pedirme que haga eso, esa noticia la destrozaría.

—Se le pasará, yo haré que lo olvide.

—Está obsesionada con tener un bebé y una mujer desesperada es capaz de hacer lo que sea. Ella es enfermera, está harta de ver resultados, pruebas, y si descubriera cualquier fallo en las analíticas o si pensara que cualquier otro ginecólogo pudiera darle una esperanza, no lo dudaría. Si llegara a descubrir la verdad, entonces sí la perderías para siempre. Cuéntale la verdad. ¡Joder! Ella te quiere, dale la oportunidad de elegir. Hoy en día cualquier mujer puede quedarse embarazada, solo se necesita un donante, y estoy completamente seguro de que ella elegirá la opción de una inseminación antes que abandonarte para buscar otro hombre que pueda dejarla embarazada.

—No puedo arriesgarme.

—Puedes hacerle creer si quieres, después de hacerlos las pruebas, que acabas de descubrir en los resultados que eres estéril, y evitarás que sepa que te casaste con ella sabiendo que nunca podrías dejarla embarazada. Ella no te dejará por eso, estoy seguro. No cometas el mayor error de tu vida, tienes tiempo, le he pedido unos días para empezar con los análisis.

Héctor seguía callado y pensando mientras caminaba, su hermano no dejaba de mirarlo y rogaba para que entrara en razón, ya que era muy cabezón y cuando se le metía algo en la cabeza era muy difícil hacerle cambiar de opinión.

—Está bien.

—Gracias a Dios... —dijo Diego soltando un gran suspiro.

Pero inmediatamente esa tranquilidad desapareció al escuchar a su hermano decir:

—Le harás creer que tiene un problema y que la única opción de tener un hijo es con una inseminación. Eso sí, ella debe creer que el donante soy yo y que el hijo que vayamos a tener será mío.

—¡¿Qué?!! No puedes hacerme esto, lo que me estás pidiendo es ilegal. Si Laura llegara a enterarse, podría denunciarme y perdería mi carrera, la consulta, mis clientes. Lo perdería todo.

—Todo lo que tienes me lo debes a mí, no puedes negarte.

—¡Sí, te lo debo a ti, siempre me lo estás echando en cara, así que no se me puede olvidar!

—No dramatices, Laura nunca te denunciaría. Si llegara a saberse la verdad, solo tienes que decirle que yo te obligué a hacerlo y apelar a sus sentimientos, ella no podrá arruinarte la vida. La conoces tan bien como yo, es demasiado buena para destrozarle la vida a alguien a quien quiere, y ella os quiere a ti, a tu mujer y a tus hijos. Nunca haría nada que os perjudicara.

Cuando llegue ese día, si llega, su furia la volcará sobre mí, y si eso sucede, yo ya la habré perdido, así que no veo dónde está el problema.

—El problema es que estás loco y yo no debería hacerte caso, debería contarle la verdad y demostrarte que para ella eres mucho más importante de lo que crees.

—No necesito que lo hagas, sé que soy importante para ella y sé que si supiera la verdad, optaría por la inseminación.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Porque las inseminaciones podrían fallar y con el tiempo ella preferiría un hijo a aguantar a un marido viejo e inútil que ni siquiera puede dejarla embarazada. O podríamos tener problemas y separarnos, no quiero que tenga la oportunidad de decirme que el hijo es suyo y que como yo no soy el padre biológico no tengo derechos. Si tengo que tener un hijo, quiero que Laura crea que es mío. La vida es muy larga y da muchas vueltas, nunca se sabe si algún día pudiéramos plantearnos un divorcio, por eso prefiero que nunca sepa la verdad.

—No hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión, ¿verdad?

—No.

—Bien, entonces déjame estudiar la situación y ver cómo hago para que todo parezca creíble y que nunca llegue a darse cuenta. Pero me debes una, y bien gorda.

—Sabes que siempre has podido y podrás contar conmigo.

—Lo sé, por eso no te doy una patada en el culo y te saco de mi despacho —dijo haciéndole reír.

—Me voy, Laura estará esperándome. Confío en ti, hermanito, no me falles.

—Haré lo que pueda.

Al salir de la consulta no podía dejar de pensar en lo absurda que podía llegar a ser la vida. Cuando su hermano le dijo que las paperas que había cogido a los treinta años le habían dejado estéril, se alegró. Nunca le habían gustado los niños y tampoco sentía la necesidad de ser padre, como tampoco quiso casarse nunca. Por eso se alegraba de ser estéril, así no corría el riesgo de dejar a ninguna mujer embarazada y verse obligado a casarse o hacerse responsable de ese niño.

Pero todo eso cambió cuando conoció a Laura, cuando la vio por primera vez y ella se ruborizó solo con una mirada suya, con su forma de temblar al sentirlo cerca, y con los sentimientos que despertó en él la primera vez que la

hizo suya. Pero lo que acabó por conquistarlo y hacer que no pudiera imaginar su vida sin ella fue esa sensación de vigor y vitalidad que ella hacía crecer en él gracias a su juventud. Ahora daría cualquier cosa por no haber cogido esas paperas y poder darle a ella ese hijo que tanto anhelaba. El miedo a perderla le hacía ser irracional y no se daba cuenta de que jugaba con fuego y de que podría acabar quemándose en el infierno.



Capítulo 9

Laura estaba en la consulta de Diego esperando que este viniera con los resultados de las pruebas que le había hecho. Por fin iba a saber qué estaba pasando, por qué no podía quedarse embarazada. Sabía que ella no podía tener problemas, era demasiado joven y estaba sana, pero aun así se había hecho las pruebas para poder presentárselas a Héctor y conseguir que él se sometiera a algún tratamiento, ya que lo normal era que él tuviera algún pequeño problema, como los espermatozoides perezosos o que no produjera los suficientes.

Estaba harta de ver problemas de esos todos los días con hombres de la edad de Héctor y todos tenían solución con un simple tratamiento. Y si eso no resultaba, podían estudiar otras posibilidades. Lo importante era tener un hijo con Héctor, el cómo era lo de menos, se decía a sí misma mientras esperaba a su cuñado.

—Hola, siento haberte hecho esperar, pero estaba atendiendo una

llamada.

—No importa, ¿ya tienes los resultados?

—Sí.

—Vaya, qué serio te has puesto.

—No tengo buenas noticias.

—Me estás asustando.

—Los resultados no son los que esperábamos. ¿Has tenido dolores menstruales fuertes?

—Siempre me ha dolido mucho cuando estoy con el periodo los tres primeros días. ¿Quieres decirme qué es lo que tengo, por favor?

—Padeces una endometriosis.

—¿Qué?!

—Creo que no necesito explicarte cuál es el problema, ¿verdad?

—¡Oh, Dios mío!

Los ojos empezaron a llenársele de lágrimas e inmediatamente Diego se levantó de la silla, se acercó a ella y la abrazó. Se sentía la persona más horrible del mundo al ver el dolor en los ojos de su cuñada. En esos momentos odiaba a su hermano por obligarlo a hacer algo así.

—Vamos, no te desesperes. Sabes que hay soluciones, que no está todo perdido. Puedes someterte a tratamiento o recurrir a la inseminación artificial, y si eso no resultara, a la *in vitro*. Pero antes de tomar una decisión tendrás que pensarlo muy bien, ya sabes que con esas opciones hay riesgo de embarazos múltiples.

—E-eso no me importaría, cuantos más mejor. Y yo que pensaba que el problema sería de tu hermano por la edad, y ahora resulta que... que yo soy la culpable. —Se limpió las lágrimas y le preguntó—: ¿Y si él no quiere? ¿Y si no quiere arriesgarse a tener más de un hijo? Ya sabes lo poco que le gustan los niños, si quería tener uno, era por mí.

—Habla con él, no creo que te ponga impedimentos.

—¿Estás seguro de que no hay otra solución?

—No, y tú lo sabes. Podrías ponerte en tratamiento, pero ya sabes que pocas veces son efectivos, lo mejor y más rápido es una inseminación.

—Está bien, hablaré con él. Deséame suerte.

Cuando Héctor llegó a casa, la encontró en la cama llorando. Sabía que

estaría mal porque acababa de hablar con su hermano y el alma se le partía al verla tan decaída, pero ya no había vuelta atrás. Se había metido en un callejón sin salida y tenía que seguir adelante, lo único que esperaba era que ella nunca descubriera su engaño, porque nunca se lo perdonaría.

Se tumbó a su lado y la abrazó con fuerza.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras? ¿Ha ocurrido algo? —Ella se giró y se abrazó a él sin dejar de llorar—. Vamos, cariño, no me asustes y cuéntame qué te pasa.

Laura levantó la cara y, entre sollozos, le contó todo lo que había ocurrido. Héctor la escuchaba sin interrumpirla y cuando por fin ella logró dejar de llorar, le habló para tranquilizarla.

—No debiste ocultarme lo que ibas a hacer, yo hubiera estado contigo en todo momento, te hubiera apoyado, y así no hubieras tenido que pasar por este mal trago tú sola. Ahora quiero que te tranquilices y que me respondas a una pregunta: ¿hasta dónde eres capaz de llegar para quedarte embarazada?

—No me importa lo que tenga que hacer, quiero tener un bebé, aunque solo sea uno.

—Entonces tendremos que hacer lo que sea para lograrlo, ¿no crees?

—¿Tú estarías dispuesto a hacer lo que sea? ¿No te asusta que pueda tener mellizos o trillizos?

—¿Quieres asustarme? Porque lo estás consiguiendo —bromeó arrancándole una sonrisa—. Sé que para ti no hay nada más importante que tener un hijo y solo por eso soy capaz de arriesgarme a tener familia numerosa. Solo espero que no sean más de dos. —Ella volvió a sonreírle.

—Gracias, no sabes lo mucho que te quiero. Pensé que no querías, ya que siempre me ha dado la impresión de que no te gustan los niños, y creía que tener varios de golpe te parecería una aberración.

—Para mí la única aberración es verte llorar, y si ser madre es tan importante para ti, pues qué demonios, tendremos que arriesgarnos.

—Te quiero —le dijo con un beso—, te quiero. —Le dio otro beso—. Te quiero... te quiero... te quiero. —Cada palabra la acompañaba con un beso, haciéndole reír.

—Yo también te quiero.



Capítulo 10

Seis meses después, Laura estaba en la camilla esperando que su cuñado le confirmara que por fin lo habían conseguido, que estaba embarazada. Después de dos inseminaciones fallidas, se dijo a sí misma muy emocionada que a la tercera iba la vencida al ver esas dos rayitas rosas en la prueba de embarazo. Pero aun así estaba con Héctor estrujándole la mano muy nerviosa esperando la confirmación de su cuñado, aunque sobre todo quería saber cuántos llevaba. Vinieran los que vinieran, para ella no sería un problema, no se pondría histérica ni se echaría a llorar como hacían muchas de sus clientas cuando les decían que llevaban más de uno. No, ella adoraría a todos y cada uno de ellos, y cuantos más fueran, mejor.

—Bien, veamos si por fin voy a ser tío —dijo Diego poniéndole el ecógrafo en la barriga. Después, muy lentamente, empezó a moverlo.

Los tres estaban mirando la pantalla sin decir nada, hasta que de pronto Laura soltó el aire que estaba guardando sin apenas darse cuenta.

—No me lo puedo creer —susurró emocionada.

—Lo estás viendo, ¿verdad? —le preguntó Diego.

—Sí, y es lo más hermoso que he visto en mi vida.

—Pues yo solo veo manchas. Pero por tu emoción —le dijo a su mujer—,

parece que hemos tenido suerte esta vez, ¿no?

—Sí, parece que por fin vas a ser papá. ¿Ves esa mancha negra y pequeña? —le preguntó su hermano señalándola en la pantalla—, pues es su corazón. —Puso los altavoces y se escuchó el retumbar de un corazón.

—¡Vaya es increíble! —exclamó Héctor al escucharlo. Cuando miró a Laura y la vio llorando, le preguntó—: ¿Por qué lloras, cariño? Es lo que tú querías.

—No me hagas caso, deben ser el embarazo y las hormonas, que me ponen tonta.

—¿Estás contenta? —volvió a preguntarle quitándole las lágrimas de sus ojos.

—Sí —contestó dándole un beso, y volvió a mirar la pantalla—, en estos momentos me siento la mujer más feliz del mundo. —Luego se dirigió a su cuñado—. Por primera vez comprendo por qué muchas de nuestras clientas lloran al recibir la noticia, es maravilloso.

—Y ahora, por favor, ¿puedes sacarme de dudas y decirme de una vez cuántos hay? —pidió Héctor a su hermano haciéndoles reír.

—Veamos si hay alguno escondido por ahí. —Diego empezó a mover muy despacio el ecógrafo y después de unos segundos que a Héctor le parecieron horas, añadió—: Enhorabuena, hermano, solo hay uno. Ya te puedes dar con un canto en los dientes porque muy pocas veces en las inseminaciones llega un solo bebé.

—¡Gracias a Dios! La verdad es que estaba bastante acojonado.

—¡Basta, no blasfemes! Sabes que no me gusta que digas palabrotas.

—Lo sé, pero no sabes el peso que me acaba de quitar mi hermano de encima, yo ya me veía con quintillizos.

Con esa broma hizo reír a Laura.

—Mira que eres exagerado. Pues a mí me pasa todo lo contrario, me hubiera encantado por lo menos tener dos, nunca me hubiera imaginado que acabaría teniendo un solo hijo.

—Siempre podéis plantearos un nuevo embarazo, yo estaría encantado de volver a inseminarte.

—De eso nada, ni muerto me vuelvo a arriesgar a tener un embarazo múltiple, con este ya tenemos suficiente. No le des ideas.

—Tranquilo, no voy a obligarte a pasar por esto otra vez, pero que conste que me muero de ganas de tener más hijos.

—También podríais adoptar a algún niño necesitado.

—¡Dieceego! Será mejor que cierres el pico, porque tu cuñada es capaz de traerse a casa a todos los niños necesitados, ya que no podría elegir uno solo.

—Ese comentario hizo reír a Laura. Héctor le dio un beso y volvió preguntarle

—: ¿Estás contenta?

—Sí, mucho.

—¿Seguro que puedes conformarte con uno solo?

—Tendré que hacerlo, ya que tú no estás dispuesto a tener más.

—Gracias, te quiero.

—Yo también te quiero.

Héctor por fin podía respirar tranquilo, Laura estaba embarazada y todo había salido tal y como él lo había planeado. Ya no tenía de qué preocuparse y se juró a sí mismo que nunca más la engañaría y que haría lo imposible para que fuera la mujer más dichosa del mundo, ya que debía compensarla por todo lo que le había hecho pasar en esos últimos meses. Lo que nunca pudo imaginar fue que su plan se volvería en su contra y le haría pagar todas sus mentiras.



Capítulo 11

Tras cinco años, todo era felicidad en la vida de Laura. Nunca hubiera imaginado que casarse con Héctor y tener a Hugo cambiaría sus prioridades en la vida hasta el punto de dejar su trabajo de enfermera e incluso la consulta de su cuñado. Cuando dio a luz y pasó esos cuatro meses de baja maternal en casa con su hijo, le resultó imposible dejarlo para reincorporarse al trabajo. La empresa de Héctor iba cada vez mejor y no necesitaba trabajar, así que decidió dedicarse a su familia y disfrutar de su hijo, pues no volvería a tener otra oportunidad como esa.

Su vida estaba completa y no necesitaba nada más. A veces se decía que si pudiera darle una hermanita a Hugo sería el colmo de la felicidad, pero

después lo descartaba porque Héctor le había dicho muchas veces que intentarlo de nuevo era muy arriesgado y que él ya no quería más hijos, y mucho menos por partida doble o triple. Así que Laura, como siempre, acabó haciendo lo que él quería sin rechistar.

El problema era que esa felicidad iba a dar un vuelco de trescientos sesenta grados.

Hugo tenía cinco años recién cumplidos cuando empezó a sentirse desganado. No comía demasiado, siempre estaba cansado, demacrado, y se agotaba haciendo cualquier cosa. Laura, preocupada, acudió a sus antiguos jefes y les expuso el caso de su hijo, pues que su pediatra le dijera que podría ser un virus o algo pasajero no le inspiraba confianza, ya que las semanas pasaban y no le veía ninguna mejoría, sino todo lo contrario. Laura tenía un mal presentimiento y no descansaría hasta saber qué le ocurría a su hijo.

Con la ayuda de Diego, Laura consiguió que los médicos del hospital le hicieran toda clase de pruebas y, después de examinar muy bien los resultados y reunirse, decidieron hablar con ella. Cuando Laura entró en la sala había cuatro médicos: el jefe de pediatría, que era uno de sus antiguos jefes, el endocrino, Diego y, por último, un hematólogo.

—Vaya, cuántos médicos para darme los resultados de unos análisis — bromeó Laura al verlos, pero empezaba a ponerse nerviosa, así que le preguntó a su cuñado—: ¿Qué está pasando, Diego? ¿Le pasa algo grave a mi hijo?

—Tranquila, el doctor Núñez te explicará todo lo que necesites.

Laura miró al único médico que no conocía.

—¿Es usted el doctor Núñez? —le preguntó, y él asintió con la cabeza—. ¿Y a qué especialidad se dedica?

—Soy hematólogo.

—Vaya, me habéis asustado, todos aquí tan serios y solo se trata de una anemia.

—Sí, es una anemia. Pero no una anemia cualquiera —explicó el doctor Núñez.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe usted qué es una anemia aplásica?

—No. —La voz le temblaba pues empezaba a pensar en lo peor—. Por

favor, ¿puede decirme qué le pasa a mi hijo?

—Su hijo padece una anemia aplásica y, por cómo han salido los análisis, bastante grave.

—¿Cómo de grave?

—Puede llegar a ser mortal.

—¡¡¿Qué?!! —Los ojos se le inundaron en lágrimas—. No, eso no puede ser —susurró.

—¡Ssshhh! Eso no va a pasar. —Su cuñado intentó reconfortarla abrazándola con fuerza. Laura se derrumbó en sus brazos y rompió a llorar—. Verás cómo todo sale bien.

—Yo... yo no podría seguir viviendo sin él, Diego, no podría.

—Nada le va a pasar, se pondrá bien...

—No hagas eso, Diego —le advirtió el hematólogo.

—Cállate...

—No, no voy a callarme y no voy a permitirte que le des falsas esperanzas...

—Y yo no te voy a permitir que seas tan insensible, es mi cuñada, ¡joder! Y estamos hablando de mi sobrino. Podrías tener un poco más de delicadeza.

—No puedo decirle que todo va a salir bien, porque después será a mí a quien le pedirán explicaciones.

Mientras los dos discutían Laura lloraba en los brazos de Diego, hasta que levantó la cabeza, se separó de él y habló muy seria, dejando a todos callados mientras se secaba las lágrimas con las manos.

—¡Ya basta! Discutir no va a ayudar a mi hijo. Ahora por favor, doctor Núñez, ¿puede explicarme exactamente qué es una anemia aplásica y qué es lo que hay que hacer para que mi hijo se cure?

—Me alegra ver que por lo menos usted es razonable.

—Disculpe a mi cuñado, solo se preocupa por mi hijo. Y, por favor, tutéeme.

—Bien, pues como parece que desde este momento voy a ser el médico de tu hijo y vamos a vernos muy a menudo, será mejor que tú también me tutees.

—Así lo haré, ahora ¿puedes explicarme qué va a pasar con mi hijo? Y, por favor, explícamelo como si fuera tonta, olvídate de las palabras técnicas.

Después de ese pequeño entendimiento entre Laura y el doctor Núñez la tensión en la sala desapareció. Todos se sentaron y el doctor Núñez empezó a explicarle a Laura la situación.

—La anemia aplásica es una afección en la médula ósea que le impide producir apropiadamente células sanguíneas; eso hace que tu hijo no tenga suficientes glóbulos rojos, blancos y plaquetas. También le produce todos esos síntomas que nos has descrito: desgana, cansancio, palidez y dificultad para respirar, que irán a más. Poco a poco lo debilitarán tanto que llegará un día en que cualquier cosa, hasta un simple resfriado, pueda ser letal para él.

A Laura se le volvieron a saltar las lágrimas, pero enseguida se recompuso.

—¿Cuál es el tratamiento que debe seguir? —preguntó aterrada con un hilo de voz—. No me importa lo que sea ni lo que cueste. Lo único que me importa es que mi hijo se cure.

—No es cuestión de dinero. Lo único que puede ayudarle de momento son transfusiones de sangre.

—Está bien, pues se le harán.

—El problema es que tu hijo no tiene una sangre común, es AB y es muy difícil encontrar donantes con ese tipo sanguíneo. Pero aun pudiendo hacerle todas las transfusiones que necesite, llegará un momento en el que el cuerpo empezará a rechazarlas, porque se acumula demasiado hierro en el organismo y eso tampoco es bueno.

—¿Y si eso llegara a pasar? ¿Qué se podría hacer?

—La mejor solución es un trasplante de médula ósea.

—¿Eso salvaría a mi hijo?

—Es lo más eficaz, pero no siempre resulta. Hay un ochenta por ciento de posibilidades de que salga bien porque su cuerpo podría rechazar el trasplante. ¿Tiene hermanos?

—No.

—Lástima, es el trasplante más seguro.

—¿Y su padre o yo? Alguno de los dos debería servir.

—Todo depende de que uno de vosotros sea compatible con él. Si no es así, habría que recurrir a un donante anónimo, y con la sangre de tu hijo es bastante difícil que podamos encontrarlo.

—Ni mi marido ni yo somos AB.

—Eso es muy extraño, tu hijo ha debido heredar la sangre de uno de los dos.

—Podría ser de algún antepasado —dijo Diego intentando cerrar el tema—, tampoco es tan extraño.

—Sí, eso me dijeron cuando nació y lo pregunté —explicó Laura.

—Bueno, no importa. Con unos análisis comprobaremos si tu marido o tú podéis donar la médula para el trasplante. Pero ya te puedo adelantar que si la sangre no es compatible, el donante también será incompatible. Necesito que tu marido y tú os hagáis un análisis para comprobar vuestros tipos sanguíneos, puede que haya habido un error con vuestros resultados y que uno de los dos seáis AB. Mientras, trabajaremos con las transfusiones de sangre hasta encontrar un donante. Solo espero que tengamos bastante sangre de su tipo hasta que encontremos un donante de médula.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Laura.

—Cuanto antes, mejor.

—¿Tan mal está mi hijo? —volvió a preguntar asustada.

—Solo te voy a decir una cosa: reza para que tu marido o tú podáis ser los donantes, porque si no, no sé si tu hijo podrá aguantar hasta que demos con un donante compatible.

—Me estás asustando.

—Solo te prevengo de lo que podría pasar.

—Está bien. ¿Cuándo nos hacemos los análisis?

—Cuanto antes, mejor —volvió a decir.

Después de consolar una vez más a su cuñada, pues al salir Laura había vuelto a llorar desesperada entre sus brazos, Diego la acompañó hasta su coche y llamó a su hermano muy enfadado.

—¿Cómo se te ocurre dejar que Laura venga sola a una reunión tan importante sobre la salud de tu hijo?!

—Tenía una cita muy importante y Laura dijo que no importaba, que podía ir ella sola.

—Ella no tenía ni idea de lo que iba a suceder en esa reunión.

—¿Qué ha ocurrido?

Cuando Diego le contó todo, Héctor se quedó mudo.

—¡¡Héctor!! ¡Contéstame! ¡¿Estás ahí?!

—Sí, estoy aquí. ¿Tan grave es?

—Sí, podría morir. Pero eso no es todo.

—¿Qué puede haber peor?

—Que Laura va a descubrir todos tus engaños y no va a poder soportar las dos cosas al mismo tiempo.

—¿A qué te refieres?

—Tenéis que someteros a unos análisis de sangre, tanto tú como Laura, para saber si podéis donar médula ósea al niño, y ahí descubrirán que no eres su padre. ¿Crees que tu mujer va a poder soportar en un momento como este que la engañaras?

—No. Por eso no puede saber la verdad, no en estos momentos. Me necesita a su lado y tú tienes que evitar que lo descubra.

—¿Y cómo quieres que haga tal cosa? Y no me pidas que falsifique más pruebas por ti, no estando la vida de mi sobrino en juego, ¿te queda claro?

—¡Es mi hijo, joder! Nunca te pediría algo así, ¿por quién me tomas? Encontraré una solución, déjame pensar. Ahora tengo que dejarte, mi mujer me necesita a su lado.

—Sí, ve con ella ahora que aún puedes, porque cuando se sepa todo, no volverás a verla, ni a ella ni a tu hijo.

—Adiós.

Cuando llegó a casa, Laura estaba en la cama abrazada a su hijo, que estaba dormido por el cansancio. Laura tenía la mirada perdida, los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, y ni siquiera se había dado cuenta de que Héctor había entrado en la habitación; parecía estar en estado catatónico. Héctor se tumbó a su lado y les dio un fuerte abrazo.

—Acabo de hablar con mi hermano y me lo ha contado todo. No quiero que pienses en lo peor, Hugo va a salir de esta, te lo juro. No voy a permitir que le pase nada.

Laura no le contestaba, ni siquiera se movía, seguía conmocionada, y Héctor sabía que si su hijo no se curaba ella se quedaría así para siempre, pues no podría superar nunca su pérdida. En ese mismo instante se odió a sí mismo por consentir que ella se saliera con la suya. Nunca debió dejar que Laura quedara embarazada, todo habría sido más fácil si no hubieran tenido al niño, así él nunca se hubiera visto obligado a mentirla y ahora no estarían pasando por esa angustia.



Capítulo 12

Una semana después Hugo estaba ingresado en el hospital, pues ya iban a empezar a ponerle las transfusiones de sangre. Además, como estaba cada vez más débil, era mejor mantenerle aislado para que no cogiera ninguna enfermedad que lo debilitara más todavía por si se le podía hacer el trasplante de médula.

Laura entró en la consulta de Diego como un basilisco, sin importarle las visitas ni lo que estuviera haciendo en esos momentos. Su saludo fue una pregunta lanzada en tono acusador.

—¿Por qué tu hermano no es el padre de mi hijo?!

—Por favor, ¿pueden dejarnos solos unos minutos? —le pidió Diego a la pareja que tenía en la consulta. Cuando los acompañó hasta la puerta y cerró,

se volvió hacia su cuñada y le dijo—: ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre entrar así en mi consulta?

—Lo siento, pero acabo de hablar con el doctor Núñez. Al parecer, después de ver los resultados se extrañó por lo poco compatible que era tu hermano con el niño, así que hizo una prueba de ADN y en ella ha visto que tu hermano no es el padre biológico de Hugo. Por eso vuelvo a preguntarte: ¿por qué?, ¿por qué tu hermano no es el padre biológico de mi hijo? Se supone que él fue el donante. ¿Qué ocurrió? Y cuéntame la verdad, por favor.

Diego tuvo que morderse la lengua porque no había otra cosa que deseara más en el mundo que contarle la verdad a su cuñada, pero no podía hacerlo, se lo había prometido a su hermano.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy muy segura. Las pruebas de ADN no fallan, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—No sé qué ha podido pasar, yo juraría que la muestra que te puse fue de mi hermano, pero esa tarde tuve dos inseminaciones y puede ser que las confundiera.

—¡¡¿Qué?!! ¡¿Y me lo dices así, tan tranquilo?! ¡Me pusiste el semen de otro hombre y me dices que puede ser que te equivocaras! Estás bromeando, ¿verdad?

—No, no estoy bromeando, es la única explicación que se me ocurre. Y lo siento, siento mucho todo lo que pasó, pero ya nada se puede hacer.

—Sí, podría denunciarte por negligencia.

—Está bien, me lo merezco. Si quieres denunciarme, hazlo, estás en todo tu derecho. Pero eso no va a cambiar las cosas.

Laura se quedó callada mirándole fijamente a los ojos, mientras Diego rezaba para que su hermano no se hubiera equivocado y ella fuera lo bastante buena y comprensiva para no denunciarlo. Una vez más, su hermano volvía a tener razón, y Diego se repitió, como en otras ocasiones, que su hermano no se la merecía. Ella era demasiado generosa y misericordiosa para destruir la vida de una persona, por más que se lo mereciera. Porque él en esos momentos se sentía tan culpable que hubiera aguantado cualquier reproche suyo con paciencia, sin protestar, para que por lo menos se desahogara con alguien. Con su hermano era imposible que lo hiciera, pues él siempre acababa manipulándola y no le dejaba exteriorizar sus sentimientos para no sentirse culpable de sus desdichas, pues él era el principal culpable de todas ellas.

Laura demostró su buen corazón y se lanzó a sus brazos llorando sin

consuelo y pidiéndole perdón. Diego se quedó pasmado por su reacción, ya que él esperaba gritos y recriminaciones en vez de lloros y disculpas.

—Lo... lo siento, discúlpame, yo jamás te denunciaría. Tú... tú hiciste posible que tuviera a Hugo. Si no fuera por ti, nunca me hubiera quedado embarazada. —Esas palabras se clavaron en el corazón de Diego como si fueran veneno y lo quemaron por dentro haciéndole sentir un miserable—. Por esa misma razón no puedo reprocharte que cometieras un error. Pero estoy muy nerviosa con todo lo que está pasando y por eso me pongo tan histérica.

—¡Ssshhh! No vuelvas a disculparte. Es normal que estés histérica y yo debí ser más cuidadoso. Lo siento mucho.

Laura se alejó de él limpiándose las lágrimas.

—Está bien, olvidemos eso. Ahora necesito que eches un vistazo en tus archivos y averigües con quién cometiste el error. Necesito saber quién es el padre de Hugo para que ayude a mi hijo.

—Las muestras que utilicé esa tarde eran de un donante anónimo.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

—Lo recuerdo bien, la mujer a la que inseminé antes que a ti quería ser madre soltera, tenía treinta y ocho años y aún no había encontrado a su príncipe azul, eso fue lo que me dijo. Por eso estoy seguro de que era un donante anónimo.

—¿Por qué todo se complica?! ¿Qué he hecho yo para merecerme esto?
—Otra vez rompió a llorar y Diego volvió a abrazarla.

—Tú no has hecho nada, eres la persona más increíble que he conocido en mi vida, y te juro que voy a hacer lo imposible para averiguar de quién era la muestra que usé, aunque para eso tenga que remover Roma con Santiago. Encontraré al padre de Hugo y yo mismo lo traeré a rastras para el trasplante de médula.

—Gracias. ¿Por qué parece que a ti te importa más lo que le pase a mi hijo que a su propio padre?

—Ya conoces a mi hermano, cree que si no está en el trabajo, la agencia se irá a pique.

—Sí, para él es más importante la agencia que su familia. Desde que Hugo está ingresado él parece un visitante, solo aparece por la tarde y sus visitas cada vez son más cortas.

—Ya sabes lo poco que le gustan los hospitales, pero también sabes que yo casi vivo aquí. Así que, si necesitas irte a casa a descansar o lo que sea, solo tienes que decírmelo y me quedaré con Hugo. Necesitas un poco de aire y

esto va para largo.

—No, gracias. Cuando salga de aquí, será con mi hijo, no voy a dejarle solo ni un segundo. Si algo le sucediera y yo no estuviera a su lado, jamás me lo perdonaría. Ahora tengo que irme, dejé a una enfermera con él un momento y estará preguntándose dónde estoy.

—Está bien, pero mi oferta seguirá en pie si cambias de opinión.

—Gracias. ¡Ah! Y no te preocupes, yo hablaré con tu hermano e intentaré que comprenda lo que ha pasado. Con las pocas ganas que tenía de tener hijos y ahora resulta que tiene uno por ahí con una desconocida. Aunque conociéndole como le conozco, no querrá conocer a ese niño.

—Tienes razón, y casi que es mejor, esa pobre mujer no tiene la culpa de nada y nadie debería reclamarle a su hijo, ¿no crees?

—¡Uuuy, no! Yo jamás consentiría algo así, antes mataría a tu hermano. Si a mí el padre de Hugo me lo reclamara, me moriría. Menos mal que los donantes no tienen derecho sobre los niños porque si no fuera así, no sé si te pediría que lo buscaras. Pero prefiero verlo curado por encima de cualquier cosa, aunque eso me lleve a pelear por él ante los tribunales con su padre biológico.

—Déjate de pensar cosas raras, que eso no va a ocurrir. Mi hermano pondrá el grito en el cielo, pero nunca querrá hacerse cargo de otro hijo. Ni siquiera querrá conocerlo, eso te lo puedo asegurar. Y el donante de tu hijo no podrá reclamarte nunca nada, para eso les hacen firmar todos esos papeles.

—Tienes razón. —Pero seguía preocupada y le preguntó—: ¿Crees que se negará a curar a mi hijo?

—No creo, cualquiera que se vea en una situación así no creo que sea capaz de dejar morir a un niño, y más si no le pedís nada a cambio.

—Vuelves a tener razón. Ahora tengo que irme.

—Sí, será mejor que te vayas y que entre esa pareja que hemos echado antes, porque si no, van a despedirme —bromeó para hacerla reír.

—Ahora les digo que pasen. Adiós.

Se despidió con un beso y volvió junto a su hijo un poco más tranquila, pero no menos preocupada. Todo se complicaba y no sabía cuánto tiempo tardaría Diego en encontrar al padre biológico de Hugo.





Capítulo 13

Laura estaba muy nerviosa, nunca hubiera imaginado que poner los pies en ese magnífico hospital le podría causar tanta inseguridad. Mirara por donde mirara, todo era lujoso y moderno. Según había leído en internet mientras viajaba en avión hacia Madrid, era uno de los hospitales más modernos de Europa y tenía las últimas novedades en tecnología. Además, había costado una millonada y, al parecer, había sido el regalo de la caprichosa multimillonaria Patricia Hidalgo a su marido, el doctor Román, que por supuesto era el director del hospital.

Muchas revistas hablaban de la extravagancia de Patricia al regalar un hospital de lujo a su marido y las malas lenguas decían que más bien era para tenerlo amarrado y así asegurarse de que no volviera a plantearle el divorcio.

Laura había observado la fotografía que habían puesto en internet hacía un año de la inauguración del hospital, unos meses después de que ella empezara con esa horrible enfermedad de Hugo, pero por más que miraba al hombre que cortaba la cinta con las tijeras, no veía nada en él que le recordara a su hijo. Aunque la foto estaba bastante mal y no podía verlo con claridad.

Al apretar el botón del ascensor que la llevaría hasta la última planta, donde estaba el despacho del director, las manos le temblaban. No sabía si

lograría que la recibiera, ya que todas las veces que había intentado concertar una cita con él, la respuesta de su secretaria siempre había sido la misma: «El doctor Román no recibe visitas». Después de eso la despedía con mucha amabilidad, pero muy cortante, y le pedía que no volviera a llamar.

Cuando el ascensor se abrió, Laura respiró hondo y se dirigió a la única puerta que había en el recibidor, donde ponía en letras muy grandes:

DOCTOR ROMÁN

DIRECTOR

Aún no había llegado a la mitad del camino cuando una voz familiar le preguntó:

—Disculpe, señora, ¿dónde cree que va?

Laura se volvió para mirarla y por fin pudo ponerle rostro a esa mujer a la que odiaba por todas las veces que le había colgado el teléfono sin darle la más mínima oportunidad. Sentía ganas de saltar ese pequeño mostrador que las separaba y propinarle una buena tunda por tantos desplantes. Volvió a respirar profundamente, se infundió de valor y, con mucha calma, le habló con toda la amabilidad que pudo fingir en esos momentos.

—Buenas tardes, tengo una cita con el doctor Román.

—Déjeme ver un segundo. —La mujer echó un vistazo a su agenda mientras le preguntaba—: ¿Y quién es usted? Porque no me consta que el doctor tenga otra cita después de la que está ahora mismo en su despacho.

—Soy la señora Salinas. No sé por qué usted no tiene mi nombre anotado en su agenda, pero no creo que el doctor Román esté obligado a comunicarle todas sus citas, al fin y al cabo, él es el jefe, ¿no? No necesita su aprobación.

Odiaba tanto a esa mujer que no podía controlarse y la molestó para bajarle los humos, algo muy extraño en ella, pero la salud de su hijo estaba en juego y no iba a permitir que una secretaria arrogante le hiciera volverse con las manos vacías. Estaba allí solo con un propósito, hablar personalmente con el doctor Román, y si para lograrlo tenía que aplastar a esa secretaria, lo haría sin ningún miramiento.

—Está bien —aceptó muy confusa por las palabras de Laura y por su seguridad al hablar—. Siéntese ahí —ordenó señalándole unas butacas enfrente de su pequeño mostrador—. Cuando el doctor termine con la visita que está atendiendo, la anunciaré.

Media hora más tarde la puerta se abrió dando paso a un hombre que se volvió en el quicio de la puerta para estrecharle la mano a otra persona de la que Laura solo pudo ver el brazo, pues no terminaba de salir del despacho.

Cuando el hombre se dirigió al ascensor, la secretaria entró en el despacho y cerró la puerta tras ella.

Al salir, se dirigió a Laura con una amabilidad forzada.

—Lo siento mucho, señora Salinas, pero como usted sabrá, el doctor Román no tiene ninguna cita más, ni en su agenda ni en la mía. Así que, si es tan amable, puede marcharse, el doctor está muy ocupado —explicó con mucho orgullo para darse importancia y así demostrarle que sabía que Laura la había intentado engañar y que ella era demasiado lista para caer en su trampa—. Puede llamar otro día y, con un poco de suerte, tal vez pueda concertarle una cita.

Sin poder evitarlo, Laura estalló ante la grosería de esa mujer y le gritó muy enfadada:

—¡¡No!! ¡No pienso marcharme hasta que su jefe me reciba, así que o lo hace por las buenas, o por las malas! ¡Estoy harta de hablar con usted para que me dé una cita sin ningún resultado y no he venido hasta aquí para que vuelva a dejarme con la palabra en la boca! ¡¡Quiero que el doctor me reciba ahora mismo!!

—¡Anda! Es usted, ¡claro! La señora Salinas, esa mujer que no se cansa de llamar por más veces que le digan que no. —Mientras hablaba tocaba un pequeño botón que tenía bajo el escritorio para avisar a seguridad. Una manera muy segura y rápida de evitar problemas con los pacientes descontentos, como en los bancos cuando había un atraco—. Mire, por haber venido hasta aquí voy a intentar una vez más que el doctor Román la reciba. —Descolgó el teléfono y le hizo creer que hablaba con él por la otra línea para dar tiempo a que llegaran los guardias de seguridad—. Sí, doctor, es la misma mujer que tantas veces ha llamado... —Colgó de golpe, sin terminar de hablar, y mirando por detrás de Laura. Ella, extrañada, se giró y vio aparecer a dos guardias de seguridad. Sin tener tiempo para reaccionar, escuchó decir a la secretaria—: Sacadla de aquí y no volváis a dejarla entrar nunca más, órdenes del director.

Laura supo que si la cogían, nunca más tendría la oportunidad de hablar con ese hombre, y la vida de su hijo dependía de eso. Así que echó a correr, abrió la puerta del despacho y se coló en su interior. El hombre que lo ocupaba se levantó sobresaltado del sillón y los guardias de seguridad entraron y la apuntaron con un arma, mientras la secretaria gritaba histérica:

—¡¡Cuidado, puede que quiera agredir al doctor!!

—¡¡Señora, no se mueva a no ser que quiera que le dispare!! ¡¡Aléjese

del doctor y póngase contra la pared con las manos en alto!! —gritó uno de los vigilantes sin bajar el arma.

—¡¡No... no voy a hacerle nada, solo necesito hablar con usted!! —Laura se dirigió al médico y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y cree que entrando así en mi despacho voy a escucharla? —le preguntó él con frialdad.

—Si no piensa escucharme, puede decirles a esos hombres que me disparen, porque solo con los pies por delante saldré de aquí sin hablar antes con usted.

—¿Y por qué cree usted que tendría que escucharla?

—Mi hijo se muere y usted es el único que puede salvarlo. —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Si no está dispuesto a escucharme, puede dar la orden para que me disparen, prefiero estar muerta antes que ver morir a mi hijo.

Todos se quedaron en silencio. El médico no podía dejar de mirar a esa mujer que parecía tan frágil y tan vulnerable; estaba tan delgada que daba la impresión de que con un simple bufido podría hacer que se tambaleara como una hoja al viento. Pero sin embargo estaba ahí enfrentándose a dos guardias de seguridad que la apuntaban con sus armas sin importarle recibir un balazo, como una revolucionaria en tiempos de guerra luchando por su hijo. La voz de uno de los vigilantes lo sacó de sus pensamientos.

—¡Señora, no voy a volver a repetírselo: póngase contra la pared y levante las manos o le dispararé!

—Tú no vas a hacer nada de eso. Bajad las armas inmediatamente —ordenó el médico muy serio.

—Pero doctor, su mujer nos paga para protegerlo.

—¿De quién? ¿De una mujer desarmada, asustada y desesperada que lo único que quiere es hablar de su hijo? ¿De verdad crees que necesito protección ante ella? ¿Tan poca cosa me crees?

—Pero doctor...

—¡Ya basta! Bajad las armas y salid de mi despacho. —Los guardias de seguridad obedecieron y se marcharon. El doctor se volvió hacia su secretaria y le dijo, muy enfadado—: Si vuelves a montar otro numerito como este, te despediré.

—Pero doctor, creía que era peligrosa.

—¡Sí! ¿Qué creíste, que dentro de ese pequeño bolso llevaba un arma? ¿Por eso avisaste a esos dos gorilas?

—Yo... lo siento.

—La próxima vez hablarás primero conmigo antes de decidir quién entra y quién no en mi despacho, ¿te queda claro?

—Sí.

—Ahora retírate.

Cuando se volvió, a Laura se le cortó la respiración. Con tanto lío no se había parado a mirarlo y en ese mismo instante todas sus dudas desaparecieron. Desde el momento en el que su cuñado le había entregado todos los datos diciéndole: «Por fin lo encontré», ella había tenido sus dudas. No quería hacerse ilusiones por si Diego se equivocaba y el hombre que aparecía en esos papeles no era el padre de su hijo, ya que últimamente todo le salía mal. Pero ya no había dudas, ese hombre que tenía frente a ella sin duda era el padre de Hugo, su parecido era increíble. Y sus ojos...

Siempre se había preguntado por qué su hijo padecía heterocromía iridium. Era muy raro nacer con los ojos así si no se tenía un patrón. Normalmente se heredaba, aunque lo más común era que se produjera por alguna lesión después de nacer, pero Hugo nunca había tenido ninguna lesión en los ojos. Ahora, al ver en ese hombre esos ojos tan fascinantes iguales a los de su hijo, sus dudas se disiparon. Esos ojos solo podían heredarse, así que ese hombre sin duda era el padre biológico de Hugo.

La voz de él la sacó de sus pensamientos.

—¿Y bien? Después de la que ha montado, ¿va a quedarse ahí parada sin decir nada?

—Lo... lo siento —se disculpó ruborizándose—. Antes de nada, quiero disculparme por todo este lío que se ha montado, pero usted no me ha dejado opción. Llevo semanas intentado concertar una cita y siempre hallaba la misma respuesta: «El doctor Román está demasiado ocupado» —fingió la voz de su secretaria sacándole una media sonrisa.

—Imita usted muy bien a mi secretaria.

Laura se ruborizó de nuevo.

—Lo siento, pero me ha dicho tantas veces esa frase que la tengo grabada en mi cerebro —dijo dándose golpecitos en la sien.

Él se acercó a ella y Laura dio un paso atrás.

—No se preocupe, no voy a sacar un arma, eso se lo dejo a los matones de mi mujer. —Con esa broma consiguió que Laura sonriera tímidamente—. Solo quiero que se siente y me cuente por qué es capaz de dejarse matar para hablar conmigo.

Laura se sentó de medio lado en el sofá y él se acomodó a su lado.

—Mi hijo padece anemia aplásica y si no se le hace un trasplante de médula ósea, morirá. Las transfusiones de sangre ya no funcionan y se le acaba el tiempo, si no conseguimos un trasplante en menos de un mes sus órganos empezarán a fallar.

Sin poder terminar de hablar, rompió a llorar; él cogió un pañuelo de papel de la mesa y se lo ofreció.

—Entiendo su pena, pero que sea el mejor en mi campo no significa que pueda salvar a su hijo. ¿Tiene un donante compatible? —Ella le hizo un gesto de negación con la cabeza—. Sin un donante no puedo hacer nada por él. Lo siento, pero no hago milagros. Es por eso por lo que nunca concierdo citas a los padres, todos creen que por ser quien soy puedo salvar la vida de sus hijos. Si tuviera un donante, le juro que haría cualquier cosa para salvarlo, pero no hay nada que pueda hacer.

—Sí, sí hay algo que usted puede hacer. No he venido aquí para que atienda a mi hijo, él ya tiene su médico. Y es muy bueno, por cierto.

Él se quedó atónito al oírla. Cualquiera persona querría que él atendiera a su hijo, ya que era el mejor hematólogo/oncólogo pediátrico del país, pues lo avalaba el certificado de la Junta Americana de Pediatría, ya que los cuatro últimos años de carrera los hizo en América. Por eso era el mejor en su campo, y que ella no lo quisiera como médico lo dejaba atónito y golpeaba su ego.

—¿No quiere que atienda a su hijo? —Ella volvió a rechazarlo con un movimiento de cabeza—. Entonces ¿qué es lo que quiere de mí? —preguntó desconcertado.

—Solo necesito su médula ósea. Sé que pido demasiado siendo una completa desconocida, pero es usted mi última esperanza.

Él se levantó del sofá como si lo hubieran empujado, de un brinco, y empezó a caminar nervioso.

—¡¡¿Qué?! ¡Está usted loca, ¿verdad?! ¡¿Cree que puede entrar en mi despacho y pedirme médula ósea como el que pide una barra de pan?! ¡¿Qué se ha creído que es esto, un juego?! —De pronto la miró muy serio y le preguntó—: ¿Dónde está?

—¿El qué? —preguntó ella a su vez confusa.

—La cámara.

—¿Qué cámara?

—Esto debe ser una cámara oculta y no tiene ninguna gracia. —Se acercó

a ella y le dijo—: O puede ser una periodista. Deme el bolso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si no me da el bolso inmediatamente, llamaré a seguridad para que la saquen a patadas.

Laura, por miedo a no poder seguir hablando con él, hizo lo que le pedía. Él sacó una carpeta, que dejó en la mesa, y después lo puso bocabajo para vaciarlo. Una vez estuvo todo esparcido en la mesa, empezó a analizar el bolso por si tenía algo sujeto o pegado a él, y después miró con detenimiento los objetos que estaban en la mesa. A continuación, le ordenó:

—Levántese y alce los brazos.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a cachearla para comprobar que no es usted una periodista y que no lleva un micro o una cámara oculta.

—Pero...

—Eso o llamo a los de seguridad, usted elige. Y dé gracias a Dios que soy muy curioso y necesito saber hasta dónde es usted capaz de llegar con esta historia, si no, ya estaría de patitas en la calle.

Laura se levantó del sofá, levantó los brazos y cerró los ojos, sonrojada. Esa muestra de rubor lo hizo dudar, pero sabía hasta dónde podía llegar la prensa para obtener una buena exclusiva. Sin dudarle, se acercó a ella y empezó a palparle los brazos. Muy despacio, llegó hasta los hombros, para después acariciar sus costados, las caderas y subir por su abdomen. Cuando sintió sus manos en sus pechos, le suplicó con un hilo de voz:

—Por favor...

—Lo siento, pero tengo que estar seguro si quiere que siga escuchándola.

—Está bien, pero dese prisa, por favor, esto es muy humillante.

Él quitó las manos de su busto y se puso detrás de ella.

—Intentaré darme prisa —le dijo al oído. Después acarició su espalda, volvió a palpar sus caderas y pasó lentamente las manos por su trasero. Al sentir cómo ella apretaba el culo por su contacto, curvó los labios en una sonrisa. Se agachó para continuar con su registro por las piernas, donde esperaba encontrar algo que le demostrara que estaba mintiendo y que solo era una periodista dispuesta a cualquier cosa por unos minutos de gloria. Cuando llegó a los tobillos, volvió a ordenarle—: Abra las piernas.

—Le juro que...

—¡Abra las piernas! —repitió con seriedad.

Ella respiró profundamente y separó las piernas, maldiciéndose por

haberse puesto falda cuando su primera intención había sido ir en vaqueros. Pero quería causar una buena impresión y se había puesto un vestido de manga larga, por encima de las rodillas muy elegante, para parecer una mujer madura y decidida acostumbrada a tratar con gente tan importante como él. Pero en esos momentos parecía una chiquilla asustada que no podía dejar de temblar.

Cuando subió las manos acariciando la parte interna de sus muslos, sintió cómo a ella se le ponía la carne de gallina y por un momento deseó que no llevara medias para poder disfrutar de su contacto. Al llegar a sus ingles ella dio un brinco y eso le hizo reaccionar. Quitó las manos de sus piernas y se levantó rápidamente, necesitaba salir de ese extraño embrujo en el que esa mujer lo había envuelto.

—Está bien, ahora que he comprobado que no lleva ni micros ni cámaras, puede seguir pidiéndome mi médula ósea. Eso sí, le voy a advertir que debe usted ser lo bastante convincente para que pueda llegar a pensar en la posibilidad de complacerla —habló con un tono burlón en la voz.

Estaba jugando con ella y Laura lo sabía, pero lo consentiría solo para que la escuchara y no la sacara de su despacho. Le había costado mucho llegar hasta él y no iba a perder esa oportunidad por nada del mundo.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

Al escucharla, él sonrió sarcásticamente.

—Si es usted capaz de pedirme médula ósea, ¿por qué me está pidiendo permiso para hacerme una pregunta? Es usted muy extraña, ¿lo sabía? Pero me muero de curiosidad, por favor, hágame esa pregunta.

Su sarcasmo la estaba poniendo histérica, pues lo veía inaccesible y sabía que ese hombre frío y malhumorado no estaría dispuesto a ayudar a su hijo.

—¿Su sangre es AB? —preguntó muy nerviosa.

—¿Por qué? ¿También va a pedirme mi sangre? ¿Es usted vampiro?

—Mire, doctor Román, esto no es un juego, y si no va a tomarse este asunto en serio, será mejor que me marche... —De repente enmudeció al darse cuenta del error que acababa de cometer.

—Está bien, váyase, yo no le pedí que viniera. —Se dirigió hasta la puerta, la abrió y la invitó a salir con un movimiento de cabeza—: ¿A qué está esperando? Márchese.

—Aún no ha contestado a mi pregunta —dijo con un hilo de voz esperando que no la sacara a patadas.

Él, resoplando porque estaba cansado de esa situación, le contestó con

muy mala leche.

—Sí, mi sangre es AB, una sangre rara y difícil de encontrar. Ahora, si he saciado su curiosidad y ha terminado, puede marcharse. Estoy cansado de todo esto.

Ella, como si no hubiera escuchado su último comentario, se dejó caer en el sofá de nuevo como si todas sus fuerzas la hubieran abandonado.

—No tiene ni idea de lo difícil que puede llegar a ser. Cada vez que mi hijo necesitaba una transfusión rezaba a Dios para que encontraran un donante que tuviera AB y así poder alargarle la vida unas semanas más. No podía dormir ni comer hasta que me decían que había una nueva oportunidad.

Al verla destrozada, cerró la puerta y se sentó a su lado otra vez.

—¿Por eso está aquí? ¿Por eso me ha pedido mi médula ósea? ¿Porque mi sangre es AB como la de su hijo? ¿De verdad cree que simplemente por tener la misma sangre podemos ser compatibles? Y ni siquiera le voy a preguntar cómo ha conseguido esos datos sobre mí, porque prefiero no saberlo.

—No, no es solo eso. Antes de llegar tenía mis dudas, no estaba segura, pero después de verle, sé que es usted la única persona que puede salvar a mi hijo.

—¿Por qué está tan segura?

—Porque es igualito que usted, sus ojos, su nariz, su boca. Incluso ese hoyuelo que tiene en la barbilla, él también lo tiene. Son como dos gotas de agua, por eso sé que usted es la única persona que puede salvarlo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó confuso.

—Usted es el padre biológico de mi hijo, y por esa misma razón no puede negarle su médula. —Él volvió a levantarse del sofá de un brinco.

—Definitivamente está usted loca, ¿no cree que si me hubiera acostado con usted lo recordaría?

—Usted y yo nunca hemos mantenido relaciones.

—¡¡Nooo, desde luego, no hace falta que me lo jure!! —Estaba dando vueltas por el despacho muy enfadado—. Mire, esto es la gota que colma el vaso. Ahora, por favor, le ruego que salga de mi despacho.

—¿Nunca ha hecho usted una donación en un banco de esperma?

Él se quedó parado y la miró muy fijamente, después le dedicó una sonrisa sarcástica.

—No sé cómo se ha llegado usted a enterar de algo así, pero no cuela. He de reconocer que tiene mucha imaginación, pero pretender que crea que ese

niño es mío porque una vez done esperma es muy fuerte.

—¿Usted donó esperma sí o no?

—Sí, pero...

—Entonces ¿por qué está tan seguro de que no puede ser su hijo?

—¡Porque hace casi veinte años que cometí esa estupidez! Y ahora quiere usted hacerme creer que han tenido mi semen congelado, ¿cuántos años, quince?, para inseminarla a usted con él. ¿De verdad me cree tan estúpido?

Laura, harta de tanta discusión, se levantó del sofá y lo enfrentó con la mirada, estaba muy alterada por su incompreensión.

—¡¡Sí!! ¡Es usted un estúpido si cree que yo estaría aquí rogándole y perdiendo mi tiempo mientras mi hijo se muere! ¡Y no me importan los años que tuvieron su semen congelado y por qué después de tanto tiempo decidieron sacarlo y utilizarlo conmigo! ¡Lo único que me importa es que puede ser usted la única persona compatible con mi hijo! ¡Por eso estoy aquí aguantando todas sus humillaciones e insultos, cuando lo único que me apetece es abofetearle por ser tan sumamente arrogante y desagradable! Ahora, si me disculpa, voy a marcharme, porque de lo contrario cometeré un asesinato. Ya no hay nada que pueda hacer ni decir para hacerle entrar en razón, se me han agotado los argumentos. En esa carpeta que tiene en la mesa están todos los informes, solo espero que tenga la amabilidad de leerlos y así darle una oportunidad a su hijo. Si aun así sigue dudando, hágase una prueba de ADN y compárela con la del niño, que también tiene en esa carpeta. Ya no le molesto más, buenas noches. Y muchas gracias por su amabilidad —dijo sarcásticamente.

Abatida y llorosa, se dirigió hacia la puerta, pero las fuerzas la abandonaron por completo y tuvo que agarrarse al picaporte y apoyarse en la puerta para no caer al suelo desfallecida. Al verla en ese estado, él inmediatamente se acercó a su lado y la cogió del brazo, Laura se soltó de un tirón y se puso recta ante él con un último esfuerzo.

—Siéntese un momento, está...

—No me toque, quiero marcharme.

—No puedo dejar que se vaya así.

—Qué le importa lo que me suceda, si no es capaz de sentir compasión por un niño.

—Mire, yo...

—Déjeme ir, por favor.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y él empezaba a sentirse como un miserable. De repente se abrió la puerta y Laura tuvo que apartarse para que

no la golpeará, pero perdió pie y cayó hacia atrás. El doctor Román, para evitar que terminara en el suelo, la recibió entre sus brazos y la sujetó por la cintura, y justo en ese momento una rubia despampanante entró en el despacho. Parecía mayor, pero se conservaba muy bien gracias a la cirugía, y era muy hermosa y elegante. Laura se alejó de él con rapidez, pues la mirada que le dedicó esa mujer era tan fría que hizo que se le congelara la respiración.

—¿Qué haces en los brazos de mi marido? —le preguntó con arrogancia y después se dirigió a él—. ¿Otra de tus fulanas? ¿Tengo que preocuparme?

—Patricia, no empecemos, por favor.

Laura salió corriendo del despacho y se dirigió al ascensor, que aún estaba abierto, mientras oía cómo él la llamaba. Al apretar el botón de bajada se giró y entonces fue cuando lo vio acercarse a ella.

—Espere, tenemos que hablar...

—Ya hemos hablado bastante, no me quedan palabras —dijo con un hilo de voz limpiándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

La puerta del ascensor se cerró, pero Laura pudo oírle decir, mientras golpeaba con fuerza la puerta que se cerraba en sus narices sin darle tiempo a entrar:

—¡¡¡Joder!!!

—¿Qué está pasando? ¿Quién es esa mujer?

—Ahora no, Patricia, por favor. —Él volvió a su despacho y le dijo a su mujer antes de cerrar la puerta—. Vete a casa y no me esperes, voy a quedarme toda la noche trabajando.

Cuando le cerró la puerta en las narices, Patricia se dirigió muy enfadada a su secretaria.

—¿Quién era esa mujer?

Inma, que así se llamaba la secretaria, le contó todo lo que había pasado con Laura y los guardias de seguridad.

—Lleva mucho tiempo intentando ver a su marido, pero ya sabe cómo soy yo, siempre dándoles largas. Pero hoy se ha presentado aquí y no he podido hacer nada. ¡Está loca!

—Me tranquiliza saber que es una de esas madres pesadas que mortifican a mi marido porque sus hijos agonizan. Me voy, no quiero enfadarlo más de lo que ya está. Buenas noches, Inma.

—Buenas noches, señora. —Nada más despedir a Patricia sonó el interfono e Inma acudió rápidamente a contestar—. ¿Sí, doctor?

—¿Se ha marchado mi mujer?

—Sí, doctor. ¿Quiere algo?

—Sí, pídemela cena en la cafetería. Cenaré en mi despacho. Y después puedes irte a casa.

—Sí, doctor.

Respirando profundamente para tranquilizarse, el médico se sentó y cogió la carpeta que Laura había dejado en la mesa, esa misma carpeta que él había sacado de su bolso cuando la había acusado de ser una periodista infiltrada. Sonrió al darse cuenta de lo mucho que le había gustado cachearla, cómo ella se había ruborizado y cerrado los ojos al sentir sus manos en su cuerpo, y cómo se le había erizado la piel al acariciar sus muslos. Sacudió la cabeza y se concentró en los papeles para dejar de pensar en ella.

Nada más leer el encabezamiento de los informes, se dio cuenta de que en ese hospital estuvo haciendo unas prácticas hacía casi veinte años y un escalofrío recorrió su cuerpo. Todos sus recuerdos le golpearon como un mazo, pues se vio con veintidós años en esa sala fría, masturbándose para donar su semen por una estúpida apuesta con los estúpidos de sus amigos.

Se sentía fatal por haber tratado a esa mujer como lo había hecho. Tenía que volver a verla para disculparse.



Capítulo 14

Al día siguiente Laura estaba preparando la maleta muy deprimida. Todos sus esfuerzos, sus ilusiones y sus esperanzas habían desaparecido, toda posibilidad de salvar a su hijo se había esfumado. ¿Y por qué? Porque al estúpido y arrogante de su padre biológico no le daba la gana creer una sola palabra de lo que ella le había contado, y estaba segura de que ni siquiera se había tomado la molestia de leer los informes que le había dejado. Así que, con el corazón destrozado, abandonó el hotel deseando que ocurriera un milagro y que el señor se la llevara con él antes de que muriera su hijo, porque no podría soportar la vida sin él.

Marcos se había quedado dormido leyendo los informes y, cuando se despertó, miró el reloj. Eran las nueve menos diez y pegó un salto del sofá. Tenía que arreglarse y salir directo hacia el hotel donde se alojaba Laura, pues sentía la necesidad de verla y disculparse. Desde que había empezado a leer esos informes, la posibilidad de que fuera su hijo cada vez le resultaba más evidente.

El hospital, la ciudad donde él cursó un año de voluntariado, los papeles que Diego le había dado a Laura donde se confirmaban el día y la hora en los que él dejó su muestra, y los documentos que rellenó y firmó para ser donante de esperma. Incluso ese niño tenía el mismo tipo sanguíneo que él, AB. Todo estaba allí y él había sido tan estúpido que no solo no la había escuchado, sino que además se había burlado de ella, la había humillado, gritado, insultado y echado de su despacho. Podía recordar su cara en el ascensor llena de lágrimas y esa voz rota de dolor diciéndole: «Ya hemos hablado bastante, no me quedan palabras». Esa mujer estaba destrozada por todo lo que le estaba pasando a su hijo y él se sentía como un miserable por el modo en que la había tratado.

Después de ducharse y cambiarse de ropa salió de su despacho y se dirigió a su secretaria, que acababa de llegar.

—Anula todas mis citas.

—¿Todas?!!

—Sí, todas. Voy a salir y no sé cuándo volveré.

—¿Ha pasado la noche aquí?

—Sí. ¿Puedes llamar para que arreglen el cuarto de baño y lleven mi ropa a la lavandería?

En el cuarto de baño tenía un pequeño vestidor con ropa y todo lo necesario para cambiarse, ya que muchas noches las pasaba en el hospital.

Bajó al garaje y se dirigió al hotel donde se alojaba Laura. Le había hecho mucha gracia ver al final de todos los informes una nota para él donde decía:

*Estaré en el hotel Regina. Si tiene alguna
duda, búsqume allí o llámeme a este teléfono.*

Un saludo, Laura.

P. D.: Sea usted mi héroe,

le estaré eternamente agradecida.

Recordaba haberse reído al ver esa nota y leer la posdata, y estaba decidido a ser su héroe.

Cuando llegó al hotel, eran las diez menos cuarto; se dirigió al mostrador de recepción y preguntó por ella.

—Buenos días, ¿podría decirle a la señora Salinas que estoy aquí?

—Será un placer, ¿a quién debo anunciar?

—Soy el doctor Román.

—Un momento, por favor. —cuando la recepcionista cogió el libro de inscripciones y miró para ver la habitación, le dijo—; Lo siento, pero la señora Salinas ya ha abandonado el hotel.

—¿Por qué tan pronto?

—No lo sé. Ayer llegó y parecía muy decaída; con lágrimas en los ojos, me pidió que le adelantara el vuelo y después subió a la habitación, y ni siquiera bajo a cenar.

Él sintió una punzada en el pecho al contarle la recepcionista toda esa historia y se sintió culpable del malestar y la tristeza de Laura.

—¿A qué hora salía su vuelo?

—A las once.

—¡Joder! No sé si me va a dar tiempo.

Salió como alma que lleva el diablo llamándola al móvil, pero era inútil, lo tenía apagado. Conducía como un loco ya que a esas horas el tráfico era imposible y tardaría una media hora en llegar, y si el avión salía a las once, lo más probable era que cuando él llegara, ella ya hubiera embarcado. Lo tenía muy difícil, pero debía intentarlo, ya que de lo contrario le tocaría viajar a Valencia, algo bastante complicado por sus compromisos y sus pacientes, a los que no podía abandonar.

Al llegar al aeropuerto dejó el coche en la puerta y salió corriendo al mostrador de información. Cuando le indicaron a qué puerta de embarque debía dirigirse, fue veloz hasta allí y le preguntó por ella a la azafata, que le contestó:

—Lo siento, señor, pero los pasajeros ya han embarcado y no puedo dejarle pasar.

—¿Cuánto falta para que despegue?

—Quince minutos.

—Verá, señorita, soy médico y la vida de un niño está en juego. Si usted

fuera tan amable de mandar un mensaje a la señora Salinas, estoy seguro de que ese niño tendría muchas posibilidades de salvarse. ¿Me haría usted ese favor? La vida de ese niño depende solo de usted. —La forma en la que le sonreía y esa mirada tan fascinante hizo que la azafata cayera rendida a sus pies, como les pasaba a casi todas las mujeres a las que miraba.

—Lo intentaré, pero no le prometo nada.

—Estoy seguro de que podrá conseguirlo. —Volvió a sonreírle para que pusiera todo su empeño en ello.

La azafata descolgó el telefonillo, se puso en contacto con la cabina de mando y le explicó al piloto lo que el doctor acababa de decirle, guiñándole un ojo mientras lo hacía, coqueteando con él. También le dio un mensaje de su parte para Laura.

Después de embarcar y de sentarse en su asiento, Laura sacó un pañuelo del bolso, pues las lágrimas volvían a asomar por sus ojos. Estaba tan deprimida que quería convertirse en cenizas y desaparecer, no sabía si sería capaz de volver a mirar a su hijo y mantenerse serena ante él, pues sentía que le había fallado. Lo había dejado solo para buscar a esa persona que podía salvarlo y convencerlo para que lo ayudara, pero no había conseguido nada, excepto perder el tiempo y darse cuenta de que en el mundo no quedaban personas buenas de corazón capaces de hacer cualquier cosa para salvar la vida de un niño que aún no había empezado a vivir.

Pero ¿qué podía esperar de un extraño? Su marido ya le había advertido que era inútil que fuera a pedirle ayuda a un desconocido. Al pensar en eso recordó la última discusión con Héctor, cuando estaba preparando la maleta para irse a Madrid a buscar al padre de Hugo.

—Estás cometiendo un error, no puedes ir a buscar a ese hombre.

—Es la única oportunidad que tiene nuestro hijo, y nada me va a impedir que vaya a buscarlo. Si él es la cura para nuestro hijo, lo traeré, aunque sea a rastras.

—¿Cuántas veces le has llamado? ¿Cuántas veces va a tener que decirte que no puede atenderte?

—Muchas, muchas veces su secretaria me ha dicho que el doctor Román no puede atenderme, por eso esta vez me lo tendrá que decir él mismo y en mi cara. Solo así podré decirme a mí misma que lo he intentado todo, solo así

podré decirme a mí misma que tengo que resignarme y ver morir a mi hijo.

—Laura, por favor...

—No insistas, solo te pido que estos dos días que voy a estar fuera tengas tiempo para tu hijo y estés con él, ya sabes lo poco que le gusta estar solo.

—Sí, lo sé, por eso llevo seis meses sin ver a mi mujer.

—No empieces, por favor, y si no me ves es porque no quieres, ya que para ti es más importante tu empresa que tu familia. Tú eres el que no viene a vernos, nosotros siempre estamos en el hospital.

—Sabes que no me refiero a eso —dijo acercándose a ella. La cogió por la cintura y la volvió hacia él—. Desde que el niño cayó enfermo no tienes tiempo para mí, hace más de seis meses que no hacemos el amor.

—Héctor, para, por favor. No tengo ganas de pelear y no tengo tiempo, y mucho menos para esas tonterías.

—¿Hacer el amor con tu marido te parece una tontería?

—No he querido decir eso y lo sabes. Sabes que mientras que Hugo esté ingresado no voy a dejarlo solo en el hospital, me necesita.

—Yo también te necesito, en qué mala hora quisiste tener un hijo.

—¡No vuelvas a decir eso, es tu hijo!

—No. Sabes tan bien como yo que no es mi hijo.

—¿De verdad piensas eso? ¿Por eso no quieres que vaya? ¿Te da igual lo que le pase?

—Sé que ese hombre no moverá un dedo por tu hijo —cada vez que le oía decir «tu hijo» la furia la invadía—, y deberías dejar de luchar. Cuanto más te empeñas en salvarlo, más larga haces su agonía. —Sin poder evitarlo, le dio una bofetada y se alejó de él.

—Si vuelves a decir eso, no volverás a verme. Nunca dejaré de luchar por mi hijo, no soy como tú, que tienes un hijo por ahí perdido y ni siquiera has sido capaz de conocerlo. Que tú seas un insensible no quiere decir que todos los hombres lo sean, que a ti no te gusten los niños no quiere decir que a los demás no les gusten. Solo rezo para que el padre de mi hijo no sea tan insensible como tú y quiera ayudarlo. Ni mi hijo ni yo tenemos la culpa de que tu hermano confundiera las muestras, y si no eres capaz de querer a Hugo porque no es tu hijo, solo tienes que decírmelo y no volveremos a molestarte —le habló muy triste, cerró la maleta y salió por el pasillo.

—No digas eso, yo te quiero —dijo cogiéndola del brazo antes de que saliera por la puerta.

—Sí, puede que me quieras, pero si no quieres a mi hijo no puedes

tenerme a mí, los dos vamos en el mismo lote. Y me he dado cuenta de que desde que supiste que Hugo no es hijo tuyo lo rechazas.

—No es por eso.

—No. Entonces ¿qué es?

—Desde que el niño enfermó yo he perdido a mi mujer, eso es lo que me cabrea.

—Pues tienes que entender una cosa, que antes de mujer soy madre y no abandonaré ese hospital hasta que mi hijo salga de él. Y si tú me hubieras apoyado desde un principio puede que yo hubiera tenido más tiempo para ti. Ahora, por favor, suéltame, el taxi me espera.

Después de recordar esa última conversación con su marido, lo que más le dolía era volver a casa con las manos vacías y tener que admitir que Héctor tenía razón, que a ese hombre le importaba tan poco su hijo como a él mismo.

El sonido de los altavoces la hizo regresar a la realidad y el mensaje que salió de ellos le paralizó el corazón.

—Este mensaje es para la señora Salinas de parte del doctor Román: «Por favor, baja de ese avión y déjame ser tu héroe».

Nada más escuchar el mensaje, Laura se puso en pie y salió al pasillo gritando:

—¡¡Tengo que bajar, por favor, déjenme bajar del avión!!

La posibilidad de que ese hombre pudiera darle una oportunidad a su hijo la hacía querer correr a su lado, necesitaba bajar de ese avión y hablar con él para asegurarse de que no era una alucinación por su parte.

Una azafata se acercó a ella.

—Señora, debe sentarse, estamos a punto de despegar.

—¡¡No!! ¡No voy a sentarme y no pienso despegar, déjeme salir ahora mismo de este avión! ¡Necesito salir de este avión!

El piloto salió de la cabina y le preguntó a la azafata:

—¿Qué está ocurriendo? ¿A qué viene tanto alboroto?

—Esta mujer se ha puesto histérica y dice que quiere bajar del avión.

Laura, con los ojos llenos de lágrimas, le suplicó al piloto:

—Por favor, déjeme bajar, la vida de mi hijo está en peligro y necesito hablar con el doctor Román.

—¿Es usted la señora Salinas? —le preguntó el piloto.

—Sí, soy yo.

—Acabo de hablar con la azafata del mostrador, no se preocupe, el doctor la está esperando. Acompaña a la señora hasta la salida, están

colocando la escalera de nuevo —le ordenó a la azafata, después volvió a dirigirse a Laura—. Espero que su hijo se ponga bien.

—Muchas gracias —dijo eufórica de felicidad y se arrojó a sus brazos para darle dos besos.

Laura estaba muy sorprendida de que ese hombre supiera lo de su hijo, pero no le importaba nada, solo bajar de ese avión y encontrarse con el doctor Román. Eso era lo único que deseaba.

Mientras, el doctor estaba mirando por la ventana de cristal maldiciendo a ese avión que parecía que iba a echar a volar de un momento a otro. No podía ser que después de la que había montado para detenerlo, fuera a despegar sin dejarla bajar. De repente vio cómo volvían a poner la escalera y cómo la puerta del avión se abría. Cuando vio salir a Laura soltó el aire que estaba reteniendo sin darse cuenta y dio gracias a Dios.

La azafata lo acompañó hasta la puerta de embarque y cuando la vio aparecer le dedicó una sonrisa maravillosa, que consiguió que el corazón de Laura palpitara de alegría, pues con esa sonrisa no podían ser malas noticias. Por fin empezaba a ver la luz y daba gracias a Dios por escuchar sus plegarias. Al llegar a su lado y sin poder evitarlo, se colgó de su cuello y se echó a llorar. Habían sido las horas más angustiosas de su vida y necesitaba un poco de consuelo, aunque fuera de un extraño. Él la abrazó y le susurró al oído:

—Le pido perdón por ser tan estúpido, pero desde este mismo instante le prometo que voy a hacer hasta lo imposible para salvar a su hijo.

—Gra-gracias por venir, gracias por esta oportunidad, gra-gracias por querer ser mi héroe. —Se apartó de él, se secó las lágrimas y, mirándole a los ojos, añadió—: Yo también debería disculparme por todas las cosas que le dije y por pedirle su médula así, tan bruscamente.

—Eso ya pasó, ahora será mejor que nos tranquilicemos un poco. —Miró a la azafata y se dirigió a ella—: Muchas gracias por todo, señorita.

—De nada, ha sido un placer poder ayudarle —confesó la joven con cara de boba—. Solo espero que su hijo se recupere —le dijo esta vez a Laura.

—Gracias, muchas gracias.

—¡Vámonos! —exclamó pasándole el brazo por los hombros a Laura.

—¿Dónde vamos?

—A mi apartamento, allí podremos hablar tranquilos sin que nadie nos moleste.

—Está bien, pero antes debería pasar por el hotel y reservar una habitación.

—No es necesario, puede quedarse en mi apartamento.

—Pero yo no...

—Tranquila, yo no dormiré en él.

—¿Y dónde dormirá?

—En mi casa. —Ella lo miró extrañada—. Yo vivo en casa con mi mujer, el apartamento lo utilizo cuando quiero estar solo y necesito evadirme, poca gente sabe de su existencia.

—¡Ah! Le entiendo.

Inmediatamente se dio cuenta de que ese apartamento lo usaba de picadero, y lo imaginó diminuto y con una cama enorme, que sería lo único que usaba. Pero decidió no decir nada para no incomodarlo, y tampoco quería juzgarlo. Iría a ese apartamento y haría cualquier cosa que él le pidiera sin rechistar con tal de que cumpliera la promesa que acababa de hacerle.

—¡Joder! —lo escuchó maldecir y lo miró asustada—. La grúa se ha llevado mi coche.

—¡Oh, Dios mío, lo siento!

—Está bien, no pasa nada, subamos a un taxi.

Cuando subieron y él dio la dirección al taxista, ella volvió a disculparse.

—Siento mucho lo de su coche.

—No importa, no debí dejarlo donde lo dejé, pero no tenía otra opción. Si me hubiera parado a buscar aparcamiento, ahora mismo no estaríamos aquí.

—Gracias —dijo sabiendo que si no hubiera abandonado su coche no la hubiera podido encontrar.

—No hay de qué. Eso sí, la próxima vez que volvamos a vernos espero que el encuentro no sea tan espectacular como los dos que hemos tenido.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que usted no entre en mi despacho a punta de pistola y que yo no tenga que secuestrar un avión. —A ella le dio la risa y él se rio con ella.

—La verdad es que tiene usted razón, los dos han sido muy desastrosos. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Usted habló con el piloto del avión?

—Pues sí, tenía que hacer que bajaras de ese avión y convencí a la azafata del mostrador para que me dejara hablar con el piloto, ya que el único que podía conseguir que volvieran a poner la escalera era él.

—¿Y qué le dijo para convencerlo?

—Que había sido un estúpido y que la vida de tu hijo estaba en juego, y que solo podría salvarlo si conseguía hablar contigo y hacerte bajar de ese avión. Que te diera un mensaje y que tu decidirías si bajabas o no. Y parece que dio resultado porque aquí estás.

—¡Bueno!, ¿qué mujer podría resistirse a su héroe? —bromeó, haciéndole reír.

—¿Podemos empezar de nuevo?

—¿A qué se refiere?

De pronto él levantó su mano y le dijo, ofreciéndosela como saludo:

—Soy Marcos y es un placer conocerte. Y, por favor, tutéame. —Ella le sonrió y aceptó su mano en un cálido apretón.

—Yo soy Laura y el placer es mío. —Cuando fueron a darse dos besos movieron la cabeza en el mismo sentido, sus narices tropezaron y se dieron un coscorrón con la frente que provocó que se rieran a carcajadas—. Creo que nuestro destino está marcado y nuestros encuentros seguirán siendo desastrosos.

—Entonces tendremos que buscar una solución. —Cogió su barbilla para que no se moviera y le dio dos besos que la dejaron pasmada. Después le susurró—: ¿Ves?, todo se puede arreglar. —Laura se perdió en esos ojos tan fascinantes y se puso triste de golpe. Marcos, al ver el cambio en ella, le preguntó—: ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan triste de repente?

—Lo siento, son tus ojos.

—¿Mis ojos te ponen triste? —Estaba confuso—. Eres la primera que me dice eso, normalmente a las mujeres es lo que más les gusta de mí.

—¡Oh, no, lo siento! No quise decir eso, tus ojos son muy bonitos y me encantan.

—Vaya, menos mal, ya me estaba preocupando —bromeó.

—Es que me recuerdan a mi hijo, por eso al mirarlos me he puesto triste.

—¿Tu hijo tiene los mismos ojos que yo?

—Sí, igualitos. —Esta vez sonrió al mirarlo a los ojos—. El derecho es azul cielo y el izquierdo, verde mar.

—Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Por qué no? Eres su padre. —Nada más decir eso se dio cuenta de su

error—. Lo siento, discúlpame. No volveré a decirlo, nadie tiene por qué saberlo, y te puedo asegurar que no tienes que sentirte obligado a nada con él, él tiene a su padre y nunca va a ser una carga para ti. No voy a pedirte que lo reconozcas ni que lo mantengas, ninguno vamos a interferir en tu vida, y cuando todo esto termine, nos iremos y no tendrás que vernos nunca más. Eso sí, yo te estaré eternamente agradecida por el resto de mis días y si alguna vez necesitas algo de mí, lo que sea, no importa, podrás contar siempre conmigo.

—Pues te lo agradezco, porque la verdad es que no sé si estoy preparado para ser padre.

—Tú no tienes que ser padre, solo nuestro héroe.

El taxista paró el coche y anunció:

—Ya hemos llegado.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Laura al bajar del taxi—. ¡¡Mis maletas!!

Al ver su expresión, Marcos no pudo evitar reírse, parecía una niña que acabara de perder su muñeca preferida.

—No te preocupes, solo tienes que llamar por teléfono, explicar lo que ha pasado, dar esta dirección y te las mandarán aquí.

—Pero mientras tanto ¿qué voy a hacer? Solo llevo lo puesto.

—Ven, iremos de compras. —Volvió a pasarle el brazo por los hombros y la llevó dos calles más abajo—. Aquí podrás encontrar todo lo que necesites.

Nada más dar la vuelta a la esquina vio unos grandes almacenes e inmediatamente entendió por qué había dicho eso. Entraron y Laura, sin decir nada, se dirigió a la dependienta y le pidió lo que necesitaba para su aseo personal. Después subieron a la planta alta para comprar algo de ropa. Marcos no dejaba de mirarla sorprendido, pues ella no se detenía a mirar modelitos ni a probarse nada como la mayoría de las mujeres, ella solo comprobaba las tallas y, con prisa, cogió lo imprescindible, como había hecho antes: dos pantalones, un par de jerséis, dos camisas, unas mallas y un par de zapatos cómodos. En la zona de ropa femenina escogió dos sencillos conjuntos de ropa interior y cuando Marcos vio el camisón que había cogido, un extraño anhelo lo embargó.

Laura se negó a que él pagara y cuando tuvo todo lo que necesitaba, salieron y se dirigieron al apartamento.

Una vez llegaron, ella se quedó muy sorprendida. La finca era muy lujosa y moderna, y descartó de su cabeza el picadero diminuto que se había imaginado.

Al entrar el conserje apareció y les dio la bienvenida; era un hombre mayor y muy bien uniformado.

—Buenos días, señor. ¿Quiere que le ayude con las bolsas?

—No, Fernando, gracias, podemos solos. ¿Alguna novedad?

—No, señor, todo tranquilo —le informó abriéndole la puerta del ascensor.

—Te presento a la señora Salinas, va a instalarse unos días en mi apartamento. Espero que cuides muy bien de ella.

—Por supuesto, señor. Es un placer, señora, bienvenida —dijo a Laura.

—Gracias, para mí también es un placer, Fernando.

—Hasta luego —se despidió Marcos y cerró la puerta.

Marcos sacó una llave del bolsillo y la metió en una de las cerraduras que había sobre los botones del panel del ascensor. Sin hacer ninguna parada, llegaron hasta el último piso y, al abrirse la puerta, Laura se quedó alucinada.

—¿No te da miedo que cualquiera entre por ese ascensor? —preguntó cuando las puertas de este se cerraron detrás de ellos.

Mientras hablaba Marcos se quitó la cazadora y la dejó en una percha, e hizo lo mismo con la chaqueta de Laura y con las bolsas.

—No. Solo se puede acceder con llave, y yo soy el único que la tiene.

—Vale, eso me deja más tranquila. —Sonrió arrancándole una sonrisa a él.

La entrada daba directamente a un gran salón, donde se veía una gran rinconera de piel blanca, enfrente una televisión gigantesca colgaba de la pared y en el otro lado una chimenea artificial empotrada en una pared toda de azulejo de cara vista marrón oscuro, que contrastaba con el color beis del resto de la estancia. Todo era fino y elegante, y en nada se parecía al picadero que ella había imaginado.

Unos reflejos en el techo llamaron su atención y, al mirar hacia arriba, se quedó con la boca abierta.

—¿Eso es una piscina? —preguntó incrédula—. ¿Hay una piscina encima de nuestras cabezas?

—Sí.

—¡Dios! ¿Y no te da repelús ver a la gente bañarse?

Marcos empezó a reírse a carcajadas al ver su cara de espanto.

—No, es privada.

—¿Qué quieres decir, que es tuya? ¿Esto es un ático?

—Sí.

—¡Vaya con el apartamento! Creo que acabo de enamorarme —dijo haciéndole reír de nuevo—. Ahora comprendo por qué vienes aquí a desconectar, yo podría pasarme la vida evadiéndome en este apartamento. Qué lástima, si fuera verano, te pediría permiso para usarla.

—Mientras estés aquí puedes usar lo que quieras, incluyendo la piscina.

—¿Podemos subir a verla?

—Sí.

Atravesaron el salón y llegaron a un pasillo en el que había dos puertas, una daba a la cocina y otra al baño, y una escalera. Subieron y Laura se encontró en un pequeño recibidor en el que había tres puertas. Marcos abrió una de ellas.

—Esta será tu habitación —le informó.

El dormitorio era bastante grande y muy moderno, y tenía un gran ventanal que daba a la terraza. Después le enseñó otro cuarto de baño y abrió la última puerta. Laura se encontró en la habitación de Marcos, donde una cama gigantesca ocupaba media habitación. La colcha negra resaltaba con el blanco impoluto de las paredes y las puertas de espejo de un gran armario reflejaban unas cortinas gris perla, que Marcos abrió dejando al descubierto un ventanal.

—Puedes salir.

En el exterior se quedó aún más alucinada que al ver la piscina encima del comedor, pues la mitad de la terraza estaba cerrada como un invernadero, ya que la piscina era climatizada y en invierno se montaba esa especie de invernadero para mantenerla caliente, los meses de verano se desmontaba y quedaba al aire libre.

—Es increíble. ¿Lo que has dicho antes iba en serio? ¿Puedo usarla?

—Sí.

—¿Por qué está a ras de suelo? Se supone que abajo está el salón.

—Entre piso y piso hay un doble fondo.

—¡Ah! Es alucinante. ¿Por eso al subir las escaleras parecía que subías dos pisos?

—Exacto, chica lista. Y ahora que lo has visto todo, ¿quieres que pida algo de comer y nos ponemos a hablar de lo que vamos a hacer con tu hijo?

—Sí, por favor.

—¿Te gusta la comida japonesa?

—Sí.

Mientras él pedía la comida, Laura se sentó en la rinconera y comenzó a observarlo, era la primera vez que se fijaba en él. Era muy alto y delgado, pero a la vez parecía bastante musculoso debajo de esa camisa azul celeste. Los pantalones de pinza negros le quedaban como un guante, ajustados a su cintura estrecha, y marcaban un trasero muy prieto y redondo. Por su cuerpo atlético parecía que practicaba algún tipo de deporte, y dedujo que debía ser natación, pues si no le gustara nadar no tendría una piscina como esa en su propia casa y acondicionada para usarla durante todo el año. Su pelo corto negro azabache se difuminaba en tonos grisáceos como si un baño de canas plateadas quisiera instalarse en él, pero sin lograrlo. Era increíblemente atractivo, con esa nariz recta y pequeña, como la de su hijo, y esos labios finos y curvados encima de ese hoyuelo en la barbilla. Una barba fina y muy bien recortada le daba ese aspecto elegante pero rebelde al mismo tiempo, y, como toque final, esos ojos tan fascinantes. Ese hombre tan sumamente atractivo y con esos ojos tan fascinantes era la causa de que su hijo fuera un niño tremendamente guapo y arrebatador, pues el parecido era asombroso.

Marcos se acercó a ella y se sentó a su lado. Laura lo miró mientras se desabrochaba los primeros botones de la camisa, se remangaba y se quitaba los zapatos, y sonrió.

—¿Te molesta que me ponga cómodo? No soporto los zapatos en casa.

—No, para nada. Esta es tu casa, puedes ponerte como quieras. A mí también me gusta ir descalza y Hugo, en cuanto entra en casa, antes de quitarse la chaqueta se quita los zapatos. Pensaba que lo había heredado de mí, pero veo que es otra manía tuya.

—Lo habrá heredado de los dos. —Al decir eso se quedaron mirándose unos instantes en silencio. El primero en reaccionar fue él preguntándole—: Y tú, ¿no quieres quitarte los zapatos y ponerte cómoda?

—¿Puedo?

—Pues claro, ya te he dicho que mientras estés aquí puedes hacer lo que quieras, estás en tu casa.

—Gracias. —Se levantó del sofá y cogió las bolsas—. Vuelvo enseguida.

Cuando volvió lo hizo con unas mallas, una camiseta con cuello de pico, una coleta de caballo, descalza y con unos calcetines gordos en los pies, todo lo que se acababa de comprar. Él la miró de arriba abajo y se asombró, pues con esa ropa y el pelo recogido, su gran delgadez era más que evidente.

Laura se sorprendió al ver que había encendido la chimenea, ya que la calefacción estaba puesta y el ambiente era muy cálido y acogedor.

—¿Por qué enciendes la chimenea? Ya se está bastante caliente.

—Es artificial, no calienta, solo lo parece. Me gusta mirar el fuego, me relaja y me ayuda a pensar.

—¡Ah! Pues parece muy real —dijo acercándose a ella—, es muy bonita.

—Ven, siéntate, tenemos que hablar.

—Sí, claro, a eso hemos venido. —Se sentó en el sofá con las piernas cruzadas como una niña, lo miró y le explicó—: Quiero que sepas que los días que pases en Valencia para donar la médula, todos tus gastos correrán por mi cuenta. Te alojaré en el mejor hotel, estaré a tu lado mientras te recuperas. Bueno, igual prefieres que esté tu mujer, qué tonta. De todas formas, se hará todo como tú quieras.

—¿Estarás conmigo en todo momento?

—Sí.

—¿Y qué opina tu marido al respecto?

—No me importa lo que opine, desde que todo empiece hasta que termine, mi hijo y tú seréis lo prioritario para mí.

—¡Vaya! Eso me gusta, pero hay un pequeño inconveniente. No puedo irme, no puedo abandonar el hospital y tampoco a mis pacientes.

—¡Jope! —Marcos sonrió ante esa palabra tan infantil—. No había pensado en eso. ¿Puedes hacer la donación y que mi hijo la reciba en Valencia?

—Sí, podría, pero no quiero.

—¿¿Qué?! ¿Por qué no quieres? Creí que estabas dispuesto...

—Tú acudiste a mí, ¿verdad? —Ella asintió con la cabeza—. Entonces déjame hacer las cosas a mi manera. Sé que el médico de Hugo es muy bueno, no voy a discutir eso contigo, pero yo soy el mejor y quiero ocuparme personalmente del caso.

—¿Cómo? Si no puedes ir a Valencia.

—Mañana me ocuparé de que todo esté preparado para cuando él llegue.

—¿Quieres trasladarlo aquí? No, eso no puede ser —dijo muy preocupada.

—¿Por qué no?

—Ya te conté que no puede abandonar el hospital, no puede arriesgarse, cualquier simple virus sería letal para él. No, no puede ser.

Marcos, al ver lo nerviosa que se estaba poniendo, cogió sus manos, la

miró a los ojos y le preguntó:

—Tú me buscaste, ahora necesito saber si puedes confiar en mí.

—Pe... pero...

—¿Confías en mí? —volvió a insistir él.

—Sí, confío en ti, qué remedio me queda. —Marcos se rio al ver su conformismo—. Pero se trata de la vida de mi hijo y un viaje así podría matarlo.

—Tengo el hospital más alucinante de Europa, con los equipos más avanzados. ¿De verdad crees que arriesgaría la vida de tu hijo si no estuviera seguro de que nada le va a pasar? Mandaré un helicóptero a buscarlo con una camilla burbuja.

—¿Qué es una camilla burbuja?

—Una camilla totalmente hermética. Para que tu hijo cogiera un virus, tendría que ser un virus provisto de cañones para poder traspasarla. —Con esa broma la hizo reír—. Aunque puede que un día vayan con armamento, cada vez son más difíciles de controlar los cabrones.

—¡Dios mío! No blasfemes. —Laura no pudo evitar reprenderle y él sonrió.

—Una vez que el niño esté aquí, para que se contagie con algo tendrá que ser porque tú lo permitas.

—¡¿Yo?! ¿Qué podría hacer yo para evitarlo? Los virus están en el aire, por todas partes.

—No. No al menos donde voy a acomodar a tu hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo pondremos en una habitación burbuja. Tengo dos en el hospital. Las hemos usado un par de veces y una de ellas fue con un posible caso de ébola.

—¡Dios mío! Qué miedo. Pero mi hijo no es un paciente infeccioso.

—Lo sé, pero esa habitación sirve tanto para los infecciosos como para los vulnerables como Hugo. Los virus no pueden salir, pero tampoco pueden entrar.

—¿Y por qué has dicho que solo yo podría permitir que entraran?

—La habitación tiene doble puerta de seguridad, entonces tú serás la responsable de dejar entrar o no a la gente.

—¿Y cómo puedo saber quién puede entrar y quién no?

—Simplemente no dejes entrar a nadie que no sea del hospital. Yo me encargaré de que todo mi personal sea gente de confianza, nadie que tenga un simple resfriado entrará en esa habitación si no quiere ser despedido.

—Eso me tranquiliza. Cuando a veces entra en la habitación de Hugo una enfermera y se pone a toser o a estornudar, me dan ganas de darle una patada en el culo y sacarla a trompicones.

—Es comprensible. Yo te puedo asegurar que ningún virus atravesará esa habitación.

—¡Qué guay! Me gusta esa habitación —dijo contenta haciéndole reír—, creo que ahora estoy un poco más tranquila.

—¡Joder! ¿Solo un poco?

—¡No blasfemes! Y sí, solo un poco, porque hasta que mi hijo no esté en esa habitación, no podré volver a respirar.

—Tu hijo estará en esa habitación sin ningún problema, ya lo veras.

—Dios te oiga.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—Siempre tienes a Dios en la boca y cada vez que digo una palabrota te escandalizas y gritas: «¡No blasfemes!». —A Laura le dio la risa al verla imitarla con esa frase muy típica en ella y que le salía sin darse cuenta cuando escuchaba una palabrota—: ¿Por qué?

—Por costumbre. Me crié en un convento y cada vez que se me escapaba una palabrota, la madre superiora me gritaba: «¡No blasfemes!». Ahora es como una condena, ya que soy yo quien lo dice sin darme cuenta —dijo exagerando las palabras. Marcos se echó a reír—. ¿De qué te ríes?

—Si te criaste en un convento, ¿cómo ibas a decir palabrotas?

—Me crié en un convento, pero también iba al colegio, y allí las oía. Cada vez que se me escapaba una, me daban un tirón de orejas acompañado de la frasecita que ahora repito sin darme cuenta.

—Es muy gracioso. —Se reía a carcajadas—. ¿Y nunca dices palabrotas?

—Sí, jope.

—Eso no es una palabrota —dijo riéndose de nuevo.

—Para mí sí, porque como no podía decir otras sin llevarme un tirón de orejas, me acostumbre a decir esa cuando necesitaba blasfemar. —Él volvió a reírse.

—Eres muy graciosa. —Laura le devolvió la sonrisa—. ¿Por qué te criaste en un convento?

—Me abandonaron en la puerta del convento con apenas una semana de vida, las monjas me cuidaron con la esperanza de que la persona que me había

dejado se arrepintiera y volviera a por mí, pero nunca sucedió. Dos semanas más tarde, la madre superiora decidió adoptarme y viví allí hasta los veinte años.

—¿Por qué, te cansaste de tantos rezos?

—No, si quería seguir allí debía tomar el velo y, como bien me dijo la madre superiora, yo no estaba hecha para el convento.

—Menos mal.

—¿Por qué dices eso?

—Porque hubiera sido un desperdicio, eres demasiado bonita para llevar hábito. —Ella se puso colorada por el cumplido—. Eso sí, estarías mucho mejor con unos cuantos kilos de más. ¿Por qué te hiciste una inseminación artificial? ¿Tu marido tiene algún problema?

—Eso creí yo, pero el problema era mío.

—¿Tuyo?

—Sí. No puedo tener hijos de forma natural.

—¿Y por qué no te inseminaste con el semen de tu marido? ¿Por qué buscaste un donante?

—Hubo un error y se confundieron las muestras.

—¡Joder! —Cuando vio su mirada, se rio—. Está bien, no me lo digas, intentaré no blasfemar delante de ti, aunque va a resultarme muy difícil. —Con ese comentario, la hizo reír—. ¿No denunciaste al inútil que cambió las muestras?

—No, es mi cuñado y no podía hacerle algo así, lo hubiera perdido todo. Total, ya no tenía solución y además me sentía en deuda con él por haberme dado la posibilidad de tener a Hugo, que es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—¿Por qué has dicho que creíste que era tu marido el que no podía tener hijos?

—Por su edad. Yo tenía veintidós años, se suponía que debía estar en la flor de la vida para poder concebir, pero no, el problema era mío.

—¿Cuántos años tenía él?

—Cuarenta.

—¡¡Joder!! Lo siento, no me regañes, pero son muchos años. —A ella le dio la risa—. Si hasta yo sería mayor para ti.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó confusa, ya que parecía bastante más joven que Héctor.

—Treinta y nueve.

—¿Solo tienes nueve años más que yo y te crees mayor para mí?

—No, pero no son pocos, así que casi veinte me parece una barbaridad. ¿Cómo pudiste casarte con un hombre tan mayor? —Ella encogió los hombros.

—Me enamoré, era una cría recién salida del convento y él me impactó con su seguridad y su sabiduría. Era muy guapo y yo en el convento estaba acostumbrada a tratar con gente mayor.

—Y él se aprovechó de tu inocencia, ¿verdad? —Laura no contestó—. ¿Te arrepientes de estar casada con un viejo?

—No digas eso, por favor.

—Está bien, discúlpame, llamémosle maduro.

—Él siempre me ha hecho feliz.

—No has contestado a mi pregunta, y has hablado en pasado.

—No me arrepiento de nada, pero las cosas han cambiado.

—¿Desde que Hugo enfermó? —Ella asintió con la cabeza—. ¿No le gustó saber que no es su hijo?

—No quiero seguir hablando de eso.

Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas al recordar su última discusión.

—Discúlpame, a veces hago demasiadas preguntas, soy un poco cotilla.

—En ese momento sonó el timbre y Marcos se levantó del sofá exclamando—: ¡Nuestra comida!

Mientras él se ocupaba de recoger la comida, Laura no dejaba de pensar por qué. ¿Por qué él le había hecho tantas preguntas personales? ¿Y por qué ella las había contestado? Normalmente no era tan abierta, le costaba mucho hablar de sus cosas, pero con él era tan fácil hablar, él la escuchaba. No como Héctor, que siempre tenía razón y siempre se acababa haciendo lo que él quería, ya que dijera lo que dijera, él siempre sabía lo que era mejor para ella sin ni siquiera escucharla.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando Marcos le ofreció la mano para que se levantara del sofá.

—Ven, ya está todo preparado. Sentémonos. —Laura aceptó su mano y él la acompañó hasta la mesa.

Todos los cuencos estaban abiertos, había sacado dos platos y ningún cubierto, solo estaban los palillos chinos, unas servilletas y vino aireándose

en un decantador.

Él le retiró la silla y después de que Laura se acomodara, se sentó a su lado presidiendo la mesa.

—No te rías de mí —dijo cogiendo los palillos—, se me dan fatal.

—¿Quieres unos cubiertos?

—No, quiero intentarlo. Con mi marido no puedo hacerlo porque cada vez que ve cómo se me cae la comida, me los quita y me dice que deje de hacer el tonto y que con la comida no se juega. Así que acabo siempre comiendo con los cubiertos.

—¡Joder! ¿Te trata como a una niña?

—No blasfemes. —Nada más decir eso se miraron y empezaron a reírse—. Y no, no me trata como a una niña, es solo que se pone nervioso.

—Pues yo no voy a ponerme nervioso, así que te doy permiso para que juegues todo lo que quieras con la comida. —Ella se rio, cogió un trozo de *sushi* e hizo malabarismos con él hasta llevarlo a su boca mientras él se reía.

—¡Uuummm! Está buenísimo.

—Sí, es el mejor restaurante de comida japonesa de todo Madrid.

Con los fideos fue más difícil. Cada vez que se los llevaba a la boca se le doblaban los palillos y se le caían, pero le daba la risa y volvía a intentarlo. Al tercer intento, Marcos se puso de pie y, por encima del respaldo de la silla, cogió sus manos como si fuera a comérselos él. Entonces le puso un puñado en la boca y cuando Laura los probó volvió a gemir de placer al saborearlos.

—¿Ves como no es tan difícil? —le habló al oído.

—Eso es porque tú llevabas los palillos.

—No los coges bien, por eso se te cae la comida. ¿Quieres que te enseñe a cogerlos?

—Sí, por favor.

Marcos acarició su mano y le puso el palillo por encima del dedo índice, después volvió a acariciar su dedo pulgar y lo puso encima sujetando el palillo.

—Este debe estar exactamente en esta posición, y este —cogió el otro palillo y se lo puso en los otros dedos— en esta. Si no los colocas así y haces presión con este, se te acaba cayendo la comida. Imagínate que son unas pinzas y verás cómo es mucho más fácil. Vamos, inténtalo tú sola.

Ella trató de coger un puñado y con mucho cuidado se lo llevó a la boca. Contenta y con la boca llena, levantó la otra mano en señal de victoria, haciéndole reír mientras volvía a sentarse en su sitio.

—Lo conseguí, gracias.

—No tienes por qué dármelas. El mérito es tuyo, yo solo te he dicho cómo tenías que coger los palillos.

—Has sido paciente y eso me ha ayudado —dijo mirándole a los ojos.

De repente se le cayó un mechón de pelo de la coleta y él, sin poder evitarlo, se lo pasó por detrás de la oreja, que acarició suavemente. Laura lo miró a los ojos y, cuando Marcos le sonrió, se perdió en esos ojos tan fascinantes.

El sonido del móvil la hizo volver a la realidad y, colorada por ese momento de enajenación, se levantó y sacó el teléfono de su bolso.

—Es mi marido —explicó al ver la pantalla—. Hola, ¿le pasa algo a Hugo?... ¿Está bien?... ¿Estás con él?... Vaya, parece que tengo que marcharme de la ciudad para que pases unas horas con tu hijo... Ni se te ocurra dejarle solo por la noche, sabes que le da miedo... No, no voy a volver... Sí, conseguí hablar con él... Sí, va a ayudar a Hugo... Pero se hará aquí, en su hospital... No me grites, y no me importa lo que opines, tú nunca estás. Cuando lo sepa, te llamaré. Ahora pásame a mi hijo, por favor... ¡Hola, mi amor!... ¿Cómo estás?... Yo aquí, echándote muchísimo, pero muchííísimos de menos... No, mi cielo, no puedo ir, pero tú vas a venir aquí... Porque aquí pueden curarte... Pues claro que vas a curarte, te lo prometí, te prometí que haría lo que fuera para que te pusieras bien... En helicóptero, ya verás cómo mola... No tienes por qué tener miedo, nada te va a pasar... Hugo, cariño, no puedo acompañarte, esta vez tendrás que ir solo... No, no puedo, solo pueden viajar los médicos... Por favor, tranquilízate, no te pongas nervioso... Hugo, escúchame, concéntrate en mi voz. Eso es, respira. Así. Lo estás haciendo muy bien. No tienes que tener miedo, todo va a salir bien. Te quiero, mi amor... Yo también voy a echarte mucho de menos esta noche.

Marcos la observaba detenidamente. Con su marido había sido fría y parecía enfadada; sin embargo, al hablar con su hijo era todo dulzura, ternura y comprensión, su voz era como una caricia y sus palabras cariñosas lo habían emocionado hasta a él. Pero cuando su hijo se había puesto nervioso al saber que iba a viajar solo, a ella le había entrado el pánico, lo había visto en sus ojos llenos de lágrimas, pero aun así había conseguido calmarlo con unas palabras dulces y enérgicas. Al colgar se limpió las lágrimas.

—Está aterrado al pensar que tiene que subir a un helicóptero solo. Yo siempre estoy a su lado y consigo tranquilizarlo. ¡Dioos! No sé si voy a poder soportarlo. Si se pone nervioso, empieza a fallarle la respiración. ¿Crees que los médicos que lo acompañen sabrán calmarlo? Tal vez sería

mejor que lo sedaran.

No podía dejar de hablar muy deprisa y de moverse de un lado a otro, pues los nervios la consumían. Marcos se levantó y la detuvo cogiéndola por los hombros.

—Tranquilízate, Hugo va a estar bien. Yo mismo voy a ocuparme de que así sea.

—Si algo le pasara, yo... —Los ojos se le volvían a inundar en lágrimas, pero al analizar sus palabras, le preguntó—: ¿Tú estarás en ese helicóptero?

—Sí —confirmó limpiándole las lágrimas—, y espero que tú me acompañes. Ya sabes, por si se pone nervioso.

—¿Estás hablando en serio? —le preguntó con una débil sonrisa—. Los familiares no pueden subir en los vehículos médicos.

—Soy el director, creo que puedo saltarme algunas normas.

—¡Oooh, Dios mío! —le gritó abrazándose a su cuello—. Gracias, gracias, gracias. —Después le dio un beso en la mejilla—. No sé cómo voy a poder pagarte todo lo que estás haciendo por mi hijo y por mí.

—No tienes nada que agradecerme, eso es lo que hacen los héroes, ¿no? —Ella se rio—. ¿Por qué no nos sentamos y terminamos de comer?

—Ahí va, lo siento, se me había olvidado hasta la comida. Qué desastre. Pero sentémonos y sigue comiendo tú, a mí se me han quitado las ganas de comer.

—¡Aaah, no! Tienes que comer o de lo contrario te castigaré y no subirás a ese helicóptero —bromeó haciéndola reír—. No te rías, no estoy bromeando.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó extrañada por su seriedad.

—Sí.

—¿Qué te importa si como o no?

—No hay más que verte para saber que estás muy por debajo de tu peso, y no necesito que nadie me diga que desde que tu hijo cayó enfermo, tú no te has estado alimentado bien. Si te hiciera unos análisis, seguro que me saldría una anemia bastante alta.

—No. Estoy bien, me siento bien y estoy fuerte, si tuviera anemia me encontraría débil.

—Sí, sé que te sientes fuerte, a todas las madres os pasa eso. Cuando vuestros hijos están enfermos, sacáis fuerza de donde no hay, he visto miles de madres así. El problema es que cuando ellos se curan, a vosotras os cae como un mazazo todo lo que habéis estado ocultando por ellos. No querrás que pase

eso, ¿verdad?, porque yo no estoy dispuesto a salvar a tu hijo y después tener que atenderte a ti. Así que no discutas conmigo y come. —Laura lo miró muy extrañada. Parecía que de verdad se preocupaba por su salud y no entendía por qué, ya que acababan de conocerse. Aunque después de todas las cosas que habían pasado entre ellos, tenía la sensación de conocerlo desde siempre, y podría ser que a él le pasara lo mismo—. No me mires así, debe ser deformación profesional, a ningún médico le gusta ver a la gente enferma y parece que vamos a pasar mucho tiempo juntos, así que te quiero sana y fuerte, y no porque lo parezcas, sino porque lo estés.

—Está bien, comeré, doctor. Recuerda que eres mi héroe y puedes pedirme cualquier cosa. Si quieres que coma, lo haré. —Cogió los palillos y se llenó la boca con los fideos.

—¿Cualquier cosa?

—Sí, cualquier cosa. —Sonrió.

—Está bien, lo tendré en cuenta.

Terminaron de comer, recogieron los platos y se sentaron en la rinconera con la copa de vino que les había sobrado.

—¿Puedo pedirte un favor? —le preguntó un poco avergonzada.

—Vaya, te has puesto muy seria, ¿tan grave es?

—Bueno, no tanto como pedirte tu médula —bromeó haciéndole reír.

—Entonces ¿por qué te asusta pedírmelo? —Justo en ese momento le sonó el móvil. Marcos miró la pantalla, pero siguió hablando sin contestar—. Si no he sido capaz de negarte mi médula, no creo que pueda negarte nada, ¿no crees? —Ella lo miró embobada por esas palabras y no pudo evitar sonrojarse.

—No quiero que pienses que quiero aprovecharme de ti.

—Tal vez quiera que te aproveches —soltó con una mirada muy maliciosa. Ella se rio.

—Deja de bromear y coge el móvil, me pone nerviosa.

—No me apetece ahora hablar con nadie, y mucho menos con ella —dijo rechazando la llamada nuevamente—. ¿Por qué crees que estoy bromeando?

—Marcos...

Al ver cómo empezaba a ponerse nerviosa, la cortó sin dejarla terminar de hablar.

—Está bien, ¿qué es lo que quieres?

—A mi hijo le aterran las agujas y no permite que nadie más que yo le pinche. Quería pedirte si puede ser posible que sea yo quien le ponga

cualquier inyección que necesite.

—¿Sabes pinchar y poner vías?

—Soy enfermera.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No me lo preguntaste.

—¿Trabajas en el hospital donde está tu hijo ingresado?

—Trabajaba. Dejé de trabajar cuando tuve a Hugo.

—¿Por qué?

—Porque después de dar a luz y estar con él los cuatro meses de baja, fui incapaz de reincorporarme al trabajo y dejarlo.

—¿Fue una buena elección?

—La mejor que he tomado en mi vida. Pero no me has contestado. ¿Podré ocuparme de sus pinchazos?

—Ya te he dicho que no puedo negarme a tus peticiones, así que podrás ocuparte de él.

—Gracias, me da la impresión de que voy a pasarme el resto de mi vida dándote las gracias. ¿Y cuándo vamos a ir a por mi hijo? Si vas a tardar un poco, yo prefiero adelantarme y esperarte allí, no me gusta dejarlo solo tantos días.

—Aún no hemos hablado de lo más importante.

—¿De qué?

—¿Y si no soy compatible con él? ¿No has pensado en esa posibilidad?

—No, no, por favor, no digas eso. Ni siquiera quiero pensar en eso, tú eres su única esperanza.

—Pero y si...

—¡No! Eso no va a pasar, tú... tú... tú vas a ser su héroe, tú vas a salvarlo. —Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas y Marcos, al ver su angustia, no pudo evitar abrazarla. Laura se apretó fuerte contra su pecho, pues necesitaba sentir su apoyo—. Todo va a salir bien, ya lo verás —trató de tranquilizarse a sí misma.

—Sí, todo va a salir bien. Y si no fuera así, te juro que encontraré un donante para tu hijo y yo mismo le obligaré a que done su médula.

—Gracias.

Cuando se apartó de él y lo miró, ese mechón de pelo volvía a estar sobre sus ojos y Marcos volvió a acariciarlo y a ponérselo detrás de la oreja. Los dos se miraban como si el mundo hubiera desaparecido y, en un impulso, Marcos pasó su mano por la nuca de ella para acercarla hasta su boca, esa

boca que estaba ansiosa por probar la de ella, por fundirse en un beso. Pero cuando sus labios estaban a punto de acariciar los de ella, cuando la vio cerrar los ojos para entregarse a ese beso, su móvil volvió a sonar en el silencio del salón, sorprendiéndolos. Laura se apartó de él y se levantó del sofá nerviosa. Mientras, él contestó a la llamada de muy mala leche.

—¿Qué quieres, Patricia?... No, no estoy en el hospital... Y si ya lo sabías, ¿para qué me lo preguntas?... No lo sé, estoy ocupado, luego te llamo. —Y colgó.

—Será mejor que vayas con tu mujer, ya te he robado demasiado tiempo —dijo avergonzada por lo que había estado a punto de pasar.

—Sí, tienes razón, será mejor que me vaya. —Mientras hablaba se ponía los zapatos y se acomodaba la camisa.

—¿Cuántos días crees que tardarás en tener los resultados? —le preguntó mientras se acercaban hasta el ascensor.

—Mañana me haré el análisis de sangre, supongo que pasado mañana sabremos algo.

—Bien, entonces será mejor que vuelva a Valencia, así podré arreglar unas cosas antes de venir con mi hijo.

—Podrías venir en el helicóptero conmigo.

—No, será mejor que me vaya mañana. Como bien has dicho, voy a estar mucho tiempo aquí y necesito hablar con mi marido, necesito arreglar varias cosas.

—Está bien, como quieras. —Estaban en la puerta del ascensor, él sacó la llave y la puso en la cerradura para que subiera el elevador. Entonces bromeó para quitar esa tensión que se había instalado entre los dos desde que intentara besarla—. Acabas de acompañarme hasta el ascensor, me estás echando de mi apartamento, ¿lo sabías?

—Lo siento, yo... —le dijo sonrojándose de nuevo.

—Es broma, tengo que irme.

—Prométeme que no volverás a intentar besarme —le pidió mientras entraba en el ascensor.

Marcos se volvió y la miró a los ojos, las puertas se estaban cerrando cuando le sonrió.

—Lo siento, pero no puedo prometerte eso. —Le guiñó un ojo y, un segundo después, se cerró el ascensor.

Cuando salió de la ducha y se metió en la cama eran las ocho. No podía dejar de pensar en todo lo que había pasado y le parecía imposible. Los guardias encañonándola con la pistola, lo mal que él se había portado con ella al principio, si hasta la había cacheado como a una vulgar delincuente, al recordar sus caricias le dio un escalofrío. También recordó cómo había impedido que el avión despegara con ella dentro y las horas que habían pasado los dos solos hablando de tantas cosas. Se había sentido tan bien con él que el tiempo a su lado había pasado como un suspiro.

¡Por Dios! «¿Por qué no puedo dejar de pensar en él?», se recriminó a sí misma. «¿Por qué me ha gustado tanto que él no quisiera prometerme que no intentaría besarme de nuevo?». Mañana volvería a su casa y esos dos días con su familia la harían poner los pies en la tierra.

Agotada por tantas emociones, cayó rendida en el mundo de los sueños.



Capítulo 15

Laura se había levantado muy temprano, ya que el día anterior había sido tan agotador que se había dormido muy pronto. Su avión salía en tres horas y lo único que le apetecía era nadar, así que, sin poder remediarlo, cogió una toalla y se fue directamente a la piscina.

Marcos había tenido una urgencia en el hospital a las seis de la mañana y después de atenderla se había hecho el análisis de sangre para comprobar si era compatible con Hugo. Mientras se lo hacía ni siquiera se había dado cuenta de que estaba rogando a Dios para que pudiera ser el donante, era la primera vez en su vida que rezaba y se había sorprendido mucho a sí mismo.

Sabía que si los resultados salían negativos sería una decepción tan grande para Laura que no podría superarlo y él se veía incapaz de darle esa noticia, pues sabía que no podría verla sufrir de esa manera. No entendía muy bien por qué, pero esa mujer a la que acababa de conocer se le había colado hondo y deseaba ser ese héroe que ella veía en él, ese héroe capaz de salvar la

vida de su hijo y de devolverles la ilusión.

Nada más salir del hospital se había dirigido a su apartamento, pues quería acompañarla hasta el aeropuerto y así poder despedirse de ella y contarle que todo había empezado, que acababa de hacerse los análisis y que en dos días tendrían los resultados, ya que él mismo se iba a encargar personalmente de todo.

Al entrar al apartamento y pararse en medio del salón vio en el techo el zambullido de alguien tirándose de cabeza a la piscina. Miró hacia arriba y se quedó boquiabierto al descubrir a Laura nadando en la piscina como Dios la trajo al mundo, totalmente desnuda. Sin poder ni querer evitarlo, se tumbó en la rinconera y disfrutó de las vistas. Sus ojos la perseguían allá donde fuera y cada vez que ella salía de la piscina maldecía, pero cuando volvía a tirarse su sonrisa aparecía sin darse cuenta. Parecía una niña disfrutando de cada momento y esa manera que tenía de nadar moviendo las piernas y los brazos como las ranas le encantaba, era una visión muy agradable, se decía a sí mismo.

Cuando volvió a salir y vio que ya no se zambullía otra vez, Marcos supo que era el momento de levantar el culo de esa rinconera y hacerla creer que acababa de llegar, pues sabía que a ella no le haría ninguna gracia saber que la había estado espiando, así que se puso de pie y se acercó al ascensor esperando que ella apareciera para simular su entrada.

Laura entró en el salón secándose el pelo con una toalla y con otra enrollada en el cuerpo, que le llegaba desde los pechos hasta debajo del culo. Incluso así era una visión muy agradable, ella ni siquiera se había percatado de su presencia.

—¡Buenos días! —gritó para hacerse notar.

Laura dio un grito volviéndose hacia él e intentó taparse un poco más con la toalla que llevaba en las manos mientras decía, toda avergonzada:

—¡Oh, Dios mío! Lo siento, no creí que fueras a venir. Voy a vestirme, dame cinco minutos. —Salió corriendo mientras trataba de taparse el culo, haciéndole reír—. Si sigues riéndote así, te arrepentirás —le amenazó y desapareció por la puerta haciéndole reír más todavía.

Veinte minutos más tarde aparecía por el salón con un pantalón de pinzas gris y una camisa granate, lo que había comprado con él el día anterior. Marcos se sorprendió, pues para no habérselo probado, le sentaba muy bien. Se había secado el pelo, que se veía tan liso, suave y sedoso que le entraron ganas de acariciarlo.

—Siento haberte hecho esperar, pero no creí que fueras a venir.
—Quería acompañarte al aeropuerto.
—No es necesario que te molestes, puedo coger un taxi.
—No es ninguna molestia. ¿Te ha gustado mi piscina?
—¡Oh, sí! Ha sido increíble. Hacía tanto tiempo que no nadaba que he disfrutado muchísimo... —De repente se quedó mirándolo y le preguntó—: ¿Cuándo has llegado?
—Acababa de llegar cuando has aparecido tan increíblemente sexi — mintió.
—Gracias a Dios y, por favor, no digas esas cosas.
—¿Por qué?
—Porque yo no soy sexi.
—Ah, ¿no?
—No.
—Pues a mí me has parecido muy sexi con esa toalla enrollada.
—Por favor, deja de decir tonterías. ¿Quieres un café? Acabo de hacerlo.
—Necesitaba que dejara de decirle esas cosas, por eso le ofrecía un café.
—Nunca digo que no a un café. —Marcos la siguió hasta la cocina y cuando se sentaron en la mesa, le preguntó—: ¿Cuándo sale tu vuelo?
—A las once, dentro de una hora tengo que estar en el aeropuerto.
—Tenemos tiempo. Acabo de hacerme los análisis.
—¿Cuándo tendrás los resultados?
—Pues como yo mismo voy a ocuparme personalmente de todo, en dos días saldremos de dudas, y si todo sale bien, en tres días iré a por vosotros.
—Creo que no voy a poder dormir ni comer en estos tres días.
Marcos, al ver su nerviosismo, cogió sus manos e intentó tranquilizarla.
—Todo va a salir bien.
—Dios te oiga, porque de lo contrario voy a querer morirme.
—No vuelvas a decir eso y te prohíbo que dejes de comer. Si lo haces, me veré obligado a ponerte una vía y alimentarte con goteros. No creo que puedas seguir perdiendo peso y si todo sale bien, Hugo va a necesitarte fuerte a su lado para recuperarse lo más rápidamente posible.
—Tienes razón, no me hagas caso. —Respiró hondo, le miró a los ojos, le sonrió, apartó sus manos de las suyas y se levantó diciéndole—: Además, todo saldrá bien. Mi hijo se va a poner bien y yo estaré bien para él, ya lo verás.
—Así me gusta. Y ahora será mejor que termines de arreglarte, tenemos

que irnos.

—Pero de verdad que no quiero molestarte, puedo coger un taxi. Aún tengo tiempo, es pronto, y tú seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—Sí, es pronto, pero necesito pasar por mi oficina. Y no puedes negarte, he aplazado todas mis citas por ti, así que no tienes más remedio que dejar que te lleve.

—Está bien, voy a por mis cosas, ya que diga lo que diga, vas a llevarme, ¿verdad?

—Verdad. Además, no hubieras podido salir de mi apartamento sin las llaves y ayer se me olvidó dejarte una copia.

—¡Ahí va! Me tenías secuestrada —bromeó haciéndole reír.

—Más o menos.

—Bajo enseguida.

Cuando llegaron al garaje y sacó las llaves, Laura se quedó boquiabierta al ver las luces de un coche parpadear al darle Marcos al mando. Era el coche más alucinante que había visto nunca y sin poder dejar de mirarlo, exclamó:

—¡Guau! Qué cochazo, es precioso. ¿Qué coche es?

—Un Porsche Cayman.

Era blanco con los cristales negros, las llantas de acero y una línea increíblemente bonita y elegante para ser un deportivo. «Una maravilla de coche», pensó Laura mientras acariciaba el morro mirándolo alucinada, hasta que llegó a la puerta del copiloto y se subió. Por dentro era todo negro, excepto los asientos de piel blancos que resaltaban, dándole ese toque elegante y moderno.

—Nunca había visto un coche tan bonito —dijo acomodándose en el asiento.

—He de confesarte que es un regalo.

—Ah, ¿sí? ¿Quién puede regalar un coche como este?

—Un padre agradecido por salvarle la vida a su hijo.

—Vaya, pues ya debe tener pasta para hacerte un regalo como este, porque este coche debe costar una fortuna.

—Sí. Pero no para él. Tiene un concesionario de coches de lujo.

—Ahora lo entiendo. Con razón ayer estabas tan cabreado cuando saliste y no lo viste, perder un coche como este debe ser muy traumático.

—Tampoco es para tanto, solo es un coche, y todo lo material se puede remplazar.

—En eso te doy toda la razón.

Cuando llegaron al hospital, él subió a la oficina y ella se paró en el kiosco de enfrente para comprar una revista para el vuelo. Marcos le había dicho que se encontrara con él en su despacho.

Al subir y salir del ascensor, cuando la secretaria la vio lo primero que hizo fue apretar el botón para avisar a los guardias de seguridad. Después salió de su mostrador y se puso delante de ella cortándole el paso.

—¡Lárgate de aquí! —le gritó.

Laura la miró muy sorprendida.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí, muy en serio. No voy a dejar que vuelvas a molestar al doctor. No puedo creer que sigas insistiendo, si hasta él te echó de aquí ayer. ¿Por qué vuelves? ¿No te da vergüenza arrastrarte y humillarte de esta manera? Él no quiere verte, así que vete antes de que lleguen los guardias.

—¿Has llamado a seguridad?

—Sí, nada más verte, así que lárgate.

—Está bien, pero antes déjame hacer una llamada. —Laura sacó su móvil y marcó el número de Marcos—. Hola... No, ya he terminado y estoy aquí afuera... En tu despacho... Porque tu secretaria no me deja pasar... Pues date prisa antes de que lleguen los gorilas...

Aún no había terminado de hablar cuando Marcos salió de su despacho muy enfadado, al mismo tiempo que llegaban los guardias, que al verla, sacaron las armas de nuevo y la apuntaron.

—¡No se acerque al doctor, levante las manos y acompañenos!

—¡Esto es increíble! ¡¡Bajad las armas ahora mismo y fuera de mi hospital!! ¡No quiero volver a veros por aquí, estáis despedidos!

—Pero doctor...

—¡Fuera, estáis despedidos!

—Pero Marcos, yo les he avisado. Esta loca quería volver a colarse en tu despacho...

—¡Tú también estás despedida! Te he dicho muchas veces que antes de decidir quién entra en mi despacho y quién no, me avises.

—Pero Marcos, yo pensé que...

—¡Pues no pienses, no te pago para que pienses!

Laura estaba callada mirando esa escena. Unas semanas atrás le hubiera encantado ver a esa mujer humillada, como estaba sucediendo ahora, pero en ese mismo instante sentía lástima por ella. Tenía a Marcos de su lado y todo se arreglaría, así que se sentía demasiado feliz, y el sufrimiento de esa mujer la

ablandaba, por eso decidió sacar la cara por ella y por los gorilas, amansando a Marcos con una voz muy suave.

—Marcos, por favor.

—¡¡¿Qué?!!

—No lo hagas, no quiero que los despidas.

—¿Esta mujer te humilla y estos gorilas te apuntan con un arma cada vez que te ven y tú no quieres que los despida?

—No.

—¿Por qué? —le preguntó confuso, ya que cualquiera otra en su lugar, como por ejemplo su esposa, querrían las cabezas de esos tres idiotas en una bandeja.

—Porque no se debe despedir a la gente que cree que está haciendo bien su trabajo, solo advertirles de cómo quieres que lo hagan. Además, no puedes quedarte sin tus gorilas porque si te sucediera algo por eso, yo nunca me lo perdonaría. Seguro que tu secretaria ha aprendido la lección y de ahora en adelante no decidirá por ti quién entra o no en tu despacho. ¿Verdad? —se dirigió a ella muy complacida al ser la que decidía su futuro.

—Sí, por favor, Marcos, no me despidas. Te juro que de ahora en adelante no volveré a decidir quién puede o no puede comunicarse contigo.

Marcos observaba muy serio a los tres empleados decidiendo qué hacer con ellos. Entonces miró a Laura, que le sonrió dulcemente y le hizo un gesto con la cabeza pidiendo que olvidara el asunto.

—Os voy a dar otra oportunidad, pero que conste que se lo debéis a la señora Salinas. Y quiero que os quede bien clara una cosa, de ahora en adelante la señora Salinas va a venir muy a menudo por aquí, así que espero que no volváis a darle problemas. —Se volvió hacia su secretaria y añadió—: Y cada vez que venga no importa lo que esté haciendo, la dejarás pasar, ¿lo has entendido?

—Sí, señor, puede estar tranquilo.

—Bien, ahora no quiero que nadie nos moleste. —Pasó la mano por la cintura de Laura y la escoltó hasta su despacho.

—No debiste hacer eso —dijo muy sorprendida cuando entraron en su despacho.

—¿El qué?

—Pues decirles todas esas cosas, van a pensar que somos amantes.

—Que piensen lo que quieran, no me importa. Recojo un par de papeles y nos vamos.

—¿Por qué tienes guardias de seguridad armados?

—Hace un año el padre de una niña a la que no pude salvar me amenazó con una pistola.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te disparó? —preguntó alarmada.

—No, conseguí hacerle ver que no pude hacer nada más por ella, que no soy Dios y que no tengo el poder de decidir quién vive y quién muere. Al final conseguí que soltara el arma y todo quedó en un susto, pero mi mujer se empeñó y me puso esos gorilas. Aunque yo me negué a que me siguieran a todas partes y acabé consiguiendo que solo me vigilaran cuando estoy aquí en el hospital, que es donde están los padres desesperados por la salud de sus hijos.

—Tu mujer debe quererte mucho.

—Más bien lo que le gusta es controlarlo todo. Bueno, vámonos.

Cuando llegaron al aeropuerto, Marcos la acompañó hasta la puerta de embarque.

—Gracias, gracias por todo —le dijo dándole un fuerte abrazo—. Estaré de los nervios esperando los resultados y deseando volver a verte pronto. Por favor, avísame en cuanto sepas algo.

—Tú serás la primera persona en saber los resultados.

Después de decir eso, Laura le dio un beso en la mejilla.

—Tengo que irme.

Cuando se volvió para marcharse, Marcos la cogió por la muñeca y la giró de nuevo hacia él.

—Voy a echarte de menos, ¿lo sabías? No sé por qué, pero es lo que siento.

—Y yo a ti —le confesó, mirándole a los ojos un poco avergonzada.

Volvió a besarle en la mejilla y se fue corriendo hacia el pasillo. Él no dejaba de mirarla mientras se alejaba.

«Date la vuelta. Vamos, preciosa, date la vuelta y dedícame una sonrisa» pensó Marcos, y justo antes de girar para dirigirse al siguiente pasillo, Laura se volvió y le sonrió. «¡Bien! Esto promete».

Cuando la vio desaparecer por el pasillo se dio la vuelta y se marchó sabiendo que esperaría los resultados de esos análisis con impaciencia para volver a disfrutar de su compañía, ya que se sentía muy a gusto a su lado.

Laura le hacía reír y eso no solía pasarle con las mujeres.



Capítulo 16

Laura estaba con su hijo en la habitación del hospital y cada vez que lo miraba el alma se le caía a los pies. Estaba tan debilitado que ya le costaba hasta respirar, y por eso llevaba puesto el oxígeno, para que no se fatigara más de la cuenta. Su palidez asustaba, estaba tan demacrado que casi no parecía él y sus ojos parecían apagados, sin brillo, pero aun así seguían siendo fascinantes como los de su padre. Desde que había vuelto de Madrid cada vez que miraba a su hijo se acordaba de Marcos.

Su llegada no fue tan alegre como ella había imaginado, pues, aunque se sentía feliz por haber conseguido la ayuda de Marcos, el primer encuentro con Héctor fue muy desastroso. Habían tenido una pelea de campeonato porque a él no le parecía bien que tanto Laura como Hugo se trasladaran a Madrid, y menos aún que el tiempo que estuvieran allí, ella se instalara en el apartamento de Marcos.

Laura le había dicho que igual que hacía en Valencia haría en Madrid, porque ella no se despegaría del lado de su hijo hasta que le dieran el alta. Después, los dos se trasladarían al apartamento de Marcos unos días para comprobar que el niño evolucionaba bien por sí mismo fuera del hospital. Por eso Héctor se había puesto furioso, no le hacía ninguna gracia que ella se fuera

allí tanto tiempo. Una vez más, él le había reprochado que nunca deberían haber tenido a Hugo, y una vez más, ella lo había abofeteado y le había pedido que se marchara.

Estaba ensimismada en sus pensamientos cuando su móvil sonó y, sin mirar en la pantalla quién era, contestó con una voz muy triste, pues llevaba dos días decaída, sin apenas comer y dormir.

—Diga.

—Vaya, creí que te alegraría mi llamada, ¿por qué estás tan triste? —Al reconocer su voz se le cortó la respiración y el corazón se le paralizó. Sabía que la noticia que él le diera la hundiría en la más absoluta tristeza o la elevaría hasta el cielo haciéndola la mujer más feliz del planeta—. Laura, ¿estás ahí? Contéstame, por favor, me estás asustando. —Ella seguía paralizada, escuchaba su voz, pero no le salían las palabras—. Laura, todo ha salido bien, los resultados son positivos. Viniste buscando un héroe y yo seré tu héroe. Ahora contéstame, por favor.

—No... no me estás engañando, ¿verdad? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Vas a ser mi héroe?

Marcos pudo sentir la emoción en su voz y supo que estaba conteniendo el llanto.

—Sí. Mañana mismo voy a buscaros. —Justo al decirle esas palabras, Laura rompió a llorar y Marcos deseó estar con ella para poder abrazarla y compartir juntos ese momento tan emotivo. Entonces intentó darle consuelo por teléfono—: Vamos, no me llores, pensé que esta noticia te haría feliz.

—Y-y-y me siento muy feliz, no-no puedes imaginarte lo feliz que acabas de hacerme, nunca pensé que este momento llegaría. ¡Oh, Dios mío! Por fin esta pesadilla llega a su fin. Si estuvieras aquí, te comería a besos.

—¡Joder! No me digas esas cosas porque soy capaz de coger el helicóptero y presentarme allí ahora mismo. —A ella le dio la risa, lloraba y reía al mismo tiempo.

—No blasfemes o te tiraré de las orejas —bromeó haciéndole reír.

—¿Estás bien? —le preguntó al sentirla más calmada.

—Sí, estoy bien, gracias a ti.

—Y tu hijo ¿cómo está?

—Cada vez más débil, tengo miedo de que ya no le queden fuerzas para luchar, de que sea demasiado tarde.

—No pienses en eso, todo va a salir bien.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—¿Por qué lloras, mami?

La voz de Hugo, débil y cansada, llegó hasta el auricular del móvil y, al escucharlo, Marcos tuvo una sensación muy extraña.

—Estoy bien, mi amor —le susurró Laura a su hijo—. Es que estoy feliz, por eso lloro.

—¿Por qué?

—Porque ahora estoy completamente segura de que te vas a poner bien.

—Tú siempre dices eso, mami, pero... yo siempre estoy malo.

Al escucharle decir esas palabras tan desalentadoras, Marcos le pidió a Laura:

—Laura, pon el altavoz, quiero hablar con tu hijo.

—Está bien —Laura puso el altavoz al móvil—, ya lo tienes.

—¡Hola, campeón!

—Hola. ¿Quién eres?

—Según tu madre, voy a ser tu héroe. —Laura sonrió al oírle decir eso—. Seré tu médico a partir de mañana.

—Yo no quiero más médicos, estoy cansado de médicos y de pinchazos, ya no quiero más. —Su voz sonaba muy cansada.

—Eso es porque no has estado en mi hospital, tengo una habitación mágica.

—No te creo.

—Pues deberías, porque en esta habitación todos los niños que entran se curan.

—¿De verdad? —preguntó con un poco más de entusiasmo.

—Sí, y te voy a hacer una promesa.

—¿Cuál?

—Te prometo que cuando estés curado vamos a ir al Parque Warner, para celebrarlo y olvidar tantos meses de hospital.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

Laura se emocionó otra vez al ver la alegría en los ojos de su hijo y de nuevo se puso a llorar.

—Mi mami está llorando otra vez, ¿podremos llevarla a ella también para que se ponga contenta?

—Por supuesto, no pensaba ir sin ella. —Esas palabras hicieron sonreír a Laura y, como si pudiera ver su sonrisa a través del teléfono, Marcos le

preguntó al niño—: Y bien, ¿está contenta?

—Sí, está sonriendo.

—Bien, campeón. Ahora, ¿me puedes dejar hablar con tu madre a solas?

—Sí, adiós.

—Hasta mañana.

—Hola, estás loco, ¿lo sabías?

—Estamos solos.

—Sí.

—Quiero que me escuches. Pase lo que pase, que tu hijo no te vea triste. Si tú estás feliz y le demuestras que estás segura de que todo va a salir bien, él lo creerá, y no hay mayor posibilidad de que las cosas funcionen que una gran positividad en el paciente. Si él está seguro de que va a curarse, la recuperación será más rápida y efectiva, pero si te ve insegura y asustada, se sentirá igual y su recuperación será más lenta.

—Te entiendo y tienes razón. ¡Dios mío! Tengo tantas ganas de que estés aquí, de que nos marchemos y de que todo empiece para que acabe lo más rápido posible.

—Lo sé, pero debes tener paciencia.

—Sí, no te preocupes, la tendré.

—Ahora tengo que dejarte. Hasta mañana.

—Hasta mañana.



Capítulo 17

Laura sabía que el helicóptero acababa de llegar. Llevaba toda la mañana nerviosa y asomándose a la ventana, desde la cual se veía la terraza del otro edificio del hospital donde estaba el helipuerto. El traslado de su hijo era prioritario y tenía al hospital en vilo; todos sabían que su tío era el jefe de ginecología del hospital y recordaban con mucho cariño a su madre de cuando trabajaba allí por su forma de ser tan dulce y afectuosa.

Todos habían sufrido con ella su pena durante el tiempo que llevaba allí, esperando ese milagro que por fin se acercaba a ella con ese caballo alado de hierro para ser su paladín y sacarla de esa pesadilla. ¡Sí! Marcos bajaba de ese helicóptero para ser su salvador, suyo y de su hijo, algo que nunca podría

olvidar mientras viviera.

Su cuñado y el doctor Núñez habían ido a recibirlo, mientras Laura esperaba impaciente en la habitación con Hugo y con Héctor, del cual se había olvidado por completo, ya que en su cabeza solo había lugar para una persona en ese momento: Marcos.

Cuando la puerta de la habitación se abrió y lo vio, sin darse cuenta echó a correr y se arrojó a sus brazos, y él le devolvió el abrazo.

—Sabía que podrías conseguirlo, que serías tú. No sabes las ganas que tenía de verte.

—A mí también me alegra verla, señora Salinas. Nunca me acostumbraré a que las madres sean tan cariñosas cuando la vida de sus hijos depende de mí.

Marcos se había dado cuenta de que el hombre que tenía frente a él debía ser el marido de Laura, pues su mirada delataba su desagrado y su malhumor al ver a su mujer en brazos de otro hombre. Ella, al saberse el centro de atención, se separó de él y le pidió disculpas.

—Lo siento, discúlpeme, deben ser los nervios. Quiero presentarle a mi hijo.

Cuando se acercaron a la cama, Marcos saludó a Hugo con mucha alegría.

—¡Hola, campeón! ¿Preparado para volar? —le preguntó sentándose a su lado.

Al ver a ese niño tan demacrado, pálido, débil y sumamente cansado el corazón se le aceleró. Nunca en todos los años que llevaba atendiendo a niños enfermos había sentido ese dolor que le oprimía el pecho en esos momentos y ni siquiera podía entender por qué era. Incluso le daba miedo pensar que pudiera ser porque era su hijo, ya que desde el primer instante en el que lo había mirado se había visto a sí mismo cuando tenía cinco años y era un niño flacucho y desgarrado. Hugo era idéntico a él: sus extraños ojos, su boca, su barbilla con ese pequeño hoyuelo en el centro, su pelo negro y tieso. Todo menos su nariz, que era pequeña y estaba llena de pecas tan graciosas como las de su madre. En ese mismo instante no pudo evitar buscarla con la mirada, pero Hugo lo sacó de sus pensamientos.

—¿Mi mami vendrá con nosotros? —le preguntó quitándose la mascarilla de oxígeno.

—Pues claro que sí, campeón.

—Entonces sí, estoy listo para volar.

—Muy bien. Ahora no quiero que te asustes, mis amigos van a cambiarte a una camilla muy especial.

—¿Y qué tiene de especial?

—¿Te gustan los astronautas?

—Sí.

—¡Bien!, porque esta camilla la usan los astronautas para probar si son valientes y están preparados para subir a la luna. Tú sabes que no puedes salir a la calle porque cualquier virus podría hacer que te pusieras peor, ¿verdad?

—Hugo asintió con la cabeza—. Pues ahora tienes que ser valiente como un astronauta y meterte en esa camilla hasta que llegemos a esa habitación mágica de la que te hablé ayer, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Entonces ¿serás valiente por mí y por tu madre?

—Sí, voy a ser muy valiente.

—Cualquier duda que tengas solo tienes que preguntármela, ¿de acuerdo, campeón?

—Sí.

Marcos le puso la mascarilla de nuevo y le guiñó un ojo, consiguiendo una débil sonrisa.

Laura estaba embobada mirando y escuchando a Marcos hablar con su hijo. Le parecía el hombre más increíble del mundo y sabía que, con él, Hugo no tendría miedo a nada, después de esa conversación iría con él a cualquier sitio, incluso a la luna.

Marcos se levantó de la cama y dio instrucciones a los dos sanitarios que habían llegado con él para que pusieran a Hugo en la camilla, fue entonces cuando Héctor se acercó a él y le habló con mucha soberbia.

—Hola, ya que mi mujer parece haberse olvidado de sus modales y de mí, tendré que presentarme yo solo. Soy Héctor, el padre de la criatura.

—Encantado, soy el doctor Román. —Estrechó la mano de Héctor—. No debería molestarse, todas las madres olvidan sus modales cuando sus hijos están en peligro, yo ya estoy acostumbrado —dijo escudando el error de Laura al tirársele encima delante de su marido, con el que sabía nada más enfrentar su mirada que tendría problemas.

—Ahora que tengo el placer de hablar con usted en persona, quiero saber por qué no puede tratar a mi hijo aquí. ¿Por qué tiene que llevarse a mi hijo y a mi mujer a su hospital? No me importa lo que quiera cobrar por estar fuera de su casa, le pagaré lo que usted crea conveniente, pero trátelo aquí.

—Lo siento, pero no puedo estar lejos de mi hospital, no puedo abandonar a mis pacientes. Si quieren que trate a su hijo, tendrá que ser en mi hospital.

—Está bien, lo entiendo. Entonces no lo trate, solo done su médula, es lo único que necesitamos de usted.

—¡Héctor, por favor! Ya hemos hablado de esto y tanto mi hijo como yo vamos a coger ese helicóptero, te guste o no te guste.

—No le necesitamos, el doctor Núñez puede encargarse de Hugo, y si al donar su médula puede salvar al niño, como médico no puede negarse. ¡Que done su médula y que se largue!

—¡No vuelvas a decir algo así! —Laura estaba muy enfadada por la grosería de Héctor—. ¿Crees que esto es como comprar pan? ¿Qué puedes obligar a un desconocido a que te done su médula?

—Tranquila, entiendo la preocupación de su marido —le dijo a Laura para que se calmara. Después, muy frío, se volvió hacia Héctor—. Estoy segurísimo de que el doctor Núñez es un médico excelente, pero resulta que el que va a donar la médula soy yo y quiero que vaya a parar a las mejores manos, y yo soy el mejor en mi campo. Así que, si quiere que su hijo se salve, tendrá que dejar que me lo lleve, aunque los dos sabemos que la última palabra la tiene su mujer.

—¿Qué quiere decir?

—Usted sabe perfectamente qué quiero decir, no me haga decírselo a la cara.

Héctor sabía que tenía razón, Laura era la única que tenía derecho a decidir por su hijo, y por más que él se opusiera, ella se lo llevaría. Primero porque, aunque legalmente era su padre, biológicamente no, y en una situación así tendría todas las de perder, ya que la salud del niño era lo primero y en esos momentos estaba en peligro. Y segundo, si seguía oponiéndose, acabaría rompiendo lo poco que quedaba de su matrimonio.

Los dos parecían rivales en un *ring*, se miraban desafiantes y parecían esperar que sonara la campana para empezar la pelea. La voz de Diego les hizo reaccionar.

—¿Por qué no te tranquilizas? —le pidió a su hermano—. Deja que el doctor Román haga su trabajo, que para eso ha venido.

—Además, Hugo no podría estar en mejores manos —añadió el doctor Núñez—. Cualquier padre daría lo que fuera para que a su hijo lo atendiera una eminencia como el doctor Román, debería estar agradecido.

—Gracias —dijo muy seco Marcos—. ¿Podemos irnos ya? —le preguntó a Laura.

Con esa pregunta dirigida solo a ella estaba dando a entender que le importaba bien poco la decisión de Héctor y que solo Laura contaba en ella.

—Sí.

—Entonces en marcha, el helicóptero espera.

—Laura, por favor. —Héctor intentó detenerla cogiendo su brazo.

—No, Héctor, se acabó, no quiero más discusiones. Ya sabes dónde estamos, ahora depende de ti que quieras vernos o no.

—De qué me sirve verte si te siento tan lejana.

—Tú fuiste el primero en distanciarte. Adiós —se despidió muy triste.

Antes de marcharse, Laura también se despidió de su cuñado y del doctor Núñez con un beso y les dio las gracias por todo lo que habían hecho por ella y por su hijo. Pero a Héctor no volvió a dirigirle la palabra, a él solo le había dejado ese triste adiós.

Marcos y Laura se alejaron siguiendo a los dos sanitarios que habían acompañado a Marcos y que llevaban a Hugo en esa camilla burbuja. Laura se adelantó y se puso al lado de la camilla para mirar a su hijo. Cuando el niño la miró, ella levantó la mano cerrada con el dedo pulgar hacia arriba para preguntarle si estaba bien. Hugo le respondió con el mismo gesto, y Laura le sonrió y se quedó más tranquila.

Una vez estuvo todo listo, el helicóptero empezó a ascender. Laura, nerviosa porque nunca había volado en helicóptero, se agarró a la mano de Marcos, y él entrelazó sus dedos a los de ella y con la otra mano acarició su palma con ternura.

—Tranquila, la primera vez asusta un poco, pero verás que llegamos sanos y salvos.

Ella le sonrió y la voz de Hugo llamó la atención de los dos.

—Mami.

Los dos se abalanzaron sobre la burbuja y le miraron sonriendo.

—¿Sí, mi amor?

—¿Ya estamos volando?

—Sí.

—¿Me he portado bien? —le preguntó a Marcos.

—Eres todo un campeón y serás un gran astronauta, estás siendo muy valiente. ¿Estás bien ahí dentro?

—Sí —contestó. Después le preguntó a su madre—: Mami, ¿puedes

contarme una historia?

—Pues claro que sí, mi vida.

Laura empezó a contarle la de *Pedro y el lobo*, que era una de sus preferidas, ya que le gustaba cómo su madre imitaba a los lobos y siempre le hacía reír.

Marcos no podía dejar de mirarla y admirar cada gesto en ella, cada palabra, esa voz dulce y aterciopelada que parecía acariciar los sentidos de Marcos y envolverlo en una sensación de paz y bienestar. Nunca una mujer lo había conquistado con solo el sonido de su voz y sabía que podría pasarse la vida entera escuchándola sin cansarse. Tanto era así que Laura había terminado de contarle la historia a su hijo y él no se había dado ni cuenta, solo fue capaz de salir de esa sensación de paz cuando la escuchó decir:

—Se ha dormido.

—No me extraña, casi me duermo hasta yo.

—¿Tanto te he aburrido?

—No, ha sido muy relajante, me gusta oír tu voz.

—Siento mucho cómo te ha hablado mi marido —se disculpó preocupada.

—No entiendo cómo aguantas a un hombre como ese; es déspota, arrogante y no me cae bien. Si no hubiera sido por ti y por tu hijo, lo hubiera mandado a tomar por culo.

—¡No blasfemes! —Tiró de su oreja muy despacio haciéndole reír, después volvió a ponerse seria—. No es una mala persona, pero es que está nervioso y desesperado. Desde que todo esto empezó nos hemos distanciado mucho. Hace mucho que no estamos juntos y le molesta que me vaya lejos.

—Más bien le debe haber molestado el abrazo que me has dado, porque si he de serte sincero, a mí tampoco me gustaría ver a mi mujer abrazando a un extraño de esa manera, y más sabiendo que vas a pasar muchas semanas conmigo.

—Lo sé, sé que me he pasado, pero no me he dado cuenta. Estaba tan desesperada porque llegaras. Desde que hablamos ayer y me dijiste que podías curar a mi hijo, no he dejado de pensar en las ganas que tengo de que todo esto acabe. Por eso no he podido evitar lanzarme a tus brazos, ha sido un impulso.

—Me gustan tus impulsos.

—Déjate de tonterías. —Laura sonrió y se sonrojó.

—Cuando has dicho que os habéis distanciado y que hace mucho que no

estáis juntos, ¿te refieres a que no habéis tenido relaciones? —Ella asintió con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo?

—Todo el que Hugo lleva ingresado.

—¿Más de seis meses?

—Sí, y por favor no me hagas preguntas de esa clase, que me da mucha vergüenza.

—¡La leche! Y no me tires de las orejas, que eso no es una blasfemia. — A ella le dio tanta risa que se puso las manos en la boca para no despertar a su hijo. Marcos, se rio también—. Yo también estaría desesperado si en seis meses no hubiéramos hecho el amor —dijo mirándola a los ojos. Laura se quedó sin respiración—. Ahora entiendo por qué parecía querer matarme —añadió acariciándole un mechón de pelo que le caía por los ojos y que le puso detrás de la oreja—, yo también querría matar a cualquiera que te alejara de mí.

—Marcos, por favor, no hagas eso. Quiero a mi marido y espero que cuando todo esto termine, podamos arreglar las cosas y todo vuelva a ser como antes.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. Solo espero que esta confesión no estropee nuestra amistad.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Me gustan las mujeres sinceras.

—Gracias.

Cuando llegaron al hospital, Laura acompañó a los sanitarios hasta la habitación mágica, como había dicho Marcos, ya que él tenía que ocuparse del ingreso y de unas cuantas cosas antes de reunirse con ellos de nuevo.

Al llegar a la habitación Laura se quedó atónita. Entre puerta y puerta el espacio era tan grande que cabían los tres y la camilla al mismo tiempo, era enorme y daba la impresión de haber entrado en una era futurista. Todo era de cristal, incluso las paredes que la rodeaban, ya que se suponía que era para gente que debía estar aislada y gracias a eso podían ver a sus seres queridos. Unas cortinas correderas tapaban las paredes para tener intimidad si así lo deseaban. En esos momentos estaban corridas y por dentro parecía una habitación normal y corriente con unas bonitas y llamativas cortinas. Había una estantería gigantesca con juguetes, libros, películas, cualquier cosa para

entretener tanto a niños pequeños como a grandes. Frente a la cama había una gran televisión colgada de la pared.

Cuando los sanitarios abrieron la urna de la camilla burbuja y dejaron a Hugo en la cama, miró la habitación con curiosidad infantil y, alegre y emocionado, le dijo a su madre:

—Vaya, mami, el doctor no me engañó, esta habitación si es mágica. ¿Has visto qué bonita?

—Sí, es muy bonita. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, mami, ahora sé que me voy a curar porque esta habitación es mágica, ¿verdad?

—Sí, mi amor, es mágica y te vas a poner bien. Ya lo verás.

Hacía tanto tiempo que no veía a su hijo tan animado que hasta podía creer que esa habitación fuera mágica de verdad, porque verlo otra vez tan contento parecía cosa de magia. Ahora entendía por qué Marcos le había dicho que lo más importante para una buena curación era un paciente positivo; esa habitación estaba hecha para eso, porque hacía que a su hijo se le levantara la moral, y eso era bueno.

—¿Sabes qué ocurre con el niño que acaban de traer? —le preguntó una enfermera a la jefa de enfermeras de camino a la habitación de Hugo.

—No. ¿Por qué?

—No sé, parece demasiado importante para el jefe, se ha tomado muchas molestias para que todo esté en orden. Él normalmente no se ocupa de estas cosas.

—Por lo que he leído en el informe, es un niño que está muy grave, debe ser por eso. Ya sabes lo sentimental que es Marcos para estas cosas. Seguro que es una de esas obras de caridad que él suele hacer, ya que el niño viene de un hospital público. La madre le habrá suplicado por la vida de su hijo y como él es tan blando, lo habrá acogido aquí como hace tantas veces con los niños que sus padres no tienen recursos y él se ocupa de todos los gastos. Tampoco hay que darle tanta importancia, solo es un paciente más.

Habían llegado a la habitación y, al entrar, la enfermera se presentó a Hugo sin mirar siquiera a Laura.

—Buenos días, soy Irene y vengo a ponerte una vía.

—Buenos días —la interrumpió Laura—, creo que debe haber un error.

—¿Por qué?

—Porque yo soy la única que puede pinchar a mi hijo.

—¿Usted?! ¿Por qué cree que puede pinchar al niño?

—Soy enfermera, mi hijo tiene pánico a las agujas y por la única persona que se deja pinchar es por mí.

—Eso a mí no me importa, aquí es un paciente más y seguirá las normas, como todos los demás.

—Pero...

—Mire, nadie que no sea trabajador de este hospital puede tocar el instrumental.

—Bien, entonces hable con su jefe, él le explicará...

—Mire, que Marcos haya decidido hacerse cargo de su hijo porque sienta pena, no quiere decir que usted pueda hacer lo que le dé la gana. Yo soy la única que va a pinchar a su hijo y no se hable más.

Cuando cogió el brazo de Hugo para ponerle la goma, el niño empezó a chillar y a llorar.

—¡¡No, mami, no quiero que me pinche!!

—Si tocas a mi hijo, te denunciaré.

—Blanca, llama a seguridad —le ordenó a la otra enfermera. Después se dirigió a Laura con mucha soberbia—. Cuando seguridad la saque de aquí, pincharé a su hijo y voy a hacer que le prohíban la entrada. Es usted una madre histérica y su hijo un consentido.

—Mire, mi hijo lleva medio año ingresado pasando por un infierno y no voy a permitir que usted lo ponga nervioso, porque cuando eso ocurre le cuesta respirar. Por favor, ¿puede llamar a Marcos? Así dejaremos de discutir porque, aunque vengan los gorilas, usted no va a pinchar a mi hijo.

—Esto es el colmo. No tengo por qué molestar a mi jefe con esta tontería, yo estoy cumpliendo con mi trabajo y usted está interfiriendo en él, así que, siguiendo las normas de este hospital, voy a sacarla de aquí.

Cuando llegaron los guardias de seguridad y la vieron, se echaron las manos a la cabeza. Hugo al verlos se puso más nervioso y comenzó a llorar más fuerte.

—¡Mami, no... no quiero que te vayas! —dijo Hugo a su madre sin poder controlar la respiración por los nervios.

—¡Sshhh! No voy a ir a ningún sitio. —Intentó tranquilizarlo sentándose en la cama y abrazándolo—. No te pongas nervioso, mi vida, y respira, respira despacio.

—¡Sacad a esta mujer de aquí! —ordenó la enfermera.

—¿Estás segura? —preguntó uno de los vigilantes.

—Pero bueno, ¿nos hemos vuelto todos locos? Pues claro que estoy segura, ¡sacadla de aquí ahora mismo!

La voz de Marcos les hizo callar a todos.

—¿¿Qué está pasando aquí?! —gritó muy enfadado.

—Gracias a Dios que has llegado —dijo Irene—. Esta mujer está loca y no me deja ponerle una vía a su hijo, he tenido que llamar a seguridad para que la saquen de aquí...

—¡¡Cállate!! —le gritó a Irene—. ¡Y vosotros ya podéis echar a correr si no queréis que os despida de nuevo! —ordenó a los guardias—. ¡No quiero a tanta gente en esta habitación, es peligroso para el niño!

—Pero señor, solo hemos venido porque nos han llamado, ni siquiera sabíamos que se trataba de la señora Salinas.

—¿¿Qué te está pasando?! Esta mujer esta descontrolada y lo mejor es sacarla de aquí, así que deja que los guardias hagan su trabajo.

Marcos miró a Hugo, que estaba llorando y abrazado a su madre mientras ella intentaba calmarlo y controlar su respiración, y una furia inmensa lo invadió.

—¡¡Quiero que salgas ahora mismo de esta habitación y te prohíbo que vuelvas a poner un pie en ella!! ¡¡¿Te queda claro?!!

—Pero ¿por qué? Yo solo he cumplido con mi trabajo.

—¡Pues deberías hacerlo mejor y leerte todo el informe, entonces comprobarías que di orden de que solo su madre podía pinchar al niño!

—¡Pero ¿por qué?! ¡No lo entiendo! Nadie que no trabaje aquí toca el instrumental, por eso no leí esa parte, es absurdo.

—¡Porque yo lo he ordenado y no tengo por qué dar más explicaciones! ¡Soy el director y tú debes obedecer mis órdenes por muy absurdas que te parezcan!

—¿Qué tiene ese niño de especial?

—¡¡Es mi hijo!! ¡Y no voy a permitir que nadie lo altere! ¡¿Lo tienes más claro ahora?! Y si no te vas, seré yo quien les ordene a los guardias que te saquen de aquí.

Irene asintió con la cabeza pues no le salían las palabras después de esa confesión, se había quedado paralizada, como todos en esa habitación.

Laura se había quedado más paralizada que ninguno. Era la primera vez que Marcos decía que Hugo era su hijo y no entendía por qué lo había hecho, y

además delante del niño. Cuando se quedaron solos, Marcos se volvió hacia Laura dispuesto a enfrentar su mirada, pues sabía que había cometido un error.

—Lo siento, se me escapó.

—¿Por qué ha dicho que es... mi papá? —le preguntó Hugo a Laura, mientras intentaba respirar con calma como le había indicado su madre.

—Porque lo soy —le respondió Marcos antes de que ella pudiera hablar.

—Pero yo ya tengo un papá.

—¿Y no te gustaría tener dos? —le preguntó Marcos.

—¿Se pueden tener dos papás, mami?

—En tu caso, sí. —Laura estaba confusa por la repentina necesidad de Marcos de decir a todos, incluso a Hugo, que era su padre.

—¿Por qué?

—Pues verás, no sé cómo explicártelo para que me entiendas.

—¿Puedo hacerlo yo? —se ofreció Marcos.

—Sí.

Marcos se sentó al lado del niño, pero frente a él. Miró primero a Laura, que estaba al otro lado de su hijo con la espalda apoyada en el cabecero abrazándolo, y empezó a decirle volviendo su mirada al niño:

—Sabes que para que a las mamás les crezca un bebé en la barriga hay que ponerles una semilla dentro, ¿verdad?

—Sí.

—Pues a tu mamá le pusieron mi semilla en vez de la de tu papá, por eso tienes la suerte de tener dos papás. Tienes a Héctor porque siempre ha sido tu papá y ahora me tienes a mí también porque hace poco que supimos que mi semilla fue la que creció en la barriga de tu mamá, ¿lo entiendes?

—Sí. Pero ¿por qué pusieron tu semilla en vez de la de mi papá?

—Porque la persona que la puso se equivocó —explicó Laura—, y en vez de poner la de tu papá, puso la de Marcos.

—¿Por eso tengo los mismos ojos fascinantes que tú?

Marcos se rio.

—¿Por qué dices que son fascinantes?

—Eso es lo que siempre dice mamá, que mis ojos son fascinantes.

—Entonces si tu madre lo dice, será verdad. Y sí, has heredado mis ojos fascinantes. —Miró a Laura con una sonrisa.

—¿Y por eso vas a curarme, porque eres mi papá?

—Sí, por eso voy a poder curarte, porque soy tu papá.

—¿Sabes? Me gusta tener dos papás, porque tú me caes bien.

—Y tú a mí también me caes bien, campeón. Ahora vamos a tener que ponerte una vía para darte las medicinas, ¿crees que estás preparado para que tu madre te pinche?

—Sí, mi madre nunca me hace daño.

—Pues vamos allá. —Marcos se levantó, cogió el instrumental y le preguntó a Laura—: ¿Qué necesitas primero?

—La goma. —Mientras Laura le ponía la goma, Marcos preparaba el algodón con alcohol y la vía—. Gracias —le dijo al darle todas las cosas una por una según iba necesítándolas.

—Anda, que quien vea al director del hospital haciendo de enfermera. — Le guiñó un ojo a su hijo haciéndole reír.

—Pues lo has hecho muy bien.

—Sí, pero no se lo digas a nadie, esto es un secreto entre los tres.

—Me gustan los secretos —dijo Hugo.

—Ahora tengo que irme. ¿Puedes dejarme hablar un momento con tu madre a solas? Estaremos en la puerta, enseguida entrará, ¿vale?

—¡Vale! Pero no tardes mucho, mami.

—Volveré enseguida, cariño. —Antes de irse le dio un beso en la frente y le puso la tele—. Toma, ponte lo que quieras —dijo dándole el mando.

Cuando salieron, lo primero que hizo Marcos fue disculparse.

—Lo siento, perdóname, se me escapó.

—¿Por qué no inventaste algo? No sé, como que te equivocaste y que no quisiste decir eso, por ejemplo. Es un niño y lo hubieras convencido del error con cualquier excusa.

—¿No querías que supiera la verdad?

—No, no es eso, pero yo pensaba que tú no querías que lo supiera.

—¿Por qué?

—Porque cuando te dije que tenías un hijo y que solo necesitaba que lo curaras, que no debías sentirte obligado a nada y que nunca te pediría nada, pareciste aliviado.

—Pues normal, acababa de enterarme que tenía un hijo y la verdad es que nunca me había planteado ser padre. Pero desde que sé que existe Hugo, no sé, es como si todo hubiera cambiado. Necesito curarlo, protegerlo. Al principio creí que lo hacía por ti, pero desde que hablé con él por teléfono y después de verlo esta mañana, me he dado cuenta de que no quiero ser un padre secreto. Quiero que mi hijo sepa que estoy ahí y que puede contar conmigo. Por eso cuando he visto la que se ha montado en la habitación, cómo estaba él y cómo

estabas tú, he explotado. No me gusta verte mal, y mucho menos verlo a él, y en cuanto corra la voz te puedo asegurar que no vais a volver a tener más problemas, ni tú ni él, porque todos van a matarse por complaceros. —Laura estaba alucinada por todas esas palabras tan bonitas, tanto que era incapaz de hablar—. Además, como me descuide, un día te pegarán un tiro. No sé cómo te lo montas para meterte en tantos líos, siempre tienes a los gorilas detrás de ti. —A ella le dio la risa.

—La culpa es tuya, que tienes empleadas muy cabezonas y con muy mala leche.

—¿Quieres que la despida?

—No, por Dios, me conformaré con que no se acerque a mi hijo. Y yo no necesito tanta atención.

—Tu hijo es el hijo del director de este hospital y así quiero que lo traten, y tú eres su madre. No quiero que os falte de nada, cualquier cosa que necesitéis, solo tienes que pedirla y se te traerá.

—Pero...

—No, no hay peros. Cuando el pariente de cualquier empleado está ingresado, se le trata con más consideración. Bien, pues a vosotros quiero que os den un trato especial. Voy a ordenar que suban otra cama para que duermas en condiciones. Y también voy a ordenar que te traigan las comidas, y quiero que te lo comas todo. —La cogió por el mentón y dijo muy serio—: No has cumplido tu promesa, seguro que no te has alimentado en estos tres días ni has dormido. Estás aún más demacrada que la última vez que te vi, que ya es decir. Mañana vendré temprano y te haré un análisis.

—No seas exagerado, estoy bien.

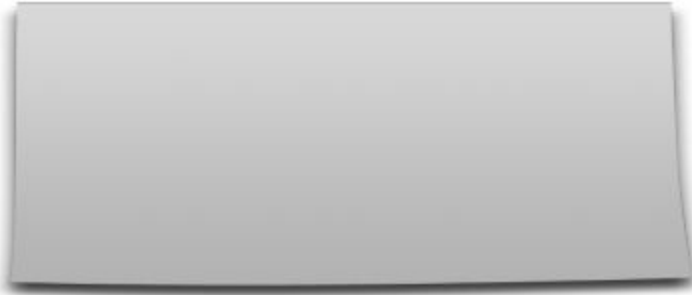
—Eso me lo dirá tu sangre, bombón. No olvides que es mi trabajo y que me gusta hacerlo bien, así que compláceme y espérame mañana en ayunas. Es una cita. —Y le guiñó un ojo mientras se alejaba.

—Gracias por todo, y por esas palabras tan bonitas —le dijo Laura antes de que se fuera. Con esas palabras consiguió que Marcos volviera a su lado y la mirara a los ojos con mucha intensidad.

—No hay de qué. —Agachó lentamente la cabeza y Laura se quedó sin respiración, pues parecía que fuera a besarla, pero sus labios acabaron posándose en su mejilla y le susurró al oído—: Cualquier cosa que necesites solo tienes que llamarme, volveré más tarde. —Volvió a besarle la mejilla y se fue.

Cuando Laura entró en la habitación, estaba como en una nube. Marcos se

preocupaba por su salud, quería que todos estuvieran pendientes de ella y de su hijo, no quería que sus gorilas le hicieran daño y, lo más importante, quería que todo el mundo supiera que él era el padre de Hugo. Aún podía sentir sus labios en su mejilla cuando su hijo la devolvió a la realidad.



Una hora después subían una cama, la medicación del niño y la comida de ella: un entrecot con verduras y una fuente variada de frutas. Parecía que de verdad se proponía obligarla a comer, pues había dejado un mensaje con la comida.

Quiero que te lo comas todo,
o si no me veré obligado a ponerte un gotero.
Es una orden del director de este hospital
y como estás en él, has de obedecer.
Luego nos vemos.
P. D.: Pórtate bien y no te metas en líos.

Al leer la posdata no pudo evitar reírse.



Capítulo 18

Marcos estaba en su despacho, había comido allí ya que iba bastante retrasado por esa pequeña escapada a Valencia, pero había valido la pena, le gustaba saber que estaban ahí, cerca de él donde podía controlar que a Hugo no le pasara nada y también verlos cuando quisiera. Le hubiera encantado ir a la habitación de Hugo y comer allí con ellos, pero tampoco quería ser pesado; se conformaba con bajar un rato por la tarde y disfrutar de su compañía, ya que le gustaba estar con Laura y se divertía con Hugo.

Estaba muy liado y tenía que dejar todo organizado para poder cogerse dos días libres y así someterse cuanto antes a la extracción de médula, cuanto antes se empezara con el tratamiento mejor sería para el niño, pues cada vez se debilitaba más. Era la primera vez que tenía miedo en su trabajo, miedo de que algo saliera mal, miedo de que el niño rechazara el trasplante, miedo de que no sobreviviera. Sabía que Laura no podría superar algo así y no estaba preparado para perder a ninguno de los dos, acababan de llegar a su vida y

aun así los consideraba importantes e indispensables.

Cuando su mujer entró por la puerta hecha una furia, él salió de sus pensamientos.

—¡Quiero que me digas que no es cierto lo que me acaban de contar!

—Como siempre, las noticias vuelan. ¿Quién ha sido, Irene? Que pregunta más tonta, ¿quién si no? Ella es tu espía y gracias a ella te enteras de todo lo que pasa, ¿verdad?

—Pues sí, eso es lo malo de tener amantes despechadas, que a la primera oportunidad te traicionan.

Irene había sido amante de Marcos y una de las que más le había durado, pero todo terminó entre ellos cuando quiso hacerle creer que el hijo que esperaba era de él. Estuvo a punto de despedirla, pero necesitaba el trabajo para poder criar a su hijo y como Marcos era demasiado buena gente, le permitió seguir en el hospital. Los celos y el rencor la hicieron convertirse en el chivo expiatorio de Patricia, a quien informaba de todas las médicas o enfermeras que pasaban por su cama. Ella tenía el puesto asegurado y Patricia controlado a su marido.

—Llegará el día en el que me cansaré de este juego que lleváis entre las dos y la despediré.

—Recuerda, querido, que este también es mi hospital, y yo también decido quién trabaja aquí y quién no.

—¿Qué es lo que quieres Patricia? Tengo trabajo —preguntó malhumorado, quería que se fuera cuanto antes de su despacho.

—Quiero saber si es verdad lo que me ha dicho Irene. ¿Acabas de ingresar a un niño que dices que es tu hijo?

—Sí, lo acabo de ingresar, y sí, es mi hijo. ¿Ya estás satisfecha?

—¡No, no estoy satisfecha! ¿Desde cuándo tienes un hijo y por qué no me lo habías dicho?

—Acabo de enterarme hace apenas cuatro días.

—En todo este tiempo esa mujer no te ha dicho nada, y ahora que está enfermo te lo dice. Eres tan ingenuo. ¿Es que no ves que se está aprovechando de que algún día se acostó contigo y ahora te viene con ese cuento para que la ayudes? No somos una ONG y si sigues así, acabarás arruinándonos.

—No digas tonterías, por ayudar a algunas personas necesitadas no vamos a arruinarnos. Además, nunca me he acostado con esa mujer, y sin haberlo hecho, nunca podría estar más seguro de que Hugo es mi hijo.

—¡¡¿Qué?!! No te has acostado con esa mujer y dices que ese niño es tu

hijo. ¡¿Te has vuelto loco?!

—Si te sientas y te tranquilizas, podré explicártelo.

—¡Está bien! Ilumíname antes de que llame a psiquiatría y mande que te pongan una camisa de fuerza.

Cuando Marcos le contó toda la historia, Patricia alucinó.

—Por eso estoy completamente seguro de que es mi hijo, y cuando lo veas te darás cuenta de que esa mujer no miente.

—¿Por qué? —preguntó decaída.

—Porque es igualito que yo, es como si volviera al pasado y me viera con cinco años.

—Me prometiste que no tendrías hijos fuera del matrimonio, que jamás tendrías hijos con ninguna otra mujer.

—Patricia, por favor, yo no he tenido un hijo fuera de nuestro matrimonio, son cosas que uno no puede controlar. Pero es un hecho, es mi hijo y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para curarlo. Y no me va a importar lo que opines sobre este tema, nada ni nadie va a poder evitarlo. Y si me entero de que haces cualquier cosa en contra de ellos, esta vez no podrás impedir que me divorcie de ti, porque de nada te servirán las pataletas y las amenazas de suicidio, y tampoco me importará que te tires desde la terraza. Me has entendido, ¿verdad?

—¿Por qué tantas consideraciones con ese niño? Tú nunca quisiste tener hijos. ¿Por qué ahora es tan importante un hijo para ti?

—Tú eras la que no quería tener hijos, yo simplemente decidí complacerte. Pero ahora tengo un hijo y no voy a darle la espalda, quiero saber qué se siente y quiero disfrutar de él.

—Está bien, pero no voy a consentir que arriesgues tu salud por él, no quiero que seas el donante, busca a otro. ¿Y si te quedas cojo o te pasa algo con la anestesia?

—Basta, Patricia. Digas lo que digas, no vas a convencerme. Mi hijo necesita mi médula, tiene mi grupo sanguíneo y estoy seguro de que no encontraríamos un donante compatible. Así que voy a dársela, te pongas como te pongas. Además, estamos hartos de hacer esto todos los días y nunca hay problemas.

—Sí, pero es a los demás a los que se les practica, no a ti. Y me importa una mierda ese niño, no quiero que te arriesgues.

—No va a pasarme nada. —Se acercó a ella y cogió sus manos—. Enrique es el mejor y es él quien me va a intervenir.

—No, tú eres el mejor, pero no puedes intervenirte a ti mismo. Si algo te pasara...

—Nada va a pasarme. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando me pediste que me casara contigo? —Ella asintió con la cabeza—. Me dijiste que lo que más te gustaba de mí era lo entregado que estaba a mi trabajo, que me veías como a un Dios salvando las vidas de la gente.

—Tú me salvaste, y para mí fuiste un Dios.

—¿Y cómo crees que me sentiría si dejara morir a mi hijo? —Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que nada podía hacer.

—¡Oooh! Lo siento, perdóname, tienes razón. A veces soy tan estúpida —dijo dándole un beso—, pero me da tanto miedo que pueda pasarte algo, que pueda perderte. Y pensar que otra mujer te ha dado un hijo, algo que nunca podré hacer yo, me causa mucha inseguridad.

—Pues olvida esas tonterías, esa mujer está felizmente casada y lo único que le interesa de mí es mi médula.

Era mejor mentirla y hacerle creer que Laura era una mujer segura en su matrimonio, así evitaría las persecuciones y no mandaría a Irene de espía. Casi todos sus romances eran pasajeros, por eso a ella no le importaba compartirlo con otras mujeres, ya que siempre volvía con ella. Pero le gustaba estar informada de sus conquistas y por eso recurría a Irene.

—Eso me deja más tranquila, y saber que nunca has tenido relaciones con ella también. Si es feliz en su matrimonio y nunca ha compartido tu cama, no estará tentada. Y a ti te aconsejo que te mantengas alejado de ella, porque esta vez no voy a dejarte hacer lo que te dé la gana. Si quieres salvar a ese niño, no te lo voy a impedir, pero no te quiero cerca de su madre. Esa es la única condición que pongo. Puedo luchar con amantes pasajeras, pero con la mujer que te ha dado un hijo, no.

—Bueno, ya, déjate de tonterías y déjame trabajar.

—¿Puedo irme tranquila mañana a la inauguración de mi nueva *boutique* en París?

—Puedes irte tranquila, cuando vuelvas estaré aquí esperándote.

—Eso me tranquiliza. ¿Cuándo vas a someterte al trasplante?

—Pasado mañana.

—¿No puedes esperar a que vuelva?

—No, no puedo. Pero no quiero que te preocupes, estaré bien. Tú disfruta y pásalo bien.

—¿Vendrás a pasar esta noche conmigo? Voy a estar dos semanas fuera y

hoy te necesito.

—Sí, iré a casa a dormir.

—Vale, prepararé una cena romántica y me pondré mi mejor picardías.
—Mientras decía eso se colgó de su cuello para después darle un beso muy apasionado—. Las horas se me harán eternas hasta que llegues. Te quiero.

—Hasta luego. —Patricia volvió a besarlo.

Marcos respiró profundamente al saber que estaría fuera dos semanas y no interferiría en el tratamiento de Hugo porque, conociéndola como la conocía, sabía que sus celos y su inseguridad le harían estar rondando y vigilando cada paso que él pudiera dar cerca de Laura.

Daba gracias a Dios de que hubiera algo para ella en el mundo casi más importante que él, y eran sus *boutiques*, que la tenían siempre bastante ocupada. Que fuera a inaugurar una en París en dos días era perfecto para poder estar tranquilo y ocuparse de Hugo y de Laura.

Muchas veces se reprochaba a sí mismo ser tan débil y no tener el valor de poner fin a ese matrimonio, que más que un matrimonio parecía un convenio comercial. Cuando ella le regaló y mandó construir ese hospital tal y como él lo quiso sin importar lo que costara, solo puso una condición: él sería el director y mandaría en él, pero ella sería la propietaria del sesenta por ciento de las acciones, es decir, la dueña. A él eso no le importó, pues no le movía el dinero sino tener un hospital con las mejores instalaciones y poder dar el mejor servicio a sus pacientes.

Sus pacientes eran gente rica, ya que el hospital era privado, y gracias a los contactos de Patricia y a la posición social que ocupaban, funcionaba de maravilla. Pero él tenía un pacto con Patricia, por cada planta y especialidad él podía tener siempre a una persona necesitada y sin recursos. La lista de espera era muy larga, él estudiaba los casos y siempre admitía a las personas más graves y más necesitadas. Eso le hacía sentirse mejor consigo mismo ya que cuando empezó a estudiar medicina nunca se imaginó trabajando en un hospital privado, sino en uno público, que era lo que le gustaba.

Él siempre fue un chico sencillo, pues su padre trabajaba en una fábrica y su madre siempre se ocupó de su casa. Tenían lo justo para vivir, pero eran felices así. Todos sus estudios los cursó con becas, pues era muy inteligente y sus notas eran de matrícula de honor. Incluso los últimos años que estuvo en América terminando su especialidad de hematólogo/oncólogo pediátrico fue becado y sus notas fueron las mejores de su promoción, por eso fue reconocido por la Junta Americana de Pediatría. Eso le abrió muchas puertas

al volver y pudo elegir el hospital público donde quería trabajar

Marcos nunca había tenido una relación estable, ya que su primer ligue en la universidad se volvió loca por los celos y eso le trajo muchos problemas cada vez que intentaba dejarla. Así que, cuando consiguió deshacerse de ella, se juró a sí mismo que no volvería a atarse a ninguna mujer, y tampoco ninguna mujer volvió a llamar su atención como para hacerlo, solo salía con ellas para pasar un buen rato.

Hasta que un día, hacía ya ocho años, una famosa heredera requirió sus servicios. Patricia Hidalgo era una de las mujeres más ricas de España, ya que al morir su padre le dejó toda su fortuna. Cuando descubrió que tenía leucemia, buscó al mejor hematólogo del país para que la tratase y así conoció a Marcos, que la curó. Como casi todas las mujeres, se enamoró de él y no descansó hasta que consiguió convertirse en su esposa. Así fue como Marcos se vio envuelto sin darse cuenta en ese mundo elegante, sofisticado y poderoso, pero frío, indiferente y despiadado. Un mundo que detestaba y del que no podía escapar, pues cada vez que lo intentaba, cada vez que decidía pedirle el divorcio a su mujer, ella lo amenazaba con suicidarse, y en más de una ocasión lo había intentado.

La primera vez que le pidió el divorcio la encontró en su cama con una sobredosis de pastillas y la segunda tuvo que subir a la terraza del hospital donde trabajaba para impedir que se tirara al vacío. Después de esos intentos, él siempre volvía con ella, hasta que surgía otra nueva crisis entre los dos. Lo peor era que él se sentía responsable de ella, por eso aguantaba todos esos ataques de celos e histerias que le daban. Parecía un castigo divino, ya que había jurado no volver a atarse a una mujer como aquel ligue de universidad y acabó casándose con una mucho peor que ella.

Solo había dos cosas que lo mantenían atado a Patricia: el miedo a dejarla y que consiguiera cumplir con sus amenazas, y el no haber encontrado nunca a esa mujer que lo llenara, esa mujer que le hiciera sentir bien, esa mujer que lo enamorara de tal manera que no le importara nada, nada más que ella, y que le diera la fuerza suficiente para luchar, para escapar de esa farsa de vida que llevaba desde que se casó con Patricia. Lo único que le hacía sentirse vivo era su trabajo y esos pacientes que de verdad lo necesitaban, por eso pasaba más horas en el hospital que en su propia casa.

Por la tarde bajó a ver a Laura y a su hijo. Cuando entró en la habitación se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla, ella se ruborizó de nuevo por

esa muestra de afecto, algo que a Marcos le resultó encantador, como casi todo lo que descubría cada día al conocerla un poco más. Después se acercó a su hijo, le alborotó el pelo y le preguntó:

—¿Cómo estás, campeón?

—Bien. —Pero a pesar de tener el oxígeno puesto, se le veía un poco fatigado. Marcos se alarmó y comenzó a explorarlo.

—¿Desde cuándo está así de fatigado? —le preguntó a Laura mientras lo auscultaba con el estetoscopio que siempre llevaba colgado al cuello.

—Desde que llegamos y tuve la discusión con la enfermera. Se puso muy nervioso y desde entonces está así. ¿Tengo que preocuparme?

Marcos la miró y le sonrió.

—No, aguantará, es fuerte, ¿verdad? —Hugo asintió con la cabeza y una débil sonrisa—. Aunque voy a dar la orden de adelantarlo todo para mañana —le dijo a Laura.

—Me estás asustando.

—Voy a hablar con tu madre, estaremos fuera, así te dejaremos ver los dibujos. —Cuando salieron, él le habló muy serio—: Debiste avisarme de su fatiga.

—Por favor, dime qué está pasando.

—Sus pulmones están empezando a fallar.

—¡Oh, Dios mío! —Sus ojos empezaron a inundarse en lágrimas—. ¿Va a morir?

—No. Ya te he dicho que eso no va a pasar, pero debemos empezar cuanto antes con el tratamiento. Por eso voy a adelantarlo un día, ya que un día en su estado es mucho tiempo. —Cuando vio cómo sus lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas, no pudo evitar abrazarla—. Confía en mí, no voy a dejar que nuestro hijo se muera —le susurró para tranquilizarla. Laura se abrazaba fuerte a él, pues sus brazos fornidos y su pecho musculoso la reconfortaban.

—Confío en ti, pero no me falles, ¿vale?

—No lo haré. Ahora quiero saber si te has portado bien y te has comido todo lo que te pedí.

—Sí, estaba todo muy bueno. Pero si sigo comiendo así, voy a engordar.

—Eso es lo que me propongo, quiero verte con unos cuantos kilos de más porque estoy seguro de que debes estar preciosa con un poco más de relleno.

Laura levantó la vista para mirarlo, pero él no se movió ni un milímetro, seguía abrazándola con fuerza.

—¿Es peligroso lo que van a hacerte? ¿Podría sucederte algo?

Sus ojos seguían llenos de lágrimas y parecía preocupada.

—¿Te dolería si me pasara algo?

—¡Pues claro que sí! ¿Cómo puedes preguntarme algo así?

—Pensaba que solo te importaba la vida de tu hijo.

—Os quiero a los dos en mi vida, sanos y salvos. Prométeme que mañana todo saldrá bien.

—Mañana todo saldrá bien, te lo prometo, pero no podré veros hasta pasado mañana. Así que no te asustes si no me ves aparecer.

—¿Por qué?

—Porque después de la extracción de médula debo reposar doce horas.

—Vaya, eso no lo sabía. ¿Irás a tu casa?

—No, en mi casa no hay nadie, me quedaré aquí en una habitación. ¿Podrás escaparte para venir a verme? Voy a estar muy aburrido.

—¿Y por qué no pides que te traigan aquí? Yo podría cuidar de ti.

—¿Estás segura? —le preguntó con una mirada muy intensa.

—Sí, es lo menos que puedo hacer por ti.

—Intentaré hablar con el director a ver si él puede hacer algo. —Con esa broma la hizo reír.

—Y si no me lo dices a mí, ya que, según él, no puede negarme nada. — Laura continuó su broma y le hizo reír esta vez a él.

—Entonces considéralo un hecho, mañana vas a tener otro paciente más al que cuidar.

—Para mí será todo un placer ser tu enfermera.

—¡Uy, uy, uy! Puede que me guste demasiado y tenga que reposar unas cuantas horas más. —Ella volvió a reírse—. Tengo que irme, y no olvides que tenemos una cita a las siete en ayunas.

—Te estaré esperando.

El agachó la cabeza y le dio un beso en la frente, después bajó los labios hasta su entrecejo y volvió a besarla, y como si no pudiera parar, le dio otro beso en la punta de la nariz. Ella, sabiendo a dónde iba a ir dirigido el próximo beso y con una fuerza de voluntad muy grande ya que deseaba tanto ese beso como él, agachó la cabeza. Por respeto a Héctor y a Patricia, no podían besarse. Marcos, resignado, volvió a besarle la frente antes de soltarla para marcharse.

—Hasta mañana —se despidió con muy pocas ganas de ella, pero debía acudir a esa cita que tenía con su esposa por más que le pesara. Si no, estaba

seguro de que Patricia se presentaría en el hospital reclamándole su abandono.
—Hasta mañana.



Capítulo 19

Eran las siete de la mañana cuando Marcos entró en la habitación con una sonrisa, miró a Laura y le dijo bajito, ya que Hugo seguía durmiendo:

—Buenos días, ¿preparada para un pequeño pinchazo?

—¿Vas a pincharme tú? ¿No tienes miedo de que te vean tus empleados haciendo de enfermera? —bromeó.

—Tendré que correr ese riesgo, ya que, si no, no tengo excusa para verte.

—No necesitas excusas para verme, solo acercarte por aquí, siempre serás bien recibido. —Mientras hablaban le sacaba la sangre y cuando terminó siguió bromeando—. ¡Jope! ¿Traficas con la sangre? —A él le dio la risa por la expresión y la broma—. ¿Para qué tantos tubos?

—Ya que estamos, voy a hacértelo completito, así nos aseguramos de que estés perfectamente.

—Eres muy exagerado, ¿no? Estoy bien.

—No, solo quiero quedarme tranquilo.

—¿De verdad te preocuparía que algo me pasara?

—¿De verdad crees que debes hacerme esa pregunta?

—Yo no... —De pronto Marcos le acarició un mechón de pelo y se lo puso por detrás de la oreja. Su mano continuó la caricia hasta su nuca y, una

vez allí, la atrajo hacia él con intención de besarla. Laura enmudeció y justo cuando los labios de Marcos iban a cubrir los suyos, escucharon a Hugo y se separaron bruscamente.

—Mami.

—Buenos días, mi amor. —Laura huyó de Marcos y se acercó a su hijo para darle un beso—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, mami.

—Hola, campeón.

—¿Qué haces aquí?

—Haciéndole un análisis a tu madre.

—¿Por qué? ¿Está malita como yo?

—Esperemos que no —contestó mirando a Laura—. Ahora tengo que dejaros, me están esperando. —Laura lo acompañó hasta la puerta.

—Te estaré esperando, no puedes darme plantón —dijo muy preocupada—, y dile a tu compañero que si algo te pasa, ya puede echar a correr.

Marcos sonrió y la miró con tanta intensidad que consiguió que bajara la mirada y se sonrojase.

—No voy a darte plantón. Además, me muero de ganas de que seas mi enfermera. —Le levantó la cara, acarició su mentón y le dio un suave beso en los labios—. Nos vemos luego.

Sin poder decir nada por la impresión, Laura lo observó mientras se alejaba. Estaba nerviosa de pensar que algo pudiera pasarle, Marcos le había explicado que era una intervención muy sencilla y que no debía preocuparse, pero ella no podía evitarlo. Deseaba que todo terminara y que lo trajeran a esa habitación para así poder cuidarlo y asegurarse de que estaba bien.

Casi cuatro horas más tarde, cuando ya pensaba que iba a volverse loca por la espera, las puertas se abrieron y un celador, una enfermera y el médico que le había intervenido entraron con Marcos dormido en una cama. El celador sacó la cama que Marcos había hecho que pusieran para ella, ya que eran demasiadas camas para una sola habitación, y colocó la de Marcos al lado de la de Hugo. Laura se abalanzó sobre la cama, se sentó a su lado y lo miró detenidamente mientras le acariciaba la frente.

—¿Cómo ha ido todo? ¿Por qué sigue dormido? ¿Por qué han tardado tanto? —No dejaba de hacer preguntas, ya que la espera había sido muy larga

y estaba muy preocupada.

—Estoy bien —le contestó Marcos con los ojos cerrados y aún medio dormido. Ella le cogió la mano y con la otra acarició su mano suavemente—. No avasalles al personal, y, sobre todo, no descargues tu furia con Enrique.

—Déjate de bromas y no hables, necesitas descansar. Doctor, ¿cómo ha ido todo? —le preguntó más tranquila a Enrique después de haberle escuchado hablar.

—Todo ha salido muy bien, puede estar tranquila. Si hemos tardado, ha sido porque Marcos no ha querido empezar hasta dejar todo preparado. Quería que en cuanto le extrajéramos la médula la mandaran al laboratorio para que empezaran a preparar el suero para su hijo y así poder administrárselo lo antes posible. Órdenes del director, y siempre hay que cumplirlas. También dejó antes de que lo sedaran una muestra de su sangre, los resultados ya están, ¿quiere que se los suba?

—No, no es necesario, pueden esperar. Ahora lo único que importa es él. ¿Qué debo hacer?

—Marcos no puede moverse hasta mañana, y aun así deberá tomárselo con calma un par de días.

—No se preocupe, yo voy a encargarme de él estos dos días y le obligaré a tomárselo con calma.

—Bien, entonces la dejo, me pasaré más tarde para ver cómo sigue.

—Gracias, doctor.

Laura volvió a tocarle la frente para comprobar que no tuviera fiebre, algo que solía hacer con su hijo cada dos horas.

—Estoy bien... deja de preocuparte —dijo Marcos con voz ronca y soñolienta por el efecto de la anestesia mientras intentaba abrir los ojos.

—No puedo evitarlo. Se me ha hecho eterno, creí que iba a volverme loca. Si algo te pasara, yo...

—Mami, ¿qué le pasa?

Al oír a su hijo se dio cuenta de que estaba ahí. Era la primera vez que algo le preocupaba tanto como para olvidar que su hijo estaba en esa misma habitación, y se quedó bastante impactada. Ella no podía abrigar ningún sentimiento hacia él, los dos estaban casados y no podía ser. Entonces se dijo a sí misma que debía ser por todo lo que estaba sucediendo, al fin y al cabo, si él estaba en esa cama era para salvar a su hijo, y cualquiera estaría preocupada en una situación como esa. Cuando todo terminara, las aguas volverían a su cauce, ella con Héctor y él con su mujer, en ese maravilloso

hospital y salvando vidas todos los días, como debía ser.

—Nada, cariño, solo está descansando.

—¿Y por qué no se va a su casa a descansar?

—Buena pregunta —volvió a decir Marcos abriendo los ojos por primera vez.

—Vaya, ¿ya has vuelto o vas a volver a dormirte? —Laura le sonrió dulcemente.

—A lo mejor necesito un beso para terminar de despertarme, como la bella durmiente.

—Ahora sí creo que ya estás mucho mejor. —Se rio contagiándole la risa a él.

—¿Por qué estás cansado? —insistió Hugo al ver que ninguno de los dos le hacía caso.

—Porque me han dormido, pero ya estoy casi despierto.

—¿Y por qué te han dormido?

—Para curarte.

—¿Para curarme? —preguntó muy confuso—. ¿Cómo?

—Verás, me han dormido y me han pinchado en la cadera para sacarme un líquido milagroso, y ahora están fabricando con ese líquido un suero para ponértelo y que así puedas curarte.

—¿Y voy a curarme?

—Sí, vas a curarte.

—¿Porque eres mi papá? ¿Por eso va a curarme ese líquido milagroso que te han sacado?

—Sí.

—¿Y podré jugar al fútbol? —preguntó haciendo reír a Marcos.

—Es lo primero que vamos a hacer cuando te levantes de esa cama y puedas correr.

—¿Y después me llevarás al Parque Warner?

—Por supuesto.

—Gracias.

Hugo de repente estiró el brazo y con su pequeña mano cogió la de él y la apretó muy despacio. Marcos le devolvió el apretón sintiendo algo muy grande en el pecho por ese pequeño y primer contacto con su hijo. Entonces miró a Laura, que tenía los ojos llorosos, apretó su otra mano, que aún seguía agarrando la de Laura, y sonrió.

—Me gusta esta sensación, es como estar en casa.

—Ahora debes descansar —le ordenó asombrada por esas palabras.

—Mami, tengo pis.

—Está bien, vayamos a hacer pis.

—No, puedo ir solo, tú cuida de papá.

Los dos se miraron sorprendidos. Hugo se quitó el oxígeno y se fue al baño, dejándolos solos.

—¿Acaba de llamarme papá?

—Sí, pero no te preocupes, hablaré con él para que no vuelva a hacerlo.

—¡No! No quiero que lo hagas. —Nerviosa, Laura intentó levantarse de la cama y Marcos, para que no lo hiciera, la cogió del brazo. Pero enseguida se quejó por el esfuerzo—. ¡Aaauuu! No deberías obligarme a hacer eso.

Laura inmediatamente volvió a sentarse a su lado, preocupada.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te he hecho daño? ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Nada más decirle eso, pasó la mano por detrás de su nuca y le dijo, arrastrándola hacia él—: Bésame.

—¿¿Qué?!

—Me dijiste que podía pedirte cualquier cosa.

—Pero...

—Bésame, eso es lo único que quiero.

Laura se dejó arrastrar por Marcos, primero porque se sentía en deuda con él y en el estado en el que se encontraba no era capaz de negarle nada, y segundo porque lo deseaba tanto como él.

Cuando los labios de Marcos rozaron los suyos en un tierno beso, Laura se estremeció y él sintió ese estremecimiento como una descarga eléctrica por todo su cuerpo. Esa sensación le hizo desearla con una fuerza demoledora y abrió la boca para poder saborear por fin la de ella. Cuando sus lenguas estaban a punto de acariciarse, una voz los obligó a separarse bruscamente.

—¿Ves, mami? He podido ir solito.

Laura se levantó de la cama para huir de Marcos, se acercó a su hijo y lo acompañó hasta su cama.

—Muy bien, cariño.

Marcos podía ver su nerviosismo a través de esa sonrisa que le dedicaba a Hugo, sus mejillas sonrosadas le decían lo alterada que estaba por ese beso fallido que acababan de compartir y por su manera de esquivar su mirada, sabía que también estaba avergonzada. No quería presionarla, así que decidió complacerla y hacer como que nada había pasado, ya que ella prefería que fuera así.

Unas horas más tarde, Enrique subió a la habitación para ver cómo seguía su jefe y amigo, y cuando lo vio, le sonrió. Hugo estaba sentado en la cama al lado de Marcos con las piernas dobladas y el oxígeno puesto, pero muy animado hablando con su padre. Parecía que los medicamentos que Marcos había ordenado para él antes de que lo intervinieran le habían hecho efecto. Aun estando débil y fatigado, estar con Marcos parecía darle fuerzas pues no dejaba de hablar y contarle cosas, mientras Marcos lo escuchaba y hablaba con él.

Laura no decía nada, solo los observaba y se reía cuando lo hacían ellos. Era la primera vez que Hugo estaba tan contento y Laura sabía muy bien el porqué. Ese hombre lo escuchaba, le prestaba atención y conversaba con él como nunca había hecho Héctor. Ni siquiera cuando estaba sano Héctor tuvo tiempo para él, ya que siempre tenía mucho trabajo y poco tiempo para ellos. El único hombre que se pasaba por su habitación y conversaba un poco con él era su tío Diego, así que desde que lo ingresaron en el hospital, la única persona que estaba a su lado y le prestaba toda su atención era su madre. En esos momentos Laura se dio cuenta de lo mucho que su hijo necesitaba la figura de un padre en su vida, ya que desde que le había dicho papá ya no había vuelto a llamarle Marcos, y lo más extraño era que parecía que Marcos estaba encantado.

—Parece que te vas recuperando muy bien —le comentó Enrique a Marcos—. Y no me extraña, te veo muy bien acompañado.

—Pues sí, estoy perfectamente y no podría tener mejor compañía —dijo mirando a Laura, que bajó la vista avergonzada recordando ese beso—. Anda, acércate, quiero presentarte a mi hijo.

Al decir eso, Laura lo miró sorprendida y Hugo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues yo lo veo muy bien, tu padre es muy exagerado —le dijo a Hugo como contándole un secreto—. Ha vuelto loco a medio hospital para hacerte el suero lo más rápido posible y por cómo te veo, parece que no lo necesites.

—¡Aaah, no! Sí que lo necesito, lo que pasa es que estoy disimulando para que no se preocupe por mí. A mi otro papá no le gusta verme enfermo, por eso casi nunca viene a verme.

Los tres se miraron sorprendidos al oír esa pequeña confesión del niño.

—Pues eres muy listo. Pero eso no debe preocuparte con este papá, porque a Marcos le encanta estar con niños enfermos, es su trabajo.

—Entonces, no sé si será mejor que me cure.

—No digas tonterías, campeón, yo voy a estar a tu lado estés sano o enfermo, y prefiero que sea sano.

—¿Me lo prometes?

Laura volvía a tener los ojos empañados en lágrimas mientras se preguntaba al oír a su hijo: «¿Por qué? ¿Por qué no me he dado cuenta nunca de la inseguridad que Héctor le ha causado a Hugo?».

—Sí, te lo prometo. Además, no podemos desperdiciar mi líquido milagroso, y recuerda que tenemos que jugar al fútbol.

—Sí, voy a ponerme bien para jugar al fútbol contigo.

Hugo se le tiró al cuello y le dio un beso muy fuerte.

—Cariño, por favor, ten cuidado, no hagas daño a tu padre.

Marcos le hizo una señal con la mano para que lo dejara mientras lo abrazaba con fuerza.

—Tranquila, no me hace daño. —Le dio un beso y volvió a abrazarlo—. Y si así fuera, valdría la pena.

Nunca imaginó que algún día sintiera la necesidad de ser padre, pero en ese instante en el que su hijo lo había abrazado y besado por primera vez, supo que desde ese momento necesitaría tenerlo cerca todos los días de su vida.

—Como veo que estás bien, te dejo. Si necesitas algo, sabes dónde encontrarme —se despidió Enrique—. ¡Ah! Se me olvidaba, te dejo los resultados de los análisis que me pediste. Hasta luego.

—Hasta luego.

Marcos abrió la carpeta y sacó los papeles.

—¿Qué es eso? —preguntó Hugo.

—Son los resultados de tu madre, vamos a ver cómo se encuentra.

Mientras leía los análisis, Laura lo miraba sin decir nada. Hacía mucho tiempo que se encontraba cansada, agotada, pero nunca se había parado a pensar que pudiera tener algo, su hijo la necesitaba y estuviera como estuviera, ella tendría que esperar.

—¿Cómo está mamá?

—Pues tal y como yo esperaba, con una anemia de caballo.

—Entonces está como yo, ¿también vas a darle ese líquido milagroso tuyo para que se cure?

—Gracias a Dios no está como tú. Pero sí, le voy a recetar unas vitaminas y la voy a cebar como a los gorrinos hasta que se ponga bien —dijo haciéndoles reír.

—¿Sabes?, mamá tenía razón cuando decía que venía aquí para buscar un

héroe que pudiera salvarme, porque tú eres nuestro héroe. Vas a salvarme a mí y también a mamá.

—De eso no te quepa la menor duda. Pero ahora tu héroe está un poco pachucho y necesita descansar. —Laura acostó a Hugo en su cama—. Ponte un rato la tele.

—Vale, pero no tienes que preocuparte, mami, a los héroes nunca les pasa nada, son invencibles. ¿Verdad, papá?

—Verdad.

Marcos miró a Laura y le guiñó un ojo sacándole una sonrisa.





Capítulo 20

A media tarde entró una enfermera, la misma que acompañó a Irene el día que llegaron al hospital, y le preguntó:

—Irene me ha pedido si puede venir a verte.

—No, dile que estoy bien, que le agradezco su interés, pero que no quiero que venga. Esta habitación sigue estando vetada para ella.

—Marcos, no pasa nada. Fue un malentendido y ya está, por mí, puede venir a verte cuando quiera.

—Sí, pero por mí no, no quiero verla.

La enfermera se fue y los dejó solos.

—Irene y tú habéis sido amantes, ¿verdad? —dedujo Laura.

—Sí. ¿Tanto se nota?

—Pues sí. Cuando hablaba, parecía la dueña de este hospital y cuando se dirigía a ti, no parecía una simple empleada.

—Ella ha sido uno de mis mayores errores.

—Pues parece que tienes bastantes, todas tus enfermeras parecen estar locas por ti.

—¿Te molesta?

—No, ¿por qué tendría que molestarme?

—¿No eres una mujer celosa?

—No, creo que si quieres a alguien y esa persona te quiere a ti, no debes sentir celos, más bien confiar en él. Los celos son muy malos y lo único que hacen es separar a las personas.

—¿Por qué piensas eso?

Antes de contestarle, Laura miró hacia la cama para comprobar que Hugo siguiera dormido.

—Mi marido empezó a sentir celos de Hugo cuando se puso malo y yo dejé de estar pendiente de él para ocuparme de mi hijo, y eso lo único que hizo fue distanciarnos. Por eso sé que los celos no son buenos consejeros. Además, entre tú y yo no hay nada, ¿por qué tendría que estar celosa?

—Me gusta tu manera de pensar. Yo nunca he encontrado a una mujer que no sintiera unos celos enfermizos por mí, y eso me saca de mis casillas.

—Debe ser muy difícil estar con un hombre capaz de enamorar a otra con solo una mirada, y tú tienes ese don. No creo que ninguna mujer pueda resistirse a tus ojos. Por eso te pido por favor que no vuelvas a mirarme, y menos aún que intentes besarme de nuevo. Tú estás casado, yo también y será mejor que mantengamos la distancia.

—Está bien, entonces llama a una enfermera.

Le molestaba mucho que ella le dijera esas cosas, pero sabía que tenía razón. Siempre le había bastado una sola mirada para que las mujeres hicieran su santa voluntad, pero lo que más le molestaba era que justamente ella no cayera bajo su embrujo.

—¿Por qué? ¿Te encuentras mal? —preguntó preocupada.

—No, pero quiero orinar.

—Por Dios, me has asustado. No necesito llamar a ninguna enfermera para eso —dijo mientras iba al baño y cogía un orinal de botella para ponérselo.

—Será mejor que no hagas eso —le advirtió él.

Pero ella, sin escucharle porque tratándose de él le daba mucha vergüenza, decidió actuar como si fuera lo más natural del mundo.

—Recuerda que soy enfermera y que no es la primera vez que ayudo a un paciente a ponerse la botella. —Necesitaba demostrarle que no tenía importancia y que para eso él solo era un paciente más.

Cuando le quitó la sábana y bajó lo justo su pantalón para coger su pene e introducirlo en el cuello de la botella, los dos se quedaron sorprendidos. Él porque nada más sentir sus manos en su glande una sensación extraña lo envolvió y, sin darse cuenta ni poder controlarlo, su pene empezó a endurecerse y a ponerse rígido. Ella, asombrada, lo soltó y se alejó muerta de vergüenza.

—Lo siento, no pensé que... ¡Por Dios, es la primera vez que me pasa algo así! Bueno, la segunda —dijo más avergonzada todavía.

—Te lo advertí, ¡joder, Laura! Si fueras una enfermera gorda y fea no me pasaría esto, ahora no sé si voy a poder mear.

Al oírle decir eso, ella empezó a reírse a carcajadas y él no pudo evitar reírse con ella.

—Lo siento, no volveré a hacerlo. ¿Quieres que llame a una enfermera gorda y fea?

—No, creo que yo mismo podré sacarme esta dichosa botella.

—Pero no debes moverte —le advirtió preocupada.

—Tranquila, no lo haré, puedo llegar hasta el orinal sin mover las caderas. Ahora quiero saber cuándo te pasó esto por primera vez y a quién pusiste tan cachondo como me acabas de poner a mí con un simple roce.

—¡Dios mío! No digas esas cosas, que me da mucha vergüenza.

Al verla toda colorada recordó que le había contado que se crio en un convento, eso explicaba que una mujer adulta y con un hijo pudiera avergonzarse al hablar de esas cosas. Pensar en eso le hizo sonreír porque parecía una niña.

—Vale, me callaré, pero cuéntamelo.

—¡No!

—Por favor, necesito saberlo, y juro que no me reiré.

—Sí te vas a reír.

—No me voy a reír.

—Está bien, te lo contaré, pero como te rías, te mato. —Marcos asintió con la cabeza—. Fue cuando cursaba las prácticas, me mandaron lavar a los pacientes y yo me moría de vergüenza solo al pensar que tenía que verlos

desnudos, eso es lo único que nunca me ha gustado de mi profesión. Pero bueno, me olvide de eso y me puse manos a la obra. Al primer chico al que fui a lavarle sus partes bajas lo hice igual que hacía con los bebés, intenté que quedaran bien limpiotas, y cuando aquello empezó a crecer, creí que me moría de vergüenza. Salí corriendo y no volví a entrar en esa habitación hasta que al chico le dieron el alta. Luego una compañera me explicó cómo tenía que lavar a los adultos, sin apenas detenerme en esa zona. —Se volvió a mirarlo y se dio cuenta de que contenía la risa—. Ni se te ocurra reírte. —Pero Marcos no pudo aguantarse y se echó a reír a carcajadas—. Sabía que acabarías riéndote de mí, eres imposible.

Cogió una toalla y le dio en el pecho con ella en plan latigazo, pero despacio.

—¡Aaaaauuu!

Al oír su quejido, se acercó a su lado y se sentó en la cama, preguntándole preocupada:

—¿Te he hecho daño? —Él la cogió de los brazos.

—No, solo quería que te acercaras a mí. Eso sí, te prohíbo que vuelvas a tocar ningún miembro viril que no sea el mío. —Laura se rio.

—Eso va a ser imposible. Primero porque no voy a volver a tocarte, tú mismo me lo has pedido hace un rato, y segundo porque estoy casada y tarde o temprano volveré con mi marido.

—Cállate. ¿Quieres castigarme?

—Sí. Te has reído. —Él seguía reteniéndola mientras la acercaba lentamente hacia él—. Marcos, por favor, no hagas eso.

—¿A qué estáis jugando?

De nuevo la voz de Hugo al despertarse los hizo separarse bruscamente.

—A nada, mi amor, solo hablábamos —explicó Laura muy nerviosa.

Se levantó, rodeó las dos camas, ya que estaban pegadas la una a la otra, y se sentó en la de su hijo para alejarse una vez más de Marcos.

Cuando llegó la noche, Marcos ya podía comer y ella le ayudó a comerse el puré y el pescado, al igual que hacía con su hijo. Después tuvo que dar cuenta de su comida, pues Marcos no le dio tregua hasta ver el plato vacío.

A la hora de dormir, Laura le contó un cuento a su hijo como hacía siempre. Marcos se centró en su voz, esa voz que tanto le gustaba y relajaba,

esa voz suave y aterciopelada, y sin darse cuenta se quedó dormido como su hijo.

Laura, al ver que los dos se habían quedado dormidos, aprovechó para darse una ducha. Cuando salió y miró a su alrededor, se dio cuenta de que no había ni una simple silla donde sentarse. Observó las camas y decidió acostarse en medio, ya que Hugo estaba hecho una pelota al borde de su cama y Marcos dormía bocarriba.

Entre los dos había bastante espacio y no iba a pasarse toda la noche en pie, estaba cansada por el día tan pesado que había tenido y por el estrés de esperar que Marcos saliera de esa intervención. Intentó subirse muy despacio en la cama para no despertar a ninguno de los dos, pero nada más dejarse caer, Marcos sintió un aroma a frutas del bosque. Era tan sumamente agradable que no pudo evitar coger un mechón de pelo entre sus dedos, acercárselo a la nariz y olerlo. Ella se quedó sin respiración y sin moverse, esperando que él volviera a dormirse, pero de pronto escuchó en la oscuridad de la noche:

—Me gusta tu champú. ¿A qué huele?

—A frutas del bosque.

—Acércate.

—No.

—Acércate, por favor.

—No.

—Si no lo haces tú, tendré que hacerlo yo, y sabes que no puedo moverme.

—Está bien. —Se puso de lado cara a él y lo miró—. ¿Qué es lo que quieres?

—Te quiero a ti —confesó dejándola sin palabras, y atrapándola entre sus brazos la acurrucó en su pecho—. ¡Uuummm! Me gusta tu olor, solo quédate así, no te pido más.

—Marcos, esto no está bien. —Empezó a ponerse muy nerviosa al sentirse rodeada por sus fuertes brazos.

—¿Por qué no?, no estamos haciendo nada malo. Buenas noches, bombón.

—Buenas noches.

Cuando sintió cómo su respiración empezaba a relajarse y creyó que se había vuelto a dormir, intentó muy despacio separarse de él, pero inmediatamente él volvió a apretarla contra su pecho y le escuchó susurrar:

—No puedes escapar de mí, bombón, y no deberías obligarme a hacer

esfuerzos.

—Marcos...

—¡Ssshhh! ¿No estás cómoda?

—Sí.

Sus labios se ensancharon en una sonrisa al oírla decir eso, no quería estar en esa situación tan delicada con él, sin embargo, no era capaz de mentirle, y eso, le gustaba demasiado. Había conocido a muchas mujeres y a ninguna sincera, todas eran capaces de mentir cuando algo no les interesaba, sin embargo, ella le confesaba que estaba cómoda entre sus brazos, cuando en el fondo no quería estar en ellos por respeto a su marido. Pero como a él ese gilipollas le traía sin cuidado, lo único que hizo fue abrazarla más fuerte y darle un beso en la cabeza.

—Relájate y duérmete, no estamos haciendo nada malo y necesito abrazarte. Buenas noches, bombón.

—Buenas noches —dijo resignada, y se relajó entre sus brazos sabiendo que no tenía escapatoria, porque él no tenía intención de soltarla y ella ya no quería alejarse de él.

Sintiéndose culpable por sentirse bien con otro hombre que no era su marido, acabó quedándose dormida.



Capítulo 21

A la mañana siguiente Blanca, la misma enfermera que había estado con Irene, entró en la habitación y encendió la luz, despertándoles. Laura estaba recostada sobre el pecho de Marcos abrazando su cintura e inmediatamente se incorporó y se levantó de la cama para ir al baño muy avergonzada.

—¿Qué hora es?

—Son las siete.

—¡Mierda! ¿Porque vienes tan temprano? Te manda Irene, ¿verdad?

—Yo no...

—No me mientas, dile de mi parte que como le vaya con el cuento a mi mujer y vuelva antes de tiempo la despediré. Y esta vez ni las súplicas de Patricia servirán.

—Sí, doctor.

La enfermera se fue y cuando Laura salió del baño ya estaba peinada y cambiada, y parecía enfadada.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—No me mientas, estás enfadada.

—Cómo no voy a estar enfadada, sabes tan bien como yo que en cuanto esa enfermera abra la boca vamos a ser la comidilla del hospital.

—¿Te importa mucho?

—Pues claro que me importa, que tu pasatiempo preferido sea ponerle los cuernos a tu mujer, no quiere decir que yo quiera verme envuelta en él. Estoy casada, entre tú y yo no ha pasado nada y si los rumores llegaran a Héctor... ¡Oh, Dios! Solo me faltaba eso, más problemas.

—Exacto. Como bien has dicho, no ha pasado nada, así que no tienes de qué preocuparte. Yo me encargaré de acallar los rumores.

—Buenos días. ¿Estáis peleando?

—No, mi amor, solo hablábamos.

—Sí, solo hablamos. No te preocupes, campeón.

Él niño empezó a toser y la tos fue bastante alarmante. Marcos, asustado, le pidió el estetoscopio a Laura e intentó levantarse.

—No puedes moverte, Marcos, por favor. Dime a quién debo llamar y estate quieto.

—No. Puedo hacerlo, ya han pasado casi veinticuatro horas, puedo empezar a moverme. ¡Maldita sea, pásame el estetoscopio! —le gritó cuando volvió a escuchar a Hugo toser.

Laura le pasó el estetoscopio con lágrimas en los ojos ya que ver a Marcos tan preocupado le dio mala espina.

—Ahora quiero que te relajes y que estés muy tranquilo. Respira muy lentamente, ¿vale? ¿Lo harás por mí? —le pidió cuando terminó de auscultarlo. Hugo asintió con la cabeza—. Buen chico. Pásame el móvil —le ordenó a Laura. Cuando se lo dio, Marcos marcó un número e inmediatamente dijo—: Enrique necesito ese suero ¡ya!... ¿Está terminado?... Pues súbemelo enseguida... Vale, te espero.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Laura asustada—. ¿Está peor?

—Solo un poco, pero se pondrá bien te lo juro, solo necesita estar muy tranquilo y esforzarse lo menos posible. Ahora mismo le vamos a administrar el suero y en un par de días empezará a encontrarse mejor.

—¿Estás seguro? —Se acercó a él limpiándose las lágrimas de los ojos para que su hijo no la viera llorar.

—Sí, lo estoy —Marcos le pasó el brazo por los hombros y le besó la

frente.

—Deberías sentarte.

—Estoy bien, solo me duele un poco la cadera, pero es normal, no te preocupes. —En ese momento llegó Enrique con el suero—. ¡Vamos, tío! ¿Por qué has tardado tanto?

—¿Por qué no te sientas?, yo puedo ponérselo.

—No. Quiero hacerlo yo, y sabes tan bien como yo que puedo empezar a moverme. —Cogió la bolsa de suero y le dijo a Hugo—: Voy a ponerte el líquido milagroso, campeón, ¿estás preparado? —Hugo asintió con la cabeza—. Bien, empieza la cuenta atrás. Ahora quiero que estés muy relajado, todo saldrá bien. —Abrió la vía, acarició su frente con un beso y le susurró—: Te quiero, campeón, no me falles y aguanta.

—¿Por qué le ha dicho eso? —le preguntó Laura a Enrique preocupada.

—Cuando la médula empieza a entrar en un cuerpo extraño es como una pequeña bomba, y el donante debe soportar esa intromisión. Puede darle febrícula, dificultar su respiración o sentir una presión en el pecho. Lo peor es que hasta que empiece a recuperarse sus defensas bajan y él ya está bastante bajo de defensas, eso es lo que más le preocupa a Marcos. Cualquier infección, por pequeña que fuera, para él sería mortal.

—¡Oh, Dios mío! No creo que pueda soportar una bajada de defensas, no creo que pueda hacerlo.

—Lo hará —dijo Marcos muy serio—. Tenemos preparadas bolsas de sangre para él, las transfusiones le ayudarán a superarlo hasta que su médula se regenere y pueda reproducirlas por sí mismo. Y si no, yo mismo le daré mi sangre.

Parecía tan preocupado que Laura no pudo evitar acercarse a él y abrazarse a su cintura para darle consuelo y al mismo tiempo recibirlo ella. Marcos le devolvió el abrazo. Los dos lo necesitaban y permanecieron abrazados en silencio mientras miraban ese gotero que podía ser la salvación o la muerte de su hijo.

—No podemos dejar que Hugo nos vea así —dijo Marcos de repente—. ¿Recuerdas lo que te dije?

—Sí, positividad.

—Exacto, eso es lo mejor para su recuperación.

Los dos se sentaron en la cama del niño, uno a cada lado. Marcos cogió la mano de Laura y ella entrelazó sus dedos con los de él. Después hicieron lo mismo con su hijo, cada uno cogió una de sus pequeñas manos, necesitaban

ese pequeño contacto para tranquilizarse. Los dos empezaron a hablar con él para hacerle más ameno el tiempo, ya que no podía moverse por el gotero. Marcos le contaba todo lo que iban a hacer cuando fueran al Parque Warner y el pequeño lo miraba con entusiasmo. Cuando se quedaba sin palabras, Laura empezaba a contarle una de esas historias que tanto le gustaban. Marcos de vez en cuando lo examinaba y le controlaba la respiración. Cuando uno se decaía, el otro lo animaba, así mutuamente, para que Hugo no pudiera notar lo grave que podría llegar a ser su bajada de defensas.

Laura nunca había sentido con Héctor esa forma en que Marcos la animaba, apoyaba e intentaba tranquilizarla, sino todo lo contrario. Desde que Hugo se puso enfermo y supo que no era su hijo, fue como si toda esa responsabilidad cayera solo sobre ella, ya que él se encerró en su trabajo y se alejó de ellos poco a poco. Tampoco había visto nunca a Héctor preocupado o nervioso por lo que le pudiera pasar a su hijo. En esos momentos se veía más unida a Marcos de lo que nunca lo había estado con Héctor, y eso la apenaba.

El día se había hecho eterno, ni siquiera habían comido, y ese gran gotero parecía que no tenía fin. Cuando por fin terminó, eran las seis de la tarde y Hugo se había quedado dormido.

—¿Podrías ayudarme a darme una ducha? —le preguntó Marcos a Laura.

Ella se quedó paralizada al imaginarse con él desnudo en ese pequeño baño y empezó a ponerse nerviosa, pero sabía que no había estado caminando muy bien por la cadera, que aún le dolía, así que no iba a dejarlo solo y correr el riesgo de que se diera un porrazo.

—¿Ahora? —preguntó con timidez.

—Hugo ahora duerme y yo necesito una ducha desesperadamente. — Marcos sonrió, pues le encantaba esa timidez en ella.

—Está bien, déjame prepararte las cosas.

Mientras le preparaba la ropa limpia y la toalla él no dejaba de observarla y la sentía muy alterada. Sabía perfectamente a qué venían esos nervios y no pudo evitar que una pícara sonrisa se dibujara en su cara.

«Joder, Marcos, cómo vas a disfrutar de ese baño», se dijo a sí mismo.

—¿En qué quieres que te ayude? —volvió a preguntarle nerviosa dentro del baño.

—Pues verás, solo tengo un problema.

—¿Cuál?

—Que no puedo agacharme.

—Ya...

Al decir eso se quitó la camisa del pijama. Laura enmudeció, pues su pecho desnudo estaba a pocos centímetros de su cara. Era tan perfecto que daban ganas de acariciar ese gran triángulo de vello negro que escondía un pecho musculoso y muy bien formado. El pico de ese triángulo bajaba en una delgadísima línea de vello hasta su abdomen, perfectamente trabajado por la natación que estaba segura que practicaba todos los días en la terraza de su apartamento.

—¿Te pasa algo? —preguntó sonriendo al ver cómo se había quedado pasmada al verlo semidesnudo. Laura reaccionó al oír su voz y se puso colorada.

—No-no me pasa nada —respondió con timidez—. Eso sí, voy a ayudarte, pero no te rías de mí porque toda esta situación me pone muy nerviosa y me da mucha vergüenza.

—¿Prefieres que llame a una enfermera?

—¡No! Yo puedo.

Con manos temblorosas, le desató el cordón de los pantalones y fue justo en ese momento cuando se dio cuenta de lo equivocado que estaba. No iba a disfrutar nada de ese baño, más bien sería un tormento, porque sentir sus manos por su cuerpo y no poder tocarla se iba a convertir en una tortura.

Laura le bajó los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo mientras se agachaba para que él sacara los pies de los camales. Intentó no mirar su pene, pues si volvía a verlo duro y erecto, se desmayaría allí mismo. Cuando terminó de desvestirlo, Marcos se metió en la ducha. Laura se quedó embobada admirándolo. Su espalda era grande y fuerte, y como bien había imaginado la primera vez que se había fijado en él, su culo redondo y prieto. ¡Dios! Era como mirar la estatua de un dios griego perfectamente delineado. Su voz la devolvió a la realidad.

—¿Puedes lavarme la espalda?

Sin decir nada, cogió la esponja que él le ofrecía y le frotó la espalda con mucho gusto. Cuando llegó a su culo lo enjabonó rápidamente y después le frotó las piernas, unas piernas fornidas como toda su anatomía. De repente se acordó de la tarde que lo conoció en su despacho y le habló muy seria.

—Abre las piernas o te echaré a la calle.

Él no pudo evitar reírse a carcajadas y decirle mientras la obedecía:

—Fui un gilipollas, ¿verdad?

—No blasfemes. —Al subir la mano no se dio cuenta y tropezó con sus testículos, eso le hizo dar un brinco y esta vez fue ella la que se rio—. ¡Vaya!

Parece que no soy la única a la que no le gusta que la cacheen.

—No me guardarás rencor por eso, ¿verdad, bombón?

—No. Creo que cualquier persona reaccionaría mal si una desconocida le dice: «Solo necesito su médula ósea». —Los dos volvieron a reír—. Fui un poco bruta.

—Sí, fuiste bastante cruel, en ese momento me sentí utilizado.

Acababa de terminar de frotarle las piernas y cogió la alcachofa de la ducha. Con ella, le mojó la espalda para quitarle el jabón mientras le acariciaba con la otra mano, algo que le resultaba muy placentero. Marcos deseaba que ese momento no terminara nunca, así que sin poder controlarse se dio la vuelta, le cogió la alcachofa de las manos, la colgó en la pared y, antes de que ella pudiera reaccionar, la levantó y la metió en la ducha con él. Laura gritó por la impresión, pero él la silenció con un beso apasionado y la aplastó contra la pared.

Al sentir su boca apoderarse de la suya, Laura no pudo evitar devolverle el beso y sus lenguas se convirtieron en dos serpientes que bailaban al mismo son haciéndose el amor, salvajes, voraces y deseosas de complacerse la una a la otra. El deseo crecía y crecía entre los dos, y Marcos, con unas ganas locas de hacerle el amor, empezó a desnudarla. Le desabrochó la camisa, le quitó el sujetador y acarició sus pechos para después llevárselos a la boca. Los devoró con fuerza, haciéndola gritar de deseo, mientras le quitaba las mallas y las bragas al mismo tiempo con un poco de ayuda por parte de ella, ya que sabía que él no podía agacharse. Subió sus piernas hasta su cintura y la embistió contra la pared penetrándola bruscamente. Laura gritó por la intrusión y por el deseo. Una mezcla de sentimientos se apoderó de su cuerpo, se moría de ganas por él y por ese deseo que crecía con cada embestida a la que él la sometía, y al mismo tiempo se sentía culpable por Héctor. Pero la culpabilidad desapareció al instante por la fuerza con la que Marcos le hacía el amor, cada vez más y más fuerte, apoderándose de sus sentidos y llevándola a un mundo nuevo, un mundo lleno de deseos que hacía muchos años Héctor dejó de proporcionarle.

Cuando creía que enloquecería por la pasión, Marcos la dejó en el suelo y la puso de espaldas a él. Agarró sus manos y las apoyó en la pared entrelazando sus dedos, abrió sus piernas con una de sus rodillas y volvió a penetrarla con fuerza, una y otra vez sin darle un solo respiro. Laura se movía con él haciéndole más fácil las embestidas. Con cada una se intensificaba el placer que sentía en lo más profundo de su ser. Cuando estaban a punto de

explotar, Marcos bajó el brazo derecho hasta su cintura sin soltar sus dedos entrelazados y la apretó fuerte contra su pelvis. Descargó toda su semilla en ella y se dejó caer contra la pared apoyando sus brazos para no aplastarla. No pudo evitar morderle el hombro con suavidad y Laura se estremeció de pies a cabeza.

—¡La hostia! Ha sido una pasada, me encanta estar contigo. ¿Estás bien?

—Sí.

Su voz sonaba triste, así que la giró hacia él, cogió su mentón y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué estás triste? ¿Qué te pasa? ¿No te ha gustado?

—No, no es eso, ha sido increíble. —Sus ojos lo miraron con tristeza—. Lo siento, tú estás acostumbrado a hacer esto, pero yo nunca he engañado a mi marido.

—Vaya, es eso. Lo siento, no pude pensar ni detenerme. Te sentía tan cerca y era tan excitante, te deseaba tanto. Aún te deseo —dijo sonriendo y le dio un beso lleno de ternura—. ¿Te arrepientes de lo que acabamos de hacer?

—No. Pero esto es una locura y no puede volver a repetirse. Tienes que prometerme que nunca más vas a hacerme el amor...

—No voy a prometerte algo así. No voy a forzarte y no te tocaré mientras tú no quieras, pero si tengo otra oportunidad para hacerte el amor, no voy a renunciar a ella por el gilipollas de tu marido.

Volvió a besarla con pasión y salió de la ducha cojeando.

—¿Ves?, ahora te duele —le reprendió al percatarse de su cojera—. Esto ha sido un error, si algo te pasara... no debiste esforzarte tanto.

—Estoy bien, solo necesito descansar. Termina de ducharte, te espero fuera.

Cuando Laura salió, Marcos estaba tumbado en la cama mirándola y sonriéndole. Ella se acercó a la cama de Hugo y le tocó la frente.

—Acabo de hacerle una pequeña exploración, está bien.

—Parece que tiene fiebre.

—Es normal y le subirá más, por eso acabo de ponerle un gotero con antibióticos. Ven, tumbate a mi lado.

—No, será mejor que...

—Por favor, Laura, no voy a volver a hacerte el amor, y no porque no tenga ganas, sino porque mi cadera ya no me lo permite. Solo necesito abrazarte y hablar contigo del tratamiento de Hugo. —Al oírle decir eso se acercó a la cama y se tumbó a su lado. Marcos la abrazó, apoyó la barbilla en

su pelo y aspiró el aroma de su champú—. Me encanta cómo hueles, creo que no me cansaría de olerte nunca.

Laura acarició su pecho suavemente.

—¿Te duele la cadera? ¿Quieres que llame a Enrique?

—No, tranquila, puedo aguantar, me acabo de tomar un calmante. Además, no quiero que nadie nos moleste.

—¿Cómo quieres que me calme? Si te pasara algo por mi culpa, no me lo perdonaría. Te estás recuperando y no deberíamos haber hecho...

—Deja de decir eso, hacerte el amor es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y fui yo el que te sedujo, tú casi no te diste cuenta hasta que ya era demasiado tarde para parar. Sé hasta dónde puedo llegar, aunque he de confesarte que he forzado mucho la cadera ahí dentro, pero te puedo asegurar que hubiera preferido quedarme parálítico antes que dejar de embestirte contra esa pared. —Con esas palabras la hizo reír.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Puede que tú me estés volviendo loco, bombón.

—Háblame de la recuperación de Hugo. ¿Por qué va a necesitar más transfusiones? Creí que eso se había terminado al trasplantarle tu médula.

—Como bien te ha dicho Enrique, al trasplantarle mi médula el cuerpo vuelve a perder defensas y hasta que empiece a regenerarlas, necesita más transfusiones. Pero en cuanto veamos que sus niveles de glóbulos y plaquetas se establecen dejaremos de ponérselas. Lo importante ahora es que aguante el bajón. Si lo aguanta podremos cantar victoria porque todo empezará a ir rodado y en tres o cuatro semanas, depende de cómo esté, podremos llevarlo a casa.

—No sé si podremos ir a tu casa, no creo que a Héctor le haga mucha gracia...

—A la mierda tu marido, no creo que le importe mucho lo que os pase. ¿Cuánto lleváis aquí, tres días? ¿Te ha llamado? ¿Ha venido a veros?

—Está muy ocupado.

—No lo defiendas, eso me cabrea. Si yo fuera él, estaría aquí contigo las veinticuatro horas del día, y me importaría bien poco mi trabajo.

—Estás aquí, has dejado tu trabajo a un lado y has arriesgado tu salud por mi hijo —dijo dándole un beso en los labios.

—Nuestro hijo.

—Está bien, nuestro hijo. Nunca voy a olvidar lo que has hecho por él y te voy a estar eternamente agradecida, pero estoy casada y lo que acaba de

pasar no va a cambiar eso. Espero que cuando todo termine, las cosas entre Héctor y yo vuelvan a ser como antes. Sé que pensarás que estoy loca y que no debería pensar en él, pero es mi marido y no voy a echar por la borda un matrimonio de casi diez años por ti. Pronto te cansarás de mí, como has hecho con la mitad de las enfermeras de este hospital. A mí me gusta estar casada, me gusta la seguridad de un hogar y me gusta tener un marido al que pueda abrazar todas las noches. Tú, sin embargo, huyes de tu casa y de tu esposa. Somos muy distintos y no funcionaría.

—Eso no puedes saberlo. Y quizás si fuera otra mujer la que me esperara en casa, querría volver.

—O quizás no. ¿Por qué te casaste con tu mujer?

—Cuando la conocí, me impactó. Su belleza, su elegancia y su mundo me deslumbraron, he de reconocerlo. Ni siquiera me importó que fuera diez años mayor que yo.

—¿Es diez años mayor que tú? —se sorprendió.

—Sí, y no sé de qué te espantas, tu marido te lleva casi veinte años.

—Pues sí, pero lo más normal es que el hombre sea mayor, no la mujer.

—Sí, pero a tu marido deberían haberlo encerrado por asaltacunas.

A ella le dio la risa.

—¿Por qué te molesta que mi marido sea tan mayor?

—Porque creo que te conoció siendo una cría y se aprovechó de ti. No has tenido la oportunidad de vivir nada más, has salido del convento para casarte con un hombre maduro que no te ha dejado disfrutar de tu juventud.

—He sido feliz.

—Claro, no has conocido otra cosa.

—No quiero hablar de eso. Sigue contándome por qué te casaste con tu mujer.

No quería discutir ese tema con él, pero sabía que en el fondo tenía razón.

—Yo no estaba acostumbrado a todo ese glamur y me fascinó. Patricia me metió poco a poco en su mundo y me presentó a gente y médicos importantes que me ofrecían puestos muy interesantes y mucho dinero. Al principio, no pude negarme y me dejé llevar. Con el tiempo, descubrí que no era lo que yo esperaba, pues a la gente que tiene dinero y poder solo le interesa una cosa, conseguir más dinero y más poder. Poco a poco me fui dando cuenta de que yo no había estudiado medicina para curar y aguantar a la gente rica y caprichosa que creen que por un lunar pueden morir de cáncer. Cuando quise abandonarlo

todo para volver a trabajar en un hospital público, Patricia se puso histérica, decía que ella no podía ser la mujer de un medicucho de barrio. Ahí fue cuando le pedí el divorcio por primera vez, su respuesta fue intentar suicidarse con una sobredosis de pastillas.

—¿Quiso suicidarse porque le pediste el divorcio? —preguntó muy sorprendida.

—Sí, y gracias a eso volvimos a intentarlo. Pero yo seguía queriendo abandonar la medicina privada y cuando me ofrecieron una plaza importante en un hospital público, volvimos a tener otra crisis. Esa vez me fui de casa y dos días después tuve que subir a la azotea de la terraza del hospital donde trabajaba porque Patricia amenazaba con tirarse al vacío si no volvía con ella.

—¡Dios mío! Eso debió ser horrible.

—Sí lo fue. Volvimos a intentarlo y para que a mí no se me ocurriera intentar volver a la medicina pública, ella construyó este hospital para mí, y me nombró director para que pudiera hacer todo lo que quisiera en él. Incluso llegué a un acuerdo con ella y tengo una sección con una lista de espera muy larga que me permite acoger en él a las personas más enfermas y necesitadas que voy llamando según van quedando plazas libres para ellos.

—Eso está muy bien y es muy generoso por tu parte.

—Sí, pero hay mucha gente necesitada y pocas camas.

—Pero tú intentas ayudar y eso es lo importante.

—Son las nueve y media, ¿tienes hambre?

—La verdad es que esa ducha me ha abierto el apetito. —Le sonrió, Marcos le devolvió la sonrisa y le dio un beso muy apasionado.

—Sííí, esa ducha nos ha abierto el apetito. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí.

—¿Siempre eres así de salvaje o ha sido por todos esos meses que llevas sin hacer el amor?

—¡Oh, Dios mío! ¿Por qué me haces esas preguntas tan comprometidas? Me da vergüenza hablar de esas cosas.

—Porque quiero saber si la próxima vez que te haga el amor, será tan maravillosa como esta.

—No va a haber una próxima vez...

—Si va a haber una próxima vez y lo sabes tan bien como yo. —Volvió a besarla robándole la razón.

—Hace mucho tiempo que mi marido no me hace sentir como tú lo has hecho en esa ducha —susurró después de ese beso—, y no sé si alguna vez lo

he sentido tan intensamente.

—Entonces tendré que hacértelo sentir todas las veces que estemos juntos para que no quieras volver con él.

—Marcos, eso no va a pasar. Estoy casada, soy católica creyente y no puedo divorciarme.

—No quiero renunciar ni a ti ni al niño, no puedes pedirme eso.

—Podrás ver a tu hijo siempre que quieras, no voy a negarte ese derecho, e incluso podrá pasar temporadas aquí contigo siempre que no tenga colegio.

—¿Y crees que tu marido va a aceptar eso?

—No me importa lo que él diga, nada va a impedir que veas a tu hijo. No sería justo ni para ti ni para él. Si ya te llama papá, ¿de verdad crees que lo alejaría de ti, de su héroe? Porque eso serás siempre para él, tú le has salvado y eso nadie lo puede negar.

—Solo hay un problema.

—¿Cuál?

—Que quiero el lote completo, no voy a dejarte ir, bombón.

Nada más decir eso empezó a besarla con una pasión tan grande que la dejó sin sentido.

—Marcos, para... —le suplicó en susurros.

Pero él, sin hacerle caso, volvió a besarla al mismo tiempo que la desnudaba de cintura para abajo. Se bajó los pantalones y los calzoncillos hasta las rodillas, se coló entre sus piernas y la penetró muy lentamente.

—Voy a hacerte adicta a mí y así no querrás volver con tu marido.

—Marcos, no, para... —volvió a susurrarle—. Tu cadera... no puedes... —Él no dejaba de moverse dentro de ella muy despacio—. No podemos... el niño... —Su voz era apenas audible y las palabras se le cortaban por el placer que crecía en ella—. Para... podría entrar alguien.

—Olvídate de mi cadera... —Aceleró el ritmo dentro de ella con la voz ronca de deseo—. Hugo no va a despertarse... y no me importa quién entre por esa puerta, lo despediré... pero no me pidas que pare, porque no puedo hacerlo.

Nada más decir esas palabras, se apoderó de su boca y sus movimientos se volvieron más fuertes y profundos. Laura se volvió loca de placer y se dejó llevar. Marcos podía sentir sus uñas clavándose en su espalda por dentro de su camisa y cómo arqueaba su cuerpo y lo recibía complacida, hasta que todo su cuerpo comenzó a convulsionar por el éxtasis. Cuando terminaron, después de un beso largo, lento, sensual, hambriento y lleno de deseo, Marcos le preguntó:

—¿Tienes hambre?

—Muchísima. —Él descolgó el teléfono y pidió la cena para los dos—. ¿Crees que a estas horas van a subirnos la cena?

—Eso es lo bueno de ser el director, nunca te dicen que no. En media hora nos la subirán.

—¡Jope! Voy a arreglarme.

Siempre que la oía decir eso se reía, pues le hacía mucha gracia, parecía una niña.

Cenaron y después Marcos volvió a revisar a Hugo.

—¿Cómo lo ves?

—Igual, mañana temprano le haremos unos análisis para ver cómo sigue, y dependiendo de los resultados, le haremos una transfusión. —Laura se acostó a su lado y se acurrucó entre sus brazos—. Estoy seguro de que saldrá de esta.

—Dios te oiga.

—Durmamos un poco, el día ha sido agotador.

—Sí, estoy muerta. Buenas noches.

—Buenas noches. —La besó con ternura y después la abrazó para quedarse profundamente dormido.



Capítulo 22

Al día siguiente, Marcos se levantó muy temprano y lo primero que hizo fue examinar a Hugo. Cuando terminó, se acercó a la cama y despertó a Laura con un beso.

—Despierta, dormilona, la fiebre ha cesado.

Laura abrió los ojos.

—¿Ya no tiene fiebre?

—No.

—¿Eso quiere decir...?

—No quiere decir nada, pero es una buena señal.

Laura se levantó con una sonrisa y le devolvió el beso.

—Ahora estoy segura de que todo va a salir bien.

—Voy a sacarle sangre y a llevarla al laboratorio, después volveré con los resultados. Ahora tengo que irme, no puedo seguir dejando de lado a mis pacientes, ellos también me necesitan.

—Vete tranquilo, yo estaré aquí, ya hemos abusado mucho de ti.

—Tú puedes abusar de mí todo lo que quieras. —Ella se rio—. Cualquier cambio en el niño, lo que sea, no importa, solo tienes que llamarme y vendré en un santiamén.

—Vale, lo haré, no te preocupes. Ahora ve a trabajar. —Él volvió a besarla y se marchó.

Marcos pasaba de vez en cuando por la habitación y revisaba al niño, después le daba un beso a ella y volvía al trabajo.

A las dos del mediodía, Marcos entró en la habitación con la comida para los dos, y por supuesto él la obligó a comérselo todo. Después volvió al trabajo. A la hora de la cena hizo exactamente lo mismo, pero esta vez en lugar de irse, se metió en el baño para darse una ducha.

—¿Te apetece una ducha? —preguntó con picardía. Ella miró hacia la cama donde estaba Hugo.

—¡¿Estás loco?! El niño está despierto —le habló bajito para que Hugo no la escuchara.

Marcos se metió en la ducha riéndose.

Cuando salió, Laura estaba sentada en la cama de Hugo cantándole una canción de cuna que le encantaba. Marcos se quedó parado en el marco de la puerta sin hacer ruido, pues no quería que ella dejara de cantar. Si le gustaba su voz cuando la escuchaba contarle historias, aún le gustaba más oírla cantar. Tenía una voz muy bonita y estaba embelesado escuchando cada palabra de esa preciosa canción de cuna popular.

*A la nanita nana, nanita ella, nanita ella.
Mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea.
Fuentecilla que corre, clara y sonora.
Ruiseñor que, en la selva, cantando llora.
Calla mientras la cuna se balancea.
A la nanita nana, nanita ella.
A la nanita nana, nanita ella, nanita ella.
Mi niño tiene sueño, bendito sea, bendito sea.
Fuentecilla que corre, clara y sonora.
Ruiseñor que, en la selva, cantando llora.
Calla mientras la cuna se balancea.
A la nanita nana, nanita ella.*

—Una canción muy bonita.

—Me la cantaba la madre superiora cuando no podía dormir. Y yo se la canto a Hugo cuando no puede dormir.

—Yo también me dormiría con esa canción y esa voz tan melodiosa que tienes. —Se acercó a ella, la cogió de la mano y la levantó de la cama para abrazarla por la cintura—. Pero ahora no quiero dormir, llevo todo el día pensando en ti y deseando que llegue la noche para poder hacerte el amor de

nuevo.

—Marcos, no deberíamos...

—Deja de decir eso.

—Pero tú tienes que volver a tu casa.

—En mi casa no hay nadie y es aquí donde quiero estar, contigo.

Después de decir eso se apoderó de su boca, la tumbó en la cama y le hizo el amor desesperadamente, demostrándole una y otra vez lo mucho que la había echado de menos, lo mucho que la deseaba y lo mucho que ella lo deseaba a él, aunque no quisiera reconocerlo por respeto a su marido. Después se quedaron dormidos abrazados el uno al otro.



Capítulo 23

Al día siguiente Laura escuchó la primera puerta abrirse, pensaba que era Marcos que venía a ver al niño y a darle uno de esos besos que le robaban la razón, así que cuando vio aparecer a Héctor, se quedó paralizada. No lo esperaba y verlo de repente le hizo sentirse mal, culpable y con unos remordimientos que no sabía si iba a poder disimular. Cuando se acercó a la puerta y la abrió, él se acercó a ella, le dio un beso y un abrazo, e inmediatamente se puso a toser.

—¿Estás constipado? —le preguntó aterrada.

—Solo es un poco de gripe, no te preocupes.

—¡¡Te has vuelto loco!! —le gritó, y le cogió del brazo para sacarlo de la

habitación—. ¡¿Cómo se te ocurre entrar estando enfermo?! ¡Sabes que eso podría ser letal para él! ¡No vuelvas a acercarte a él hasta que estés bien, y tampoco a mí!

—¡¿Por qué no puedo acercarme a ti?! ¡Eres mi mujer, maldita sea! ¡Llevo casi una semana sin verte ¿y este es el recibimiento que me das?! ¡No quieres que te toque, ni siquiera puedo besarte!

—No quiero que me contagies, debo estar con él y si cogiera la gripe, no podría hacerlo.

—¡Estoy harto de ese niño, harto de que te aleje de mí! ¡Nunca debimos tenerlo, nunca debí dejarte hacer esa estupidez!

Laura le dio una bofetada con todas sus fuerzas por la rabia que sintió al oírle despreciar a su hijo de esa manera.

—¡¡Hugo no es ninguna estupidez!! —volvió a gritarle—. ¡No vuelvas a decir eso!

Héctor se abalanzó sobre ella, la cogió de los brazos y le gritó, zarandeándola al mismo tiempo:

—¡Si vuelves a golpearme por culpa de ese mocoso, no sé de lo que voy a ser capaz!

—¡¡Suéltala inmediatamente o yo mismo te echaré a patadas del hospital!!

La voz de Marcos hizo retumbar la sala y Laura adivinó por su tono lo enfadado que estaba.

—¡Tú no te metas en esto, es mi mujer y puedo hacer lo que me dé la gana con ella! —gritó también Héctor soltándola para enfrentarse a Marcos. Laura sabía que si no hacía algo inmediatamente, esa pequeña sala se convertiría en un *ring* de boxeo.

—¡¡Que sea tu mujer no te da ningún derecho a tratarla de esa manera, y no te voy a consentir que la trates así delante de mí!! ¡Y ahora, si no vas a calmarte, será mejor que te vayas porque si no te echaré yo mismo!

—¡Voy a entrar a ver a mi hijo y nadie me lo va a impedir!

—¡¡No!! —gritó Laura desesperada. Marcos, al ver su reacción, se abalanzó sobre la puerta y se paró en medio de ella haciendo una barrera con su cuerpo.

—¡Déjame pasar!

—Si tu mujer no quiere que pases a ver a tu hijo, tendrá sus razones.

Parecían dos titanes enfrentándose cara a cara. Si Héctor era alto, Marcos lo era aún un poco más. Los diez años de diferencia que se llevaban

se notaba, pues Marcos estaba atlético y fuerte, y a Héctor se le empezaba a notar la flacidez y esa pequeña barriga que empezaba a salirle, ya que hacía unos tres años que había dejado de hacer deporte. Pero aun así estaba bastante bien para su edad y era bastante fuerte, todavía podía enfrentarse a Marcos y Laura estaba aterrada de que pudieran llegar a las manos.

—Está con gripe —confesó Laura inmediatamente.

—Entonces tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

—Es mi hijo y tú no puedes prohibirme la entrada.

—No es tu hijo, ¡es mío!, y te puedo prohibir la entrada. —Laura se quedó sin respiración al oírle decir eso—. Primero porque estando con gripe eres una amenaza para él, segundo porque este es mi hospital y en él mando yo, y tercero porque si a ti no te importa la salud del niño, a mí sí. —De repente se abrieron las puertas y entraron los guardias de seguridad, Marcos les dijo nada más verlos—: Vaya, al fin llegáis cuando hace falta.

—¿Qué quiere que hagamos con el señor? —preguntaron sacando sus armas.

—Guardad eso, no creo que sea necesario, y todo dependerá de lo que la señora Salinas quiera que hagáis con él. —Miró a Laura deseando que ella diera la orden para sacarlo a patadas a la calle.

—¿Podemos hablar tranquilamente? —le preguntó Laura a Héctor.

—Sí. —Héctor parecía haberse tranquilizado al ver a los guardias de seguridad—. ¿Puede ser a solas?

—Estaré con el niño —dijo Marcos a Laura—. Y vosotros esperad fuera —ordenó a los guardias antes de entrar en la habitación de Hugo.

—¿Desde cuándo he dejado de ser el padre de Hugo? ¿Y desde cuándo ese hombre cree tener derecho sobre él?

—Desde que parece que no te importa la salud de tu hijo y ese hombre, como dices tú, lleva una semana aquí, noche y día, luchando para salvarle la vida. Como comprenderás, no va a dejarte pasar para que arruines su trabajo.

—Nunca me habías prohibido ver a mi hijo, ¿por qué ahora?

—Porque nunca te has empeñado en verlo estando enfermo, y tampoco es que antes lo vieras demasiado. A Hugo le han bajado mucho las defensas al ponerle la médula y es peligroso que entres así, por eso no te dejamos pasar.

—¿No se suponía que la médula de ese hombre iba a curarlo?

—Sí, y lo hará, pero hasta que su cuerpo empiece a crear sus propias defensas, lo debilita.

—¿Le dirás que he estado aquí?

—Por supuesto. ¿Dónde vas a alojarte?

—Vuelvo a casa.

—¿Vuelves a casa?!

—Sí, aquí no pinto nada.

—No digas eso, por favor.

—Por qué no, si es la verdad. No puedo ver a mi hijo y no puedo estar con mi mujer. Ninguno de los dos me necesitáis teniéndole a él. —Señaló la habitación refiriéndose a Marcos—. Y sabes que no puedo estar muchos días sin controlar la agencia, porque si no es un desastre. Así que será mejor que me vaya. Solo espero que cuando todo esto termine, no sea demasiado tarde y podamos salvar nuestro matrimonio. —Sus palabras y su expresión fueron tan tristes que a Laura se le llenaron los ojos de lágrimas—. Te quiero, pero ya no estoy seguro de lo que sientes por mí y eso me vuelve loco.

—Yo también te quiero —susurró.

—¿Estás segura? —Ella agachó la cabeza sin poder mirarlo a los ojos—. Llámame cuando pueda ver al niño y acercarme a ti sin ser una amenaza. — Después de decir eso le dio un beso en la frente y se fue.

Laura se sentó en una silla y se puso a llorar. La entristecía verlo irse así de abatido porque, pasara lo que pasara entre ellos y lo distantes que pudieran estar por todo lo que estaba ocurriendo, ella lo quería, lo quería mucho y no podía soportar verlo así, tan triste.

Se odiaba a sí misma por haberle puesto los cuernos y sabía que no debía volver a hacerlo. Héctor era su marido, le debía un respeto, y Marcos había sido un error que debía olvidar, aunque sabía que le iba a costar muchísimo, ya que estar con él era una de las cosas que más le había llenado y complacido en los últimos años.

Cuando escuchó la voz de Marcos y lo vio sentarse a su lado acariciándole el brazo, respiró profundamente, se secó las lágrimas y se llenó de valor, pues sabía que lo que le iba a decir sería muy duro para los dos.

—No me toques, por favor, no vuelvas a hacerlo. Lo nuestro se ha acabado, no quiero que volvamos a compartir la cama y tampoco que estés a todas horas haciéndonos visitas. Cuando vengas, que sea para ver a Hugo, tanto profesional como personalmente, y te agradecería que de ahora en adelante me trataras como haces con todas las madres de tus pacientes.

—Vamos, Laura, no dramatices.

—¡No estoy dramatizando! No quiero que vuelvas a tratar así a mi marido y mucho menos que vuelvas a decirle que él no es el padre de mi hijo,

no tienes ningún derecho a hacer eso, y si vuelves hacerlo, me veré obligada a prohibirte que te acerques a Hugo. Tú firmaste unos papeles cuando hiciste la donación de esperma donde renunciabas a cualquier derecho legal sobre él...

—¿Estás hablando en serio? ¿Me estás diciendo que por la que ha montado ese gilipollas vas a dejarme?

—Sí. Ese gilipollas es mi marido y le quiero. Y precisamente por la que habéis montado, me he dado cuenta de que al que quiero es a él, y que tu solo has sido un apoyo en esta situación tan difícil por la que he tenido que pasar con Hugo.

—¿Un apoyo?! He sido un gilipollas por creer que sentías algo por mí, pero ya veo que lo único que te importaba era mi médula y que salvara a tu hijo. Pues bien, ya has conseguido lo que querías, ahora espero que seas muy feliz con tu marido. Eso sí, espero que cuando tu hijo se establezca y pueda abandonar el hospital, me hagas el favor de pedirle al doctor Núñez que vuelva a hacerse cargo de él, porque la verdad yo ya no quiero que sigas jugando conmigo.

Después de decirle eso se levantó y se fue dejándola sola. Laura estaba destrozada y se sentía la peor persona del mundo, igual que él, que se marchaba tan enfadado con ella y consigo mismo que se lo llevaban los demonios.

Era la primera vez que una mujer lo dejaba, y que fuera de esa manera tan cruel y por otro hombre, lo sacaba de sus casillas. Por eso había sido tan duro, para castigarla. Nunca imaginó que una mujer pudiera destrozarle el corazón y, ¡joder!, qué bien lo había hecho esta. Era la primera vez que se había planteado luchar por una mujer, ya que esos días con ella habían sido perfectos. Con ella se sentía lleno, feliz, complacido, había creído que era especial. Pero la mujer que le acababa de dar una patada en el culo no era esa mujer dulce, tierna y cariñosa que él había visto, sino una arpía más, como casi todas esas mujeres con las que se enredaba.

Qué estúpido había sido y cómo le había engañado haciéndole creer que era una buena chica criada por monjas para conseguir que él hiciera todo lo que le diera la gana. Y ahora que su hijo ya estaba curado, le pegaba la patada y volvía con su marido. Pues bueno, a él desde ese mismo instante ya no le importaba lo que ella hiciera, solo deseaba terminar cuanto antes con la cura de Hugo y que se largara para no volver a verla en toda su vida.

Laura entró en la habitación de Hugo destrozada, sintiéndose la persona más horrible y despiadada del mundo por haberle dicho todas esas cosas a Marcos, ya que él no se las merecía porque era el hombre más generoso que había conocido en su vida. Pero no podía seguir con él porque cuanto más tiempo estuvieran juntos, peor sería luego la ruptura, y de una cosa estaba segura, ella nunca podría dejar a Héctor, se había dado cuenta al verle partir tan abatido. Él la quería, la necesitaba, era su marido y no podía dejarle por un romance que duraría lo que Marcos decidiera que durara. Sabía que en cuanto se le pasara el primer calentón, la dejaría como a todas las demás. Y por más que le doliera dejarlo, pues sabía que lo iba a echar tanto de menos que se le partiría el corazón, tenía que hacerlo, ya que enamorarse de él sería desastroso para ella. Solo había una pega, que no podía estar segura si ya era demasiado tarde para eso.



Capítulo 24

Habían pasado casi tres semanas y Hugo estaba recuperándose muy bien. Los niveles de glóbulos y de plaquetas se estabilizaban por sí mismos y empezaba a tener la fuerza suficiente para estar casi todo el día levantado.

Las visitas de Marcos se habían limitado a ser únicamente profesionales. Entraba, controlaba al niño y hablaba un poco con él. Después informaba a Laura de sus progresos tal y como lo haría con una madre más de sus pacientes, como ella le pidió, pero mucho más frío y distante que con ninguna.

Esa misma mañana cuando subió a visitar al niño en compañía de dos residentes, le dijo a Laura con la misma frialdad con la que la había tratado todos esos días:

—Su hijo está preparado para abandonar el hospital, voy a encargarme de que el helicóptero esté preparado para que pueda trasladarlos a su hospital lo antes posible. Le daré todos los informes y las instrucciones para que el doctor Núñez pueda seguir atendiéndole y así usted pueda volver con su

marido. Espero tenerlo todo arreglado en dos días para el traslado, ya la avisaran cuando todo esté listo. Eso sí, cuando necesite otra médula, por favor, no se le ocurra pasar por aquí. Adiós, señora Salinas, espero no tener que volver a verla.

—¿Eso es todo? —le dijo antes de que Marcos abandonara la habitación—. Creí que querría seguir viendo a su hijo. —Él se volvió y su mirada la sorprendió, porque era gélida y estaba cargada de rencor.

—Usted ya me dejó bien claro que no tengo derechos sobre él, y prefiero volver a mi vida anterior antes que tener que estar mendigando tiempo para ver a un niño que nunca será mío. Me va a costar mucho olvidarlo, pero es lo mejor para todos.

Laura sentía una presión en el pecho que no la dejaba respirar. Las palabras de Marcos le dolían tanto que no podía soportarlo y cuando estaba a punto de volverse para que Marcos no pudiera ver sus lágrimas, se desvaneció sin darse cuenta, cayendo al suelo de bruces.

Marcos corrió hacia ella y la levantó del suelo, la subió en la cama y empezó a reconocerla. Hugo se puso a su lado, pues había corrido igual de rápido que su padre al verla caer.

—¿Qué le pasa a mi mamá? —preguntó muy nervioso—. ¿Se va a morir?

—No, campeón, tu madre se va a poner bien.

—Pues parece que está muerta.

—Solo es un desmayo, enseguida se despertará, ya lo verás.

—¿Vas a cuidar de ella como hiciste conmigo? Aunque estés enfadado, ¿vas a cuidarla?

—Yo no estoy enfadado.

—Sí estás enfadado y mi mamá está muy triste.

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya no vienes a vernos y cuando vienes, estás muy serio y te vas enseguida. Y mi mamá juega con la comida, pero casi no come. Eso era lo que hacía cuando yo estaba muy malito, y está igual de triste. Ella me dice que está bien, pero yo sé que no porque a veces llora cuando cree que no la veo.

Tras las palabras de Hugo, se fijó en Laura por primera vez dejando la ira a un lado y se dio cuenta de que había perdido más peso del que había recuperado los tres días que estuvieron juntos y él la obligaba a comer. Estaba bastante más delgada, si eso era posible, y sus ojeras eran profundas y oscuras, tanto que no podía entender por qué no se había dado cuenta antes. Le hizo un pequeño chequeo y se dio cuenta de que su tensión estaba por los

suelos, el rojo de sus ojos estaba blanquecino y no necesitaba hacerle unos análisis para saber que su anemia debía estar por debajo de lo mínimo. En ese momento ella volvió en sí.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó al verlo tan cerca y descubrir que estaba en la cama.

—Se ha desmayado. ¿Desde cuándo ha vuelto a dejar de comer?

Laura se levantó por el lado de la cama donde estaba Hugo porque no soportaba tenerlo tan cerca.

—Estoy bien, no tiene de qué preocuparse. Y ahora, por favor, ¿puede dejarme sola? Necesito arreglar todo para estar preparados cuando usted nos diga que podemos irnos, y le agradecería que fuera cuanto antes.

—Rubén, hazle una analítica, y cuando tengas los resultados...

—No necesito que me haga ninguna analítica. Cuando vuelva a casa, mi médico ya se encargará de eso. No quiero robarle más tiempo ni que usted lo pierda conmigo.

—¡Te he dado una orden! —le gritó al residente muy cabreado—. ¡Y cuando tengas los resultados...!

—Cuando tenga los resultados me los entregará a mí, o si no, no dejaré que me hagan la analítica.

Los dos estaban enfadados el uno con el otro y se desafiaban con la mirada.

—¡Está bien! Entrégaselos a ella. —Decidió que le pediría una copia de los resultados a Rubén y así sabría hasta qué punto la anemia podía ser peligrosa—. Ya le avisarán cuando todo esté preparado para su traslado.

—Muchas gracias, muy amable.

Cuando Marcos se fue, estaba todavía más enfadado que antes de entrar, y eso lo sacaba de sus casillas.

Patricia había vuelto de su viaje a París. Todo le había ido tan bien que se había quedado unos días más y nada más llegar se pasó por el hospital para saber lo que había ocurrido en su ausencia, ya que cuando hablaba con Marcos lo notaba más frío, distante, irritado y desagradable que nunca. Así que fue en busca de la única persona que sabía que le contaría lo que había ocurrido en su ausencia con pelos y señales.

—Hola, te he traído un detallito de París, espero que te guste —le comentó a Irene cuando esta entró en su despacho.

Aunque no fuera médico era la propietaria de más de medio hospital, y

eso le daba el privilegio de tener un despacho privado.

—Gracias, me encanta —dijo oliendo el perfume que Patricia acababa de regalarle.

—Y bien, ¿cómo ha ido todo en mi ausencia? ¿Qué ha pasado entre esa mujer y mi marido? ¿Tengo que preocuparme?

—Si quieres que te sea sincera, al principio creí que debía llamarte y hacerte volver porque Marcos no salía de esa habitación, y por los rumores que circulaban compartían la cama todas las noches. Incluso me amenazó a través de mi ayudante con despedirme si te contaba algo, ya que ella los encontró de buena mañana en la cama.

—¡Mierda! ¿Y por qué no me avisaste? Sabes que por más que te amenace, yo tengo la última palabra, ya que el sesenta por ciento de este hospital es mío. Marcos no puede despedirte sin mi consentimiento. Y recuerda que si estás aquí es por mí, ya que él te hubiera echado hace mucho, justo cuando quisiste hacerle creer que tu hijo era suyo y se hizo las pruebas de paternidad. Cuando se dio cuenta de tu engaño, quiso despedirte y yo apelé por ti. Y sabes perfectamente por qué lo hice.

—Sí, ya sé por qué lo hiciste. Según tú, él nunca más iba a volver a estar conmigo y tú querías una espía para controlar sus amoríos. Y quien mejor que una mujer despechada para informarte de todos sus deslices.

—Y tuve razón, él nunca más ha querido volver a estar contigo después de ese pequeño engaño, y a ti te encanta vengarte de él contándome sus amoríos sabiendo que yo voy a reprenderle.

—Dejemos ese tema, estoy harta. ¿Quieres saber por qué no te dije nada?

—Para eso te pago, querida, para que me mantengas informada.

—Porque tres días después de ese repentino romance entre ellos, vino el marido de esa mujer. Tuvieron una bronca monumental y desde ese día no han vuelto a estar juntos, y cuando lo están, son tan distantes como el agua y el aceite. No te puedo decir quién decidió romper, pero para mí que fue él quien la dejó, como hace con todas.

—Eso me deja más tranquila, pero aun así quiero que sigas vigilándolos. No voy a quedarme tranquila hasta que esa mujer abandone el hospital y se lleve a ese niño con ella.

—Está bien, seguiré vigilándolos, pero ya no creo que tengas que preocuparte por ella.

—¿Por qué?

—Porque Marcos está preparando el traslado del niño y en dos días el

helicóptero los sacará de aquí para siempre.

—Pues no sabes el alivio que me da esa noticia.

Eran las diez, de la mañana cuando el residente entró en la habitación.

—Le traigo los resultados de sus análisis.

—¿Tengo que preocuparme?

—Pues creo que sí.

—¿Por qué? —Se acercó a él para que Hugo no los escuchara y le dijo —: No quiero que mi hijo nos oiga, será mejor que salgamos. Hugo, estoy fuera con el doctor, enseguida vengo.

—Vale, mami.

—¿Qué pasa? ¿Cómo han salido los análisis?

—Pues verá, tiene usted el hierro por los suelos y eso le produce una anemia muy seria.

—Eso ya me lo esperaba. Pero no se preocupe, cuando llegue a mi casa me obligaré a comer y en un par de días se me pasará.

—Creo que debería darle más importancia a su anemia. Le voy a recetar hierro, calcio y ácido fólico. Las mujeres en su estado deben tomar suplementos, y por favor, haga un esfuerzo en comer porque su bebé no sabe lo débil que está usted y seguirá alimentándose de usted sin compasión.

—¿Mi bebé?! Creo que está confundido, esos análisis no pueden ser míos.

—¿No es usted la señora Salinas?

—Sí, soy yo.

—Entonces no están confundidos, está usted embarazada y tiene una anemia muy severa para estar embarazada, por eso le aconsejo que tome todo lo que le he dicho. Y lo más importante, empiece a comer en condiciones cuanto antes.

Laura se había quedado de piedra al oír la noticia. No entendía nada. Se suponía que no podía quedarse embarazada de forma natural y después de tantos años teniendo relaciones con Héctor nunca volvió a quedarse embarazada. Entonces ¿por qué por mantener relaciones tres veces con Marcos estaba embarazada? Solo podía haber una respuesta: Héctor no podía dejarla embarazada y ella estaba perfectamente, ya que Marcos sí la había dejado embarazada sin ningún problema y en un tiempo récord. ¡Oooh, Dios

mío! Ahora todo encajaba perfectamente en su cabeza.

Héctor siempre le había dicho que no quería tener hijos hasta que ella logró convencerlo, y qué casualidad que ella no pudiera tener hijos, que tuviera que ser por inseminación. Pero más casualidad fue que Diego confundiera los tubos y que Hugo no fuera hijo de Héctor. Por eso él nunca se había preocupado de ese niño que debía tener por ahí con otra mujer. Ahora estaba segura de que ese niño no existía porque nunca hubo tal confusión, desde un principio Diego usó donantes porque sabía que su hermano no podía dejarla embarazada.

Su cabeza era un hervidero de pensamientos hasta que escuchó a Rubén de nuevo.

—Señora Salinas, ¿está usted bien? ¿Quiere que llame al doctor Román?

—No, estoy bien —dijo volviendo a la realidad muy confusa todavía—. ¿Alguien más sabe algo sobre estos análisis?

—No.

—Bien. Se supone que en estos momentos usted es mi médico, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces si yo le pidiera que no comentara nada con nadie, usted debería mantener esto en secreto, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no quiero que hable con nadie de mis resultados o, de lo contrario, lo denunciaré y no podrá terminar su carrera de medicina. ¿Me ha entendido?

—Sí, señora.

—Ahora puede irse, pero antes deme esto, voy a necesitarlo. —Le cogió de las manos los resultados de los análisis, después entró en la habitación y le dijo a su hijo—: Cariño, tengo que irme y voy a estar todo el día fuera.

—¿Vas a dejarme solo?

—Sí, mi amor. Pero no te preocupes, voy a avisar a Marcos y él se ocupará de ti.

—No quiero que te vayas.

—Mi amor, tengo que hacer algo muy importante. Si no fuera así, sabes que no te dejaría, ¿verdad?

—Sí.

—Ahora tengo que irme.

Cogió el bolso y no se llevó nada más. En cuanto salió de la habitación llamó a Marcos al móvil.

—¿Sí? —contestó muy serio al ver que era ella.

—Marcos, necesito que te ocupes hoy del niño, tengo que ausentarme todo el día.

—¿Qué?! ¿Te has vuelto loca?! No voy a hacer tal cosa, y si necesitas que cuiden de tu hijo, que se encargue su padre.

—Tú eres su padre y yo ya no estoy en la habitación. Ahora de ti depende que Hugo se pase el día solo y asustado.

—¡¡Joder, Laura!! ¿Qué coño está pasando?!

—No blasfemes. ¿Vas a ocuparte de él?

—Sí, lo haré, pero después tenemos que hablar.

—Adiós.

Cuando Laura le colgó Marcos se quedó muy preocupado, algo muy grave debía haber pasado para que ella se fuera y dejara al niño solo. Pero ¿qué? De repente se acordó de su hijo y salió de su despacho a toda prisa.

—Anula todas mis citas, hoy voy a estar ocupado todo el día —le anunció a su secretaria.

—Pero ¿dónde va? ¿Qué va a hacer?

—No te importa, haz lo que te he ordenado.

Sabía que si le decía dónde iba, el rumor correría inmediatamente a los oídos de su mujer, así que prefería que no lo supiera nadie.

Cuando llegó a la habitación y vio a Hugo sentado en la cama asustado y llorando tal y como ella había dicho que estaría, se dio cuenta de lo mucho que Laura conocía a su hijo. Eso le hizo preocuparse más todavía, ya que sabiendo lo que iba a pasar, se había ido.

—Hola, campeón —le saludó acercándose a la cama.

Hugo, en cuanto lo vio, se tiró a sus brazos.

—Pensé que no ibas a venir.

—¿Por qué pensaste eso?

—Porque sigues enfadado con mamá.

—Que tu madre y yo estemos enfadados no tiene nada que ver contigo. Ahora cuéntame qué ha pasado para que tu madre se haya ido de esa manera.

—No lo sé, solo me dijo que se iba y que volvería por la noche, y que tú vendrías a cuidarme.

—Pues entonces tendremos que esperar hasta que venga y nos cuente qué está haciendo.

—¿No te vas a ir? ¿No me vas a dejar solo?

—No, campeón, voy a estar aquí contigo hasta que venga tu madre.

—Gracias, te quiero, papá. —Se tiró a su cuello y le besó la mejilla.

—Yo también te quiero, campeón —dijo con tristeza.

Al sentir de nuevo el abrazo de su hijo se dio cuenta de lo equivocado que había estado todo ese tiempo pensando que podría olvidarlo, jamás podría hacerlo. Una gran pena lo embargó.



Capítulo 25

Laura estaba en el taxi con un cabreo que no podía aguantar y, según se iba acercando a Valencia, se daba cuenta de lo estúpida e ingenua que había sido por dejarse engañar por esos dos hermanos que la habían estado manipulando toda la vida. Si todas sus sospechas eran ciertas, jamás se lo perdonaría a ninguno de los dos. Lo malo era que cuanto más pensaba en ello, más segura estaba de que no eran sospechas, sino una cruel realidad.

Al primer lugar al que se dirigió fue al hospital. Sabía que sería más fácil sacarle la verdad a Diego que a Héctor, con él era siempre más difícil dialogar que con su hermano. Además, Héctor siempre conseguía llevarla a su terreno y esta vez estaba dispuesta a saber toda la verdad costara lo que costase.

Nada más entrar al despacho, tiró los resultados de los análisis en su mesa.

—¿Quieres explicarme por qué estoy embarazada?

Diego se quedó mudo, la miró y cogió los análisis para leerlos detenidamente.

—¿Estás segura de que son tuyos?

—Eso mismo le pregunté al médico y cuando me lo confirmó, me sentí

aliviada. Después de las casi tres semanas de retraso que llevo en mi periodo, me imaginaba que algo malo me estaba ocurriendo.

—¡Joder, Laura! ¿Le has puesto los cuernos a mi hermano?

—¡¡Esto es el colmo!! ¡¿De verdad es lo único que vas a decirme?! — gritó histérica al ver su reacción.

—¡¿Y qué quieres que te diga?!

—¡Quiero la verdad! ¡Me la merezco después de lo que me habéis hecho creer, porque de lo contrario te denunciaré y me encargará de que no vuelvas a ejercer la medicina en lo que te queda de vida, y así no volverás a engañar a ninguna otra mujer!

—Yo no engaño a mis clientes.

—¡Nooo, claro, solo a la estúpida de tu cuñada!

—Eso fue cosa de mi hermano.

—¡Claro! Y tú te dejaste llevar, ¿no? Cuéntame, por favor, por qué me hiciste creer que no podía quedarme embarazada.

—Mi hermano quedó estéril al contraer las paperas con treinta años.

—¿Él sabía que era estéril antes de casarnos?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Por miedo a que no quisieras casarte con él.

—Pero eso es absurdo.

—Lo sé y se lo dije, el problema es que contigo siempre se ha sentido inseguro. Siempre ha pensado que en cuanto surgiera un pequeño problema entre los dos, le dejarías por otro hombre más joven. Y, por lo que veo, tenía razón.

—No seas injusto, y no es a ti a quien tengo que darle explicaciones de mi embarazo. Todo fue idea de tu hermano, ¿verdad? Hacerme creer que no podía tener hijos y que la mejor opción era una inseminación. —Diego afirmó con la cabeza—. Y yo confiaba tanto en ti que me creí todas tus mentiras. ¿Por qué lo hiciste? Yo me hubiera inseminado igualmente si hubiera sabido la verdad.

—Lo sé y así se lo dije a Héctor, pero ya lo conoces, él siempre tiene razón y lo que él piensa es lo correcto. Ahora si quieres una explicación de porqué lo hizo, tendrás que preguntárselo a él. Yo lo único que puedo hacer es pedirte que me perdones por dejarme manipular por él, pero sabes lo mucho que le debo y por eso nunca puedo negarle nada. Y sabes que cuando se le mete algo en la cabeza, no para hasta que lo consigue, y es capaz de manipular

a todo aquel que necesite para conseguirlo.

—Lo sé, desde que lo conocí, siempre he terminado haciendo lo que él ha querido. Tengo que irme.

—¿Vas a tomar represalias contra mí? ¿Vas a denunciarme?

—No. —Una vez más, Héctor tenía razón y ella era demasiado buena gente para destrozar su vida—. Al fin y al cabo, tú eres una víctima más de sus caprichos como yo, y por mi cuñada y mis sobrinos no puedo denunciarte, los quiero demasiado para hacerles algo así. Eso sí, no esperes que pueda perdonarte. Adiós, Diego.

Laura salió muy decepcionada del hospital. Acababa de darse cuenta de que su vida había sido una farsa y, dispuesta a enderezarla, se dirigió a la empresa de Héctor.

Cuando Héctor la vio entrar en su despacho, se quedó de piedra e inmediatamente se acercó a ella preocupado.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo con Hugo?

Laura, sin contestarle, le dio una bofetada con todas sus fuerzas que le volvió la cara del revés.

—¡Ni se te ocurra hacerme creer que mi hijo te importa! ¡Quiero el divorcio, ¿me oyes?! ¡Quiero que renuncies a mi hijo y que desaparezcas de mi vida!

—Pero cariño, ¿qué te pasa? ¿Por qué me pegas? —preguntó extrañado y masajeándose la mejilla, que le ardía como el fuego—. ¿Por qué estás así? ¿Y por qué dices todas esas tonterías? —volvió a preguntar enfadado.

—¿Quieres saber por qué estoy así?

—¡¡Sí, quiero saberlo!!

—Porque estoy embarazada.

Cuando vio su cara de espanto, se sintió satisfecha. Quería hacerle daño y lo había conseguido, y, además, se lo merecía.

—¡¡Me has engañado con ese medicucho, me has puesto los cuernos con él y te atreves a decírmelo así, tan tranquilamente!! ¡¡¿No te da vergüenza?!!

—¡¡No!! Al principio me sentía fatal por traicionarte, pero ahora me alegro, me alegro de haberte puesto los cuernos, y me alegro de estar embarazada. Porque gracias a este embarazo —dijo tocándose la barriga—, he descubierto que eres un mentiroso y que me has mentido desde el primer día que te conocí.

—¡¡Y tú hablas de engaños, cuando estás esperando un hijo de otro!!

—Yo por lo menos no llevo casi diez años engañándote, así que ni se te

ocurra echarme nada en cara porque tú eres el rey de las mentiras.

—Todo lo que hice fue por ti, por mí y por nuestro matrimonio.

—¡¡Deja ya de mentir!! Todo lo has hecho siempre por ti, porque no fue por mí que te casaste sin decirme que eras estéril, eso lo hiciste por ti. Y tampoco fue por mí que ideaste un plan para que yo no lo supiera y creyera que el problema era mío, eso también lo hiciste por ti. Obligaste a tu hermano para que me inseminara con el espermatozoides de un donante y para que me hiciera creer que era tuyo, eso también lo hiciste por ti, no por mí. Y todas las veces que me culpabas de no dedicarte la atención suficiente porque debía cuidar a mi hijo, ¿también lo hiciste por mí? Ahora puedo entender esos celos absurdos que tenías hacia Hugo, ya que siempre has sabido que no era tu hijo. He de decirte que si hiciste todas esas cosas por nosotros, te equivocaste en todas y cada una de ellas, porque gracias a lo que has hecho este matrimonio está roto desde este mismo instante.

—Laura, por favor, te juro que todo lo hice por lo mucho que te quiero — suplicó acercándose a ella.

—Ni se te ocurra tocarme. Y deja que te diga una cosa: tú no me quieres y nunca me has querido, porque cuando se quiere a alguien no se le miente y se le deja tomar sus propias decisiones. Y si tú me hubieras dejado, yo te habría elegido a ti, me habría casado contigo aun sabiendo que no podrías darme lo que más deseaba en el mundo, y no me habría importado porque entonces hubiera sido yo la que te hubiera dicho que me inseminaría por ti. ¿Y sabes por qué hubiera hecho todas esas cosas? Porque te quería y no me hubiera importado nada, solo estar contigo. Esa es la diferencia entre querer de verdad a una persona y manipular la vida de una persona a tu antojo y conveniencia. Eso es lo que nos diferencia a ti y a mí.

—Laura, por favor, he sido un gilipollas, pero me aterraba perderte. Creí que si sabías la verdad, me dejarías por otro hombre más joven para que te diera lo que yo no podía. Te suplico que me des otra oportunidad y verás que no te vas a arrepentir.

—Lo siento, pero ya no puedo creerte. Además, debes saber que tú mismo me has empujado a los brazos de otro hombre más joven que tú. Gracias a tus engaños he conocido al padre de Hugo y me he enamorado de él, voy a tener un hijo de él y quiero pasar el resto de mi vida con él.

—Entonces me das la razón, te ha faltado tiempo para dejarme por otro hombre más joven que yo.

—Hasta en eso te equivocas porque hasta hace unas horas, antes de saber

que estaba embarazada, estaba dispuesta a volver contigo. Cuando te vi partir de ese hospital tan abatido, me di cuenta de que te quería y de que no podía tirar por la borda casi diez años de matrimonio, así que hablé con Marcos y le dije que lo nuestro se había acabado. Renuncié a él por ti, aun sabiendo que tú nunca me harías tan feliz como él. Solo espero que pueda perdonarme, porque desde este mismo instante te juro que no voy a dejar que nadie más vuelva a manipularme y voy a luchar por mi felicidad, y mi felicidad está al lado del padre de mis hijos.

—¡¡Está bien, vete con él!! ¡¡Y que seas muy feliz, yo no voy a retenerte más!!

—No, porque ya no podrías, aunque lo intentaras. La niña que conociste y a la que te gustaba manejar ha muerto. Te mandaré a mi abogado, y si no quieres que os denuncie a ti y a tu hermano por lo que me habéis hecho, será mejor que no me pongas impedimentos en el divorcio.

—¡No voy a cederte ni un cachito de mi empresa, yo la levanté y lo hice antes de casarnos, así que es mía!

—No te preocupes, tu imperio no me interesa. Lo único que quiero de ti es que renuncies a mi hijo. Adiós.

En el taxi de regreso a Madrid no dejaba de llorar por todo lo que había pasado, y se preguntaba cómo podía haber cambiado su vida así, tan drásticamente. Había pasado de ser una mujer felizmente casada y con un hijo —o por lo menos eso siempre creyó ella—, a ser una mujer a punto de divorciarse, con un hijo, esperando otro y sin pareja. Sabía que Marcos no iba a perdonarle todas las barbaridades que le había dicho y ella tampoco se veía capaz de usar a su futuro hijo para obligarlo a que volviera con ella. No, ella no era Héctor, por eso se marcharía con Hugo y no le diría que estaba esperando otro hijo suyo. Laura le había dicho que no podía tener hijos y por eso él nunca se preocupó de tomar precauciones. No, ese embarazo era problema de ella y de nadie más.

Hablar con sor Teresa la había tranquilizado. Antes de volver a Madrid había pasado por el convento, estaba destrozada y necesitaba el consuelo de la única persona que siempre la había querido sin condiciones. Después de contarle sus problemas, ella la había abrazado, consolado, calmado, y después le había dicho:

«¡Aaay, hija mía! Tomes la decisión que tomes, que sea lo que tú quieras hacer, no te dejes llevar por los sentimientos. Así, si te equivocas, lo haces tú y no sientes que los demás te han fallado».

Cuando llegó a Madrid eran las diez de la noche y estaba exhausta. No había comido ni bebido en todo el día y tampoco tenía ganas, solo deseaba tumbarse en la cama y dormir. Pero al llegar a la habitación de su hijo, Marcos estaba esperándola muy cabreado.

—¡Mami, por fin has vuelto! —gritó Hugo entusiasmado al verla aparecer.

—Sí, mi amor, por fin he vuelto.

—¿Dónde estabas? —volvió a preguntarle.

—Estaba en Valencia, preparando todo para cuando volviéramos. Pero ahora es muy tarde y deberías dormirte.

—Hugo, voy a hablar con tu madre, estaremos fuera, ¿vale?

—Vale.

Marcos la cogió con fuerza del brazo para sacarla de la habitación.

—¡Vas a explicarme ahora mismo qué coño has estado haciendo todo el día por ahí! —le gritó furioso—. ¡¿Por qué has dejado a tu hijo todo el día solo?!

—No estaba solo, estaba contigo.

—No juegues conmigo, Laura, ¿qué estabas haciendo?

—¿De verdad quieres saber qué estaba haciendo?

—¡Sí, joder!

—No blasfemes. Me fui a Valencia para poder arreglar el estropicio que armaste con mi marido.

—¿Qué quieres decir?

—Mi hijo y yo vamos a abandonar este hospital, y no quería presentarme con él en casa y que mi marido nos echara por lo que sucedió cuando estuvo aquí. Pero no debes preocuparte, hemos hablado y todo está arreglado. Más bien estamos mejor que nunca y todo gracias a ti.

—¿Te has acostado con él?

—Tú mejor que nadie debes saber lo intensas que pueden llegar a ser las reconciliaciones, ¿no? ¿Cuántas veces te has reconciliado con tu mujer?

—Eres una... —La forma en que la miraba y su frialdad al hablar la hicieron estremecer y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarse a llorar—. Mañana mismo a primera hora tendrás el helicóptero preparado, quiero que te marches y que no vuelvas nunca más, ¿me has entendido?

—Sí, y no te preocupes, no volverás a verme.

Cuando se fue, Laura volvió a la habitación, se dio una ducha y después se tumbó al lado de su hijo. Se sentía tan mal y tan sola que necesitaba su contacto. Sin poder evitarlo, se puso a llorar y dio gracias a Dios de que Hugo estuviera dormido y de que no pudiera verla así. Inmediatamente se durmió por el agotamiento y la debilidad que sentía.

Marcos no podía dormir, estaba tan cabreado que no sabía si algún día se le pasaría esa mala leche que llevaba dentro. No podía entender por qué esa mujer lo había engañado tan fácilmente haciéndose la puritana. No era más que un zorrón que acababa de decirle en su propia cara que se había reconciliado con su marido y que habían tenido una sesión de sexo increíble mientras hacían las paces, y que encima se lo debía a él. Aún no podía entender cómo no la había matado ahí mismo, porque las ganas de hacerlo lo dominaban. En ese mismo instante se dio cuenta de que estaba sintiendo lo que tanto despreciaba en casi todas las mujeres que lo habían amado, se moría de celos, y sus ganas de matarla por ser la culpable de que a él lo estuviera consumiendo un ataque de celos se intensificaron.

Pero lo que más le molestaba era que le hubiera hecho pasar el día con Hugo para ir a divertirse con su marido. Él se había hecho a la idea de no volver a verlos a ninguno de los dos y pasar todo el día con su hijo le había hecho ver que no le iba a ser tan fácil olvidarse de su hijo. Solo por ese pequeño detalle la odiaba con todas sus fuerzas, o al menos eso era lo que él pensaba.



Capítulo 26

Al día siguiente, cuando Laura se despertó porque una de las enfermeras le trajo el desayuno a Hugo, se quedó muy sorprendida por todo lo que había dormido, cosa rara en ella pues siempre se despertaba antes de que llegaran las enfermeras. Pero también se dio cuenta de que seguía igual de cansada que antes de acostarse y pensaba que debía ser por el día tan estresante que había tenido.

Con un gran esfuerzo, se levantó de la cama y se arregló, ya que tenía que espabilar y tenerlo todo preparado para cuando Marcos le dijera que tenían que irse, no quería seguir causándole más problemas.

Sobre las once entró Enrique en la habitación.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondió con una mueca en forma de sonrisa.

—¿Tienes todo preparado? El helicóptero os está esperando.

—¿Marcos no va a venir?

—No, está muy ocupado.

—Ya, claro —dijo Laura muy triste—. Dile de mi parte que le agradezco todo lo que ha hecho por mi hijo y por mí.

—Estoy seguro de que él ya lo sabe, pero aun así se lo diré, no te preocupes.

—¿Cuándo van a traer la camilla burbuja para Hugo?

—Tu hijo ya no necesita eso, como tampoco necesitaba esta habitación.

—Entonces ¿por qué estábamos aquí?

—Órdenes del jefe. Supongo que sería porque es la habitación más cómoda que hay en toda la planta, y mientras nadie la necesitara, para qué cambiaros.

Laura se quedó muy sorprendida, pero no le extrañaba, ya que Marcos se había portado muy bien con ellos. Eso la hizo sentirse mucho más triste de lo que ya estaba y un nudo se apretó en su garganta. Intentó sobreponerse con todas sus fuerzas para no romper a llorar. Tragó saliva y le preguntó con un hilo de voz:

—Entonces ¿Hugo puede salir a la calle sin necesidad de ir en una burbuja?

Le parecía imposible que su hijo pudiera salir como una persona normal y corriente, algo que había deseado con todas sus fuerzas y que no podía creer que por fin fuera posible, y todo gracias a Marcos.

—Sí, solo que es conveniente hasta que pasen un par de semanas que lleve mascarilla para que su cuerpo se vaya habituando a la polución, ya que lleva muchos meses aislado del mundo y debe ir acostumbrándose poco a poco.

Mientras hablaba, Enrique le ofrecía una mascarilla.

—Lo entiendo. Ahora será mejor que nos vayamos. —Se volvió hacia Hugo y le dijo—: Mira que cosa más chula nos ha dado Enrique, es como una de esas máscaras de superhéroe y de momentos vas a tener que ponértela para salir a la calle.

—¿Puedo salir a la calle, mami?

—Sí, mi amor.

—¿Y no me voy a morir?

—No, no te vas a morir.

—Entonces ¿podremos ir al Parque Warner con Marcos?

—Sí, cariño podremos ir al Parque Warner, lo que no sé es si Marcos podrá acompañarnos.

—Pero me lo prometió.

—Para eso aún han de pasar varias semanas, debemos estar completamente seguros de que estás bien.

—¿Cuántos días?

—No lo sé, ya nos lo dirá el doctor Núñez.

—Y Marcos ¿vendrá con nosotros?

—Ya te he dicho que no lo sé, ya sabes que está muy ocupado.

—Pero me prometió que si me curaba me llevaría.

—Lo sé, pero no va a poder ser.

—¿Por qué?

—Tenemos que irnos, el helicóptero está esperando.

Sin darle más tiempo para que volviera a avasallarla con sus preguntas, lo cogió de la mano y con la otra cogió las maletas.

—¿Podemos irnos ya? —le preguntó a Enrique muy decaída.

Enrique la acompañó hasta la azotea y la despidió. Laura abrazó a su hijo y cuando el helicóptero alzó el vuelo, una tristeza muy grande se apoderó de ella. Sabía que nunca más volvería a ver a Marcos.

Cuando Enrique bajó de la azotea, se tropezó con Marcos por el pasillo y este le preguntó:

—¿Me has hecho ese pequeño favor que te pedí?

—Sí, acabo de dejarla en el helicóptero. Me ha pedido que te dijera que está muy agradecida por todo lo que has hecho por ella y por su hijo. Debiste ir y despedirla.

—¿Para qué? Por fin vuelve con su marido y eso es lo que quería, debe sentirse muy feliz.

—Pues no es felicidad lo que he visto en sus ojos, más bien parecía muy desdichada. Incluso parecía no tener fuerzas, como si llevara encima de ella todo el peso del mundo.

Cuando Marcos le escuchó decir eso, recordó los análisis de sangre e inmediatamente sintió la necesidad de echar un vistazo a esos resultados, así

que fue en busca de Rubén.

—Quiero ver los resultados de la señora Salinas —le ordenó cuando lo encontró.

—La señora Salinas se los ha llevado.

—¿¿Qué?! ¿Por qué dejaste que se llevara los resultados?

—Porque no quería que nadie los viera.

—Esto es el colmo. ¿Y porque una paciente te dice eso, tú le das los resultados? ¿Tienes una copia?

—No. Bueno, yo...

El pobre muchacho temblaba de terror ante la mirada de su jefe y por el enfado que veía en él, sabía que acabaría despidiéndolo.

—¿Qué decían esos análisis? ¿Por qué no quería que nadie los viera? —preguntó con la poca paciencia que le quedaba.

—Lo siento, señor, pero no puedo decírselo. La señora Salinas me dijo que al hacerme cargo de sus análisis me convertía en su médico y que no podía revelarles a nadie el resultado porque ella no quería que lo hiciera. También me dijo que si lo hacía, me denunciaría y se encargaría de que me despidieran y de que no pudiera sacarme la carrera.

El muchacho estaba muy nervioso y hablaba muy deprisa.

—¡Novatos! Sabes que eres residente en este hospital, ¿verdad? —El muchacho asintió con la cabeza—. Por lo tanto, no estás obligado a mantener la confidencialidad de los pacientes porque debes exponer todos los casos a tus superiores para que un médico de verdad valore tu trabajo. Y si no me dices ahora mismo los resultados, yo mismo te despediré y me encargaré de que no vuelvas a pisar otro hospital en tu vida, a no ser que sea por enfermedad.

—La señora Salinas está con una anemia muy preocupante, señor. Le receté hierro, calcio y ácido fólico, y le dije que si no quería que su bebé la consumiera, debía hacer un esfuerzo y alimentarse como es debido.

La amenaza había causado el efecto que quería porque el pobre muchacho habló de carrerilla.

—¿Está embarazada?

—Sí, señor.

—¡¡¡Joder!!! ¿Cuándo le diste los resultados?

—Ayer, sobre las diez de la mañana más o menos.

Marcos se fue a recepción.

—Quiero que me pongas en contacto inmediatamente con el piloto del

helicóptero —le exigió a la recepcionista.

—Pero señor, el helicóptero ya ha salido, no puedo hacer eso.

—Pues si no lo haces, tendré que despedirte ahora mismo y buscar otra persona que lo haga.

—Está bien, deme un minuto.

—Tienes medio.

La recepcionista empezó a manipular la radiofrecuencia buscando conexión con el piloto del helicóptero, mientras rezaba para que no estuviera ya demasiado lejos. Cuando por fin lo consiguió, le dijo a Marcos, que paseaba por delante del mostrador como un león enjaulado:

—Señor, lo he conseguido, he contactado con él.

Marcos le arrancó el micro de las manos y empezó a decirle al piloto:

—Sebas, soy Marcos, quiero que des la vuelta y que regreses enseguida al hospital.

—No me jodas, tío, no puedo hacer eso ahora.

—Mira, Sebas. Somos amigos, pero te juro que si no das la vuelta y regresas inmediatamente, no volveré a contratar tus servicios.

—¡Eres un cabrón! Está bien, daré la vuelta, pero me debes una y bien gorda.

—Puedes pedirme lo que quieras, pero tráemelos de vuelta, por favor.

—No me lo puedo creer, ¿tan importante es la mercancía que llevo para ti?

—No lo sabes tú bien.

—En diez minutos estoy ahí.

—Gracias, tío.

Cuando le devolvió el micro a la recepcionista, le dijo con una de esas miradas que enamoraban y una sonrisa, dejándola tonta:

—Muchas gracias, señorita.

—De nada, señor. Aquí me tiene para lo que quiera, y me muero por complacerle.

Sus palabras y su insinuación eran evidentes, pero Marcos, sin prestarle demasiada atención, se marchó en dirección a la azotea para recibir a Laura y a su hijo, y para que le explicara por qué pensaba irse sin decirle que estaba embarazada de él. Aunque era evidente, gracias a él volvía a tener otro hijo, algo que su marido no podía darle, y él era tan gilipollas que lo había hecho dos veces, y las dos veces sin ser consciente de ello.

Cuando Laura vio cómo el helicóptero daba la vuelta completa, agarró a su hijo con fuerza.

—¿Por qué volvemos? —preguntó nerviosa al copiloto—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé, yo solo obedezco órdenes.

—¿Órdenes de quién?

—Del hospital.

Laura se quedó pensativa, pero se dijo a sí misma que seguramente se les había olvidado cargar algo importante. Lo que no se imaginaba era que Marcos había hecho volver al helicóptero para hablar con ella.

Cuando llegaron a la azotea y el helicóptero aterrizó, la sorpresa de Laura fue muy grande, pues quien le ofrecía la mano para bajar era Marcos.

—¿Qué significa esto? ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo, baja del helicóptero, por favor.

—Hola, papá —le saludó el niño con una sonrisa, que él no podía ver por la mascarilla que llevaba puesta.

—Hola, campeón, ven aquí.

Antes de que Laura se diera cuenta, Marcos ya había sacado a Hugo del helicóptero.

—Vuelve a meter a mi hijo en el helicóptero, no quiero hablar contigo. Además, estás loco. ¿Cómo se te ocurre decirle al piloto que dé la vuelta? ¿Quién te crees que eres?

—Pues el que paga el jornal del piloto, así que hasta que yo no le dé la orden, no va a volver a despegar. Y si fui capaz de secuestrar un avión cuando te conocí, ¿por qué crees que un helicóptero sería un problema para mí?

No estaba segura de si bromeaba o no al decirle eso, ya que la seriedad con que la miraba la asustaba.

—Marcos, por favor, quiero irme.

—Ya sé que debes estar ansiosa por reunirte con tu marido, pero hasta que no hablemos no voy a dejar que te vayas.

—¡Jope! —exclamó muy cabreada mientras bajaba del helicóptero—. Está bien, hablemos, así podré marcharme lo antes posible.

—Espéranos aquí, Sebas.

—Me estás retrasando mucho.

—Te lo recompensaré.

—Eso espero.

—Vamos, Hugo —le dijo al niño y le dio la mano.

Después cogió a Laura del brazo con fuerza y los llevó hacia su despacho.

—¿Sabes que ya puedo salir a la calle y que en unos días podremos ir al Parque Warner? —le contó su hijo muy entusiasmado.

—Sí, lo sé, y me alegro mucho.

—¿Y cuándo vas a llevarnos?

—Pronto.

Laura estaba muy nerviosa y no entendía por qué Marcos la había hecho regresar para hablar. «Para hablar ¿de qué?», se preguntaba.

—¿Puedes hacerme un favor, campeón? —le preguntó Marcos a Hugo cuando llegaron a su despacho.

—Pues claro.

—Quiero que te quedes aquí con mi secretaria, tengo que hablar a solas con tu madre de algo muy importante. ¿Lo harás por mí?

—Sí.

—Cuida de él y que no se quite la mascarilla —le ordenó a su secretaria.

—Sí, doctor.

Cuando entraron en el despacho, Laura se apartó de su lado.

—¡Suelta de una vez lo que tengas que decir y deja que me vaya! Y no vuelvas a tratarnos a mi hijo y a mí como si fuéramos de tu propiedad, no tienes ningún derecho.

—¿Estás embarazada? —Al escucharle se quedó paralizada—. ¡Contéstame! ¿Estás embarazada?

—¿Cómo te has enterado? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso no importa. ¿De verdad creíste que te iba a salir bien la jugada? ¿Que podías tener otro hijo mío y volver con tu marido como si nada? Pues te equivocaste, puede que no tenga derechos con Hugo porque firmé esos estúpidos papeles renunciando a su paternidad, pero con este es muy distinto. Con este puedo alegar que me engañaste y que me hiciste creer que no podías tener hijos, que después me sedujiste para que te dejara embarazada y que ahora pretendes llevártelo lejos de mí. Podría conseguir que un juez me diera su custodia por todo eso.

—Tú... no puedes hacer eso —dijo asustada.

—¿Por qué no? Has intentado robarme un hijo...

—¡Yo no he hecho eso!

—Ah, ¿no? ¿Y cómo le llamas a marcharte de la ciudad sin decirme que

iba a ser padre? Lo tenías todo muy bien planeado, ¿verdad? Me encuentras, me convences para que salve a tu hijo con tu cara de buena chica y después pensaste en tener una aventura conmigo y así de paso volver a quedarte embarazada. Un plan perfecto, te llevas un niño curado y otro en camino. Por lo que se ve, es tu marido el que no puede dejarte embarazada y yo me tragué todo ese cuento de que tú eras la estéril.

—¡Ya basta! ¿De verdad crees todo lo que estás diciendo? Yo nunca he fingido quererte, nunca me he acostado contigo para que me dejaras embarazada. Pensaba que no podía quedarme embarazada porque eso fue lo que me hicieron creer mi marido y mi cuñado, fui una estúpida y me dejé manipular por ellos. Y sí, me iba a marchar sin decirte nada porque pensé que tú no debías cargar con mis errores. Me dejé engañar por esos dos desgraciados y no podía decírtelo porque sabía que te sentirías obligado, ya que sé que nunca has tenido intención de ser padre, ni de Hugo ni de este —dijo acariciando su barriga—. Lo que menos deseo en este mundo es obligarte a aceptar un hijo que no deseas.

—Laura...

—Cuando te acostaste conmigo creías que no podías dejarme embarazada, pero ha sucedido. Ni tú ni yo lo hemos querido y es algo que debo afrontar yo sola. Siempre quise tener más hijos y otra vez tengo que darte las gracias por darme algo que nunca creí que me volvería a pasar. Pero no te preocupes, porque me marcharé y no te pediré nada. A no ser que a este también le dé por necesitar algo vital que solo tú puedas darle. —Al decirle eso lo vio sonreír—. ¡Oh, Dios mío! Espero que eso no vuelva a pasar porque no sé si podría soportarlo una vez más —decía tocándose la barriga de nuevo. La sonrisa de Marcos desapareció al oír ese último comentario—. Y ahora, si puedes dejarme marchar, te estaría muy agradecida. Tengo ganas de llegar a casa.

—¿Ayer fuiste a decirle a tu marido que estabas embarazada? —Ella asintió con la cabeza—. ¿A él también le ha alegrado la noticia de que vais a volver a tener un hijo a mi costa?

—Ayer fui a pedirle el divorcio a mi marido, ¿contento?! ¿Puedo irme ya?

—¿Por qué le has pedido el divorcio a tu marido?

—¿De verdad me estás haciendo esa pregunta? ¿Tan estúpida me crees como para perdonar un engaño como ese? Si no los denuncio a él y a su hermano, es para obligarlo a que renuncie a Hugo. No quiero a ese hombre

cerca de mi hijo y no quiero volver a verlo nunca más. Ahora ¿puedo marcharme? No me encuentro bien.

Laura intentaba llegar al sofá pues, después de haberle contado todo a Marcos, las fuerzas la habían abandonado. Era como si al sincerarse con él, se hubiera quitado un peso de encima y de su alma, y sintió cómo se desvanecía sin poder evitarlo. Marcos corrió hacia ella y la cogió en brazos antes de que llegara a tocar el suelo, después la tumbó en el sofá.

Le hizo una pequeña exploración y comprobó que su pulso era tan débil que apenas lo encontraba, sus latidos estaban ralentizados y le costaba respirar.

—¡Maldita sea! —La cogió en brazos y salió del despacho diciéndole—: Vamos, bombón, no me hagas esto, tienes que aguantar.

Cuando Hugo lo vio con su madre en brazos, corrió tras él.

—¿Qué le pasa a mi mamá? —le preguntó asustado.

—Nada, no te preocupes, se va a poner bien. —Mientras esperaba que subiera el ascensor, le explicó—: Ahora tengo que estar con tu madre y no puedo cuidar de ti, tienes que portarte bien y hacer caso a mi secretaria. En cuanto pueda, subiré a buscarte para que estés con tu madre, ¿de acuerdo?

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Mi mamá no se va a morir, ¿verdad?

—¡No, por Dios! Tu madre no se va a morir, yo jamás permitiría que eso ocurriera.

—Vale.

Subió al ascensor y en cuanto lo vieron aparecer en urgencias con Laura en brazos, faltaron médicos para correr a su lado.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Enrique.

—Se ha desmayado, pero no le encuentro el pulso y sus latidos son muy lentos.

—La dos está vacía, llévala allí.

Mientras Marcos la tumbaba en la camilla Enrique daba órdenes a las enfermeras, diciéndoles todo lo que tenían que hacer. Una le tomaba la tensión, otra la desnudaba, una tercera preparaba los cables para hacerle un electro y la última le estaba poniendo una vía para hacerle una analítica.

Marcos estaba muy nervioso y gritaba a todo el mundo para que se dieran prisa. Mientras la miraba casi sin vida en esa camilla, se repetía una y otra vez lo estúpido que había sido al no darse cuenta de su estado, cuando no había

más que mirarla para saber que no estaba bien.

Cinco minutos después tenía los resultados. La tensión por los suelos y el ritmo del corazón muy debilitado.

—Tienes que tranquilizarte, se va a poner bien —intentó animarlo Enrique—. Solo necesita descanso y vitaminas. Le pondremos un gotero y esperaremos a ver qué dicen los análisis.

—Está bien, súbela a una habitación.

—No es necesario subirla a una habitación, en cuanto vuelva en sí y se le termine el gotero podrá irse.

—He dicho que la subas a una habitación, no va a ir a ningún sitio. Y no voy a dejar que mi hijo esté en esta zona, los quiero a los dos en una habitación inmediatamente. Voy a buscar a Hugo, estará asustado. Llámame para decirme en qué habitación está.





Capítulo 27

Cuando Laura se despertó y se vio en una cama, se sorprendió mucho, pero más se sorprendió al ver a Marcos sonriéndole y sin esa mirada hostil que le dirigía últimamente.

—Vaya susto que me has dado. Te prohíbo, escúchame bien, te prohíbo que vuelvas a darme un susto como este.

—¿Qué ha pasado? —Asustada, se tocó la barriga—. ¿Mi bebé está bien?

—Te has desmayado. Y si, *nuestro* bebé está bien.

—Marcos, no...

—¡Ssshhh! No vamos a discutir en estos momentos, no estás bien.

—¿Qué me pasa?

—Pues que cuando una persona no come y está embarazada, acaba como estás tú ahora, con una flojera tan grande que no puede sostenerse en pie.

—¿Y mi hijo?

—Nuestro hijo está con Enrique, comiendo.

—¿Por qué tengo un gotero?

—De alguna manera tendré que alimentarte, ya que tú no quieres comer. Necesitabas líquidos y un complejo vitamínico, y lo más rápido es en vena. Estabas casi deshidratada, tienes una anemia muy seria, y si no pones remedio a todo eso, el bebé puede salir con alguna deficiencia. Ahora es cuando se está formando y necesita tus defensas, y si tú no las tienes, él tampoco.

—¡Está bien! No me asustes más. Voy a comer, te lo juro.

—¿Qué comiste y qué bebiste ayer?

—Nada.

—¡¡Joder, Laura!! ¿Cómo se te ocurre no comer ni beber en todo el día? Y estando embarazada, es para matarte.

—¡No blasfemes! —le reprendió haciéndole reír—. Lo siento, pero ayer no estaba para pararme a pensar en nada, me pasé el día histérica discutiendo con todo el mundo, incluyéndote a ti, y cuando llegué aquí lo único que quería era dormir, estaba agotada.

—No me extraña. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me hiciste creer que habías pasado un día pasional con tu marido? Si supieras cuánto te odié cuando me dijiste eso.

—Precisamente por eso te lo dije, necesitaba que me odiaras para que me olvidaras pronto. Tú no buscaste este bebé...

—Y tú tampoco.

—No, pero yo fui manipulada por mi marido y tú no tienes por qué pagar por mi estupidez. Además, aunque no lo buscara, estoy encantada, y tú estás casado.

—No te preocupes por mi matrimonio, eso déjame a mí. Si fue tu marido quien te engañó, ¿por qué dices que fuiste estúpida?

—Porque debí darme cuenta, debí buscar otra opinión cuando mi cuñado me dijo que no podía quedarme embarazada y lo único que me aconsejó fue la inseminación en vez de buscar otra solución.

—Confiabas en ellos, ese fue tu único error. ¿Y quién no confiaría en su marido y en su cuñado?

—Pues yo no debí haberlo hecho. Aunque esto me sirve de lección, no voy a volver a confiar en nadie más en mi vida.

—Eso me duele, creo que me merezco tu confianza. Además, uno siempre debe confiar en su héroe.

Laura le sonrió, pero su sonrisa estaba apagada.

—¿Cuándo puedo marcharme?

—No voy a dejar que te vayas.

—¿Por qué no?

—Porque no tienes dónde ir.

—¿Por qué crees que no tengo dónde ir?

—Ilumíname. ¿Qué vas a hacer a partir de ahora si no piensas volver con tu marido?

—Tengo mi piso y buscaré trabajo.

—¿Te ata algo o alguien a Valencia?

—No, ya no. Bueno, sí, las monjas.

—Sí, pero con ellas no puedes vivir. Múdate aquí, quiero tener cerca a mis hijos.

—Marcos, no quiero que te sientas...

—No me siento obligado. Ayer se me partía el corazón al pensar que no iba a volver a ver a Hugo. Eso también me hacía odiarte más, sobre todo, después de pasar todo el día con él. Si puedo sentir algo tan fuerte por Hugo y prácticamente acabo de conocerlo, imagínate lo que ese bebé que llevas en tu interior puede hacerme sentir si lo veo nacer. —Le tocó la tripa—. Nunca he pensado en tener hijos, en eso tienes razón, pero ahora que los tengo, quiero tenerlos cerca y verlos crecer. Quédate aquí, por favor, quiero estar cerca de mis hijos.

—No puedo, Marcos, vivir aquí es muy caro, y no creo que un sueldo de enfermera me permita alquilar un piso en Madrid y mantener dos hijos.

—No, pero podrías vivir en mi apartamento y yo te ayudaría económicamente. Además, creo que tengo enchufe en este hospital y podría darte trabajo.

Ella se rio al escucharle, pero enseguida se puso seria de nuevo.

—No puedo hacer eso, sería abusar demasiado de ti. Y además no quiero que te sientas...

—¡Ya basta! No quiero volver a oírte decir eso, y recuerda que ya te dije una vez que podías abusar de mí siempre que quisieras —bromeó—. Son mis hijos y, quieras o no, son mi obligación, aunque tampoco los siento así. ¿Para ti Hugo y este bebé son una obligación? —preguntó tocándole la barriga de nuevo.

—No, por Dios, cómo puedes decir eso.

—Entonces ¿por qué crees que para mí lo serían?

—Está bien, perdóname, pero no quiero vivir en tu apartamento.

—¿Por qué?

—Porque no quiero ser tu amante, porque no quiero que otro hombre tenga que dirigir mi vida, porque quiero estar sola y porque no creo que a tu mujer le haga mucha gracia que me metas allí.

—Primero, no te estoy ofreciendo mi apartamento para que seas mi amante, sino para que mis hijos tengan un hogar. Segundo, no voy a dirigir tu vida, solo voy a estar ahí cuando me necesites. El tercer punto es discutible, ya que por más que quieras, no podrás estar sola, tienes a tus hijos y yo pienso verlos todos los días. En este punto no te puedo complacer. Además, adoro esa piscina y nado en ella todos los días. Y el cuarto no tiene discusión, porque digáis lo que digáis mi mujer y tú, voy a hacerme cargo de mis hijos. Y ella no sabe que tengo ese apartamento, o sea, que tampoco sabrá que te he metido en él, así que no puedes negarte. Y en cuanto te recuperes, te quiero en mi plantilla. Necesito gente como tú en pediatría, gente dulce, cariñosa y tierna que consiga que los niños se relajen al escuchar su voz, porque eres capaz de calmar a un toro miura con esa voz tan aterciopelada que tienes. —Laura volvió a sonreír—. Y te puedo asegurar que los niños enfermos necesitan a alguien como tú, alguien que les cante esa preciosa canción de cuna y que les haga sentir bien.

—¿Podría trabajar en pediatría?

—Podrías trabajar donde tú quisieras, bombón, pero necesito a una enfermera jefe en pediatría y tu serías perfecta. No soporto a la que tengo.

—Yo no quiero que despidas a nadie por mí.

—No voy a despedirla, solo a mandarla a otra planta. Irene no tiene mano para los niños.

—¡Dios! ¿Irene está en pediatría? Pobres niños. —Marcos se rio—. ¿Crees que tu mujer dejará que quites a Irene para ponerme a mí en su puesto?

—Esta vez me va a importar bien poco lo que diga, es la primera vez que siento que voy a luchar por algo y nada me va a hacer cambiar de opinión.

—¿Estás seguro de todo lo que me estás ofreciendo? Mira que no le puedo decir a Hugo que hoy vamos a vivir aquí si después nos tenemos que marchar porque tu mujer no está de acuerdo. Eso no sería bueno para él y más sabiendo lo contento que se va a poner cuando sepa que nos quedamos contigo. Él no quería volver a Valencia, quería quedarse aquí.

—Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida como de esto, y ya te he dicho que mi mujer es cosa mía, nada tiene que ver contigo y con los niños.

—Marcos, no quiero que te metas en problemas por mi culpa.

—Los problemas déjamelos a mí, bombón. Tú solo debes preocuparte de Hugo y de comer bien para que este bebé —volvió a tocarle la tripa—, nazca sano y fuerte.

—¡Mami! ¿Ya te has despertado? —Hugo entró con Enrique, se tiró en la cama y le dio un beso.

—¿Cómo estás? —le preguntó Enrique.

—Mejor.

—Me alegro, ahora tengo que dejaros. Y tómate el tiempo que quieras, yo me encargo de todo —le dijo a Marcos—, puedes estar tranquilo.

—Gracias, Enrique. Cuidado con tu madre, está delicada y hay que cuidarla mucho —le advirtió a Hugo guiñándole un ojo a Laura.

—Entonces ahora seré yo quien la cuide, como ella me cuidaba cuando yo estaba tan malito.

—Ven aquí, que te voy a comer a besos.

Laura empezó a darle muchos besos a su hijo por la cara, mientras Marcos sonreía al verla más animada.

—Creo que entre los dos la vamos a cuidar muy bien, ¿verdad, campeón?

Marcos puso la palma de su mano delante de su hijo, que inmediatamente la chocó con la suya riéndose.

—Sí, los tres juntos.

Marcos miró a Laura y levantó las cejas ladeando al mismo tiempo la cabeza, como diciéndole «te lo dije».

—¿Te gustaría vivir aquí en Madrid? ¿Ir al cole aquí? —preguntó después al niño.

—¿Vivir aquí contigo?

—Exactamente conmigo no viviríais, pero nos veríamos todos los días.

—¡Guay! Sí, me encantaría verte todos los días, papi.

Cuando le escuchó decir eso, se le hinchó el pecho de orgullo y se emocionó.

—¿No echarás de menos a Héctor? —le preguntó Laura.

Al decir eso ella misma se dio cuenta de que acababa de eliminar a Héctor de su vida por completo, pues ya no podía verlo como al padre de su hijo, sino como a ese hombre que la había traicionado y manipulado desde el primer día que lo conoció.

Para ella, ahora el padre de Hugo solo podía ser Marcos, ese hombre maravilloso que le brindaba su mano y le ofrecía su casa y un trabajo; ese

hombre que, sin apenas conocerla, la había ayudado y apoyado en los momentos más duros de su vida.

—Papá Héctor no me quiere, mami, y tampoco lo veo casi. Sin embargo, papá Marcos me quiere, juega conmigo, me cuida y también te cuida a ti. Con él es con el que quiero estar. —Miró a Marcos, se arrojó a sus brazos y le dijo, dándole un beso muy apretado—: Te quiero, papi.

—Yo también te quiero, campeón. Ahora tu madre y yo tenemos que decirte algo.

—¿Ahora? —preguntó Laura sorprendida.

—Para qué esperar.

—Está bien, pues díselo tú, que parece que te hace mucha ilusión.

—Vas a tener un hermanito o hermanita, todavía no se sabe.

—¿Te han vuelto a poner semillas en la barriga? —se sorprendió Hugo.

Los dos se echaron a reír por la expresión del niño.

—Sí, le he vuelto a poner semillas en la barriga —dijo Marcos, que le guiñó un ojo a Laura arrancándole una sonrisa.

—¿Y de quién son las semillas?

—¡Pues mías! ¿De quién van a ser?

—No te habrás confundido como se confundió el primero que le puso las semillas a mamá, ¿verdad? Porque yo no quiero que mi hermanito tenga otro papá que no seas tú.

—Chico listo. Pero no, no debes preocuparte porque esta vez no habrá confusiones, el papá de tu hermanito voy a ser yo.

—¡Menos mal!

Los dos rieron de nuevo por la expresión de Hugo y luego se pasaron toda la tarde planeando lo que iban a hacer cuando salieran del hospital.



Capítulo 28

Irene entró en el despacho de Patricia, pues le había dicho que necesitaba hablar con ella nada más enterarse del incidente.

—Espero que lo que tengas que contarme sea importante, porque acabo de cancelar una cita con mi mejor diseñador para hablar de la última temporada.

—Espero que contarte que esa maldita mujer, que se suponía que hoy volvía a su casa, sigue estando en este hospital por órdenes de tu marido, sea más importante que tu reunión. Parece que Marcos no quiere deshacerse de ella, debe ser muy buena en la cama con la que ha montado para que volviera.

—¿Esa mujer no se ha ido? ¿Marcos no la ha mandado en helicóptero a su casa? ¿No me dijiste que entre ellos ya no había nada?

—Eso pensaba, pero no sé qué ha pasado. Marcos ha debido volverse loco. No puedes imaginar la que ha montado para que el helicóptero los trajera de vuelta. Según la recepcionista, que es un poco exagerada, dice que ha sido de película. Al parecer la ha obligado a contactar con el piloto, a quien ha amenazado con no volver a contratar sus servicios si no regresaba con ellos. Después esa mujer se ha desvanecido mientras estaban en su despacho y ahora mismo Marcos está con ella en una habitación, la ha

ingresado y estará un par de días hospitalizada.

—¿Por qué se ha desmayado? ¿Qué le pasa?

—No lo sé, pero él no ha salido de su habitación en todo el día y ese niño tampoco. ¿Y si estuviera embarazada?

—No, eso no puede ser. Marcos me lo prometió, me prometió que no tendría hijos fuera del matrimonio.

—Pues de momento ya tiene uno con esa mujer.

—Eso no es lo mismo, ese niño no lo engendró él.

—Ya, pero nunca he visto a Marcos tan comprometido con un niño y con su madre como lo está con ellos. ¿Y por qué no se ha ido?

—Eso es lo que tienes que averiguar, que para eso te pago. Quiero saber por qué siguen aquí y quiero saber por qué esa mujer se ha desmayado.

—Está bien, lo averiguaré.

Tres horas más tarde, Irene volvió a entrar en su despacho.

—Y bien, ¿qué has averiguado? —preguntó nada más verla entrar.

—Parece ser que esa mujer está embarazada.

—¡¡Nooo!! ¡Eso no puede ser, él me lo prometió!

—Pues se ve que con esa mujer no puede cumplir lo que te promete, porque ya van dos veces que incumple su promesa. La primera vez fue algo involuntario y por eso no se le puede echar en cara. Pero esta vez ha sido voluntario y seguro que ha debido disfrutarlo muchísimo...

—¡¡Cállate!! ¿Estás segura de que esa mujer está embarazada y de que el bebé que espera es de Marcos?

—Que está embarazada, no me cabe la menor duda, me lo ha confesado el residente que le hizo el análisis. Y que es de Marcos es evidente, puesto que compartieron la cama los primeros días de ingresar a su hijo y empezar con el tratamiento. Luego esa manera de hacer volver al helicóptero, y tenías que haberlo visto cuando bajó con ella a urgencias esta mañana desplomada en sus brazos, se le veía bastante desesperado.

—Tenemos que deshacernos de esa mujer, es un peligro, y ese bebé no puede nacer.

—¿Estás hablando en serio?

—¡Pues no, no estoy hablando en serio, estoy desesperada! Pero te juro que si ahora mismo me concedieran un deseo, sería ese.

—Pues la verdad es que sería un buen deseo.

—¡Ay, joder! Esto no se puede quedar así. Voy a hablar con Marcos y voy a exigirle que saque a esa mujer de nuestras vidas. Una cosa es que cure a su hijo y otra muy distinta que quiera robarme a mi marido, eso no se lo voy a permitir. Antes la mato o lo mato a él.

Cuando Marcos recibió aviso de que su mujer lo esperaba en su despacho, supo que la noticia del embarazo de Laura había llegado a sus oídos, y también supo quién la había filtrado. Llenándose de paciencia, decidió subir y enfrentarla de una vez por todas.

—¿Querías verme? —preguntó cauteloso—. ¿Ocurre algo?

—Sí, ocurre algo, y no vengas haciéndote el tonto que tú sabes perfectamente qué me pasa. No puedo creer que hayas vuelto a dejar embarazada a esa mujer. ¡¿Por qué lo has hecho?!

—Entiendo que estés enfadada.

—¡¡No!! ¡No tienes ni idea de lo enfadada que estoy! ¡En este mismo momento me gustaría matarte!

—Patricia, tranquilízate, por favor. Ni ella ni yo queríamos que esto pasara.

—¡¡¿Sí?!! ¡Entonces ¿por qué no te pusiste un condón como haces con todas?! ¡Maldita sea!

—Porque se suponía que ella no podía tener hijos.

—¿Entonces ¿te engañó?! ¡¿Esa zorra te engañó?!

—¡No, y no vuelvas a insultarla! Ella no sabía que era fértil.

—¿De verdad te vino con ese cuento y tú te lo creíste? Eres más ingenuo de lo que yo pensaba.

—¡Ya basta! Si me dejas explicártelo, lo haré, y si no, es inútil que sigamos discutiendo.

—Está bien, explícame qué ha pasado esta vez —exigió antes de que Marcos abandonara el despacho.

Cuando Marcos terminó de contarle toda la historia, viendo su cara de perplejidad añadió:

—Sé que es difícil de creer, pero es la verdad.

—Está bien, voy a creerte una vez más, pero la quiero lejos de nuestras vidas a ella. Y a esos dos niños también.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?! Se suponía que hoy tenían que irse a su casa. ¿Por qué siguen aquí?

—Porque no tiene donde ir, no quiere volver con su marido después de tantos engaños, y yo voy a ayudarla con los niños.

—¡¡No!! ¡Tú no vas a hacerte cargo de ellos, y si no quiere volver con su marido, es su problema, no el tuyo!

—¡¡Son mis hijos!! ¡Y tú no puedes decirme qué debo y qué no debo hacer con ellos!

—¡¡Y yo soy tu mujer!!

—¡Sí, lo eres, y si quieres seguir siéndolo, no me hagas elegir entre mis hijos y tú porque resultarás muy mal parada! Nunca ha sido mi intención tener hijos, pero después de conocer a Hugo y tratarlo todos los días, te puedo asegurar que estoy encantado de ser su padre. Y si lo que te preocupa es que pueda seguir teniendo una aventura con Laura, olvídale. Está destrozada por lo que ha pasado con su marido y no quiere saber nada de hombres de momento.

—Exacto, de momento. Y cuando se le pase esa decepción, ¿qué pasará entonces? ¿Volveréis a tener relaciones? ¿Volverás a dejarla embarazada?

—Mira, estoy cansado de esta discusión que podría ser interminable contigo, y solo voy a decirte una cosa: si no aceptas a mis hijos, tendremos que plantearnos el divorcio. Ahora de ti depende cómo quieres que termine esto.

Se marchó dando un portazo y dejándola con la palabra en la boca, muerta de rabia e impotencia.

—¡¡Aaayyy!! —rugió furiosa—. ¡Odio a esa mujer y voy a hacer que se arrepienta de tener hijos contigo! ¡Los dos me las vais a pagar!



Capítulo 29

A los dos días Marcos le dio el alta y los llevó a su apartamento. Hugo alucinaba con todo lo que veía. Con el ascensor que paraba en el salón; con el techo del salón, que no podía imaginar qué era hasta que su padre se lo explicó y se quedó mucho más alucinado que antes; y cuando vio la piscina en vivo y en directo, deseó recuperarse del todo para poder nadar en ella.

Laura estaba muy sorprendida, pues Marcos le había presentado a una chica y le había dicho que era la sirvienta y que cualquier cosa que necesitara se la pidiera a ella. Laura había protestado diciéndole que ella podía hacerse cargo de todo, pero él no le había dejado opción y le había dicho que la chica era la que le mantenía el apartamento y que no la podía despedir. Como

también le había dicho que en su estado no quería que trabajara en el hospital y que se hiciera cargo del apartamento, así que eso era indiscutible.

Dos semanas más tarde Laura estaba totalmente recuperada y deseaba empezar a trabajar, así que estaba decidida a hablar con Marcos.

Marcos iba todos los días. A veces iba por la mañana temprano, se daba un baño en la piscina y después se vestía, desayunaban los tres juntos y llevaban a Hugo al colegio, un colegio de pago que Marcos había encontrado cerca de su apartamento. Otras se pasaba por la tarde, dependiendo de lo liado que estuviera en el hospital, recogían a Hugo del colegio, jugaban un rato en el parque al fútbol —tal y como Marcos le había prometido que harían cuando estuviera recuperado del todo— y cuando llegaban a casa se daban un baño en la piscina los dos juntos. Luego, mientras Hugo merendaba y hacía los deberes, Marcos se quedaba en la piscina para hacerse unos largos.

Para Laura verlo bañarse desde el comedor se había convertido en una necesidad. Cuando lo hacía por la mañana, ella madrugaba y se tumbaba en esa comodísima rinconera para admirarlo. Durante casi tres cuartos de hora disfrutaba de sus largas y elegantes brazadas, hasta que Marcos salía del agua y ella volvía corriendo a su habitación, para así poder disimular que se acababa de levantar, justo cuando él salía de la ducha.

Mientras él se duchaba, Laura se tumbaba de nuevo en la cama y muchas veces se imaginaba ese cuerpo tan perfecto abrazándola y haciéndole el amor. Lo echaba de menos, pero no quería volver a enredarse con él. Por muy mal que estuviera su matrimonio, estaba casado y ella no quería ser la culpable de su ruptura. Así que, por más que deseara volver a estar con él, debía aguantarse y seguir como hasta ahora, compartiendo solamente la compañía de Hugo. Solo eso les unía y ella debía estar agradecida por todo lo que él hacía por ellos.

Cuando esa misma mañana se sentaron a desayunar, ella le preguntó:

—¿Cómo han salido los resultados de mis análisis?

Marcos le había vuelto a hacer unos análisis para ver cómo seguía su anemia.

—Bastante bien, se nota que estás comiendo en condiciones.

—Entonces ¿puedo empezar a trabajar?

—¿Por qué no esperamos un poco más, hasta que estés más recuperada?

—Porque me aburro mucho y necesito hacer algo. Estoy muy bien, de verdad, me siento fuerte y con ganas de empezar a trabajar. —Como veía que él no estaba muy convencido, puso morrito y le dijo, haciéndole reír—: Por favor, me lo tomaré con calma.

—Está bien, cómo voy a negarte nada si me lo pides así. Eso sí, no quiero que te esfuerces demasiado, de momento solo trabajarás por las mañanas.

—Vale, lo que tú digas, tú eres el jefe —consintió con una sonrisa de oreja a oreja haciéndole reír de nuevo.

Irene había llamado a Patricia para contarle las últimas novedades y, al entrar en su despacho, explotó por la rabia que tenía dentro.

—¡Mira, Patricia, tienes que hacer algo! ¡No pienso irme a la UCI, es asqueroso! ¡No soporto ese lugar y no pienso renunciar a pediatría para darle mi puesto a esa zorra!

—¡Cálmate! Y explícame qué te pasa porque no entiendo nada. Yo no he dado órdenes de que te pasen a la UCI, me gusta que estés en pediatría y que así tengas vigilado a Marcos.

—Tú no, pero Marcos sí. Me ha quitado de pediatría para poner a su nueva querida en mi lugar, y sabes muy bien que lo hace para tenerme lejos y que no pueda informarte de sus amoríos. Tienes que hacer algo, esa mujer lo está enredando tanto que, si sigue así, conseguirá que Marcos vuelva a pedirte el divorcio.

—¿De qué mujer hablas? ¿Qué nueva amante?

—No puedo creer que no te hayas enterado, ahora entiendo por qué me pagas.

—He estado muy liada con mi nueva *boutique*, y no, no he tenido tiempo de pasarme por aquí. Pero para eso te tengo a ti, para que me mantengas al tanto de todo. ¿De qué mujer estás hablando?

—Esa mujer que, según ella, tiene un hijo con él y está esperando otro. Aún no puedo entender por qué con ella no se hizo la prueba de paternidad con este último embarazo, como hizo conmigo cuando le dije que estaba embarazada.

—Tú fuiste tonta, no se le puede decir a un hombre que hace dos meses que te ha dejado que estás embarazada de él. Cualquiera dudaría de algo así, y

sí, te entiendo, estabas locamente enamorada de él, como casi todas, y quisiste que volviera contigo atrapándolo con un hijo. Pero Marcos es demasiado inteligente para caer en algo así.

—No sigamos hablando de eso, te encanta restregármelo una y otra vez a la cara, y eso me cabrea.

—Está bien, no te enfades y sigamos con lo que nos interesa. ¿Qué pasa con esa mujer? Se suponía que no había nada entre ellos.

—Marcos puede decirte misa, pero que hay algo es evidente.

—Desde que esa mujer está aquí Marcos pasa todas las noches en casa, y eso no lo hacía antes, ya que se escapaba casi tres noches por semana con la excusa del trabajo.

—Pues te felicito —dijo rabiosa al imaginarlos todas las noches juntos retozando en la cama—, pero acaba de decirme que la semana que viene esa mujer va a empezar a trabajar de jefa de enfermeras en pediatría y que a mí me manda a la UCI. Eso solo quiere decir una cosa, a ella la quiere bien cerquita y a mí bien lejos para que no les espíe. Cuando he querido protestar, me ha dicho que yo no tengo mano para los niños, que no sirvo para ese puesto y que con Laura estarán encantados.

—Déjame hablar con él. Si esa mujer quiere trabajar aquí, tendrá que ser ella la que vaya a la UCI. Cuanto más lejos esté de Marcos, mejor.

Nada más irse Irene, Patricia se dirigió al despacho de Marcos y entró muy cabreada como un ciclón.

—¡No te voy a consentir que quites a Irene de su puesto para meter a esa mujer!

—¿Ya ha estado comiéndote la oreja y soltando su veneno sobre ti?

—Mira, Marcos, estás llegando al límite. Te consentí que ayudaras a esa mujer y que te hicieras cargo de sus hijos, y te permitiré que trabaje aquí, pero lejos de ti, no la quiero a tu lado.

—Tú no tienes que permitirme nada porque yo ya soy bastante mayorcito para hacer lo que me dé la gana, y quiero a Laura en mi equipo, como también quiero a Irene lejos de mí. Estoy harto de sus intrigas, harto de que se pase la vida controlándome y espiándome para después echar a correr y envenenarte contra mí. Y esta vez me van a dar igual tus pataletas y tus intentos de suicidio, Laura va a trabajar a mi lado, te guste o no te guste.

—No puedes hacer eso, ¡yo soy la dueña de este hospital y aquí se hace lo que yo diga!

Marcos, cansado de oír esa frase, se acercó a ella, la cogió del mentón y

le habló con la voz tan fría como el hielo.

—Estoy harto de esa cantinela y de que pienses que porque me regalaste un hospital que ni siquiera es mío te creas mi dueña. Esta vez no voy a claudicar, y si no estás de acuerdo, pondré mis acciones en venta y me largaré. Sabes que en cualquier sitio me aceptarían con los brazos abiertos y que más de la mitad de tus clientes se vendrían conmigo. Así que no vuelvas a amenazarme con eso porque no te lo voy a permitir. —Soltó su mentón y dijo —: Ahora vete y déjame trabajar.

—¿Estás enamorado de esa mujer?

—Ya te he dicho que entre Laura y yo no hay nada, sigue estando muy decepcionada por lo de su marido. Además, se crio en un convento y es muy devota, así que no quiere sentirse culpable de romper un matrimonio.

—¿Sí?, pues no le importó acostarse contigo mientras curabas a su hijo, y gracias a eso está embarazada de nuevo. Y que yo sepa, el adulterio aún está penado por la iglesia, así que tampoco será tan devota como quieres hacerme creer.

—Eso fue distinto, los dos estábamos pasando por un momento muy difícil y la cercanía y la necesidad de consuelo nos hicieron acercarnos el uno al otro. La seduje y cuando quiso darse cuenta, ya era demasiado tarde para decir que no porque ya no podía escapar de mí. Ya me conoces, según tú, ninguna mujer puede resistirse a mí. Si quieres un culpable, culpame a mí y a mi necesidad de... ¿Cómo dijiste la última vez? ¡Ah, sí! Mi necesidad de tirarme a cualquier cosa que se menea.

—¿Por qué eres tan cruel?

—Tú me obligas a serlo, como me obligaste a serte infiel.

—¡¡Yo!! ¿Yo te obligué a serme infiel?

—¡Sí! Tú y tus celos absurdos. No hacía ni seis meses que estábamos casados y me acechabas, me perseguías, me controlabas y vigilabas por miedo a que me enrollara con otra mujer. Por más que te dijera que no tenía ninguna amante, no me creías, y al final acabe complaciéndote y me enredé con Irene. El peor error de mi vida, ya que ella fue peor que tú e hizo de mi vida un infierno, porque sus celos eran más enfermizos que los tuyos. Estoy cansado, Patricia, muy cansado de que veas fantasmas en todas partes, y te diré que poner a Laura en la UCI no va a evitar que sea mi amante, porque si los dos lo queremos, nada podrá evitarlo. Y si la quiero en pediatría es por los niños, porque sé que ellos necesitan una mujer como ella.

—¿Y qué tiene de especial esa maldita mujer?

—Que es todo lo contrario a Irene. Es dulce, tierna, cariñosa, comprensiva, atenta y su voz es como una caricia, y estoy completamente seguro de que cuando un niño tenga una crisis, ella será capaz de calmarlos con unas palabras dulces y cariñosas, no como Irene que los riñe y los pone más nerviosos de lo que ya están.

—Nunca te había oído hablar así de ninguna mujer.

—Porque nunca había conocido a una mujer como ella.

—Ya no necesito que me contestes a la pregunta que te hice antes.

—¿A qué te refieres?

—Te has enamorado de esa mujer, ¿verdad?

—No.

—No me mientas, te conozco.

—¿Qué importa lo que yo sienta? Ella no quiere estar conmigo.

—Ella acabará volviendo a tus brazos como todas, y a mí sí me importa lo que sientas por ella. ¿Vas a dejarme?

—No, por favor, no empieces a montarte películas, no tengo ganas de jaleos. Ahora ¿puedes dejarme trabajar? Tengo mucho lío, y dentro de una hora debo asistir a una reunión.

—Está bien, te dejo. —Se acercó a él y le besó en los labios—. Te quiero, ¿lo sabes? —Marcos asintió con resignación con la cabeza—. Sabes que no podría vivir sin ti, ¿verdad?

—Tengo que trabajar.

—Sí, ya me voy. —Volvió a besarle y mientras se acercaba a la puerta, le dijo—: Te espero en casa esta noche, y no quiero excusas.

Cuando cerró la puerta, Marcos se dejó caer en el sofá desanimado, enfadado y muy triste. Desanimado porque cada vez le costaba más entender qué hacía con esa mujer, se reprochaba a sí mismo ser tan cobarde y no poner fin de una vez por todas a ese absurdo matrimonio que para él era una condena. Pero el miedo a que ella se autolesionara y la lástima que sentía por ella le impedían dejarla. Ya no la quería, con sus celos y su desconfianza, Patricia había matado el amor que una vez albergó hacia ella.

Estaba enfadado porque sabía que Irene no descansaría hasta lograr que Patricia echara a patadas a Laura del hospital. Pero él no estaba dispuesto a dejar que eso pasara, porque para que Laura abandonara el hospital, tendría que ser por encima de su cadáver.

También se sentía muy triste, porque desde el mismo momento en que su mujer le había hecho esa pregunta se había dado cuenta de que sí, de que se

había enamorado de Laura sin apenas darse cuenta. Lo que más le entristecía era pensar que para una vez que se enamoraba, lo hacía de la única mujer que no quería nada con él. Para ella solo era el padre de sus hijos, por el cual sentía un gran agradecimiento por salvar la vida de Hugo y darle la oportunidad de volver a ser madre, y desde que abandonaron el hospital, Laura mantenía las distancias con él, por mucho que él intentara acercarse.



Capítulo 30

Después de recoger a Hugo del colegio y jugar un rato con él al fútbol en el parque, Marcos se quedó a hacer unos largos en la piscina mientras el niño hacía los deberes y merendaba. Después de ducharse y de arreglarse, bajó las escaleras para reunirse con ellos en el salón. Al entrar por la puerta se detuvo, ya que no quería que ninguno de los dos lo viera e interrumpieran ese baile tan gracioso que hacían frente al televisor.

Laura había comprado un DVD de un grupo de música infantil llamado Cantajuegos y a Hugo le encantaba. Los dos se habían puesto a cantar y bailar frente al televisor. Estaban muy graciosos dando brincos e imitando lo que veían mientras cantaban.

*Soy una taza, una tetera, una cuchara, un cucharón.
Un plato hondo, un plato llano, un cuchillito, un tenedor.
Soy un salero, azucarero, la batidora, una olla exprés, chu, chu.*

Marcos no podía dejar de reírse por lo bajito, pues no quería que lo escucharan. Era tan divertido verlos bailar y reír al son de la música, que incluso a él le daban ganas de ponerse a bailar con ellos.

Laura llevaba unas mallas largas y una camiseta de tirantes muy corta. Se había quitado la sudadera que llevaba cuando le había recibido en la entrada al llegar con su hijo del colegio porque el baile le estaba dado mucho calor y, mientras bailaba, se le subía la camiseta para arriba. Marcos podía admirar su cintura estrecha, y ese culo pequeño y juguetón que parecía querer provocarle taquicardias con cada movimiento. Laura había cogido unos cuantos kilos con el embarazo y estaba muy cambiada, ya empezaba a comer como una persona y, con la tranquilidad de que su hijo por fin se había recuperado del todo, incluso su cara parecía otra. Las ojeras habían desaparecido, la tristeza en sus ojos se había esfumado y ahora brillaban como el azul de una hermosa mañana de verano, junto con esa hermosa sonrisa que siempre lucía en su cara.

Era tan bonita, tan alegre, tan divertida y, sobre todo, era tan poco posesiva, controladora y manipuladora, que Marcos sabía que esos eran sus mejores dones. En ese momento, después de la bronca con Patricia y de darse cuenta de lo que sentía por ella, le entraron unas ganas locas de acercarse a ella, abrazarla y besarla con tanta pasión como la primera vez que la hizo suya en la ducha de esa habitación burbuja. Daría lo que fuera por volver a vivir esa noche, eso sí, en la habitación de su apartamento y con su hijo durmiendo plácidamente en su cama, y no debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital.

Salió de sus pensamientos al oír a Hugo gritarle:

—¡Papá! ¿Qué haces ahí? Ven a bailar con nosotros.

—¡Uuuy! Creo que si lo intentara, se me enredarían las manos y las piernas —dijo haciéndoles reír.

—¿Llevas mucho rato viéndonos hacer el tonto? —le preguntó Laura con una sonrisa.

—Lo suficiente.

—Podríamos denunciarte por espionaje. —Con esa broma le hizo reír.

—Valdría la pena el riesgo por el placer de veros mover el culo de esa manera. —Su mirada seductora consiguió que Laura se sonrojase y bajase la cabeza.

—¿Ya te vas? —le preguntó Laura.

—Había pensado cenar con vosotros, si me invitáis por supuesto.

No tenía ningunas ganas de volver a casa y tener que soportar a Patricia,

y mucho menos tener que hacerle el amor. Cada vez le costaba más estar con su mujer cuando la única que ocupaba sus pensamientos era Laura.

—¿No tienes que volver a tu casa?

—No. Patricia tiene planes esta noche. —Mentía, pero no le importaba, solo le apetecía estar con ellos—. Y bien, ¿te sobra un poco de comida para un pobre muerto de hambre? —preguntó haciéndola reír—. Nadar abre mucho el apetito, ¿lo sabías?

—Anda, no seas tonto, aquí siempre tendrás un plato de comida. Y no te preocupes que tengo la nevera llena, ya que el dueño de este apartamento quiere que me ponga como una ballena y siempre está trayendo comida.

—No te quejes, que desde que estás más rellenita estás mucho más bonita, bombón.

Con ese piropo la dejó sin palabras y se quedaron mirándose con anhelo hasta que su hijo rompió la magia.

—¿También te quedarás a dormir?

—No, a dormir no puedo, pero sí me quedaré a ver una peli, ¿vale?

—¡Sííí! —gritó el niño entusiasmado.

—Voy a ir preparando las cosas —dijo Laura marchándose a la cocina.

Mientras preparaba la ensalada no dejaba de pensar en su mirada y en lo que había dicho, y se preguntaba: «¿De verdad le gusta mi culo? Anda, deja de pensar en esas tonterías. Cómo le va a gustar tu culo si apenas tienes».

Estaba inmersa en sus pensamientos cuando unas manos en su abdomen la hicieron saltar del susto al pillarla desprevenida.

—¡Ssshhh! No te asustes, soy yo.

—¿Qué haces? Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento, no era mi intención. Solo quería comprobar que mi hijo o hija está bien.

—Está perfectamente. Ahora, ¿quieres quitar tus manos de ahí?

Pero Marcos no le hizo caso y le habló en el oído, estremeciéndola por el roce de sus labios en su oreja.

—El lunes tienes una cita conmigo en la sala de las ecografías.

—¿Por qué, pasa algo? —preguntó asustada. Él la giró para mirarla a los ojos.

—No, pero tengo ganas de ver a ese bebé. Estás casi de tres meses y quiero que de ahora en adelante los dos sigamos el progreso de ese embarazo. Ya sé que con todo lo que nos ha pasado no hemos tenido tiempo, pero desde este mismo instante vas a hacerte todos los meses un seguimiento, y los dos

juntos vamos a ver cómo progresa el bebé. Y como a partir del lunes empiezas a trabajar para mí y formarás parte de mi plantilla, voy a ser tu jefe y debes obedecerme, así que no te puedes negar.

—¡Uuuy! No sé si me va a compensar trabajar para ti, ¿tan exigente eres como jefe?

—¡Uuuf! No sabes dónde te has metido, me gusta tener a mi personal pendiente de mí, sobre todo a las enfermeras tan bonitas como tú.

—Anda, deja de decir tonterías, yo no soy bonita. —Laura intentó alejarse de él, pero Marcos la sujetó más fuerte.

—Tienes razón, no eres bonita. —Ella lo miró extrañada haciéndole reír, ya que parecía molestarle que él no la encontrara bonita. Entonces le dijo, dejándola pasmada—: Eres preciosa, hermosa y me tienes loco...

—Marcos, por favor, no digas esas cosas.

—¿Por qué? —preguntó acercándola más a él.

—Porque no son ciertas y porque no es a mí a quien deberías decírselas, sino a tu mujer. —Le puso las manos en el pecho para apartarlo—. Por favor, no lo estropees.

—Lo siento. —Con tristeza, se apartó de ella—. Volveré con Hugo.

Cuando se despidió, lo hizo muy serio y bastante frío. Laura pensaba que estaba enfadado, pero se dijo a sí misma que era mejor así, ya que enredarse con él solo le traería complicaciones con su mujer. Y ahora que iba a empezar a trabajar en su hospital, no quería tener problemas con ella.

Marcos llegó a su casa muy cabreado. No podía entender por qué Laura se le seguía resistiendo, él podía sentir cómo ella lo deseaba por su manera de mirarlo y de ponerse nerviosa cuando la tenía tan cerca, pero aun así siempre acababa alejándose de él. Muchas veces se preguntaba si todo sería distinto si dejara a su mujer, porque tal vez al no estar casado, ella ya no lo rechazaría.

Con esos pensamientos entró por la puerta de su casa.

—¡Te he estado esperando toda la noche! ¿Dónde estabas? —le preguntó Patricia muy enfadada.

—Paseando.

—¿Paseando?! ¡Mentiroso! Seguro que has estado con ella.

—¡¡Ya basta, Patricia, estoy harto de ti!! —Con el cabreo que llevaba y cansado de escuchar siempre lo mismo, le gritó muy enfadado—: ¡¡Quiero el

divorcio!!

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Me has escuchado perfectamente, y esta vez no voy a echarme atrás. Entre tú y yo ya no queda nada, es mejor que nos separemos.

—No, no, no, no, por favor, no puedes hacerme esto. ¡Yo te quiero!

—Pero yo a ti no.

—Marcos, no-no puedes hablar en serio. —Mientras hablaba no dejaba de llorar y se arrojó en sus brazos, obligándolo a abrazarla—. Sabes que no puedo estar sin ti, que me moriría sin ti.

—Patricia, por favor...

Él intentaba separarse de ella, pero era inútil porque ella lo abrazaba con más fuerza.

—Me encuentras vieja, es eso, ¿verdad? ¿Ya no estoy tan hermosa como cuando me conociste? Si me dejas, ¿qué será de mí? Estoy vieja y fea, acabaré sola y tú sabes que odio la soledad. No podré soportarlo.

Su manera de llorar y esas palabras conseguían siempre ablandarlo.

—No digas eso, no estás vieja, tú siempre serás hermosa. Sabes que podrías tener a cualquier hombre que desearas a tu lado.

—Pero tú eres el único hombre al que yo quiero. —Nada más decir eso, lo besó con mucha pasión y le obligó a devolverle el beso—. No me importa si estás con esa mujer, siempre que vuelvas conmigo.

Mientras lo besaba, iba despojándolo de su ropa.

—Patricia, para...

—Imagina que soy ella, Marcos —le susurró al oído. Agarró su erección con firmeza y la acarició con movimientos precisos para enloquecerlo—. Hazme el amor, te deseo tanto.

Sin dejar de masturbarle, empezó a besar su pecho y muy despacio fue bajando hasta llegar a su erección. Patricia se llenó la boca con ella y se volvió fuerte y voraz, pues sabía que Marcos no podría resistirse a ese tormento, a ese deseo que involuntariamente ella hacía crecer en él. Una vez más, le había enredado con sus artimañas para que olvidara esa tontería de pedirle el divorcio. Cuando sintió que estaba a punto de perder el control se detuvo de golpe.

—¿Por qué paras? —preguntó con la voz cargada de deseo.

Ella se levantó y se quitó el camisón, quedándose completamente desnuda ante él.

—¿De verdad crees que esa mojigata puede darte esto?

Él la cogió por la cintura, la volvió de espaldas y la embistió de golpe, haciéndola caer en la cama a cuatro patas.

—¿Esto es lo que quieres?

—¡Sííí, Sííí! No pares.

La sujetó con firmeza de las caderas y empezó a penetrarla una y otra vez con mucha fuerza haciéndola gritar de deseo. Con cada movimiento descargaba su furia, pues sabía que Patricia había vuelto a ganar. Siempre acababa manipulándolo, y la rabia y la impotencia de verse atado a esa mujer lo consumían, pero lo que más cabreado le tenía era el rechazo de Laura. Cuando vació toda su pasión dentro de Patricia la cogió del pelo, le volvió la cabeza de lado para apoderarse de su boca con mucha pasión y sin darse cuenta, pues en sus pensamientos solo estaba Laura, le dijo:

—Te quiero, bombón.

Pero enseguida se dio cuenta del error tan grande que acababa de cometer, ya que Patricia se volvió hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Lo sé, cariño, yo también te quiero. —Después lo besó con ardor—. Hacía tanto tiempo que no me decías esas palabras que me parece un sueño...

—Patricia, yo...

—¡No! No digas nada más, por favor. —Le puso los dedos en la boca para acallarle—. Ven, tumbémonos, quiero sentirte cerca de mí. —Cogió su mano, se tumbó en la cama y lo arrastró con ella. Cuando Marcos se acomodó, apoyó la cabeza en su pecho y se abrazó a él—. Si supieras lo mucho que te quiero y lo mucho que me gusta oírtelo decir a ti. No importa las veces que discutamos, al final siempre acabamos así y estos momentos son perfectos.

—Estoy cansado y quiero dormir. —Sus palabras eran frías, pero ella, ignorando su estado como siempre hacía, le dedicó su mejor sonrisa y le dio un beso.

—Está bien, duérmete, buenas noches.

Marcos, sin contestarle, le dio la espalda y se abrazó a la almohada. No dejaba de reprocharse lo estúpido que había sido. «¿Cómo he podido ser tan inútil? ¿Cómo me he dejado llevar de esa manera para confundirme y decirle esas dos palabras que en vez de alejarme de ella me atan aún más?». No podía confesarle que esas palabras no eran para ella, que mientras le hacía el amor estaba pensando en otra mujer. No, él no era capaz de decirle algo así, de hacerle tanto daño.

Patricia sabía perfectamente la verdad, pero era algo que nunca le reprocharía. Sabía que eso le ataba a ella un poco más, porque ahora se

sentiría culpable y de momento se olvidaría de volver a plantearle el divorcio. Una vez más había salvado la situación, ahora debía ser paciente y dejar que las cosas se tranquilizaran y no volviera a pedirle el divorcio.



Capítulo 31

Cuando el lunes Marcos salió del baño ya arreglado después de su habitual baño en la piscina, se sentó a desayunar con ellos.

—¿Estás preparada para esa cita que tenemos y para tu primer día de trabajo?

—¡Sí! Más que preparada, estoy nerviosa. ¿Crees que lo haré bien?

—Pues claro, mami. Tú sabes cuidar muy bien de los niños enfermos, solo tienes que hacerles lo mismo que hiciste conmigo.

—Chico listo, haz caso al niño y todos estarán encantados contigo. Además, solo quiero que seas tú misma.

—¿Por qué?

—Porque eres perfecta así.

Ella lo miró a los ojos y su mirada penetrante la hizo ruborizarse.

—Será mejor que nos vayamos o llegarás tarde al cole —le dijo a Hugo para disimular sus nervios, ya que siempre que él la miraba de esa manera la ponía nerviosa.

Dejaron al niño en el cole dando un paseo, y mientras se dirigían en el coche hacia el hospital, él la iba poniendo al día de lo que tenía que saber sobre los niños que estaban en la planta de pediatría oncológica.

Casi todos eran niños muy pequeños que estaban cansados de arrastrar una enfermedad tan dura como esa, y para algunos no había ninguna posibilidad de salir de allí. Como el caso de una niña que tenía un cáncer terminal y que según Marcos le iba contando, se le hacía un nudo en el estómago y las lágrimas amenazaban con salir como un torrente.

Cuando Marcos aparcó el coche, Laura no podía moverse y él, al verla tan callada, se sorprendió.

—¿Qué te pasa?

—No creo que pueda, Marcos. Llévame a casa, por favor.

Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos. Él, asustado, cogió su cara entre sus manos y le quitó las lágrimas.

—¡Hey, hey! ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has puesto así? —preguntó con mucha ternura.

—Marcos, no voy a poder, no quiero ver sufrir a los niños. Una cosa es estar en pediatría y otra muy distinta es pediatría oncológica. Yo-yo no podré ver a esos niños así, no tengo fuerza para eso. Ya pasé por eso con Hugo y no creo que pueda volver a verlo todos los días.

—No digas tonterías, eres fuerte. Y por eso mismo, por lo que pasaste con Hugo, vas a saber animarlos y darles el consuelo que necesitan. Si no estuviera seguro de que puedes hacerlo, no te lo pediría, ¿no crees?

—Marcos, yo...

—Prueba un día, solo un día, y si después de este día no quieres volver, te pondré en pediatría, solo pediatría, ¿vale?

—Está bien.

—No te vas a arrepentir, ya lo verás.

—Eso espero. ¿Estarás a mi lado?

—Siempre, bombón.

Al contestarle con esas palabras, ella le sonrió y Marcos, sin poder evitarlo, la arrastró hasta su boca y le dio un beso en los labios. Laura, haciendo un gran esfuerzo ya que todos sus sentidos le decían que se colgara de su cuello y se dejara llevar, apoyó su frente en la de él para así evitar que volviera a besarla.

—Lo siento, yo...

—Discúlpame, no sé qué me ha pasado, no volverá a suceder. —La soltó de golpe y le dijo, risueño, para disimular el malestar que sentía al sentirse nuevamente rechazado por ella—: Ahora, vayamos a ver cómo está nuestro bebé.

—Sí, será lo mejor.

Al llegar a la sala de ecografías la ginecóloga les estaba esperando, Marcos las presentó e inmediatamente le preguntó:

—¿Así que tú vas a ser la nueva jefa de enfermeras en pediatría?

—Veo que las noticias vuelan —dijo Marcos.

—Ya conoces a Irene. Te felicito, es muy bonita —añadió mirando a Laura.

—No sé qué te habrán contado, pero no hay nada entre nosotros, ¿vale?
—le aclaró Marcos.

—¡Ya!, por eso estoy a punto de hacerle una ecografía a tu futuro hijo. Esa noticia también ha corrido como la pólvora.

—¡Por Dios, qué vergüenza! ¿De verdad todo el hospital cree que soy tu amante y que este bebé es tuyo? —le preguntó Laura a Marcos tocándose la barriga.

—¿No es tuyo? —volvió a preguntar Verónica sorprendida.

—¡¡Sí!! —contestaron los dos a la vez.

Se quedaron callados y de pronto los tres empezaron a reírse.

—La verdad es que todo lo que está pasando es una locura —admitió Laura un poco avergonzada ante Verónica.

—No te preocupes —la tranquilizó Verónica para animarla—, pronto aparecerá otro chisme y se olvidarán de ti y del jefe, ya lo verás. —Al oírla decir eso, los dos se miraron a los ojos—. Ahora voy a ponerte el gel, no te asustes, está muy frío.

—Sí, lo sé.

Cuando en la pantalla salió esa pequeña mancha deforme a ella empezaron a llenársele los ojos de lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás así? —Marcos se agachó para mirarla a los ojos mientras cogía su mano entre las suyas.

—Nada, es que soy una tonta sentimental. Nunca creí que volvería a verme en esta situación.

—¿Y esas lagrimas son de tristeza o de alegría? —volvió a preguntar él.

—Estoy muy emocionada y muy contenta. ¿Cómo puedes preguntarme algo así?

—El feto está perfectamente —les interrumpió Verónica—, ahí están

formándose los brazos y las piernas —explicó moviendo el puntero por la pantalla—. Ahora oigamos su corazón. —Al darle al botón de sonido y empezar a oírse los latidos del corazón, Laura apretó la mano de Marcos muy emocionada—. Sus latidos son perfectos. ¿Queréis saber el sexo?

—Si puedes decírnoslo tan pronto, es que debe ser un chico —dijo Laura.

—Estás de tres meses, ¿no es así?

—Sí.

—Bien, pues esta niña os ha salido muy poco pudorosa, ya que está en una posición perfecta para dejarnos ver su sexo.

—¿Es una niña? ¿Estás segura? —le preguntó Marcos.

—Sí. Si no, no te lo diría

—¡Oh, Dios mío! Siempre quise tener una niña —exclamó Laura mirando a Marcos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues entonces todo está perfecto —dijo Marcos al verla tan contenta. Después le preguntó a Verónica—: Porque todo está perfecto, ¿verdad?

—Sí, puedes estar tranquilo, todo está bien.

Cuando salieron de la consulta y subieron al ascensor estaban solos, y Laura no pudo evitar lanzarse a su cuello y darle un abrazo y un beso en la mejilla.

—Gracias, gracias, gracias —repetía una y otra vez eufórica.

—¿Y eso? —preguntó confuso, pero complacido al mismo tiempo, devolviéndole el abrazo.

—Siempre quise tener una niña y había perdido toda esperanza. —Se apartó un poco y, apoyando las manos en su pecho, lo miró a los ojos—. Cuando quedé embarazada de Hugo rezaba para que fueran dos, ya que sabía que Héctor no querría arriesgarse de nuevo a tener un embarazo múltiple, pero solo estaba Hugo. Siempre había soñado con tener más hijos, y siempre quise un chico y una chica. Una vez más, haces realidad mis sueños. Hugo por fin lleva una vida normal como la de cualquier niño, está fuera de peligro y puedo verle correr, jugar al fútbol, saltar, nadar, y todo gracias a ti. Y ahora vuelvo a estar embarazada y voy a tener una niña, y otra vez gracias a ti. Voy a necesitar muchas vidas para poder pagarte todas las alegrías que me das.

—Yo solo necesito una vida, esta. Pero la necesito contigo a mi lado.

—Marcos...

Se le cortaron las palabras al verle agachar la cabeza buscando ese beso que los dos deseaban con tantas ganas y por un momento se dejó llevar.

Cuando sintió su boca, un escalofrío la recorrió de arriba abajo. Marcos, al sentirla estremecer en sus brazos, la apretó más fuerte contra su pecho y se olvidó de todo, aferrándose a su boca con fuerza. Las puertas del ascensor se abrieron, pero ellos seguían besándose con tanta pasión que las tres enfermeras que estaban esperando el ascensor exclamaron al mismo tiempo:

—¡Joder, qué fuerte!

Marcos reaccionó al escucharlas y antes de que se cerraran las puertas, se separó de Laura y puso la mano entre ellas para evitar que se cerraran del todo. Cuando volvieron a abrirse les habló a las tres enfermeras, que seguían pasmadas y que no se habían atrevido a subir al ascensor al ver a su jefe comiéndole la boca con mucha intensidad a la nueva jefa de enfermeras.

—Si se os ocurre abrir la boca, os despediré, ¿está claro?

—Sí, señor —dijo una de ellas.

—No se preocupe, no diremos nada —aseguró la otra.

—No es asunto nuestro —confirmó la última.

—Muy bien, entonces a trabajar. —Las tres salieron corriendo sin decir nada. Cuando Marcos se volvió para mirar a Laura, ya sabía que iba a haber tormenta—. Laura...

—No, no me toques. Nunca debí aceptar trabajar contigo, y mucho menos estar en tu casa. No vas a parar hasta que consigas que sea tu amante, ¿verdad?

—Laura...

—No, no quiero ser tu amante, Marcos. Es mejor que me vaya.

—¡Escúchame, maldita sea! —gritó furioso.

—No blasfemes.

—Pues no me obligues a hacerlo. Entre nosotros no va a pasar nada que tú no quieras que pase, no volveré a besarte si es lo que quieres, te lo juro.

—Sí, pero ahora todo el hospital va a hablar de nosotros.

—Ninguna de ellas va a abrir la boca, de eso puedes estar segura, así que no le demos más importancia de la que tiene. Todo ha pasado por el momento que acabamos de tener en esa consulta al ver a nuestro bebé, ¡y punto! Ahora vamos a trabajar.

Volvió a estar enfadado, como le pasaba cada vez que se sentía rechazado por Laura. Caminando delante de ella, entró en una de las habitaciones, y allí le presentó a un niño y a sus padres entregándole el historial mientras hablaba.

Laura intentaba controlarse para no ponerse triste o empezar a llorar delante del niño y, recordando las palabras que le dijo Marcos cuando estuvo con su hijo, hizo de tripas corazón y se dibujó una sonrisa en la cara para no

molestar a los padres del pequeño y no desanimar al pobre niño.

«Positividad», se decía a sí misma al ver esa carita llena de pecas, esa cabeza sin pelo y esos ojos grandes y negros que la miraban de arriba abajo.

—Hola, cariño, ¿cómo estás? —le preguntó con esa voz aterciopelada con la que siempre se dirigía a su hijo y le ofreció la mano con una sonrisa muy dulce.

—Bien.

—¡Vaya! Eres un chico muy valiente.

—¿Por qué? —le preguntó el niño con mucha curiosidad.

—Solo los valientes dicen que están bien cuando se encuentran en un hospital. —El niño le sonrió y ella se sentó a su lado—. Voy a ser tu nueva enfermera y espero que nos llevemos muy bien, si no ese hombre que está a mi espalda con esa cara de palo me despedirá. —El niño no pudo evitar reírse mientras miraba a Marcos.

—No, el doctor Román no hará eso.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?

—Porque él es bueno. ¿Irene ya no va a ser mi enfermera?

—No, ella no va a volver por aquí —aseguró Marcos—, Laura será vuestra nueva enfermera.

—Me gusta —dijo el niño.

—Sí, creo que voy a tener mucha competencia porque a todos os va a gustar mucho Laura.

Laura se quedó mirándolo extrañada, pues parecía que el enfado que llevaba justo antes de entrar a esa habitación había desaparecido. Y así era, Marcos había olvidado su desplante en el ascensor en cuanto habló, ya que su voz y su manera de tratar al niño lo habían embrujado como hacían las sirenas.

En cada habitación que entraban ella actuaba igual con cada niño, era cariñosa, amable, divertida, e inmediatamente se los metía en el bolsillo. Hasta que llegaron a la última habitación, donde se encontraba esa niña que no tenía solución, esa niña que con once años tenía los días contados. En ese mismo instante, a Laura se le cayó el mundo encima.

La niña tenía unos ojos azules preciosos y la cabeza pelada, como casi todos los niños en esa planta. Su extrema delgadez, su palidez y la tristeza en su mirada la hicieron estremecerse de impotencia. No podía comprender por qué esa enfermedad tan cruel atacaba a niños, cuando asesinos, ladrones y violadores vagaban a sus anchas sin ser castigados. Solo en esas situaciones dudaba de su devoción a Dios, ya que no entendía cómo él podía permitir una

cosa como esa y no hacer nada para arreglar la situación.

Cuando Marcos la presentó y se acercó a la cama, Elvira la habló con mucha frialdad.

—Otra horrible enfermera a la que tengo que soportar. No tengo bastante con la bruja de Irene que me traéis a otra para castigarme.

—¡Hija, por favor! —gritó su madre.

—¡Tú cállate! —ordenó ella a su madre con rebeldía.

—Tranquila, no importa —dijo Laura acariciando el brazo de esa mujer a quien se la veía desesperada y que le recordó a sí misma cuando su hijo se debatía entre la vida y la muerte—. Déjela, puedo comprender perfectamente su enfado.

—¿Tú comprendes mi enfado? ¡Ja! ¿Acaso te estás muriendo? —preguntó con sarcasmo.

Marcos no decía nada, solo esperaba la reacción de Laura, y sus palabras hicieron que se sintiera orgulloso por la decisión que había tomado al incorporar a Laura en su equipo.

—No, no me estoy muriendo, pero estuve a punto de perder a mi hijo y comprendo por lo que está pasando tu madre. Así que te aconsejo, jovencita, que no vuelvas a hablarla así, o por lo menos no delante de mí, porque no te lo voy a permitir. Te sientes desgraciada por lo que te está pasando y tienes toda la razón, cualquiera en tu lugar estaría como tú, pero debes pensar una cosa: estar enfadada no va a solucionar nada, sino todo lo contrario, te va a impedir que puedas disfrutar del poco tiempo que te queda.

—¿De verdad crees que puedo disfrutar de algo cuando sé que voy a morir?

—Tienes a tus padres a tu lado, ¿de verdad quieres que te recuerden así? ¿Que lo último que recuerden de ti sea tu mal humor y tus desplantes?

Había dejado a esa niña malcriada y consentida sin palabras, esa niña capaz de protestar y de enfadarse por todo porque su enfermedad se lo permitía, ya que sus padres no le negaban nada. Pero las palabras de Laura la tenían confundida, no esperaba una reacción así por parte de una desconocida, sino todo lo contrario, esperaba que por su estado esa enfermera la consintiera como todos los demás, o simplemente la ignorara como hacia Irene. Pero nunca se hubiera esperado que la pusiera en su sitio como acababa de hacer.

—Saca a esta mujer de la habitación de mi hija ahora mismo —le exigió el padre de la niña a Marcos—, no quiero volver a verla por aquí. ¿Cómo se atreve a hablarle así a mi hija? Prefiero que vuelva Irene que, aunque sea

antipática, no es tan borde como esta.

—Discúlpeme, pero pienso que porque un niño esté enfermo no se le puede dejar decir y hacer lo que quiera.

—Mi hija se está muriendo...

—Eso tampoco debería ser un tema de conversación delante de ella.

—¿Piensa que debo hacerle creer que todo es de color de rosa, que no le pasa nada? ¿Está usted loca?

Cuando vio que Marcos estaba a punto de saltar en su defensa, le hizo un gesto con la mano para que no se inmiscuyera.

—No, no creo que sea necesario hacerle ver el mundo de color de rosa, pero no estaría mal que dejaran marchar el negro y lo cambiara por uno más claro. Ella ya sabe lo que le sucede y no necesita que se lo recuerden constantemente, más bien lo que necesita es que la hagan olvidar y la enseñen a disfrutar de cada momento que le queda. Ahora, si me disculpan, no les molestaré más. —Se acercó a la niña, le dio un beso en la frente y le dijo al oído—: El color rosa es muy bonito y si me dejaras, yo podría mostrártelo. El negro es frío y desagradable, y esta habitación necesita calor.

Con esas palabras abandonó la habitación. Ya fuera, las piernas le temblaban y no podía respirar. Nunca en la vida lo había pasado tan mal y jamás había hablado así a nadie, pero ese hombre era horrible, estaba amargado y amargaba a su hija y a su mujer, aunque era comprensible, pues nadie podía ser feliz sabiendo que su hija se estaba muriendo. Pero debía ser consciente de que comportarse así delante de su hija no era nada bueno para ella.

—Ya lo sé, sé que me he comportado muy mal y si no quieres que vuelva, lo entenderé —se disculpó nerviosa con Marcos cuando este salió de la habitación.

—Elvira quiere que entres.

—¿Qué?!

—Quiere hacerte una pregunta.

—¿Estás seguro?

—Sí, la has impresionado. Normalmente consigue lo que quiere llorándole a su padre y contigo se ha quedado muda, ni siquiera le has dado la opción de coger una rabieta.

—¿Y para qué quiere verme, para que su padre me pegue una paliza?

A Marcos le dio la risa.

—Acabará loco por ti, como todos los que te conocen, y esa niña va a

adorarte.

—No seas exagerado.

—Sabía que no me defraudarías y no lo has hecho. Ahora entremos, esa niña te necesita.

—Tengo miedo.

—¿De qué? —preguntó muy extrañado.

—Sabes que voy a encariñarme con ella y tú no puedes curarla.

—Lo sé, y eso es lo malo de este trabajo. Pero alguien tiene que hacerlo y nadie mejor para él que tú.

—Está bien. ¿Vas a entrar conmigo?

— Sí.

—Deséame suerte.

—No la necesitas.

—¿Quieres verme para que sea tu enfermera o quieres echarme a los leones? —le preguntó a Elvira nada más entrar en la habitación con una gran sonrisa y su historial bajo el brazo.

—¿Eso qué quiere decir? —La niña la miró de soslayo con curiosidad.

—Que si le vas a decir al hombre que está detrás de mí, que es mi jefe, que soy tan horrible como la bruja de Irene. Si lo haces, me echará a patadas del hospital. Es mi primer día y estoy de prueba —susurró muy bajito, como si fuera un secreto, haciendo reír a la niña.

—Nadie puede ser más horrible que Irene, y para ser tu primer día no lo haces nada mal.

—Vaya, estoy salvada.

—No me gusta el color negro —confesó la niña con tristeza.

Esas palabras le cayeron como un mazazo. Era como si le estuviera pidiendo auxilio, ya que ella se había ofrecido a hacerle ver la vida de color de rosa.

—A mí tampoco, y te puedo asegurar que voy a hacer lo imposible para que todo en ti sea de color rosa. Así que, si te portas bien y dejas que las enfermeras hagan su trabajo sin montar numeritos, te prometo que mañana voy a tener algo muy especial para ti. Por lo que veo en tu historial, eres una niña muy difícil.

—Es que ellas son muy antipáticas y me hacen daño.

—Voy a contarte un secreto. A mi hijo tampoco le gustan las enfermeras y la única que podía pincharle cuando estaba malo era yo, decía que yo nunca le hacía daño. Así que, si te portas bien, te dejaré probar una de mis inyecciones

mágicas.

—¿Inyecciones mágicas?

—Sí, él decía que mis inyecciones eran mágicas porque no dolían.

—¿Si me porto bien, tú te ocuparás de mí?

—Yo siempre voy a ocuparme de ti y cuando no esté, dejaré a mis mejores enfermeras a tu cuidado.

—¿Y qué vamos a hacer mañana?

—Si te lo digo, ya no será una sorpresa, ¿no crees? Tendrás que esperar a mañana. Ahora tengo que dejarte —dijo dándole un beso en la frente—. Más tarde volveré.

Cuando se fueron, la madre de Elvira salió corriendo tras ellos.

—Muchas gracias por su paciencia, ha sido usted muy amable con mi hija —le dijo a Laura.

—Espero que no se refiera al primer impacto —bromeó sonriendo.

—A mi hija de vez en cuando no le viene mal que la pongan en su sitio, mi marido y yo la consentimos demasiado.

—Es normal en su estado.

—Espero que hablara en serio, ya que está muy ilusionada pensando en lo que va a hacer mañana.

—No se preocupe, mañana intentaremos subirle la moral. Pero tanto usted como su marido deben empezar a pensar en rosa, recuerde que a su hija no le gusta el color negro.

—Tiene razón, hablaré con él.

—Tutéeme, por favor. Hasta luego.

—¿Qué tienes pensado hacer mañana? —preguntó Marcos con curiosidad mientras se alejaban.

—¡Aaah! Es una sorpresa.

—¿A mí también me vas a dejar en ascuas?

—Sí. —Sonrió.

—Eres mala.

—Sí, muy mala.

—Entonces, ¿vas a querer seguir en esta planta?

—Ya no creo que pueda dejar a estos niños, y sobre todo después de conocer a Elvira. ¿De verdad no puedes hacer nada por ella?

—No, y esa es una mancha en mi expediente. No puedes imaginarte la impotencia que siento.

—No es culpa tuya. Piensa que has hecho todo lo posible, así que no

debes sentirte mal.

—¿Cómo te encuentras después de este paseo por pediatría?

—Triste, pero me acostumbraré, no te preocupes.

—Ahora quiero que te vayas a casa.

—¿Tan pronto?!

—Sí, es tu primer día y no quiero que te esfuerces.

—Pero me aburro mucho, Hugo no viene a comer y me paso el día sola. Por favor, deja que me quede, estoy bien y no me siento cansada.

—Está bien, pero solo hasta que Hugo salga del cole. Iremos a buscarlo y os dejaré en casa.

—¡Vale, jefe! —soltó con una sonrisa haciéndole reír—. Ahora necesito que me presentes a todo el personal.

Marcos le presentó a todas las enfermeras y médicos que estaban de guardia en ese momento y, cómo no, Laura los conquistó a todos en el mismo instante en que les sonrió y les habló con esa calma y tranquilidad con la que solía comunicarse con la gente. Comparándola con la bruja de Irene, como bien había dicho Elvira, era como librarse del demonio y dar la bienvenida a un ángel; y precisamente eso era lo que se necesitaba en esa planta, donde la tristeza vagaba por los pasillos, así que todos le dieron la bienvenida con los brazos abiertos.



Capítulo 32

Al día siguiente Elvira se despertó pronto y, por primera vez en mucho tiempo, se sentía ilusionada y estaba deseosa de que llegara Laura para saber qué sorpresa había preparado para ella. Tanto era así, que se había dejado hacer sin protestar todo lo que las enfermeras le habían pedido.

Antes de que Laura la visitara el día anterior, cada vez que había que entrar en la habitación de Elvira las enfermeras se santiguaban ya que como decían ellas, era como entrar en la habitación de la niña de *El exorcista*. Elvira las trataba muy mal a raíz de que Irene fuera tan antipática y fría con ella la primera vez que cogió un berrinche porque la enfermera que le estaba poniendo la vía no encontraba su vena. Después de eso, la niña cogió manía a

las enfermeras y sacaba toda su furia y frustración contra ellas.

Marcos había amenazado a Irene con despedirla si volvía a tratar a un niño de esa planta de la misma manera, eran niños muy enfermos y se les debía tratar de una manera especial. Pero el daño estaba hecho, Elvira no soportaba a las enfermeras después de esa discusión con Irene y cuando una entraba en su habitación, se comportaba de forma cruel.

Marcos había tenido guardia esa noche. Aunque fuera el director del hospital, prefería trabajar —algo que le apasionaba— antes que volver a casa con su esposa, y también esperaba ansioso la llegada de Laura. Hacía más de dos horas que debía haberse ido y, sin embargo, seguía allí porque quería saber qué sorpresa tenía preparada para Elvira. Y con él esperaba toda la planta, ya que las enfermeras estaban sorprendidas al ver el cambio en la niña. Estaba nerviosa, impaciente e incluso parecía sonreír imaginando qué sería lo que Laura le traería, algo que no había vuelto a hacer desde que se puso enferma.

Al abrirse la puerta del ascensor, Marcos la vio aparecer y dejó plantado al padre de un niño con el cual estaba hablando para acercarse a ella.

—Espero que tengas algo preparado porque Elvira está como loca esperándote.

—¿No confías en mí? —Él la miró y le sonrió.

—Pues claro que sí. ¿Qué tienes pensado?

—Esa niña lleva muchos meses encerrada y necesita sol y aire puro más que nada en el mundo, eso le cambiará el ánimo.

—¡Oh, oh! Si es esa tu sorpresa, te has equivocado.

—¿Por qué, no puede salir a la calle? —preguntó nerviosa—. En su historial no ponía nada de eso.

—No es que no pueda, es que no quiere.

—Eso déjame a mí. —Entró en la habitación de la niña y dijo con una gran sonrisa—: Buenos días, ¿estás preparada para tu sorpresa?

—¡Sííí! ¿Qué es? ¿Dónde está? —preguntó impaciente.

—Vamos a jugar a un juego.

—¿Qué juego?

—Descifrar las nubes.

—¿Qué clase de juego es ese?

—Así le llamamos mi hijo y yo. Nos tumbamos en el césped y tenemos que mirar las nubes para descifrar qué formas se esconden en ellas.

—¿Esa era tu sorpresa? Pues vaya una mierda de sorpresa. ¡No quiero

jugar a ese estúpido juego!

—¡Hey, señorita! Primero, no te voy a consentir que me hables así; segundo, no puedes rechazar algo que no sabes si te va a gustar o no; y tercero, si no juegas conmigo, no sabrás qué sorpresa te tengo preparada mañana.

—¿Mañana?

—Sí. Si ganas, mañana tendré un nuevo juego para ti.

La niña la miraba muy fijamente, como todos en esa habitación, esperando que Elvira aceptara el duelo o la mandara a paseo.

—Es que... —La curiosidad de saber qué podía pasar era más fuerte que su complejo—, no quiero que la gente me vea así —dijo tocándose la cabeza pelada.

—¿Sabías que casi es Navidad y que hace un frío del carajo? —Con esas palabras consiguió que la niña sonriera—. Todo el mundo lleva gorras, capuchas, y a nadie le va a sorprender ver a una niña con un gorro en la cabeza. Además, yo también voy a ponerme uno, no quiero que se me hiele el cerebro. —Puso cara de frío haciéndola reír—. Aunque haga frío, también hace un día muy soleado y las nubes son perfectas. Vamos, ánimo.

—Está bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que, aunque pierda, mañana tendrás una sorpresa para mí.

—¡Vaya! Me has salido un poco manipuladora, ¿no? —La niña volvió a sonreír, como todos en esa habitación escuchándolas—. Pero está bien, si eres capaz de descifrar diez nubes, mañana tendrás tu sorpresa.

Elvira decidió dejarse llevar por Laura y después de vestirla, abrirla bien y ponerle un gorro rojo de lana tapando muy bien su cabeza pelona, Laura se la llevó en una silla de ruedas a la parte de atrás del hospital. Cuando llegaron, puso una manta muy gruesa en el césped, la ayudó a tumbarse en el bocarriba y se acostó a su lado.

—Me molesta mucho el sol en los ojos.

—Es normal, llevas mucho tiempo sin salir de esa habitación. ¿Sabes una cosa? El sol es muy importante para el cuerpo, te da energía y te pone de buen humor.

—¿Para que necesito energía si voy a morir?

—Voy a hacer un trato contigo: si no vuelves a pensar que vas a morirte, todos los días te traeré una sorpresa nueva. ¿Qué te parece?

—Está bien, lo intentaré. ¿Ves esa nube de ahí? —dijo señalándole el cielo.

—Sí.

—Parece un conejo.

—Eres muy observadora, pero no me voy a dejar ganar tan fácilmente. ¿Ves aquella? —Laura señaló otra nube.

—Sí.

—¿Qué crees que podría ser?

—¡Un barco! —gritaron las dos a la vez riéndose.

Pasaron más de dos horas tumbadas al sol, hablando, riéndose y descifrando nubes, olvidando las agujas, los goteros y el tiempo limitado que le quedaba, mientras Marcos y los padres de Elvira las observaban de lejos, ya que Laura solo había puesto una condición, que las dejaran solas.

—Esa mujer es increíble —dijo la madre de Elvira—, no había vuelto a ver a mi hija sonreír desde que empezó toda esta pesadilla.

—Tienes razón, nunca creí que volvería a verla reír así de nuevo. —Esta vez era el padre de Elvira el que hablaba.

—Sí, Laura es capaz de amansar al mismísimo demonio, es muy especial.

Cuando la niña volvió a su habitación, lo hizo con una sonrisa en los labios. Estaba contenta y sus mofletes sonrojados por el sol parecían devolverle la vida a su cara.

Antes de que Laura abandonara la habitación, no sin antes sonrojarse por los halagos de los padres de Elvira que le agradecían lo que acababa de hacer por su hija, Elvira le recordó:

—No te olvidarás mañana de mi sorpresa, ¿verdad?

—No, no lo haré.

Salió de la habitación acompañada por Marcos.

—Enhorabuena, has conseguido lo que nadie había hecho hasta ahora, conseguir que esa niña vuelva a sonreír.

—Solo es cuestión de paciencia. Y tú, ¿no deberías estar en tu casa descansando? Te has pasado la noche aquí y ya es mediodía, debes estar reventado.

—Quería hablar contigo.

—¿De qué?

—Quiero pasar la Navidad en mi cabaña, y me gustaría que Hugo y tú me acompañarais.

—¿En tu cabaña?

—Tengo una cabaña de invierno, en Navidad está rodeada de nieve y es un paisaje muy bonito, ¿Alguna vez habéis visto la nieve?

—No, en Valencia nunca nieva.

—Entonces, ¿qué me dices?

—No podemos, Marcos, deberías ir con tu mujer y podrías llevarte a Hugo también.

—No quiero ir con mi mujer. Además, ella va a pasar esos días en París, su nueva *boutique* la tiene muy ocupada.

—¿Tu mujer se va en Navidad a París?

—Parece ser que su *boutique* es más importante que yo.

—Pues es una pena, las Navidades son para pasarlas con las personas que quieres y tu mujer debería quedarse contigo.

—No, mejor que se vaya, porque solo hay dos personas con las que deseo estar en Navidad —dijo con una mirada tan penetrante que consiguió ruborizarla.

—Entonces tendrás que ir solo con el niño —insistió, pues no se veía capaz de compartir el mismo techo con él—. Va a ser duro para mí pasar la Navidad sin él, pero yo he disfrutado todos estos años de su compañía y es justo que este año la pase contigo. Eso sí, cuídamelo bien o si no te arrepentirás —bromeó arrancándole una sonrisa.

—¿Por qué no te lo piensas? Sería muy divertido. —Marcos deseaba más que nada en el mundo compartir esas fechas con ella y su hijo, los tres juntos.

—Lo sé, pero es mejor que tú y yo no estemos juntos. Ahora, ve a descansar.

Después de dos semanas en el hospital Laura se había ganado el respeto, la confianza, y el cariño de todo el mundo. Bueno, de todos menos de Irene y Patricia, que cada día la odiaban más porque Marcos estaba con ella casi toda la jornada laboral y siempre encontraba una excusa para acercarse a ella. Incluso le había dado permiso para montar una sala de juegos. Allí, los niños de esa planta se reunían dos veces al día y pasaban dos horas jugando juntos a cualquier juego que quisieran o a cualquiera que Laura inventaba para ellos.

Era una buena terapia para ellos, ya que se reunían con niños con los mismos problemas y compartían sus juegos y sus miedos. Durante unas horas se alejaban de sus padres, que tenían la entrada prohibida, y olvidaban esa pena que sin querer ellos les transmitían. A la que más le había costado a Laura incorporar al grupo había sido a Elvira, pero al final había conseguido que

fuera. Al principio lo hacía con un gorro, pero al ver que todos esos niños lucían sus calvicies sin vergüenza, poco a poco había ido olvidando la suya y se reunía con ellos sin gorro y sin reparos.

A Laura le costaba que volvieran a su habitación, los niños apuraban el tiempo hasta que sus padres iban a buscarlos y se marchaban con el deseo de que llegara el momento de volver a reunirse allí para compartir sus juegos. Esos ratos valían más que mil terapias, pues por unos minutos se comportaban como niños normales compartiendo un patio de colegio, aunque fuera en una fría sala de hospital.



Capítulo 33

Era las ocho de la mañana del viernes del fin de semana de Navidad. Marcos se había cogido ese puente ya que Nochebuena caía en lunes y quería pasar esos días con su hijo en su pequeña cabaña, a la que en esos meses de invierno solo se podía acceder en helicóptero, pues las carreteras estaban cortadas por la nieve. Laura estaba en la terraza del hospital despidiéndose de ellos.

—Recuérdame por qué estoy dejando que te lleves a mi hijo a una cabaña alejada del mundo y llena de nieve —le pidió muy preocupada a Marcos.

—Porque es mi primera Navidad con él, porque sabes que nada le va a pasar estando conmigo y porque quiero que vea algo maravilloso que tú, por cabezota, vas a perderte. Vamos, ven con nosotros.

—Lo siento, pero no puedo. Además, tengo trabajo, mi jefe es un negrero y me hace trabajar en Navidad —bromeó haciéndole reír, ya que ella se había puesto horas extra en el hospital porque estando los dos fuera, prefería

trabajar a quedarse en casa sola.

—¡Que le den a tu jefe! Escápate conmigo y no te arrepentirás. —Con esa broma la hizo reír a carcajadas.

—Anda, marchaos ya. Os voy a echar muchísimo de menos —dijo dándole un beso a su hijo y un fuerte abrazo—. Abrígate mucho, haz caso a tu padre y no te separes de él, ¿me has entendido?

—¡Que sííí, mami! Porfi, ven con nosotros, seguro que la nieve te encanta. Me muero por verla.

—Lo sé, mi amor, y me encantaría ir —dijo mirando a Marcos—, pero no puede ser. Pásalo bien por mí, y feliz Navidad. —Volvió a abrazarlo y le dio otro beso.

—Feliz Navidad, mami. ¿Crees que Papá Noel vendrá si tú no estás?

—Pues claro que sí, bobo. Papá Noel sabe dónde están todos los niños del mundo. —Miró a Marcos y le dijo—: Feliz Navidad.

Antes de que pudiera darse cuenta, él había cogido su cara entre sus manos y la besaba en los labios con mucha ternura.

—Feliz Navidad, bombón, voy a echarte de menos. —Después le dijo muy serio al piloto del helicóptero—. Vámonos, Sebas.

Laura los vio partir sabiendo que esas Navidades iban a ser las más tristes de su vida, ya que sus dos hombres preferidos se alejaban en ese pájaro de hierro y se quedaba sola, y también que iban a ser los cinco días más largos y horribles de su existencia. Sabía que se iba a arrepentir de haber rechazado una y otra vez la invitación de Marcos para acompañarlos, pero si lo había hecho, era porque estando cerca de él, en una cabaña y sentados junto al fuego, sería imposible escapar de sus brazos y acabaría suplicándole que le hiciera el amor. Cada vez le costaba más estar a su lado sin tirarse en sus brazos para que la besara y la hiciera suya de nuevo. Sin querer pensar más en esas cosas que la perturbaban, bajó a trabajar para poder dejar de pensar en Marcos.

El sábado la despertó su móvil a las cuatro de la tarde, pues cuando volvió de trabajar, comió y sin darse cuenta se había quedado dormida en la rinconera, mirando el suelo de la piscina y recordando lo mucho que le gustaba admirar a Marcos dando esas brazadas en el agua.

—¿Diga? —contestó aún medió dormida.

—Laura, soy Marcos.

Al reconocer su voz pegó un brinco en el sofá creyendo que algo le había pasado a su hijo.

—¿Qué ha pasado? ¿Le pasa algo a mi hijo? ¿Está bien?

—Tranquila, está bien, solo te llamo porque necesito que vengas.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—El niño te echa de menos y quiere volver a casa.

—¿Por qué? ¿No le gusta la casa o es la nieve?

—No, le encanta todo esto, pero te echa de menos y no quiere pasar la noche de Navidad sin ti. Esta noche ha estado llorando y he tenido que acostarme con él. Dice que no quiere que Papá Noel venga si tú no estás.

—¿Puedes traerlo?

—Por favor, Laura, no quiero que regrese, quiero estar aquí con él. Ven con nosotros.

—Marcos, sabes que no puedo hacer eso.

—¿De qué tienes miedo?

—De ti, de mí, de estar juntos.

—¿Por qué?

—Porque eso solo tiene un final y tú lo sabes.

—Cuando me pediste la médula para que salvara a tu hijo, me dijiste que me estarías eternamente agradecida y que podría pedirte cualquier cosa...

—Marcos...

—Quiero que vengas, me lo debes.

—Pero...

—El helicóptero estará en la terraza del hospital en una hora, no tardes. Y tráete ropa de abrigo, te estaremos esperando.

Sin dejarla hablar más, le colgó el móvil y ella, muy cabreada porque sabía que estaba perdida, empezó a hacer las maletas. Sabía que estando allí con él no tendría escapatoria, como también sabía que él la había obligado a ir para no dejarla escapar, el malestar del niño solo era una excusa para tenerla a su lado.

Laura estaba muy nerviosa, pues el helicóptero le daba mucha inseguridad. Tal y como había dicho Marcos, el helicóptero estaba esperándola y cuando ella había intentado dar una explicación en el hospital sobre su marcha, todos le habían dicho que no había ningún problema y que

podía irse tranquila, porque Marcos ya había dado la orden de que Laura tenía permiso para cogerse esos cuatro días. Eso aún la enfurecía más porque era como decirle a todo el mundo «me voy a pasar un fin de semana romántico con el jefe».

Cuando llegaron al pequeño helipuerto había un coche esperándolos, un cuatro por cuatro muy grande, con cadenas en las ruedas. En cuanto el helicóptero apagó el motor, un hombre salió del coche enfundado en una gruesa chaqueta de nieve.

—Gracias, Sebas. ¿Todo bien?

—Sí, ningún problema, aunque parece que la tienes enfadada. No ha dicho ni una palabra en todo el viaje.

—Ya, me lo imagino, pero ya me las apañaré. —Le ofreció la mano para despedirse y se volvió hacia Laura—: Hola, bombón.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó muy fría.

—En el coche. Laura, yo...

—Ahora no quiero hablar, estoy muy cabreada.

—El niño quería estar contigo.

—Sí, y tú te has aprovechado de eso para obligarme a venir. Pero quiero que sepas una cosa, no voy a acostarme contigo, que te quede bien clarito.

Nada más decir eso, se encaminó al coche y las piernas se le hundieron en la nieve hasta las rodillas.

—Espera, déjame ayudarte. —Marcos la cogió del brazo y la llevó hasta el coche por un pequeño camino de piedra cubierto de nieve—. Si sales del camino, te hundes.

Cuando llegaron al coche, ella se metió dentro y agradeció el calor. Fuera hacía un frío de mil demonios, no llevaba ropa apropiada para la nieve y estaba helada. Su hijo, nada más verla, se le colgó al cuello besándola muchas veces.

—¡Oh, mami! Te he echado muchísimo de menos, menos mal que has venido porque no me gusta estar lejos de ti.

—Eso es porque eres un malcriado y nunca me he separado de ti.

Marcos los miraba por el retrovisor y sonreía.

—Bueno, eso y porque no quería abrir mis regalos de Navidad sin ti, nunca lo he hecho y no quiero hacerlo.

—Pues ya estoy aquí y este año abriremos los regalos en la nieve. Mira que aquí hay mucha, ¿y si la casa de Papá Noel está cerca de aquí?

—Anda, mami, que Papá Noel vive en el Polo Norte y eso está muy lejos

de aquí. ¿Verdad, papi?

—Verdad —contestó mirando a Laura por el retrovisor con una sonrisa, pero Laura esquivo su mirada muy seria.

Hugo empezó a contarle todo lo que había hecho con su padre. Habían hecho un muñeco de nieve, habían esquiado y habían pescado en un agujero en el suelo de hielo.

—Y la abuela nos ha hecho unas tortitas buenísimas —dijo dejando a Laura sorprendida.

—¿La abuela?

—Sí, tengo una abuela, ¿lo sabías?

—No, no tenía ni idea. —Estaba sorprendida, Marcos nunca le había hablado de su madre.

—Es muy guapa y muy simpática.

—¿Por qué no me dijiste que tu madre estaba aquí? Mejor dicho, ¿por qué nunca me has hablado de tus padres?

—Mi padre murió, y nunca creí que estuvieras interesada en conocer a mi madre.

—¿Y por qué no iba a querer conocer a tu madre? Es la abuela de mi hijo y eso es importante.

En ese momento Marcos se dio cuenta de que había olvidado que Laura no tenía nada que ver con Patricia. Que Patricia no aceptara a su madre porque era una mujer muy sencilla, no quería decir que Laura no fuera a aceptarla, y estaba seguro de que Laura y su madre se llevarían muy bien.

—No quería que conociera a Hugo hasta no estar completamente seguro de que... —De repente se calló—. No quería ilusionarla con un nieto y que después... Bueno, ya me entiendes.

—Sí, te entiendo.

Sabía perfectamente a lo que se refería, ya que no podía decirle a su madre que tenía un nieto, pero que no se encariñara con él porque en cualquier momento podía morir. Lo que no entendía era por qué a ella nunca le había hablado de su madre y por qué en todos estos meses no la había visto nunca.

—¿Dónde vive tu madre?

—Ella nunca ha querido dejar su casa y no le gusta el centro.

—Pero ¿vive en Madrid?

—Sí, a las afueras...

—Papá, quiero que mamá vea el muñeco de nieve que hemos hecho.

—Creo que será mejor que lo dejemos para mañana, ahora es de noche y

hace mucho frío.

—Porfi, mami, mañana puede ser que ya no esté. Papá dice que la nieve puede cubrirlo durante la noche.

—Está bien, lo veremos.

Cuando llegaron, Hugo bajó del coche, la sacó a empujones y la llevó detrás de la casa, donde habían hecho el muñeco. La nieve le cubría las botas y se le metía por dentro, estaba muerta de frío, pero ver a su hijo tan emocionado le impedía decirle que no, así que lo acompañó a ver el muñeco de nieve.

—¡Mira qué chulo! —exclamó riendo—. La nariz es una zanahoria que me ha dado la abuela y también me ha ayudado a ponerle los ojos. Son dos botones, ¿lo sabías? ¿A que es como en las pelis? —Estaba tan contento que Laura no podía negarse a compartir ese momento, aunque sintiera como el frío poco a poco se iba colando dentro de ella entumeciéndole los huesos.

—Está muy chulo, mi vida. Y si mañana la nieve lo entierra, haremos otro, ¿vale?

—¡Sííí! —gritó el niño muy emocionado—. ¿Sabes que también hemos hecho una guerra de nieve?

—¿Aaah, sííí? ¿Cómo, así? —Le tiró una bola de nieve haciéndole reír.

Hugo le tiró otra y entre los dos empezaron su propia guerra, Marcos les dijo:

—Vamos, es de noche y hace frío, dejad los juegos para mañana —les pidió Marcos.

—¡A por él! —gritó Laura mirando a su hijo con complicidad.

Los dos empezaron a tirarle bolas de nieve y Marcos no pudo evitar seguirles el juego, divertido.

—¡Vosotros os lo habéis buscado!

Entre los tres empezó una guerra de risas, bolas de nieve volando por todos lados y gritos de júbilo.

—¡Tiempo... tiempo, por favor, ya no puedo más! —gritó Laura sin aliento— ¡Necesito un respiro!

Los dos pararon y Marcos acudió a su lado.

—¿Estás bien? ¿Te hemos hecho daño con alguna bola? —preguntó preocupado.

Laura lo miró con una sonrisa maliciosa y le estrujó su última bola en la cara.

—Esto por obligarme a venir. Aunque estoy encantada. —Nada más decir

eso, cogió a su hijo de la mano y le gritó—: ¡Corre, papá va a vengarse de nosotros!

Los dos echaron a correr riéndose y Marcos los siguió divertido, gritándoles:

—¡Seréis traicioneros! Cuando os coja, os voy a echar al lago congelado.

Al llegar a la puerta de la casa, Marcos la alcanzó, la cogió de la cintura y la giró hacia él, mientras Hugo entraba en la casa dejando la puerta abierta. Marcos levantó la mano con una bola de nieve.

—Debería hacerte tragar esta bola —la amenazó—, la nieve de tu bola me ha llegado hasta el ombligo.

—¡No! No lo hagas, por favor, estoy congelada.

—Solo con una condición.

—¿Cuál?

—Qué no estés enfadada conmigo.

—Debería estarlo, pero por más que lo intente, no puedo enfadarme con mi héroe. He de reconocer que me encanta estar aquí con vosotros, pero sigo sin querer compartir tu cama.

—Eso ya lo veremos —dijo mirándola a los ojos. Laura se quedó sin respiración por esa mirada tan fascinante y penetrante y por la cercanía de sus cuerpos.

Los gritos de Hugo los obligaron a separarse.

—¡Ven, abuelita! Quiero que conozcas a mi mamá.

—Por Dios, ¿qué hacéis ahí fuera? Hace mucho frío, entrad ahora mismo —les ordenó desde dentro de la cabaña la mujer.

A Laura le hizo gracia la manera de reñirles como a dos niños. Marcos tiró la bola de nieve al suelo.

—Te has librado —bromeó y, cogiendo su mano, entró con ella en la cabaña—. Ven, te presentaré a mi madre.

Laura se quedó muda, pues el gran salón era una preciosidad con esas paredes de troncos, esa chimenea gigantesca, los sofás alrededor del fuego con una gran alfombra a los pies y ese pino tan alto que llegaba al techo lleno de bolas y cintas de navidad. Era como entrar en una típica cabaña americana de esas que salían en las películas de Navidad.

—¿Te gusta, mami? —le preguntó Hugo acercándose al árbol—. Es un pino de verdad, y papá y yo lo adornamos ayer.

—Es muy bonito.

Cuando por fin su hijo dejó de acaparar su atención, pudo centrarse en la

madre de Marcos, una mujer mayor con el pelo canoso sujeto en una coleta. Llevaba un vestido negro y un delantal de colores, parecía muy sencilla, como si se hubiera criado en un pueblo, pero también le dio la impresión de que era una mujer de muy buenos sentimientos.

—Anda, acercaos y calentaos en el fuego —les sugirió su madre.

—Mamá, esta es Laura —pudo por fin presentarlas Marcos.

—Hola, encantada —dijo Laura dándole dos besos.

—Es un placer. ¡Virgen santa! Está helada —exclamó al sentir sus mejillas devolviéndole los dos besos—. Llévala junto al fuego —le ordenó a su hijo—, o si no va a coger una pulmonía.

Marcos le acarició las mejillas y después intentó quitarle el abrigo.

—Acércate al fuego, estás helada.

—No, no me quites el abrigo, tengo mucho frío.

—Está mojado, es mejor que te lo quites. —Sin darle opción a réplica, le quitó el abrigo, la llevó hasta el sofá y la sentó enfrente de la chimenea—. ¿Qué no entendiste cuando te dije que trajeras ropa de abrigo?

—Esto es lo más abrigado que tengo, en la capital no tengo frío y no suelo ser friolera.

—Pero no estamos en la capital y aquí se necesitan plumíferos.

—Pues no tengo plumíferos. ¿Y cómo querías que yo supiera eso?

—Bueno, no importa. Mamá, ¿puedes prepararle algo para entrar en calor?

—Ahora mismo le prepararé un caldito.

—No, no... no se moleste. Seguro que se me pasa enseguida.

—No digas tonterías, niña, no es ninguna molestia. Enseguida vuelvo.

Marcos le cogió las manos entre las suyas y las frotó para darle calor, después le quitó las botas y los calcetines mojados.

—¡Por Dios! Tienes los pies como cubitos. ¿Por qué has estado tanto tiempo en la nieve sin decir nada?

—Porque nunca había visto a mi hijo... tan feliz ni disfrutando tanto de algo. —No podía dejar de temblar mientras se le cortaban las palabras.

—Aun así, debiste decírmelo.

—Papá, ¿le pasa algo a mamá? ¿Se va a poner malita?

—No, tranquilo, mamá va a estar bien en cuanto entre en calor.

—¿Y por qué está temblando?

—No-no-no me pasa nada, no-no te preocupes. So-solo necesito una ducha. —La tiritera se había vuelto incontrolable y no podía dejar de temblar

y de tartamudear sin control.

—Es una buena idea, eso te hará entrar en calor enseguida. Ven, te enseñare tu habitación.

Toda la cabaña era de madera, era muy bonita y bastante grande, y había chimeneas en todas las habitaciones que mantenían la cabaña caldeada. Al llegar a una puerta y abrirla, Laura vio una habitación bastante amplia con cama de matrimonio, un armario y dos mesitas; todo muy rustico, pero muy bonito. Los dos ventanales carecían de cortinas, pero los cristales estaban grabados con colores haciendo unos dibujos muy bonitos, igual que los del salón, que habían llamado su atención; la chimenea estaba a un lado del dormitorio.

—El cuarto de baño es la puerta de la derecha, es la única habitación con baño dentro.

—¿Es-es-es tu habitación? —le preguntó sin poder dejar de temblar.

—Sí.

—Pe-pero...

—No discutas conmigo, por favor, aquí estarás más cómoda. Ahora date una ducha, te espero abajo. A no ser que necesites ayuda.

—No, tranquilo, podré yo-yo-yo sola.

—¿Estás segura? —insistió al ver que cada vez temblaba con más fuerza.

—Sí.

—Está bien, llénate la bañera, eso te hará entrar más rápido en calor.

Cuando Marcos la dejó sola, ella empezó a desnudarse con la intención de meterse en la bañera; pero cuando terminó, un frío insoportable se apoderó de ella y no fue capaz de moverse, pues los temblores no la dejaban. Como pudo, se dejó caer en la cama y se tapó hasta la cabeza esperando entrar en calor y así poder darse esa ducha que Marcos le había aconsejado.

Marcos estaba nervioso, pues Laura tardaba mucho. Sentía la necesidad de subir y ver qué le pasaba, pero sabía que si entraba en su dormitorio, ella se molestaría y como no quería que se enfadara nuevamente, acudió a su hijo.

—Hugo, ¿por qué no subes a ver qué está haciendo tu madre y después bajas y me lo cuentas?

—Vale. —El niño subió corriendo las escaleras.

—Estás enamorado de esa mujer, ¿verdad? —le preguntó su madre.

—¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Porque soy tu madre y te conozco. Mira, a cualquiera podrás contarle toda esa historia de que es la madre de tu hijo y que solo eso os une. No he necesitado nada más que verte con ella dos minutos para darme cuenta de tus sentimientos, y si quieres un consejo, deshazte de ese absurdo matrimonio que tienes con esa horrible mujer y cástate con Laura. Tienes un hijo con ella, está esperando otro, y solo he necesitado mirarla a los ojos para saber que es una buena chica y que es la mujer que te conviene. No la dejes escapar o te arrepentirás toda la vida.

—¿Con solo dos minutos sabes que es la mujer que me conviene?

—Sí, tiene una mirada noble, y después de todo lo que me has contado y ver cómo os miráis, no necesito más pruebas. El destino os ha unido y no deberíais perder esa oportunidad...

El grito de Hugo los hizo volverse asustados.

—¡Papá, papá! No sé qué le pasa a mamá, está muy malita y no deja de temblar.

Marcos se levantó del sofá de un brinco y salió corriendo hacia la habitación. Cuando pasó al lado de Hugo le cogió en brazos, ya que parecía asustado.

—Vamos, no te preocupes, campeón, seguro que no es nada.

Al llegar al dormitorio la vio metida en la cama, tapada hasta la cabeza y con unos temblores incontrolables. Se sentó a su lado y le tocó la frente, estaba helada. La destapó hasta los hombros y se dio cuenta enseguida de que estaba desnuda. Al palpar sus brazos, sintió su piel helada como el acero, igual que su cara. Inmediatamente se volvió hacia su madre, que había subido corriendo detrás de él.

—Mamá, llévate al niño abajo, necesito estar con Laura a solas.

—¿Qué le pasa a mi mamá? ¿Se va a morir?

—No, campeón, yo no dejaría que eso ocurriera. Pero ahora necesito que te vayas con la abuela y me dejes solo con tu madre, ¿vale?

—¿Qué le ocurre? —le preguntó su madre preocupada.

—Se le ha metido el frío en los huesos y necesito estar con ella a solas para que entre en calor.

—Está bien, no te preocupes. Yo me ocupo del niño, tú encárgate de ella.

Cuando los dejaron solos, Marcos empezó a desnudarse.

—¿Qué-qué-qué haces? —preguntó Laura sin poder controlar los temblores.

—Necesitas calor y voy a ocuparme de que lo tengas. —Y se quitó los calzoncillos quedándose totalmente desnudo.

—Ni-ni-ni se te ocurra co-co-colarte en mi cama.

—Demasiado tarde —dijo arrancándole las sábanas de las manos y metiéndose en la cama—. Además, esta no es tu cama, es la mía.

—Ma-Ma-Marcos vete, no-no-no me toques.

—¡Joder, Laura! Estás congelada —exclamó tratando de abrazarla, ya que ella se resistía e intentaba tirarlo de la cama—. ¡Ya basta! Estate quieta y déjame abrazarte, es la manera más rápida de que entres en calor.

—No-no-no, no me toques, por favor... —Ignorando sus quejas, consiguió envolverla entre sus brazos.

—¡Ssshhh! —le susurró al oído—. Intenta relajarte, el calor humano es lo más rápido para que se te quiten esos tembleques. Sabes que si no dejas de temblar, mañana sentirás como si te hubieran dado una paliza, ya que ahora mismo todos tus músculos están en tensión; así que haz caso a tu médico. Además, estar así no es bueno para la niña. —Laura lo miró a los ojos asustada.

—¿Pu-puede pasarle algo a la niña?

—Piensa que ahora mismo con esa tiritona, tu barriga para ella debe parecer un terremoto —dijo sonriendo—, y debe estar asustada.

—Está bien, pe-pero quiero que te-te quede clara una cosa, esto solo lo hago por la niña.

Laura se dio la vuelta dándole la espalda y se apretó contra su cuerpo. Marcos la acomodó entre sus brazos rodeándola con firmeza, pero con suavidad al mismo tiempo, y subió una de sus piernas encima de las de ella. Despacio, comenzó a acariciar su piel fría y desnuda con sus manos y sus piernas para que entrara en calor.

—Pareces un cubito de hielo —dijo estremeciéndose ante su tacto.

—No-no hagas eso.

—Solo lo hago para que entres en calor más rápidamente. —Continuó frotando su cuerpo, pero al momento dijo—: ¡Oh, Dios mío! No sé si esto ha sido una buena idea. —Cogió la mano de Laura y la apretó contra su erección, que crecía por segundos—. No sé por qué contigo los términos médicos no dan resultado. ¿Recuerdas cuando me pusiste el orinal?

Laura no podía moverse, pues sentía su erección pegada a sus muslos cada vez más grande y más dura, como aquella vez cuando intentó ponerle el orinal.

Marcos, al sentirla tan callada, la cogió por la cintura y la volvió hacia él. La abrazó con fuerza mientras le acariciaba la espalda suavemente para darle calor. El frío de repente había desaparecido, los temblores se habían esfumado al sentir su cuerpo cálido y musculoso, y un calor inexplicable empezaba a invadirla por dentro con urgencia. Con una voz casi imperceptible, le suplicó:

—Marcos, por favor, es mejor que te vayas. El frío ha pasado, estoy bien. Vete, por favor.

—No puedo...

—Marcos...

—No me importa lo que pienses de mí y apelaré a cualquier cosa para que seas mía. Me lo debes, Laura, me prometiste que podía pedirte cualquier cosa y necesito hacerte el amor ahora mismo o terminaré volviéndome loco. —Se apoderó de su boca y la besó con tanta pasión que acabó robándole el sentido. Cuando se apartó para poder tomar aliento y que ella lo tomara al mismo tiempo, le mordió el lóbulo de la oreja haciéndola estremecer—. Te deseo tanto que creí que enloquecería si no volvía a tenerte entre mis brazos.

—Marcos, no podemos...

De pronto las palabras se le quedaron en la garganta cuando él la tumbó de espaldas, se puso encima de ella y abrió sus piernas para penetrarla muy lentamente sin dejar de mirarla a los ojos, esos ojos que la fascinaban, esos ojos capaces de enamorar a cualquier mujer.

—Te quiero... y te necesito —le confesó en un susurro.

Al escuchar esas palabras, Laura no pudo evitar coger su cara entre sus manos para hablarle con la voz cortada por el deseo que crecía dentro de ella.

—Yo también te quiero... te deseo... y te necesito.

Sus manos se enredaron en su pelo para besarlo con mucha pasión y después bajar por su espalda, en una suave y delicada caricia que le hizo estremecer.

Estaba tan ansioso por ella, tan deseoso, que con un fuerte movimiento se levantó de la cama arrastrándola con él y la colocó a horcajadas sobre él. Laura enredó las piernas en su cintura y Marcos, agarrándola fuerte del culo, empezó a embestirla hasta llegar a lo más profundo de sus entrañas. Un grito de placer escapó de los labios de Laura mientras se abrazaba a su cabeza y arqueaba la espalda hacia atrás para poder sentirlo más adentro, movimiento que Marcos aprovechó para saborear sus pechos.

Con cada movimiento de sus caderas succionaba sus pechos al mismo

tiempo. Marcos la llenó por completo ofreciéndole un placer insuperable. Con Héctor nunca había sentido nada parecido a lo que estaba sintiendo en esos momentos, en los brazos de ese hombre al que adoraba y del que nunca podría ni querría escapar.

Al terminar se dejó caer en la cama encima de ella y apoyó los brazos en el colchón para no aplastarla. Sin dejar de besarla con besos suaves, cortos y ardientes, le susurraba con cada beso que le daba:

—Te quiero... te quiero... te quiero. He estado un poco bruto, ¿no? ¿Te he hecho daño?

—No, me ha encantado. —Esta vez fue ella quien lo besó—. Yo también te quiero, pero esto no puede volver a ocurrir, no debemos... —Marcos le puso un dedo en la boca para hacerla callar.

—No vuelvas a decir eso.

—Pero... —Volvió a silenciarla.

—Voy a pedirle el divorcio a mi mujer y esta vez no habrá nada que me haga cambiar de opinión.

—No puedes hacer eso, ¿y si intentara suicidarse de nuevo?

—No me importa, lo único importante para mí sois los niños y tú, y voy a luchar por vosotros. No puedo seguir atado a mi mujer por miedo a que se suicide, y no pienso volver a sentirme culpable si lo intenta.

—Marcos, por favor, piénsalo un momento.

—Ya lo he pensado y lo he decidido, quiero pasar el resto de mi vida contigo y lo demás no me importa.

—Yo también quiero estar contigo, pero tengo miedo de que tu mujer cometa una locura.

—No puedo seguir con ella porque tenga miedo a sus amenazas de suicidio. ¿Sabes lo mucho que me cuesta fingir que me importa cuando se empeña en tener relaciones? La última vez que le hice el amor tuve que pensar en ti.

—¡Oh, Dios mío! No puedes hablar en serio.

—Sí. Incluso le dije que la quería, aunque esas palabras estaban dirigidas a ti.

—Lo siento, debe ser muy desagradable tener que pasar por algo así. Yo en estos momentos sería incapaz de estar con otro hombre que no fueras tú y no puedes imaginarte lo mucho que me ha costado decirte que no cuando lo que más deseaba era estar contigo. Me lo has puesto muy difícil.

—¿Que yo te lo he puesto difícil?

—Sí, porque por más que intentara alejarme, tú no me dejabas.

—Y nunca voy a hacerlo, siempre voy a estar ahí, persiguiéndote, seduciéndote, conquistándote hasta que seas mía para siempre. Y la verdad es que has sido muy dura, hasta llegué a pensar que nunca podría llevarte de nuevo a la cama. Por eso te he chantajeado, era mi última baza. —Ella se rio al oírle decir eso—. Si después de apelar a ese juramento que me hiciste me hubieras dicho que no, habría tirado la toalla y me habría rendido, aun sabiendo que me arrepentiría toda la vida.

—Pues gracias a Dios que no te rendiste y que me obligaste a venir utilizando ese chantaje, porque me moría de ganas de estar con mis dos hombres preferidos. Las Navidades sin vosotros hubieran sido muy tristes y desagradables.

—Yo también me moría de ganas de estar con mis dos chicas preferidas —dijo acariciando su barriga suavemente—, ya se te empieza a notar.

—Sí, ya casi no puedo ponerme mi ropa, voy a tener que empezar a usar ropa premamá.

—Cuando volvamos, te acompañaré a comprar de todo para nuestra hija y también ropa para su preciosa mamá. Desde este momento quiero pasar todas las noches abrazando a mis dos chicas preferidas. —Sonrió consiguiendo que ella le devolviera la sonrisa—. Ahora será mejor que nos vistamos y bajemos, Hugo estaba bastante preocupado por ti.

—Sí, bajemos, ya me encuentro perfectamente. Incluso estoy acalorada. —Su risa provocó que Marcos se riera también.

—¿Ves, incrédula? Te dije que no hay mejor solución para el frío que un buen revolcón —Con esa broma, la hizo reír a carcajadas.

—Sí, y tan bueno. Creo que todas las noches voy a tener mucho frío. —Sonrió de nuevo.

—Bien, porque yo estaré muy complacido de compartir mi calor corporal contigo. —Laura, sin poder evitarlo, lo besó con mucha pasión.

—Te quiero, mi amor. —Volvió a besarlo.

—Me gusta.

—¿El qué?

—Que me digas mi amor, siempre me gusto oírtelo decir al niño y me gusta que me lo digas a mí también.

—Vosotros sois mis dos amores. —Marcos la besó de nuevo y otra vez hicieron el amor.

Al bajar al salón después de darse una ducha rápida, Hugo se tiró en los

brazos de su madre.

—Por fin, mami, creía que te estabas muriendo.

—Estoy bien, ya se me ha pasado, mi amor. No tienes por qué preocuparte, papá me ha cuidado muy bien. —Miró a Marcos y le dedicó su mejor sonrisa—. ¿Y por qué eres tan exagerado? Nadie se muere por tener frío.

—Pues lo parecía, porque al ratito de dejarte sola con papá has empezado a gritar, ¿te ha dolido mucho que papá te sacara el frío?

Laura se puso colorada como un tomate, mirando a la madre de Marcos y a su hijo, y agachó la cabeza muerta de vergüenza. Marcos no pudo evitar reírse ante su reacción de niña de convento y cogió a su hijo en brazos.

—Verás, tu mamá gritaba porque para quitarle el frío he tenido que... — Laura le miró con los ojos desorbitados al oírle y Marcos, con una sonrisa y guiñándole un ojo, continuó su explicación—, meterla en la bañera con agua muy caliente para que entrara en calor, y el cambio de temperatura la ha hecho gritar.

—Pues gritaba mucho, y si no he subido ha sido porque la abuela no me ha dejado —insistió el niño.

—Si lo sé, es que tenía mucho frío y me ha costado un poco quitárselo. Pero ahora está perfectamente, incluso le han subido los colores, y hasta parece que tiene calor. ¿Verdad, bombón?

—¿Por qué no vais a por leña mientras Laura y yo preparamos la cena? —les pidió su madre al sentir la vergüenza de Laura.

—Sí. Anda, papá, vamos a por leña.

Cuando las dos se quedaron solas, Laura seguía muy azorada.

—No debes avergonzarte, yo también he sido joven, ¿lo sabías? — Carmen intentó que se sintiera mejor. Laura la miró y le sonrió—. Y por lo que veo, mi hijo se parece a su padre en eso. Mi marido también conseguía hacerme gritar como una posesa. —Las dos se miraron y empezaron a reírse a carcajadas.

—Gracias —le dijo cuando fueron capaces de seguir hablando—, pero no sé qué me pasó. Le juro que no volverá a ocurrir.

—Pues entonces mi hijo se sentirá muy decepcionado. —Laura se rio de nuevo—. Mira, niña, no debes sentirte mal por lo que ha pasado. Yo solo deseo ver a mi hijo feliz y parece que tú le haces muy feliz; y por lo que se ve, él también te hace feliz a ti. —Laura volvió a sonreír y a sonrojarse al mismo tiempo—. Eso es lo único que debería importaros. Marcos me ha contado todo

lo que has pasado en la vida y de verdad que no sabes cómo me duele lo que te ha ocurrido. Ya sé que esto que voy a decirte no es ningún consuelo, pero aquí me tienes para lo que necesites. Ojalá puedas llegar a tratarme como a una madre, ya que siempre quise tener una hija.

Después de esas hermosas palabras, Laura se le echó en los brazos y le dio un beso.

—Gracias, Carmen. Para mí sería todo un placer poder contar contigo y un gran honor que quieras ser esa persona tan importante en mi vida.

—Entonces todo arreglado...

—¿Qué está arreglado? —preguntó Marcos, que acababa de entrar en la cocina. Abrazó a Laura por la cintura y la besó, poniéndola un poco nerviosa al tener delante de su madre y de su hijo esas muestras de cariño con ella.

—Mami, ¿papá y tú vais a casaros?

—¿Por qué preguntas eso? —Laura le contestó con otra pregunta.

—Porque papá acaba de besarte como hacen los casados.

—De momento no es posible, pero puede que un día lo hagamos. ¿A ti te gustaría que mamá y yo nos casáramos?

—Sí, me encantaría.

—Ya no tienes escapatoria, bombón, vas a tener que casarte conmigo.

—Déjate de tonterías. Y poned la mesa mientras tu madre y yo terminamos la cena.

—Anda, vamos a poner la mesa, que tu madre se pone nerviosa. — Marcos y Hugo abandonaron la cocina riéndose.

—Mi hijo no está bromeando, y te puedo asegurar que tarde o temprano se casará contigo —le dijo Carmen cuando se quedaron solas—. Tiene una costumbre muy fea, o muy buena según se mire, y es que siempre consigue lo que quiere. Cuando era pequeño quería ser médico y mira hasta dónde ha llegado. Y lo consiguió con muchísimo esfuerzo, pues mi marido y yo no podíamos pagarle los estudios, por lo que siempre estaba estudiando para que no le quitaran las becas. Quería tener las mejores notas para poder elegir lo que más le gustaba. Así que, como bien te ha dicho él, no tienes escapatoria.

Laura sonrió al ver el orgullo de Carmen mientras hablaba de su hijo y en el fondo la comprendía. Cualquiera madre estaría orgullosa de tener un hijo como él, un hombre capaz de salvar a tanta gente que hasta le regalaban coches millonarios como agradecimiento. Incluso ella estaba orgullosa de él, y más después de salvar la vida de su hijo. Después de eso ningún hombre podía compararsele, todos quedaban anulados ante él.

La cena fue muy agradable. La madre de Marcos era encantadora y Laura se sentía muy a gusto a su lado y Hugo disfrutaba de la compañía de su padre y de su abuela, así que todo parecía ser perfecto.

Una vez terminaron de cenar, se sentaron junto al fuego y jugaron al parchís. Después se tumbaron en el sofá para ver una peli y ese momento fue para Laura el mejor de la noche, pues estar recostada sobre Marcos y abrazando a su hijo al mismo tiempo delante de esa gran chimenea fue algo mágico que no cambiaría por nada del mundo. Cuando acostaron al niño, que se había quedado dormido, y Marcos la cogió de la mano para llevarla al dormitorio, Laura le habló un poco avergonzada.

—No deberíamos compartir habitación por respeto a tu madre.

Marcos cerró la puerta del dormitorio, la cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Mi madre está encantada de que estemos juntos, y ya te he dicho antes que quiero dormir todas las noches con mis dos chicas preferidas. —Le dio un beso que la dejó sin respiración.

—Está bien, pero debes prometerme una cosa —susurró.

—Lo que quieras, bombón.

—No dejes que grite, no quiero que vuelvan a oírme. —A Marcos le dio la risa—. No te rías, me haces perder el control y por eso no me doy cuenta de que estoy gritando. —Él volvió a reírse y ella lo miró enfadada.

—Está bien, te prometo que no volveré a dejar que nadie te oiga. Eso sí, no me pidas que no te haga descontrolarte porque me encanta que lo hagas. — Cuando vio que iba a protestar, le dijo—: Voy a hacerte enloquecer y gritar hasta la saciedad, pero te prometo que nadie va a escucharte, solo yo.

Se apoderó de su boca sin dejarla hablar y, tal y como le había prometido, la volvió loca de placer; pero también, tal y como le había prometido, cada vez que sentía cómo iba a gritar por el placer que él le regalaba, la besaba para ahogar sus gemidos y que nadie más que él la escuchara; algo que le ponía a cien y lo descontrolaba, llevándolo a él también a esa dulce y placentera locura.



Capítulo 34

Al día siguiente Hugo entró en la habitación gritando y los despertó con su entusiasmo.

—¡Mamá, papá! ¡Vamos, despertad, está nevando!

—Tranquilo, no grites, tu madre está dormida.

—¡Oh, vamos! Quién puede dormir con estos gritos —dijo Laura lanzándole la almohada a su hijo—. Eres un bicho, casi me muero del susto.

Hugo le devolvió la almohada y riéndose, volvió a gritar:

—¡Vamos, mami! Quiero jugar con la nieve.

—Está bien, vamos a desayunar.

Desayunaron todos juntos, hablando y riéndose. Marcos, que estaba a su lado, parecía que no podía estar sin tocarla más de dos minutos, pues la besaba cada dos por tres, y Laura le devolvía los besos complacida, riéndose al mismo tiempo por las payasadas de su hijo.

—Parecéis los peces que tenía en Valencia, que siempre estaban dándose besos. ¿Te acuerdas de ellos, mamá? —Puso boca de pez y la abrió y cerró riéndose al mismo tiempo.

Laura asintió con la cabeza.

—Pues tendrás que acostumbrarte a vernos así, porque me encanta besar

a tu madre. —Marcos sonrió al ver la cara de resignación de su hijo y volvió a besar a Laura.

—Puedes besarla siempre que quieras, me gusta ver feliz a mamá.

—Sí, a mí también me gusta veros tan contentos —dijo Carmen—, pero ahora será mejor que aprovechéis las horas de más calor si queréis salir a pasear. No queremos que Laura vuelva a coger frío, ¿verdad?

—¡No! Eso no va a volver a pasar, tengo en el armario varios monos de nieve, así que veamos cuál te viene bien —dijo Marcos agarrándola de la mano y levantándola de la silla.

—¡Espera! No podemos irnos y dejar a tu madre con todo este lío —exclamó mirando la mesa de la cocina.

—No te preocupes, yo me encargo de todo. Vosotros salid y divertíos.

Pasaron la mañana haciendo muñecos de nieve y guerras de bolas, y Marcos y Hugo esquiando, animados por Laura cada vez que hacían una carrera con los esquís. Marcos iba al ritmo de su hijo y se dejaba ganar, y cuando Hugo se caía, él le ayudaba a levantarse y con toda la paciencia del mundo volvía a explicarle cómo debía poner los pies.

Lo estaban pasando tan bien los tres juntos que Laura deseaba quedarse allí para siempre, ya que le encantaban la nieve y ese paisaje rústico y salvaje rodeado de árboles y naturaleza. La cabaña estaba cerca de una aldea de montaña, pero a simple vista parecía estar alejada del mundo, y eso era lo que la hacía maravillosa.

Había un pequeño lago cerca de la casa y Marcos les contó, mientras pescaban en un agujero que los aldeanos habían hecho, que en verano era una maravilla estar allí arriba apartados del mundo, disfrutando de la naturaleza y del lago. Laura pensó que debía ser increíble poder contemplar ese paisaje verde y frondoso.

—¿Nos traerás en verano? —le preguntó absorta en lo que contemplaba—. Me encantaría pasar unos días aquí.

—No te preocupes, conseguiré que el negrero de tu jefe te dé dos semanas de vacaciones y las pasaremos aquí si queréis. —Ella se rio al oírle decir eso.

—Creo que podría quedarme aquí para siempre, me gusta la paz que se siente rodeada de tanta naturaleza.

—Sí, podríamos ser como Robinson Crusoe —dijo Hugo haciéndoles reír—. Papá, ¿tú estás seguro de que aquí hay peces?

—Claro.

—Pues deben estar todos congelados porque no pica ninguno —bromeó provocando que rieran de nuevo.

—Nosotros sí que nos vamos a quedar congelados si no nos vamos para la casa.

—Sí, será mejor que nos vayamos, tu madre ya debe tener la comida.

Cuando llegaron, Marcos le ayudó a quitarse el mono. Le venía un poco grande, pero aun así él la había obligado a ponérselo.

—¿Has pasado frío? —le preguntó bajándole la cremallera.

—No.

—¿Ves?, te lo dije. Ayer no llevabas la ropa adecuada, por eso te quedaste helada.

—Tienes razón, pero no me digas que no valió la pena porque si no, aún estarías intentado colarte en mi cama. —Se rio al ver cómo Marcos la miraba con los ojos como platos.

—Estás muy equivocada. —Le sonrió con picardía—. Aunque ayer no hubiera tenido que hacerte entrar en calor, me habría colado igualmente en tu cama y te habría obligado a cumplir tu promesa de concederme cualquier cosa que te pidiera por salvar a Hugo.

—Eres un chantajista, ¿lo sabías? —Volvió a reírse.

—Sí, lo sé, y por tenerte soy capaz de cualquier cosa, incluso de chantajearte. —La cogió por la cintura y le dio un beso—. Te quiero, bombón.

—Yo también te quiero, mi amor.

Marcos sonrió complacido y volvió a besarla. Cuando Hugo salió de la cocina y los vio, protestó muy serio.

—Dejaos de tantos besos, que la comida ya está. La abuela me manda a buscaros.

Marcos se acercó a su hijo, lo cogió por la cintura y lo levantó por los aires haciéndole reír mientras se lo comía a besos.

—Está bien, vayamos a comer, me muero de hambre.

—¡Para, para, papá!

A Laura le encantaba verlos así, disfrutaba de cada segundo que compartían los tres juntos y se sentía inmensamente feliz.



Capítulo 35

La mañana de Navidad Marcos y Laura entraron muy temprano a la habitación de Hugo, pues querían despertarlo para ver los regalos de Papá Noel, y esta vez fue él quien se despertó con un gran susto, pues sus padres se tiraron en la cama y se lo comieron a besos.

—¿Ya ha venido Papá Noel?! —gritó sonriendo por los achuchones que recibía.

—Sí, ya ha venido Papá Noel —dijo su padre.

—¡Vamos, corre, que la abuela está abajo esperando! —le apremió Laura.

Los tres bajaron corriendo y, al llegar, Hugo se sentó debajo del árbol y

empezó a mirar todos los regalos.

—¡Este es para mí, mami! —exclamó muy emocionado cogiendo un paquete.

—Entonces a qué estás esperando, ábrelo —le animó su madre.

—¡Es un Furbi, mami! —gritó cuando vio el contenido—. ¡Lo que yo quería!

—¿Te das cuenta de que Papá Noel sí sabe dónde están todos los niños del mundo? Y te ha traído hasta aquí lo que le habías pedido.

—¡Sííí, qué guay!

Laura había traído los regalos que había comprado antes de saber que pasarían allí las Navidades y los había colocado debajo del árbol cuando todos dormían. Marcos había hecho lo mismo con los suyos.

—¿Por qué no dejas el Furbi y miras si hay más regalos?

—Pues claro que hay, hay muchos. —Cogió uno—. Este es para papá.

Marcos miró a Laura y le sonrió, sabiendo que ese regalo se lo había comprado ella.

—¡A ver, a ver! ¿Qué será?

Cuando lo abrió, vio una pulsera de cuero y plata muy moderna y bonita; detrás tenía una inscripción que decía: «Siempre serás mi héroe». Al leerla le salió una gran sonrisa.

—¿Te gusta? —le preguntó Laura.

—Es muy bonita, tanto que voy a llevarla siempre conmigo —Le ofreció la pulsera y la mano para que se la pusiera.

—Es muy bonita —dijo Carmen.

—Mira, mami, este es para ti.

—¡Vaya! ¿Qué será? —Cuando Laura abrió el regalo se quedó muy sorprendida y no pudo evitar reírse, ya que los dos habían tenido la misma idea. Marcos le había regalado una pulsera de oro blanco rígida como un brazalete y decorada con brillantes que formaban unos dibujos muy bonitos. Laura sonrió al leer la inscripción de dentro: «Gracias por entrar y cambiar mi vida»—. De nada, pero que conste que tú también has cambiado la mía y también te estoy *muy* agradecida.

Marcos le sonrió y le colocó la pulsera, como ella había hecho con él.

—¿Te gusta? —le preguntó, y los dos se echaron a reír, ya que incluso la pregunta era la misma.

—Me encanta, es preciosa, y yo también voy a llevarla siempre.

Después de eso se dieron un beso y Hugo protestó nuevamente.

—¡Oh, no! No empecéis con los besos, que aún faltan más regalos, y este es para la abuela.

—¡Vaya! ¿Para mí también hay?

—Sí, ábrelo, abuela.

—Es muy bonito. —Era un bolso de marca muy elegante con su cartera a juego—. Gracias, hijo —se dieron un beso y un abrazo—, pero creo que es demasiado para mí.

—Nada es demasiado para ti, mamá.

—¡Mami, mira! Esta caja es enorme y es para mí.

—¡Ahí va! Seguro que ese regalo se lo ha pedido tu padre a Papá Noel. Cuando el niño lo abrió, se quedó atónito.

—¿Qué es, papi?

—Un Scalextric.

—¿Y que es un Scalextric?

—Ven, vamos a montarlo, verás cómo te encanta.

Los dos se fueron con la caja y se sentaron frente a la chimenea, donde empezaron a montarlo. Laura no podía apartar la mirada de ellos, pues le encantaban la paciencia, la complicidad y la manera en que Marcos trataba a su hijo, cómo hablaba con él, cómo se reían juntos, cómo jugaban. Héctor jamás había sido capaz de perder unos minutos jugando con él y, sin embargo, a Marcos se le veía disfrutar cada segundo de la compañía de su hijo; eso la hacía sentirse feliz y orgullosa de ese hombre. Una mano que cogía su muñeca la sacó de sus pensamientos.

—Es muy bonita —dijo Carmen admirando la pulsera—. ¿Sabes? Es la primera vez que mi hijo regala una joya.

—¿De verdad?

—Sí. También creo que Marcos se ha hecho un autoregalo con ese Scalextric; míralo, disfruta más que el niño.

—Me encanta verlos juntos.

—Sí, a mí también. Nunca creí que algún día pudiera ver algo así. Siempre pensé que no llegaría a ser abuela, ya que esa arpía que tiene como esposa ni quiere niños ni puede tenerlos.

—¡Vaya! Parece que tu nuera no te cae muy bien, ¿no?

—Pues no, no me cae nada bien. Desde que se casó con mi hijo lo ha manipulado y ha hecho lo que le ha dado la gana con él, y todo porque él siente lástima por ella, ya que cree que si la deja es capaz de suicidarse. Pero es mentira, esa mujer se quiere demasiado a sí misma para hacerse daño. Las

dos veces que lo intentó lo hizo a sabiendas de que él llegaría a tiempo para salvarla, ya que antes de hacerlo siempre lo ha llamado avisándole de sus propósitos. Por eso sé que no se haría daño a sí misma, porque las personas que de verdad quieren suicidarse no avisan de lo que van a hacer, lo hacen y punto. Patricia solo monta esos teatros para llamar la atención de mi hijo y que por lástima el vuelva a su lado. Por eso quiero que me prometas una cosa.

—¿El qué? —preguntó un poco confusa por todas esas confesiones.

—Que haga lo que haga esa mujer, no dejarás a mi hijo. Puedes estar segura de que ella intentará separaros y si lo consigue, volverá a enredarlo en su telaraña. Es la primera vez que veo a mi hijo tan decidido a poner fin a ese matrimonio, y si lo hace es por ti. Si tú lo abandonas, todo le dará igual y ella volverá a atraparlo como siempre ha hecho.

—Entonces no debes preocuparte, porque no pienso dejar a tu hijo. Lo necesito tanto o más de lo que él me necesita a mí.

—Pues me alegra oírte decir eso...

—¡Mami! ¡Corre, ven, mira qué chulo! —gritó Hugo muy emocionado al ver esos pequeños coches correr por esas pequeñas pistas.

—Tengo que dejarte, mis dos amores me están reclamando.

—Anda, ve, yo iré preparando el desayuno.

Los tres se pusieron a jugar y a competir con los coches y se lo pasaron bomba. Cuando terminaron la carrera, Laura se abrazó a su cuello y lo besó con mucha ternura.

—Tu madre tenía razón, es un regalo para el niño, pero a la vez un autoregalo para ti.

—Pues te equivocas, listilla, es una manera de compartir algo con mi hijo. —Ella no pudo evitar volver a besarlo con mucha pasión al oírle decir eso—. Pero sí, me encanta ese regalo. —Ella sonrió y esta vez fue él quien la besó—. Vamos a desayunar.

Era la última noche, acababan de hacer el amor y estaban abrazados.

—¿No podríamos quedarnos aquí? —le preguntó abrazada a su cintura y mirándole a los ojos—. No quiero volver.

—Me encantaría quedarme aquí contigo y con el niño en plan Robinson Crusoe, como dice Hugo, pero nuestros pacientes nos esperan. Sobre todo esos niños que te adoran.

—Sí. Que conste que si vuelvo es por ellos, porque si no te secuestraría y no te dejaría volver. —Marcos sonrió—. Tengo una cosa que decirte.

—¡Uuuy! Te has puesto muy seria. ¿Qué pasa?

—El martes tengo que ir a Valencia.

—¿Por qué? —preguntó alarmado.

—Tengo que ir a firmar los papeles del divorcio.

—¿Ya?! ¿Tan pronto?

—Cuando las cosas se hacen de mutuo acuerdo, son más rápidas.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Quiero que te encargues de Hugo porque no sé cuándo volveré.

—¿Cómo vas a ir?

—En taxi, es lo más rápido. Me sale caro, pero vale la pena, así no tengo que depender de horarios.

—Me parece perfecto. ¿Quieres que te acompañe mi abogado?

—No, no es necesario. Ya está todo aclarado, solo tengo que firmar y se acabó.

—Te conozco y seguro que has sido demasiado generosa con ese cerdo.

—No quiero nada de él y solo me concedía la custodia de Hugo si no le pedía nada, así que no hemos tenido muchos problemas. Solo le he pedido mi antiguo apartamento, que él compró y me regaló cuando nos casamos. Me encanta ese piso, así podremos pasar los veranos allí, en la playa. ¿Te gusta la playa?

—Sí, pero no necesitas nada de ese cerdo. Me parece perfecto que después del lunes nada te ate a él, así serás solo mía —dijo haciéndola reír y comiéndosela a besos.



Capítulo 36

Cuando Marcos se despertó, Laura seguía durmiendo. Estaba bocabajo, desnuda y destapada, y él no pudo evitar contemplar su cuerpo desnudo. Una mancha en su piel llamó su atención, era la primera vez que la veía y se preguntaba por qué nunca la había visto, pero la respuesta era evidente. Siempre estaba tan ansioso por tomarla que no se paraba en esos pequeños detalles, pero sabía que desde ese momento ya no podría vivir sin admirar esa pequeña marca de nacimiento con forma de corazón color sangre en su nalga derecha. Era muy bonita y llamaba su atención como si estuviera hipnotizado por ella. Sin poder evitarlo, empezó a besarla y acariciarla, mientras ella se despezaba al sentir sus caricias.

—No te muevas, acabo de descubrir una cosa que me tiene hechizado — dijo acariciando ese pequeño corazón.

—Pues siempre ha estado ahí.

—Lo imagino, ¿tienes alguna otra cosa por ahí escondida que yo no haya

visto? —Ella se rio.

—No, a no ser que esté tan escondida que ni siquiera yo la haya visto. —
Le hizo reír con ese comentario.

—Me encanta. —Besó de nuevo ese pequeño corazón y comenzó a recorrer su cuerpo con besos suaves y ardientes que la hicieron estremecer. Cuando llegó a su oído, le dijo mordiéndoselo—: Quiero besar ese pequeño corazón todas las noches, todos los días y a todas horas.

—Puedes hacer lo que quieras conmigo, mis dos corazones te pertenecen. —Laura se volvió hacia él para besarlo con mucha pasión, haciéndole perder el control.

—Sí, me pertenecen.

Marcos se puso encima de ella, le abrió las piernas y se coló muy lentamente en su interior sin dejar de mirarla a los ojos. Laura, con un gran gemido por el placer de sentirlo dentro, susurró con un hilo de voz:

—Marcos, no podemos; Hugo podría entrar.

—Es pronto, ayer fue un día largo y cansado para él, aún tenemos un ratito. —Se movía lenta y profundamente dentro de ella, despertando todos sus instintos—. No puedes dejarme así.

—No, tú no puedes dejarme así, tendrás que terminar lo que has empezado —bromeó haciéndole reír.

—Será un placer para mí satisfacerte, bombón.

Cubrió su boca con la suya para que nadie más que él pudiera escucharla gritar de placer y le hizo el amor con toda esa pasión que la enloquecía.



Capítulo 37

Cuando Laura llegó a Valencia, Héctor la estaba esperando en el bufete de abogados y se quedó embobado mirándola. El cambio en ella había sido espectacular, ya no parecía esa mujer triste, ojerosa, esquelética y amargada que él dejó en aquel hospital. Ahora volvía a ser como aquella niña que conoció, increíblemente hermosa. Así que, sin poder evitarlo, se acercó a ella, la cogió del brazo y la apartó hacia un lado de la sala para poder hablar con ella a solas.

—¿Qué haces? Suéltame.

—Necesito hablar contigo.

—¿Qué ocurre? ¿Has cambiado de opinión respecto a las condiciones?

—No, no he cambiado de opinión, pero necesito que me escuches.

—Está bien. ¿Qué quieres?

—Te echo de menos, Laura, quiero que vuelvas conmigo. Si vuelves todo será distinto, seré el hombre que tú quieres que sea, me ocuparé de ti y del niño, y no os faltará de nada.

—Nunca nos faltó nada a tu lado, el único problema es que nos faltabas tú. Solo vives para tu agencia, lo demás es secundario, y yo no quiero ser la segunda cosa más importante en la vida de mi pareja.

—No me vas a hacer creer que ese hombre tiene tiempo para ti y para tu hijo siendo director de un hospital, eso también ocupa mucho tiempo.

—No quiero hablar de Marcos contigo. Además, si te dejé no fue por tu ausencia, sino por tus mentiras y tus engaños. Lo que hiciste fue imperdonable y todo se murió entre nosotros el mismo día que supe la verdad, ese día dejé de quererte y de respetarte, y no puedo estar al lado de un hombre por el que no siento más que decepción...

—Si me dieras otra oportunidad, podría demostrarte que he cambiado.

—Por favor, Héctor, no me lo pongas más difícil.

—Está bien, si no hay nada que pueda hacer para que cambies de opinión, firmemos esos malditos papeles —dijo muy enfadado.

Antes de firmarlos Laura los revisó bien uno a uno, pues desde que descubrió todos los engaños de su marido no podía fiarse de él. Cuando comprobó que la custodia de Hugo era solo suya y que el apartamento seguía a su nombre, firmó el divorcio sin importarle a quién pertenecía el resto del patrimonio que habían ido acumulando a lo largo de los años de matrimonio y que sabía que era bastante grandioso, pues la agencia de Héctor estaba en alza y los beneficios eran muy importantes. Pero a ella nunca le había importado su dinero y cuando se casó con Héctor, él ya era el dueño de esa agencia, así que lo correcto era que fuera suya. Eso la hacía sentirse bien consigo misma y era lo único que le importaba.

Al terminar se fue directamente al convento, pues se moría de ganas de ver a las monjas. Cuando sor Teresa la vio, la abrazó, la besó y lloró de emoción al tenerla de nuevo entre sus brazos, y Laura también lloró emocionada. Después, sor Teresa la avasalló a preguntas y la obligó a confesarse. Tras contarle todo lo ocurrido con Héctor y con Marcos, se sorprendió mucho.

—¡Ay, hija mía! Qué complicada es la vida. Solo puedo darte un consejo: sé feliz. No importa el camino que escojas mientras te lleve a la felicidad. Piensa en ti y en tu hijo, y decide qué es lo que os conviene y os hace felices.

—Marcos nos hace felices a los dos.

—Entonces veo que ya has decidido. Eso sí, quiero conocerlo y quiero que me jure ante Dios que va a hacerte feliz, porque no voy a consentir que otro hombre te haga daño —le dijo dándole un beso y un abrazo—. Ya has sufrido bastante, mi niña.

—Él es perfecto, madre, y le juro que en cuanto pueda, lo traeré para que lo conozca.

—Muy bien, hija, vayamos a ver a las demás. Seguro se llevan una gran sorpresa al verte, ya que no te esperábamos.



Capítulo 38

Marcos estaba en su casa esperando a Patricia, que llegaba esa misma mañana de París de concretar la última colección de su nueva *boutique*. La había citado allí porque quería aclarar su situación y pedirle de una vez por todas el divorcio. Sabía que Laura estaba firmando el suyo y él quería ser libre también para poder compartir su vida con ella y con sus hijos. Estaba nervioso porque sabía que iba a ser una batalla muy dura, pero no le importaba, porque con tal de poder estar con ellos, era capaz de enfrentarse hasta al mismísimo demonio si fuera necesario.

Al abrirse la puerta Patricia entró como una diva en un escenario, envuelta en un increíble abrigo de pieles, hermosa y elegante. Ella era la mujer

más bella y glamurosa que jamás había tenido entre sus brazos y, sin embargo, nunca fue feliz a su lado. Por el contrario, la belleza sencilla y tranquila de Laura lo llenaba y le hacía inmensamente feliz.

Patricia se acercó a él con una sonrisa radiante en los labios y se colgó de su cuello para besarlo, pero enseguida se separó, pues Marcos no le había devuelto el beso.

—¿Qué te pasa? —le preguntó mirándolo extrañada—. Que recibimiento tan frío, ni siquiera eres capaz de besar a tu mujer después de casi dos semanas sin verme.

—Tenemos que hablar.

—¡Uuuy! Eso siempre me suena a pelea. ¿Qué pasa ahora?

Cuando se volvió para dejar el abrigo en el sofá, vio las maletas de él al lado de la puerta.

—¿Por qué están ahí tus maletas? ¿Te vas de viaje?

—No. Me voy de casa. Quiero el divorcio, y esta vez no te van a servir tus pataletas ni tus amenazas de suicidio. Estoy decidido, Patricia, y nada va a hacer que cambie de idea. Este matrimonio es una farsa y ya no lo soporto.

—Has estado con ella, ¿verdad?

—Sí, y no me montes una escena de celos porque de nada te va a servir. Estoy enamorado de Laura y es la mujer con la que quiero pasar el resto de mi vida.

—Pero ¿por qué? Si yo te quiero.

—Pero yo a ti no, hace mucho tiempo que dejé de quererte. Y tú no me quieres, crees que me quieres, pero no es así.

—Tú no puedes saber eso.

—Sí lo sé, porque cuando se quiere a una persona, lo que más deseas es estar a su lado y hacerla feliz, y yo siempre estoy en el hospital para no tener que volver a casa contigo y lo mismo te pasa a ti. Siempre estás en tus *boutiques* y cuando estás en casa, solo quieres una cosa de mí, sexo, o llevarme a esas fiestas tan aburridas para lucir un marido joven y guapo, como les sueles decir a tus amigas para darles envidia. En eso se basa nuestro matrimonio y estoy cansado. Necesito una mujer con la que sienta ganas de sentarme todos los días en el sofá, abrazarla y contarle cómo me ha ido el día.

—¿Y esa mujer es Laura?

—Sí, es ella.

—Está bien. Si lo tienes tan claro, márchate con ella.

—¿Vamos a tener problemas con el hospital? Porque lo demás no me

importa, puedes quedarte con todo, pero necesito saber si puedo seguir haciendo mi trabajo o vas a intentar echarme de allí.

—Ese hospital no funcionaría sin ti, así que, con respecto a él, todo seguirá como hasta ahora. Por lo demás, tendrás que buscarte un buen abogado si crees que voy a dejar que te quedes con alguna de mis propiedades.

—Ya te he dicho que no quiero nada tuyo. Cuando me casé contigo era un simple médico y eso es lo que voy a seguir siendo sin ti.

—¡Ja! Un simple médico que cobra una pequeña fortuna todos los meses. ¡Y eso me lo debes a mí!

—Solo me pagas por mis servicios, y eso siempre ha sido algo fuera de nuestro matrimonio. Tú tienes un hospital y yo lo dirijo; eso tiene un precio, querida. No obstante, si ya no quieres mis servicios, puedes buscar otro que lo haga. Solo avísame con unos días de antelación y me marcharé.

—No quiero que abandones el hospital, nadie podría llevarlo mejor que tú, ya te lo he dicho.

—Está bien, ahora me voy. Nos pondremos en contacto para arreglar los papeles del divorcio.

Cuando Marcos salió de la casa con las maletas en las manos, tuvo una sensación muy extraña. Le parecía imposible que Patricia lo hubiera dejado marchar sin oponer resistencia ni intentar convencerlo para que no se fuera o amenazarlo con suicidarse. Era muy extraño, pero lo hecho, hecho estaba. Por fin se sentía liberado de esa mujer y una gran satisfacción lo invadía. Solo deseaba llegar a casa, encontrarse con Laura, sentarse con ella en el sofá, comérsela a besos y contárselo todo, y que al mismo tiempo ella le contara cómo le había ido con su marido.

Con esos pensamientos y la felicidad que le embargaba al pensar en un futuro con Laura, se dirigió al colegio a recoger a Hugo.

En cuanto Marcos se fue, Patricia llamó a Irene muy enfadada.

—Quiero que vengas inmediatamente a mi casa, tenemos que hablar.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estás tan enfadada?

—Marcos se ha marchado, ha cogido todas sus cosas y se ha ido con esa mujer. ¡¡Me ha dejado!!

—¿¿Qué?! ¿Y tú le has dejado ir?

—¿¿Y qué querías que hiciera, que lo atara a la pata de la cama?!

—Vale, no te pongas así, ahora voy.

Media hora más tarde, Irene estaba en su casa.

—Por fin llegas.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer para que vuelva contigo?

—No lo sé, pero tenemos que pensar en algo.

—¿Quieres que le haga la vida imposible en el hospital a esa robamaridos?

—No, ya te dije la otra vez que no. No puedes atacarla directamente y menos en el hospital, lo único que conseguirías sería que Marcos se volcara más en ella y a ti te echara a la calle, y por más que intentara evitarlo, no podría hacer nada para que te quedaras. Esa mujer es intocable estando en el hospital y, hagamos lo que hagamos, Marcos nunca va a dejarla. Debemos encontrar la manera de que sea ella la que lo deje a él, esa es la única forma de separarlos.

—¿Y si me enrollara con él? ¿Crees que ella sería capaz de aguantarle una infidelidad como nosotras?

—No lo sé, podría ser. Solo hay un problema, Marcos jamás volvería a enrollarse contigo.

—No es necesario que lo haga, solo que lo parezca.

—Si crees que puedes conseguirlo inténtalo, pero yo me refería a algo más sutil.

—¿Cómo qué?

—Esa mujer debería abortar.

—¿Crees que eso los separaría?

—Sí, si cree que es por su culpa.

—¿Qué quieres decir?

—Ven, tomemos una copa y hablemos.

Las dos se metieron en el despacho y allí empezaron a planear su pequeña venganza. Patricia le contó ese plan perfecto que había maquinado para que Laura perdiera a su bebé y cuando terminó de explicarlo, dijo como esa gran maestra de la manipulación y controladora de todo lo que la rodeaba que era, ya que siempre había conseguido que la gente hiciera lo que fuera por ella:

—Pero claro, yo no podría pasearme por el hospital sin que me reconocieran inmediatamente.

—Tú no, pero yo sí.

—¿Y tú te atreverías a hacer algo así?

—Con tal de ver a esa puta sufriendo y bien lejos de Marcos, soy capaz de cualquier cosa.

—Es bueno saberlo, pero será mejor no precipitarse y esperar el momento apropiado.

Laura regresó de Valencia muy tarde y cuando vio las maletas en la puerta, la mesa puesta con tres platos y a Marcos y a Hugo poniendo la mesa para cenar, se acercó a Marcos y se le tiró al cuello, preguntándole al oído:

—¿Lo has hecho? ¿Es definitivo? ¿Por fin vamos a estar juntos?

—Sí, acabo de abandonar a Patricia, y esta vez es para siempre. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—Todo está arreglado, desde este momento soy una mujer libre de nuevo. Bueno, por lo civil, no por la iglesia.

—¡Hey! No te equivoques, desde este momento eres mía y no voy a dejarte escapar.

—¿Y quién quiere escapar de ti, mi amor? —le preguntó sonriendo, pues sabía lo mucho que a él le gustaba que lo llamara así.

—Muy bien dicho, y lo importante es que podamos casarnos por lo civil, que es lo que cuenta; la iglesia es lo que menos me importa. Perdón, ya sé que para ti es importante.

—Lo único que me importa es estar a tu lado, el cómo es lo de menos.

Él no pudo aguantarse más las ganas y la tomó entre sus brazos para besarla con mucha pasión.

—Mamá, ¿papá va a vivir aquí con nosotros para siempre? —preguntó Hugo consiguiendo que dejaran de besarse

—Espero que sí —contestó ella.

—No te quepa la menor duda, campeón. —Cogió a Hugo en brazos y le preguntó—: ¿Tú quieres que esté aquí, que seamos una familia?

—Sííí, me encanta estar con los dos. ¿Mañana podremos bañarnos todos juntos en la piscina? Mamá se cansa enseguida y me deja solo.

—Bueno, mamá está embarazada y le cuesta hacer esfuerzos, pero tú y yo mañana jugaremos todo el tiempo que quieras antes de la cena, ¿trato hecho?

—¡Sííí! Me va a encantar que vivas aquí con nosotros. Y aún me debes un partido de fútbol, el último lo gané yo.

—Tienes razón, el sábado nos iremos de pícnic y jugaremos al fútbol.

—¡Bieeen! Voy a por los platos, tengo mucha hambre.

—No deberías consentirlo tanto.

—Déjame disfrutar de este momento, me encanta verlo tan contento por la idea de que vivamos juntos.

—¿Y qué esperas? Eres su padre, te adora y cualquier niño quiere ver a sus padres juntos.

—Y tú, ¿me adoras? —le preguntó rodeando su cintura con sus brazos para atraerla hacia él.

—No, yo te amo más de lo que nunca pensé que pudiera amar.

—A ver, déjame pensar, creo que también puedo conformarme con eso — bromeó haciéndola reír. Después se fundieron en un beso—. Yo también te amo y nunca voy a dejar de hacerlo.

Se sentaron a cenar y vieron un rato la televisión, después acostaron al niño y, ya solos, hicieron el amor con calma, sin prisa, saboreando, disfrutando y compartiendo cada beso, cada caricia como si fuera la primera vez. Una vez saciados, se quedaron abrazados en la oscuridad de la noche, totalmente relajados y satisfechos.

—Nunca creí que alguna vez podría compartir un momento como este con una mujer, te has convertido en algo imprescindible para mí.

—Y tú para mí, ya no sabría estar sin ti —confesó dándole un beso.

—Quiero que me prometas una cosa.

—Lo que quieras.

—Quiero que cuando escuches cualquier rumor sobre mí con otra mujer en el hospital, antes de creerlo acudas a mí y lo hablemos.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó confusa.

—Porque siempre hay gente que quiere hacer daño e inventa historias.

—¿Te refieres a Irene? Nada de lo que diga esa mujer va a hacer que dude de ti. Sé que me quieres, me lo has demostrado muchas veces, y para que creyera que me engañas con otra tendría que verlo con mis propios ojos.

—¡Dios! No sabes lo mucho que te quiero, eres tan perfecta —dijo dándole un beso tan apasionado que los dos volvieron a sentir ganas de amarse de nuevo.

Marcos estaba inmensamente feliz. Por fin había encontrado a esa mujer que no sentía miedo de que él saliera corriendo detrás de otra, esa mujer que creía en él sin importar le lo que la gente dijera. Lo único que pedía era que Laura no cambiara nunca, porque era perfecta así, tal y como era.



Capítulo 39

Una semana después todo continuaba perfecto entre los dos, acudían juntos al trabajo, comían juntos en el comedor y cuando era la hora de recoger a Hugo se iban juntos, o si él estaba muy liado ella se adelantaba. Marcos había dejado de pasar las noches en el hospital, ya no necesitaba quedarse a hacer guardias porque lo que más deseaba era pasar las noches con ella y, como era el jefe, ni ella ni él tenían que hacer guardias nocturnas, ese era el privilegio que tenían al ser él el director del hospital.

Laura estaba con Elvira en su habitación, a la niña le dolía la cabeza y ni siquiera los calmantes la aliviaban. La madre de Elvira le había pedido el favor de que intentara tranquilizarla, ya que cuando se ponía así, nadie más que ella podía conseguirlo.

—Vamos a ver, ¿qué le pasa a mi paciente favorita?

—Me duele mucho la cabeza, parece que me vaya a estallar.

—Está bien, tranquilízate. Cuanto más nerviosa te pongas, menos efecto

te harán los calmantes. Voy a darte un masaje en las sienes, verás cómo te ayuda a relajarte. —Mientras lo hacía, le preguntó para distraerla y que dejara de pensar en el dolor—. ¿Recuerdas nuestra primera salida, cuando estuvimos tumbadas en el césped jugando con las nubes?

—Sí.

—Pues ahora quiero que pienses en un cielo lleno de nubes y que intentes descifrar formas en ellas. Si eso no te ayuda, te cantaré una canción.

—¿Sabes cantar?

—¡Pues claro! ¿Quién no sabe cantar?

—Mi madre. Nunca la he oído cantar.

—Pues mi madre —se refería a la madre superiora—, me cantaba una canción de cuna muy bonita cuando no podía dormir o me asustaban las tormentas.

—¿Puedes cantármela?

—Sí, si cierras los ojos y te relajas.

La niña enseguida cerró los ojos para escúchala. Justo cuando estaba a punto de empezar a cantar, Marcos entró en la habitación. Le acababan de contar el dolor de cabeza que estaba sufriendo Elvira y se dirigía a chequearla, pero al verla con los ojos cerrados escuchando tranquilamente a Laura, supo que ella había conseguido tranquilizarla hasta que los calmantes le hicieran efecto. Elvira parecía muy relajada escuchando la melodiosa voz de Laura, al igual que su madre y Marcos.

*A la nanita nana, nanita ella, nanita ella.
Mi niña tiene sueño, bendito sea, bendito sea.
Fuentecita que corre, clara y sonora.
Ruiseñor que, en la selva, cantando llora.
Calla mientras la cuna se balancea.
A la nanita nana, nanita ella.
A la nanita nana, nanita ella, nanita ella.
Mi niña tiene sueño, bendito sea, bendito sea.
Fuentecita que corre, clara y sonora.
Ruiseñor que, en la selva, cantando llora.
Calla mientras la cuna se balancea.
A la nanita nana, nanita ella.*

—Es muy cortita —protestó la niña cuando terminó de cantar.

—Sí. ¿Te ha gustado?

—Sí. ¿Puedes cantármela otra vez? —le pidió mucho más relajada.

—Pues claro, tesoro.

Cuando empezó a cantársela de nuevo, la niña se quedó dormida y Marcos abandonó la habitación con unas ganas locas de abrazar y besar a Laura, pues después de ver cómo había actuado con Elvira, cada vez estaba más orgulloso de haberla contratado.

Aún no había dado tres pasos cuando se chocó con alguien. Al darse la vuelta y ver a Irene, suspiró molesto.

—¿De verdad piensas divorciarte de Patricia? —preguntó está parándose delante de él.

—Eso no es asunto tuyo. ¿Y qué haces en esta planta?

—Necesito que me firmes unos papeles. —Irene le ofreció una carpeta y él firmó los papeles rápidamente para librarse de ella cuanto antes—. ¿Por qué nunca has dudado de esa mujer? Dos veces te ha dicho que tienes un hijo con ella y las dos veces la has creído sin necesidad de hacerte una prueba de ADN como hiciste conmigo. ¿Por qué dudaste de mí?

—Tú y yo nunca tuvimos sexo sin protección, y dos meses después de dejarte viniste con el cuento de que estabas embarazada. ¿Tan estúpido me crees? ¿Sabes cuál es la diferencia entre ella y tú? Que nunca ha utilizado a sus hijos para atraparme, sino todo lo contrario: ha intentado huir de mí para que no supiera que estaba embarazada. Solo por ese pequeño detalle no he necesitado pruebas con ella. Además, me hace feliz, algo que ninguna mujer ha conseguido hasta ahora, y lo más importante, no es una loca que se muere de celos y me monta numeritos por cualquier cosa. En definitiva, vale mil veces más que tú y que cualquier otra.

—¿Estás enamorado de ella?

—No tengo por qué contestarte a esa pregunta, pero voy a hacerlo. Sí, estoy locamente enamorado de ella y no me avergüenza confesarlo. Solo espero que, ahora que lo sabes, dejes de perseguirme porque estoy cansado de ti.

De pronto Irene vio salir a Laura por la puerta de la habitación.

—¿Por qué no comprobamos si de verdad ella confía tanto en ti y te quiere lo suficiente como para perdonarte esto? —le preguntó con mucha malicia.

Sin darle tiempo a reaccionar y aún extrañado por su pregunta, no pudo evitar que Irene se lanzara a su cuello y acabara apoderándose de su boca con fuerza justo en el mismo instante en el que Laura caminaba hacia ellos.

Laura se quedó pasmada al verlos, no podía creer que él estuviera ahí delante de todo el mundo besando a Irene. No, eso no podía ser.

«Tranquilízate, debe haber una explicación y él te la va a dar», se dijo a sí misma. «Él te ama y detesta a esa mujer, no debes ponerte de los nervios».

Marcos, como pudo, se quitó a Irene de encima de un empujón, ya que ella lo tenía agarrado con mucha fuerza, y se limpió la boca con la manga de la bata.

—¿Te has vuelto loca?! —le gritó furioso—. Si vuelves a hacer eso...

—¡Vamos, cariño, no disimules, lo deseabas tanto como yo!

Marcos se dio cuenta de que al hablar miraba a su espalda y cuando se giró y vio a Laura detrás de él, la furia lo invadió, pues supo por qué Irene lo había besado.

—Quiero que recojas todas tus cosas ahora mismo y que te largues de este hospital, estás despedida —ordenó con voz de hielo volviéndose de nuevo hacia Irene.

—Tú no puedes echarme, solo Patricia puede hacerlo.

—¿De verdad crees que puedes pasar por encima de mí?!

—Marcos...

Cuando Marcos escuchó la voz de Laura, se volvió para mirarla e intentar arreglar la encerrona en la que Irene acababa de meterlo.

—Laura, por favor, debes creerme, esto no es lo que parece. Te juro por Dios que yo no la he besado, ella se me ha echado encima. —Estaba nervioso y hablaba muy rápido.

—Lo sé, y te creo.

Marcos se quedó tan sorprendido por su confianza, que no sabía qué decir, ya que lo más normal era que las mujeres lo culparan de infidelidad sin tener siquiera pruebas. Pero ella no, ella confiaba en él, aun después de pillarlo besando a otra mujer. Descubrir eso lo llenó de tanto placer que sin decir una sola palabra se acercó a ella, la cogió por la cintura y la besó con tanta ternura y tanto amor que la dejó sin aliento.

—¿Me acabas de ver besando a otra mujer y aun así eres capaz de confiar en mí? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí, pero quiero una explicación. Aunque creo saber lo que ha pasado.

—Ella debió verte salir y se abalanzó sobre mí, te juro que no me dio tiempo a reaccionar —le explicó.

—Eso era lo que suponía.

—¿Por qué estás tan segura de mí?

—Por dos razones. La primera porque no estabas abrazándola mientras ella te besaba, sino todo lo contrario, estabas tenso y más tieso que un palo.

—¿Cómo puedes saber que estaba tenso?

—Porque estaba detrás de ti y conozco tu cuerpo. Sé cuándo estás relajado y cuándo no, y cuando me besas y me abrazas, no dejas los brazos caídos y los puños apretados. ¿Quieres saber cuál es mi segunda razón?

—Sí, por favor, lo estoy deseando —sonrió.

—Pues la manera en la que la has apartado de ti y lo que le has dicho sin saber que yo estaba detrás de ti y cómo después te has limpiado la boca con repulsión. No necesito más pruebas para saber que esa mujer te ha besado para que discutamos. —Con una sonrisa radiante, le preguntó—: No vamos a darle el gusto a esta loca, ¿verdad?

—No, ni siquiera vamos a pensar en ella. ¡Oh, bombón! No sabes lo mucho que te quiero. —La abrazó con mucha fuerza, como si quisiera fundirse en ella, y la besó nuevamente robándole la razón.

Irene no podía controlar la rabia que se apoderaba de ella al ver que su plan había fracasado, y, sobre todo, no podía soportar que él fuera tan cariñoso con ella y que ella fuera capaz de perdonarle algo así. Los celos se la comían por dentro, ya que siempre había deseado que Marcos estuviera así con ella, que la amara de la manera en que parecía amar a esa mujer. Siempre había soñado con que él le dijera que la quería como acababa de decirle a esa mujer.

«Te odio, Marcos. Y a ella. Y juro que no descansaré hasta que pagues por todos los desplantes que me has hecho. Y ella pagará por conseguir lo que yo nunca pude; ese hijo debía ser mío y no suyo. Nunca vais a ser felices, de eso me voy a encargar personalmente».

—Voy a despedir a esa mujer, no la quiero cerca de mí —dijo Marcos con los labios aún pegados a los de Laura.

—No, no lo hagas.

—¿Por qué la defiendes después de lo que ha hecho?

—Estoy segura de que después de todo lo que le has dicho y de ver que de nada le han servido sus tretas, no volverá a intentarlo. Tiene un hijo y necesita el trabajo. Olvídalo, por favor; hazlo por mí, no vale la pena.

—Está bien, lo haré por ti. Pero que conste que, si vuelve a intentarlo, la despediré y ni siquiera tus súplicas me harán cambiar de opinión.

—Está bien, si vuelve a intentarlo, no me meteré en tu decisión.

—Eres demasiado buena ¿lo sabías? Y hay veces en las que se deben tomar ciertas decisiones sin importarte lo duras que sean para otras personas. Espero no tener que arrepentirme de esto.

—Seguro que no, ya lo verás.

—Ahora tengo que irme a trabajar, no me puedo pasar el día holgazaneando con mi enfermera preferida. —Laura se rio a carcajadas al oírle decir eso.

—Sí, será mejor que te vayas.

Se besaron una vez más y cada uno siguió con sus quehaceres, deseando que llegara la hora de comer para volver a estar juntos.

Irene entró en su despacho tan furiosa que lo primero que hizo fue coger el teléfono para descargar toda esa furia que la quemaba por dentro.

—¡Patricia, estoy decidida! ¡Voy a hacer que esa mujer maldiga el día que conoció a Marcos!

—¿Estás segura? —preguntó sorprendida pero complacida al mismo tiempo.

—Nunca en mi vida he estado más segura de nada. Quiero verlos sufrir a los dos.

—Está bien, ven a mi casa esta noche y pondremos el plan en marcha. Eso sí, sabes que, si algo sale mal, estarás sola en esto, porque yo nunca confesaré que sabía tus intenciones. Y si intentas involucrarme, acabaré contigo.

—Puedes confiar en mí. Si algo sale mal, yo seré la única responsable.

—Está bien, entonces hagámoslo. No tenemos mucho tiempo, dentro de dos días van a intervenir a esa mujer. Te espero esta noche.



Capítulo 40

Dos días más tarde, Laura estaba trabajando como todos los días, cuando de repente le entró un wasap de Marcos en el móvil:

Te espero en la sala de ecografías.

Reúnete conmigo en 5 minutos.

Es urgente, te quiero.

Laura, sonriendo por sus dos últimas palabras, se dirigió a la sala de ecografías. Cuando entró, le sorprendió verla vacía, ya que esperaba que Marcos estuviera allí. De repente sintió a alguien en su espalda, pero justo cuando fue a volverse, una mano con una gasa blanca le tapó la boca. Inmediatamente un olor muy desagradable invadió sus fosas nasales y todo se hizo de noche.

—Acaban de traer a la paciente a la que se le ha de practicar el aborto —
informó la celadora que empujaba una camilla al cirujano de guardia.

—Aún es pronto, el aborto está programado para dentro de una hora —

dijo el médico.

—Órdenes del jefe, hay que adelantarlo. La mujer estaba histérica, han tenido que sedarla para poder bajarla, por eso quiere que se haga cuanto antes. Aquí tienes el cambio de horario firmado por el jefe.

—Si el jefe quiere adelantarlo, lo adelantaremos, ¿no te parece? Él es el que manda —dijo el cirujano cuando terminó de revisar los papeles—. Pobrecita, no me extraña que esté histérica. Descubrir a los cinco meses que tu bebé está muerto dentro de ti debe ser muy traumático.

—Pues sí.

—Será mejor que nos demos prisa, no vaya a despertarse y me la líe, no tengo ganas de dramas de buena mañana. ¿Por qué llevas mascarilla?

—Creo que he pillado la gripe y no quiero contagiársela a los pacientes.

—Pues deberías irte a casa, eso sería lo mejor.

—Es lo que pienso hacer ahora mismo. Bueno, te la dejo, yo ya he hecho mi trabajo.

Salió corriendo del quirófano dejando allí la camilla y a la mujer inconsciente.

—Vamos, chicos, poneos las pilas que tenemos trabajo. Anestesiadla antes de que se despierte.

El equipo se puso a trabajar y en un abrir y cerrar de ojos todo estaba dispuesto para empezar la intervención. Cuando el cirujano seccionó el abdomen de la paciente y sacó a ese supuesto bebé que debía estar muerto, la sorpresa lo dejó paralizado y empezó a blasfemar como un loco.

—¡¡Maldita sea!! ¡¡¿Qué puta broma es esta?!!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué gritas? —le preguntó su ayudante.

—¡¡Llamad inmediatamente a la doctora Verónica!!

—¿Qué está ocurriendo? Me estás asustando.

—Que a alguien se le va a caer el pelo, y no será a mí.

—¿De qué estás hablando?

—¡Alguien la ha cagado y bien, este bebé no está muerto!

—¡¡¿Qué?!! ¡Vuelve a meterlo dentro inmediatamente!

—No puedo hacer eso, es demasiado tarde, ya hemos cortado el cordón umbilical. ¡¡Una incubadora, rápido!! ¡¡¿Dónde coño está Verónica?!!

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tantos gritos? ¿Cuál es la urgencia? —preguntó Verónica entrando al quirófano.

—¡¡Explícamelo tú!! ¡¡Acabo de seccionar el abdomen de esta mujer porque, según tú, su hijo estaba muerto y resulta que ese niño está vivo!!

—¡¡Eso es imposible!! ¡¿Dónde está el bebé?!

—En la incubadora.

Verónica se acercó a la incubadora y vio que la niña acababa de dejar de respirar. Intentó encontrar su latido para ver si aún estaba viva, pero era inútil, su diminuto corazón no había podido resistir ese entorno, era demasiado pronto para ella.

—¡¡Oh, Dios mío, está muerta!!

—Y qué esperabas, era demasiado pronto para resistir fuera de la barriga de su madre. ¿Cómo has podido cometer un error tan grande? —le reprochaba el cirujano mientras cerraba con la grapadora la barriga de esa mujer que seguía inconsciente sin poder siquiera imaginar lo que estaba pasando en esa sala.

—Un momento —dijo Verónica mirando al bebé—, el bebé que estaba muerto era un varón. ¡¡Joder!! ¡¿Qué habéis hecho?!

—¡¿De qué estás hablando?!

—Esta mujer no puede ser mi paciente, ella esperaba un varón. — Verónica se acercó a la paciente y cuando le quitó el gorro que casi le tapaba los ojos y el tubo que tenía en la garganta, se quedó paralizada—. ¡¡Oh, no, maldita sea!!

—¡¿Qué pasa?! ¡¿Quién es?!

—No me gustaría estar en tu pellejo —dijo con una voz casi imperceptible por la impresión—, acabas de matar a la hija del jefe.

—¡¡Joder, esto es una puta pesadilla!! ¡¿Estás segura?!

—Sí, y más te vale que a ella no le pase nada porque si no te va a despellejar vivo.

—¡¡¡Dios, Dios, Dios!!! ¡¿Qué mierda ha pasado?!! ¡¡No entiendo nada!!

—No lo sé, pero va a correr la sangre. ¿Quién la trajo?

—No lo sé, una celadora, tenía la cara tapada con una mascarilla, porque según ella tenía gripe y no quería contagiar a los pacientes.

—Más bien lo que no quería era que la reconocieras, creo yo.

—Me dijo que se había adelantado la intervención, dejó aquí a la mujer y se fue. Miré los papeles y todo estaba en regla, el jefe los había firmado y el historial en su cama era de tu paciente. ¡¡Joder!! ¡¿Cómo me puede estar pasando esto a mí?!

—¡¿Cómo esta Laura?!

—Está bien, ya he terminado.

—Será mejor que la subamos a una habitación, no quiero que se despierte

aquí.

Marcos apareció por la puerta de pediatría, acababa de subir de la sala de ecografías y allí no había encontrado a Laura.

—Susana, ¿has visto a Laura? —le preguntó a una de las enfermeras.

—¿No estaba contigo?

—No. ¿Por qué?

—Me dijo que la esperabas en la sala de ecografías.

—Eso es lo extraño, yo no le he mandado ese wasap y allí no está. Voy a ver si la encuentro.

Mientras bajaba en el ascensor se preguntaba quién podía haberle mandado a Laura ese mensaje. Se había dejado el móvil en el despacho y cuando volvió, vio el mensaje que supuestamente él le había mandado y la contestación de Laura: «Voy bajando, yo también te quiero». Después le había mandado besos y una carita con corazones, que le habían hecho sonreír. Pero no entendía muy bien por qué alguien la citaría con su móvil. Así que fue en busca de Verónica para ver si sabía algo, ya que la cita era en su consulta.

Cuando llegó a los quirófanos se quedó bastante sorprendido. Aquello parecía un caos y los gritos en uno de los quirófanos retumbaban en las paredes.

—¡¡No, yo no pienso decírselo, era tu paciente, el error es vuestro!!

—¡¡Eres un cobarde!!

—¡¡Es tu amigo, a ti te escuchará, a mí querrá matarme!!

—¿Qué está pasando aquí?! ¡¡Dejad de gritar!! —Los dos se quedaron estupefactos cuando lo vieron—. Así está mejor. ¿Alguien va a explicarme qué está pasando? ¿Por qué discutíais? Vais a espantar a todo el hospital.

—Marcos, debes intentar tranquilizarte —empezó a decirle Verónica.

—Estoy muy tranquilo, ¿o no debería estarlo? —bromeó—. ¿Qué está ocurriendo, Vero?

—Se trata de Laura.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó asustado. Al ver que ninguno le contestaba, insistió—: ¿Le ha pasado algo a Laura? ¡Maldita sea, contestadme! —gritó enfadado y tenso.

—Ha habido un error, aún no sabemos cómo ha podido pasar algo así.

—¿Qué... le pasa... a Laura? —Arrastró las palabras porque empezaba a

ponerse muy nervioso. Verónica le entregó el informe y cuando Marcos lo leyó, dijo—: Yo no he ordenado que adelanten esta intervención.

—Tu firma está en ese informe, Marcos, por eso lo hice —le aclaró el cirujano muerto de miedo.

—Sí, es mi firma, pero no sé por qué está ahí. Y tampoco me importa si se ha adelantado esa intervención, era inevitable. Ahora, ¿puede explicarme alguien qué ha pasado con Laura? Y es la última vez que os lo voy a preguntar.

—Es a Laura a la que han intervenido —dijo Verónica con voz temblorosa temiendo su reacción.

—¿Estás tratando de decirme que le habéis practicado un aborto a Laura?

—Sí, y aún no podemos entender cómo ha pasado.

—¡¡¿Qué?!! ¡¡¡¿Cómo coño ha podido ocurrir algo así?!!! —Sus gritos retumbaron en el quirófano como si de un terremoto se tratara—. ¡¡¿Has sido tú?!! ¡¡Maldito hijo de puta!! —Se abalanzó sobre el cirujano y lo cogió del cuello intentando estrangularlo—. ¡¡¡Voy a matarte, maldito cabrón!!!

Verónica trató de ayudar a ese pobre hombre que sin comerlo ni beberlo se había metido en todo ese lío.

—¡¡¡Suéltalo!!! ¡¡Marcos, por Dios, él no tiene la culpa, él no sabía que era Laura!! ¡¡Lo estás ahogando!! ¡¡¡Ya basta!!! —Le dio un bofetón que le hizo reaccionar y salir de esa ira que lo cegaba—. ¡Él no tiene la culpa de lo que ha pasado! Si quieres estrangular a alguien, busca a Irene, seguro que todo esto es cosa suya.

—¿Dónde está mi hija? —preguntó abatido dejándose caer en la camilla.

—En la incubadora, no pudimos hacer nada por ella. Con dieciocho semanas de vida es imposible que viva fuera del cuerpo de la madre —le informó muy apenada.

—Quiero verla. —Se incorporó y Verónica lo acompañó hasta la incubadora donde yacía muerta esa pequeña niña que apenas estaba formada. Mientras la miraba y acariciaba su cuerpo frío e inerte, dijo con una voz estremecedora que daba miedo—: Contadme exactamente todo lo que ha pasado.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Verónica después de explicárselo todo.

—Encontrar a esa hija de puta y hacer que pague por todo lo que ha hecho. Quiero que llames a la policía y antes de que lleguen, quiero que los guardias de seguridad tengan pruebas contra ella. Que busquen en todas las cámaras de seguridad y que encuentren alguna prueba. Quiero a esa mujer

entre rejas esta misma noche.

—Está bien, voy a ocuparme de eso ahora mismo.

—¿Dónde está Laura?

—En la habitación burbuja, hice que la llevaran allí porque me pareció el sitio más seguro para ella en estos momentos. También ordené a una de las enfermeras que no la dejara sola ocurriera lo que ocurriera y que no dejara entrar a nadie.

—Gracias. —Cuando se volvió y vio cómo él cirujano lo miraba asustado, le dijo—: Lo siento, no debí pagarlo contigo.

—No te preocupes, yo en tu lugar hubiera actuado igual —señaló el pobre hombre tocándose el cuello, que aún le dolía por la agresión.

—Cualquier cosa me avisas, estaré con Laura —le pidió a Verónica—. Quiero que registren todo el hospital por si esa loca aún estuviera aquí.

—No te preocupes, así se hará. Ahora será mejor que subas con Laura. Cuando se despierte, no va a saber qué ha pasado y será mejor que tú se lo expliques.

—¿Y qué le voy a explicar? ¿Que gracias a los celos absurdos de una antigua amante hemos perdido a nuestra hija? ¿Que incluso yo firmé ese consentimiento para que le arrancaran a mi hija de sus entrañas? ¿Cómo crees que va a entender algo así? Va a odiarme, y no le faltarán razones.

—No seas injusto contigo mismo, tú no has tenido la culpa de nada y ella lo entenderá. Nadie es culpable de los desvaríos de una loca.

—Gracias por tus palabras de consuelo, pero no creo que me vayan a ayudar. Si quieres que te sea sincero, ni siquiera sé cómo explicarle toda esta locura.

—Lo harás, confía en ti mismo, lograrás que te entienda.

—Dios te oiga.

Abandonó el quirófano con una gran sensación de vacío y un nudo en la garganta tan apretado que no le dejaba respirar. Rezaba para que Verónica tuviera razón y que Laura pudiera entender todo lo que acababa de pasar, aunque ni siquiera él mismo lo comprendía.

Solo sabía que hasta hacía apenas unos minutos se sentía muy feliz, que había quedado con Laura para volver a hacerse una ecografía y así poder ver a su hija juntos, y ahora esa niña ya no estaba en la barriga de su madre, sino en una fría sala de quirófano, en una fría incubadora y sin vida. ¡Dios! No sabía cómo iba a encajar Laura esa noticia y le aterraba que su relación muriera cuando lo supiera, como acababa de morir su hija.

Al despertarse y verse en esa habitación se asustó. Inmediatamente miró a Marcos, que estaba sentado a su lado cogiéndole las manos mientras sonreía con tristeza.

—Hola, bombón. ¿Cómo estás?

—¿Qué ha pasado?

Marcos la miró muy serio y los ojos se le humedecieron.

—Lo siento, lo siento, lo siento, perdóname.

Ella, asustada al verlo tan abatido, intentó incorporarse para abrazarlo, pero de repente sintió un dolor en el abdomen que le impidió moverse. Apartó sus manos de las de él y las condujo hasta su abdomen. Al tocar la gasa y el esparadrapo que cubrían la herida, lo miró asustada.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué tengo un vendaje? ¿Por qué me duele tanto? ¿Y dónde está mi barriga? —preguntó frotándose la tripa. Aunque su embarazo no estaba muy avanzado, ya se le empezaba a notar, y en ese momento parecía haber desaparecido esa pequeña elevación que delataba su estado.

—Has sufrido un aborto.

—¿Qué?! ¿Por qué? ¡No recuerdo nada!

Mientras Marcos le contaba todo lo que había pasado, a Laura le iban cayendo lágrimas por las mejillas. Él se las iba limpiando con los pulgares, sin darse cuenta de que él también estaba llorando. Cuando Laura lo vio así, fue consciente de lo mucho que él también estaba sufriendo y eso la hizo sentirse mucho más unida a él, y también secó sus lágrimas con sus dedos. La impotencia y la rabia invadían a Marcos, y solo deseaba hacer una cosa.

—¡Te juro que voy a encontrarla y voy a matarla, va a pagar por lo que te ha hecho!

—¿Dónde está?

—No lo sabemos, no aparece por ningún sitio. La policía la está buscando.

—¡Oh, Marcos! Estaba tan ilusionada, deseaba tanto tener esa niña. — Cuando volvió a llorar, él la abrazó con fuerza.

—Lo sé, lo sé —le susurró al oído—, y volveremos a intentarlo, tendremos todos los hijos que tú quieras si me perdonas.

—¿Por qué tendría que perdonarte? —preguntó confusa.

A Marcos se le paralizó el corazón.

—Vamos, bombón, tienes que darme otra oportunidad. No volveré a dejar

que te hagan daño, te lo juro. Esto no puede terminar así, no por culpa de esa loca.

—Marcos —le dijo secándose las lágrimas y mirándole a los ojos—, no voy a dejarte. No tengo nada que perdonarte, tú no tienes la culpa de lo que me ha hecho esa mujer.

—Sí, yo soy el culpable, ella te ha hecho esto para hacerme daño a mí, y eso nunca voy a perdonármelo.

—No, ella nos ha hecho esto a los dos y lo ha hecho precisamente para eso, para separarnos, y no le vamos a dar el gusto, no vamos a dejar que nos vea sufrir. Te quiero, después de Hugo eres la persona más importante para mí y no voy a dejarte porque una loca quiera vernos destrozados. No, no lo va a conseguir. Podemos tener más hijos y eso es lo importante, ¿no?

—Sí, tendremos más hijos. —Volvió a abrazarla por esas palabras tan hermosas y esa manera tan peculiar que tenía de hacerle sentir bien pasara lo que pasara, y le dijo de nuevo al oído—: Si te hubiera pasado algo, no sé qué habría sido de mí, no lo hubiera podido soportar.

—Pues no me ha pasado nada, no te vas a librar de mí tan fácilmente. —Él le sonrió con tristeza.

—¿Por qué eres así? ¿Por qué intentas animarme cuando tú eres la que debería estar destrozada?

—Porque saber que soy tan importante para ti que hasta eres capaz de llorar por mi dolor, me conmueve. Y, además, no me gusta verte así.

—Yo también estaba ilusionado con esa niña, y también me ha dolido mucho.

—Lo sé, por eso no debes pedir perdón. ¿Y Hugo?

—Llamé a mi madre contándole lo que te había pasado y me ha dicho que no nos preocupemos, que ella se encargará de él.

—No quiero que se acerque por aquí hasta que encuentren a esa mujer. Tengo miedo Marcos, y si...

—No pienses en eso, nada le va a pasar a Hugo. Hablaré con la policía para que pongan vigilancia en la casa hasta que la encuentren.

—Sí, por favor, hasta que la encuentren no voy a poder estar tranquila. Tú deberías perdonarme a mí.

—¿Por qué dices eso? —preguntó espantado por sus palabras.

—Porque yo te convencí para que no la despidieras.

—Esa loca lo hubiera hecho igualmente, así que no vuelvas a pensar que es culpa tuya, porque no lo es. Voy a dejar a una enfermera a tu cuidado, no

quiero que estés sola, ¿vale? Tengo que irme.

—¿Dónde vas?

—Tengo que comprobar una cosa.

—Marcos, por favor, no quiero que te vayas, no quiero que te metas en líos. Si te pasara algo...

—Nada va a pasarme, volveré.

Le dio un beso en los labios y se fue, no sin antes poner a una enfermera a los pies de su cama, tal y como le había dicho, y asegurarse de que cerraba la puerta al salir para que nadie pudiera entrar detrás de él.

Mientras conducía como un loco por las calles de la ciudad, no podía dejar de pensar en lo que su cerebro de repente le había revelado. Si sus sospechas eran ciertas, iba a matarlas a las dos. ¿Cómo había sido tan estúpido? Las dos tenían que estar metidas en eso. Irene estaba más loca que Patricia, pero no la veía capaz de elaborar un plan tan bien pensado como ese. Además, no hacía nada sin su consentimiento. Debía haber sido cosa de Patricia, ella sí era lo suficientemente inteligente como para idear algo así.

De pronto recordó que la tarde anterior Patricia había entrado en su despacho con bastantes papeles para que los firmara y, según ella, eran los contratos para los nuevos residentes. Cuando él le preguntó por qué traía ella esos papeles, ella le respondió que el gerente iba a subirlos y ella se ofreció a llevarlos para evitarle un viaje. Cosa rara en ella, que le importaba bien poco lo que los demás tuvieran que esforzarse. Ahora entendía por qué y estaba seguro de que había colado entre ellos el consentimiento para que esa intervención se adelantara. Estando su firma, nadie intentaría hacer ninguna llamada para aclarar por qué se tenía que adelantar una intervención y así podían colar a Laura antes de que bajaran a la paciente que de verdad debía ser operada.

La furia se apoderaba más y más de él, cada vez estaba más seguro de que Patricia había sido el cerebro en esa macabra conspiración y de que lo había planeado todo para que Laura lo dejara, para que el dolor por la pérdida de ese bebé fuera tan grande que ella no pudiera perdonarlo. Gracias a Dios, Laura no lo consideraba culpable de que esa loca la hubiera agredido para hacerle daño. Estaba convencido de que Irene lo había hecho para que él sufriera y de paso vengarse de Laura porque seguro que la consideraba culpable de que él no estuviera con ella, pues Irene siempre le decía que si no estaban juntos era porque las demás mujeres lo apartaban de ella, no porque él no la quisiera.

Nunca le dio importancia a todas esas cosas que ella le decía, siempre creyó que lo hacía por fastidiar, para llamar su atención, y ahora se arrepentía de no haberla tomado en serio cada vez que le decía: «Un día voy a hacer que te arrepientas de todos tus desplantes».

—¡¡Patricia!! ¡¿Dónde estás?! ¡¡Patricia!! —gritó como un loco nada más entrar por la puerta de lo que un día fue su hogar con esa arpía.

—¡¡Ya, cálmate!! ¿Qué sucede? ¿Por qué tanto grito? —dijo saliendo de una de las habitaciones.

—¡¡Quiero que me digas ahora mismo dónde está esa loca!!

—¿Qué loca? ¿De quién hablas? No te entiendo.

—¡No disimules conmigo, porque en este momento soy capaz de cometer una locura, ¿me has entendido?! ¡Dime dónde está Irene!

—¿Irene? ¿Qué ha hecho? ¿Por qué estás tan enfadado? —preguntó con tranquilidad intentando aplacar su furia.

—¡Tú sabes muy bien lo que ha hecho, y estoy completamente seguro de que entre las dos lo habéis planeado!

—¡Pero ¿el qué?! ¡Por Dios! ¿De qué me estás acusando?

—¡De matar a mi hija, de engañar y falsificar documentos para programarle un aborto a Laura! ¡De eso te estoy acusando, a ti y a esa loca!

—Có-có-cómo puedes pensar que yo haría una cosa así, ¿te has vuelto loco?

—No, no me he vuelto loco. Sé que tú lo planeaste y ella lo ejecutó, y te voy a advertir una cosa: si encuentro el más mínimo detalle, una prueba, por muy pequeña que sea, no descansaré hasta hacerte pagar por ello.

—¿Por qué estás tan seguro de que ha sido Irene?

—Porque es tan estúpida que no se dio cuenta de que en la sala de ecografías hay una cámara de seguridad, como en casi todas las salas, y la cámara la grabó poniéndole a Laura una gasa en la boca por la espalda para dormirla. Porque, aunque su cara estaba tapada por una mascarilla y se había disfrazado de celadora, la pulsera la ha delatado, y se ve claramente en su muñeca cuando está asfixiando a Laura con la gasa llena de cloroformo. La policía la está buscando, así que dile que cuando la encuentren, voy a matarla.

—Marcos, yo... siento lo que ha pasado. Aunque no me creas, yo no he tenido nada que ver.

—Pues no, no te creo. —Le dio la espalda y se encaminó hacia la puerta, pero de repente se paró y le dijo—: Si pensaste que esto me iba a separar de Laura, te equivocaste. Ahora estamos más unidos que antes y, como bien dice

ella, podemos tener más hijos, algo que intentaremos con mucho ahínco en cuanto se recupere. Solo voy a advertirte de una cosa: no te acerques a ella, ni tú ni esa loca, porque a la próxima acabaré con vosotras.

Salió de esa casa bastante más calmado de lo que había entrado. Se había desahogado al decirle a la cara todo lo que pensaba y sabía que con lo último que le había dicho la había enfurecido y dañado más que si la hubiera estrangulado, que fue lo primero que le pasó por la mente nada más verla. Pero al pensar en Laura y en su hijo recapacitó y se dijo a sí mismo que ellos lo necesitaban y que en la cárcel nunca podría protegerlos si esas dos locas intentaban otra vez agredirlos. No iba a descansar hasta que estuvieran encerradas.

—¡¡Ooohhh, joder!! ¡Lo odio, lo odio, lo odio! ¡¿Cómo se atreve a decirme todas esas cosas?!

—Tranquilízate, lo que ha dicho de mí es mucho peor. —Irene salió de la habitación de al lado y, con tanto grito, lo había escuchado todo perfectamente.

—¡Que piense eso de ti es normal, tú estás loca! ¡Pero ¿de mí?! ¡Yo soy su mujer y soy una persona respetable, no debería acusarme de todas esas barbaridades!

—¡Ja! Tú ya no eres su mujer, y no te ha acusado de nada que no hayas hecho. No te hagas la inocente delante de mí, que las dos sabemos hasta dónde eres capaz de llegar.

—Bueno, pero eso lo sabes tú, él no debería pensar eso de mí. ¡¿Y cómo has sido tan estúpida?! ¿Por qué no te quitaste esa dichosa pulsera?

—Porque nunca lo hago y no pensé en ello.

—Pues gracias a eso, guapa, saben que fuiste tú. Mi plan era perfecto y si no hubiera sido por tu estupidez, no podrían demostrar nada.

—Marcos hubiera sabido igualmente que hemos sido nosotras.

—Sí, pero no lo hubiera podido demostrar. Ahora la policía sabe que eres tú y si Marcos me acusa de ser tu cómplice, voy a estar vigilada. Eso va a arruinar mi reputación y la gente va a hablar pestes de mí.

—Todo acabará olvidándose, no te preocupes. Ahora ¿qué vamos a hacer? Nuestro plan no ha resultado como esperábamos y a mí me han descubierto.

—Lo sé, déjame pensar. Lo que más me molesta es que esa estúpida aún

está con él. Después de todo lo que hemos hecho para que lo odie, sigue estando con él y quiere tener más hijos con él. ¡Aaahhh! ¡La odio a ella también!

—¿Y qué esperabas? ¿Tú lo dejarías si estuvieras en su lugar? A mí tendrían que matarme para que lo abandonara.

—Eso es porque tú estás loca por él.

—Y tú no, ¿verdad?

—No. Yo le odio por haberse atrevido a abandonarme ¡a mí! por esa poca cosa. Por eso quiero verle sufrir. Nadie que me humille como él lo ha hecho al dejarme por esa mujer sin importarle lo que me pasara, se puede quedar tan tranquilo. —De pronto la miró y le preguntó—: ¿Lo harías? ¿De verdad lo harías?

—¿El qué?

—Has dicho que solo muerta se apartaría de él. ¿Serías capaz de matarla?

—¡Yo no he dicho eso! ¿Tú querrías que la matara?

—Quiero verla muerta y no me importa quién lo haga, cómo lo haga y cuándo lo haga. Bueno, eso sí me importa. Cuanto antes, mejor.

—¿Estás hablando en serio?

—Estoy harta de ver cómo se va apoderando de todo lo mío. Primero me robó a mi marido y ahora me está robando el hospital. Todo el mundo la adora, los padres de esos mocosos moribundos hablan maravillas de ella, los niños no quieren a otra enfermera que no sea ella. Si hasta al personal se lo ha metido en el bolsillo. ¿Sabes lo que dicen? Que desde que tú abandonaste pediatría las cosas van mucho mejor porque cuando tú estabas allí, parecía un reformatorio para esos pobres niños y ahora parece un jardín de infancia, porque todo son juegos y risas. No sé cómo lo hace, pero consigue poner a todo el mundo en mi contra. Ya nadie busca mi consejo en esa planta, todos acuden a ella porque Marcos le ha dado vía libre para hacer lo que quiera y a mí me ha prohibido que me acerque por allí. ¡¿Quiénes se han creído que son esos dos?! ¡Ese hospital es mío! No voy a descansar hasta que los vea sufrir como me hacen sufrir a mí.

—¿Tienes algo pensado?

—De momento no se me ocurre nada que pueda hacerles sufrir a los dos por igual; pero no te preocupes, cuando lo tenga, tú serás la primera en saberlo. Ahora no quiero que te muevas de aquí, la policía te busca y aquí no van a encontrarte si me haces caso. Si no lo haces y te cogen, recuerda que

estarás sola.

—¿Y mi hijo?

—Tu hijo va a estar bien y no le va a faltar de nada, yo personalmente voy a ocuparme de eso.



Capítulo 41

Dos semanas después, Laura estaba totalmente recuperada. Tenía algunos dolores, pero nada serio. Seguía asustada, pues Irene seguía sin aparecer y eso le provocaba mucha inseguridad por si la agredía de nuevo a ella o a su hijo. La policía seguía investigando, pero sin novedades. No había nada que implicara a Patricia, que de momento no aparecía por el hospital pues Marcos le tenía la entrada vetada con la excusa de que no podía fiarse de ella. Ella había aceptado ese castigo para demostrarle que no estaba involucrada en nada referente a las locuras de Irene, aunque por dentro se la llevaban los demonios por no poder controlar lo que pasaba en su hospital. Pero Marcos seguía con la idea de que entre las dos habían planeado y llevado a cabo el

ataque de Laura, por eso no la quería cerca.

Esa misma tarde, cuando Laura llegó a casa después de recoger a Hugo del colegio acompañada por los dos guardias de seguridad que Marcos había contratado para que la protegieran hasta que Irene apareciera, entró en su habitación y se quedó muy sorprendida. Encima de la cama había una gran caja blanca cerrada con un gran lazo rojo. Al abrirla vio un precioso vestido negro de Pierre Cardin, un abrigo de piel negro y unos zapatos con mucho tacón, y cómo no, también negros. Dentro había una nota de Marcos, que aún seguía en el hospital pues tenía mucho lío y ella se había adelantado.

*¿Me acompañas a una fiesta?
A las diez pasaré a recogerte.
Ponte lo que te he comprado.
Un beso, te quiero.
P. D.: Mi madre vendrá
para quedarse con Hugo.*

Laura se dio un baño y se arregló muy despacio, quería estar bonita para él y dejarlo impresionado. Después de secarse el pelo y maquillarse, sacó el vestido, se lo puso y se quedó atónita. Era muy bonito: corto, con manga francesa y cuello de barca por delante. Por detrás el escote caía como una cascada dejando la espalda al aire y, al andar, se movía de un lado a otro haciendo sus andares muy elegantes, aunque también tenían mucho que ver esos hermosos y cómodos zapatos que parecían hechos a su medida.

Cuando llegó Marcos, se quedó petrificado al verla.

—¡Dios mío! Estás tan hermosa —le dijo mirándola de arriba abajo embobado—. No quiero que te separes de mí en toda la noche.

—¿Por qué?

—Porque no quiero tener que quitarte a los hombres de encima.

—Papá tiene razón, estás guapííísima, mami.

—Gracias, cariño.

—Sí la tengo.

—Anda, no seas bobo, tampoco es para tanto.

—¡Qué no! ¿No crees que está espectacular, mamá? —le preguntó dándole un beso a su madre como saludo—. Gracias por venir.

—De nada. Además, no tenéis que darme las gracias, me encanta estar con mi nieto. Y sí, está preciosa, ya se lo he dicho nada más llegar, y ese

escote en la espalda es una preciosidad.

—Quiero verlo, date la vuelta.

Laura, sonriendo, le obedeció y caminó muy despacio provocándole con sus movimientos de cadera. Marcos no podía dejar de admirar su espalda y toda esa tela que caía en cascada y que al andar se balanceaba con mucha gracia, y sus esbeltas piernas, que parecían aún más largas debajo de ese corto vestido y se movían con mucha elegancia.

—¿Te gusta? —preguntó con voz picarona.

—¡Joder! ¿Cómo puedes preguntarme eso? Estás impresionante.

—No blasfemes o te tiraré de las orejas —bromeó haciéndole reír.

—Es que me provocas, bombón. Vuelvo enseguida, voy a darme una ducha rápida y a vestirme para poder estar a tu altura. Dame cinco minutos.

—Tómame los que quieras, no voy a ir a ningún sitio sin ti.

—Eso me gusta. —Antes de irse le dio un beso.

Laura se quedó en el salón hablando con Carmen mientras Marcos se arreglaba. Cuando él entró enfundado en un esmoquin negro, con camisa blanca y pajarita negra, fue ella la que se quedó petrificada. El esmoquin le sentaba como un guante, resaltando sus amplios hombros. Estaba guapísimo e impresionante, y ella estaba embobada mirándole caminar hacia ella mientras se abrochaba un gemelo. Cuando llegó a su lado, sonrió al verla tan fascinada.

—¿Te gusta? —preguntó con la misma voz picarona que ella le había puesto a él y le ofreció el otro gemelo para que se lo pusiera—. ¿Me ayudas?

—Estás impresionante —dijo acariciando su mano mientras le ponía el otro gemelo.

Se despidieron de su madre y de Hugo, la ayudó a ponerse el abrigo y, después de ponerse él el suyo, rodeó su cintura y la llevó hasta el ascensor. Laura no podía dejar de mirarlo. Si estaba impresionante con esmoquin, con abrigo quitaba el hipo. Era tan elegante que no se podía aguantar y en ese momento entendió por qué todas sus parejas se habían vuelto locas de celos, ya que un hombre así era admirable y cualquier mujer que lo mirara tanto a él como a esos ojos tan fascinantes caería rendida a sus pies.

—Creo que tienes razón —dijo sin poder evitarlo—, no voy a separarme de ti en toda la noche. —A él le dio la risa.

—No debes preocuparte, tú eres la única mujer que me importa.

—Lo sé, solo era una broma. No te pongas nervioso, que no voy a montarte ningún numerito de celos —le aclaró sabiendo lo poco que le gustaban las mujeres celosas.

—¿Sabes una cosa?

—No, ¿qué?

—Que eres la única mujer que no me molestaría que se pusiera celosa, ¿y sabes por qué?

—No, ¿por qué? —Le cogió por las solapas del abrigo y se acercó a él esperando un beso.

—Porque creo que eres la única mujer por la que podría volverme loco de celos. —Sin poder rechazar esa invitación, le dio un beso muy apasionado.

—¿Dónde vamos?

—A un salón, me han invitado a una fiesta.

Cuando llegaron, Laura se sorprendió muchísimo. La fiesta era en honor a Marcos por su trabajo en el hospital, no como director, sino por lo que donaba para investigaciones que se hacían en el laboratorio de su hospital. Allí tenían los medios y las últimas novedades para poder investigar enfermedades infecciosas, y gracias a él habían encontrado la cura de varias enfermedades. Por eso le estaban ofreciendo ese homenaje, por su generosidad y su capacidad.

—Vaya, eres muy modesto —bromeó Laura.

Su foto en la entrada casi desde el techo hasta el suelo, con esa pequeña inscripción abajo que decía: «Al doctor Román, un gran hombre y un excelente médico», la había dejado impresionada.

—Son un poco exagerados.

—¿Por qué no me dijiste que iban a hacerte un homenaje?

—Porque quería sorprenderte.

—¡Vaya! Pues me has sorprendido, y mucho.

En cuanto lo vieron aparecer los periodistas se acercaron para hacerle preguntas sobre sus investigaciones y sobre el premio que iba a recibir esa noche. Laura nunca podía haberse imaginado que él hiciera una labor tan humanitaria como esa y se sentía muy orgullosa de él. Siempre que le decía que iba a llegar tarde creía que se quedaba en su despacho a rellenar papeles, pero no. Según parecía, se encerraba en el laboratorio y se ponía a investigar con sus compañeros la cura de alguna enfermedad infecciosa. La última de ellas era una de las más peligrosas y mortales del momento: el Ébola. Solo de pensar que pudiera exponerse a esa enfermedad, un miedo aterrador la

invadió.

Marcos contestaba a las preguntas y atendía a todos con mucha amabilidad sin soltar la mano de Laura. Cuando consiguieron entrar al salón después de atravesar la muralla de periodistas, Marcos por fin pudo empezar a relajarse.

—Ven, busquemos nuestra mesa —dijo abrazando su cintura.

Laura lo seguía sin decir palabra, pues todo en ese lugar la tenía deslumbrada. El salón era enorme, con mesas grandes y redondas y lámparas gigantescas que colgaban del techo. La alfombra roja que cubría el suelo era muy llamativa con todos esos zapatos de tacón calzados por elegantes y sofisticadas mujeres. En medio de tanta gente reconoció a Patricia, que destacaba por su hermosura y su elegancia, y, de pronto, un jarro de agua fría pareció golpearle en la cara cuando la vio acercarse a ellos.

—Se te ve muy bien —le dijo mirándola de arriba abajo con desprecio —, tanto que parece mentira que recientemente hayas sufrido un aborto.

Sabía disparar muy bien su veneno, pues hablar de eso aún la afectaba bastante y se le hacía un nudo en la garganta al recordar esa horrible pesadilla que seguía muy viva en su mente.

—¡Cállate! —le gritó Marcos—. ¿A qué has venido?

—No todos los días le otorgan un premio de esta categoría a mi marido, no quería faltar a dicha ceremonia. No olvides que, aunque el premio te lo den a ti, es en mi hospital donde se consiguen los resultados y por eso no podía faltar. Lástima que hayas traído a tu fulana, estoy segura de que en las fotos harías mejor papel conmigo, como siempre.

—¿Has terminado de decir estupideces?, porque quiero sentarme con *mi mujer* —dijo rodeando la cintura de Laura y pegándola a su cuerpo—. Laura es mi mujer ahora, tú solo eres un vago recuerdo. Bueno, más bien una pesadilla. Ahora, si nos disculpas, Sebas y Verónica nos esperan.

Se alejaron de ella dejándola sola y con una furia inmensa por la manera en la que Marcos la había humillado al despreciarla delante de Laura.

—No debiste decirle eso, le ha debido doler mucho.

—Pues que se joda, ella fue la que empezó a insultarte.

—No blasfemes. —Y con su sonrisa, consiguió amansar a Marcos y que sonriera para que se le pasara el enfado.

—Lo siento, es que me pone de los nervios. Pero olvidémonos de ella, esta noche es nuestra. Vayamos a la mesa.

—Lo que usted ordene, jefe —bromeó haciéndole reír de nuevo.

Cuando llegaron a la mesa, Sebas, el piloto del helicóptero, y Verónica se levantaron para saludarlos. Eran los mejores amigos de Marcos y eran pareja.

—Pensé que no ibais a llegar —dijo Verónica.

—No es culpa nuestra —bromeó Marcos como defendiéndose de alguna acusación—, hemos tenido que soportar a una bandada de periodistas, y también nos hemos topado con una hiena.

Laura se rio, pero a su vez le reprochó:

—Por Dios, Marcos, no seas cruel.

—¿Te refieres a Cruella de Vil? —dijo Sebas haciéndoles reír.

—Anda, que tú también, ya te vale —le reprochó a Sebas—. Pobre mujer.

—¿Cómo puedes decir eso después de lo que te ha hecho? —le preguntó Verónica que, al igual que Marcos, pensaba que Patricia era cómplice de Irene—. No te entiendo.

—Es demasiado buena —dijo Marcos rodeando su cintura y besándola—, por eso me tiene loco.

—Será mejor que nos sentemos, van a empezar a servir la cena.

La mesa estaba llena de médicos del hospital de Marcos, que sentado al lado de ellos parecía uno más y no el director del hospital y jefe de todos ellos. Cuando sirvieron el vino, Marcos removió la copa en su mano y se la llevó a la nariz, aspiró su aroma con delicadeza y la acercó a sus labios para humedecerlos con el vino. Laura siguió todo el proceso embelesada, pues parecía todo un experto en vinos.

—Es un vino excelente, puede servirlo. —Laura sonrió al escucharle.

—Vaya, pareces todo un entendido en vinos —bromeó.

—Solo estaba fingiendo, ¿lo he hecho bien? —le preguntó haciéndola reír.

—¡Uy, sí, muy bien! —exageró palabras y Marcos se rio.

La velada transcurrió muy agradable, pues con todos esos médicos y sus respectivas mujeres, incluyendo a Sebas y Verónica, se lo pasaba muy bien, eran muy simpáticos y divertidos.

La cena fue tan espectacular como ese salón y, al finalizar, un hombre bastante entrado en años subió a un pequeño escenario para tomar el micrófono.

Cuando el director de la ceremonia, un ilustre y anciano médico, llamó a Marcos, el salón entero retumbó por los aplausos, los vítores y los gritos. Al llegar a su lado, Marcos apretó la mano de ese anciano y le dio un fuerte

abrazo, y recibió la estatua que le ofrecía en agradecimiento a todos sus logros en la medicina. El anciano le pasó el brazo por los hombros, empezó a hablar y todo el salón enmudeció para escucharlo.

—Hoy he venido para homenajear a un hombre muy especial para mí, uno de mis mejores alumnos, y que conste que he tenido muchos. No podría estar más orgulloso de este muchacho ni aunque fuera hijo mío. Aún puedo recordarle en los primeros años de carrera, era tenaz, trabajador e incansable. Sabía que llegaría muy lejos, por eso siempre lo presentaba para ser becado, y nunca me falló, ya que se licenció con las mejores notas que un alumno pueda conseguir. Cuando me dijo que quería terminar la carrera de hematólogo en América y me pidió que lo ayudara para ser becado, solo le dije una cosa: «Sabes que va a ser muy difícil seguir siendo el mejor allí y que tendrás que ponerte las pilas, ¿verdad, muchacho?». Él me respondió con otra pregunta: «¿Duda de mí, señor?». En ese mismo instante supe que seguiría sin decepcionarme, y así fue, y me sorprendió al volver con el título bajo el brazo de hematólogo/oncólogo pediátrico. Fue a por un título y volvió con tres, algo increíble y muy difícil de conseguir no teniendo recursos económicos para ello. Pero estoy seguro de que este país no se arrepentirá jamás de haber ayudado a un muchacho como tú a sacarse una carrera, ya que estás devolviendo el favor con creces con esa planta de investigación que diriges en tu hospital y que tantas vidas está salvando con las vacunas que salen de allí. Enhorabuena, muchacho.

—Gracias, pero todo se lo debo a usted, que siempre creyó en mí. Además, detrás de cada médico investigador hay un buen equipo y sin él nada se podría lograr. Por eso quiero compartir este premio con ellos —dijo levantando la estatua y saludando a sus compañeros de mesa y trabajo, que volvieron a vitorearlo—. Gracias, chicos. También quiero dedicárselo a la mujer que ha cambiado mi vida y que me hace sentir ganas de seguir luchando cada día.

Al decir eso miró a Laura y le dedicó una sonrisa y un guiño. A ella se le hizo un nudo en la garganta, pues se sentía abrumada por sus palabras y sumamente orgullosa por todos esos elogios que había escuchado sobre él.

—Pues esperemos que esa mujer siga haciéndote sentir así, ya que el mundo necesita hombres como tú.

—Gracias, señor.

Mientras iba bajando los escalones, la gente se levantó de sus asientos y volvió a aplaudirle. Cuando Marcos llegó a su mesa, cogió a Laura por la

cintura y la besó delante de todos para dejar bien claro a quién había dedicado esas palabras.

Después le ofreció la mano para bailar con ella esa música que empezaba a sonar.

—¿Quieres bailar?

—No podría negarle nada, doctor Román, es usted el héroe de la noche. —Él se rio, la abrazó con fuerza y empezaron a bailar—. Esta noche no podría sentirme más orgullosa de ti por todo lo que han dicho. ¿Por qué nunca me has contado que diriges un laboratorio de investigación?

—Porque no quiero que me veas como el héroe del mundo, solo como tu héroe, con eso me conformo.

—Tú siempre serás mi héroe. Te quiero, mi amor. —Y selló su boca con la suya en un beso muy apasionado, mientras bailaban muy apretados esa música lenta.

A Patricia se la comían los celos, la rabia y la impotencia al tener que aguantar que Marcos proclamara su amor por Laura delante de todos sus conocidos y amigos. A ella nunca la besó así en público y nunca le dedicó un premio. Por eso no podía nada más que pensar en una cosa.

«Vas a arrepentirte de exhibirte con esa fulana delante de mí y de todas nuestras amistades sin importarte lo que piensen de mí. Ahora mismo debo ser el hazmerreír de la fiesta ya que estás con esa golfa mientras yo tengo que observar cómo bailas con ella y la besas. Voy a hacer que te arrepientas y que te sea imposible volver a tocar una aguja en lo que te queda de vida, porque vas a verla morir sin poder acercarte a ella, sin poder tocarla y sin poder salvarla. Ese será tu castigo. El gran doctor Román, el que es capaz de curar hasta la leucemia, como hiciste conmigo, verá morir a su amada sin poder hacer nada por ella». Con una furia inmensa salió de ese salón porque estaba segura de que, si seguía allí, acabaría cometiendo una locura delante de todo el mundo. Valía la pena esperar y elaborar bien ese plan que acababa de crear en su mente y del que saldría airosa, pues las culpas recaerían sobre Irene, su fiel lacayo.



Capítulo 42

Cuando llegaron a casa eran las tres de la madrugada. Al subir a la habitación Marcos la volvió hacia él y la besó de esa manera tan apasionada que le robaba la razón. Después le susurró con la voz llena de deseo tocándole el abdomen:

—¿Te duele?

—Solo un poquito.

—¿Crees que podríamos hacer el amor?

—¡Oh, Dios! Si no me haces el amor esta noche, voy a matarte. —A él le hizo tanta gracia su contestación que tuvo que taparse la boca para no soltar una carcajada—. ¡Ssshhh! No te rías o despertarás a Hugo y a tu madre.

Marcos cubrió su boca con la suya y la besó hasta sentir cómo se deshacía en sus brazos. Laura comenzó a quitarle la ropa al mismo tiempo que él le quitaba el vestido para poder contemplarla desnuda, con ese sujetador y ese tanga negro de encaje que lo estaban volviendo loco. Sin poder

contenerse, volvió a besarla y se deshizo del sujetador liberando sus pechos. Los atrapó con sus manos y se los llevó a la boca con la intención de saciarse de ellos mientras la tumbaba en la cama. Lentamente recorrió con los labios su sedosa piel hasta llegar a su abdomen y se detuvo justo donde empezaba la goma del tanga, que era donde estaba la cicatriz. La acarició con suavidad y consiguió erizarle la piel; después recorrió cada centímetro de esa marca con besos de seda, consiguiendo un gemido de ella, que estaba ansiosa porque él continuara su recorrido. A continuación, sus dedos se colaron en ese pequeño tanga y lo arrastraron hacia abajo, acariciando sus muslos al mismo tiempo, hasta lograr tirarlo al suelo con el resto de su ropa.

Se quedó de rodillas delante de ella y la contempló; solo llevaba puestas las medias de liga y no pudo evitar reírse al sentir su pudor. Acarició su muslo derecho, llegó hasta la goma de liga y empezó a tirar de ella muy suavemente arrastrándola muy despacio. Cuando se la quitó del todo empezó a besarle la planta del pie y siguió subiendo con sus labios por su pantorrilla hasta sus muslos, poniéndole la piel de gallina. Después mordió su ingle con suavidad y ella se retorció de placer, y cuando su boca se hundió en su punto más húmedo, cálido y sensible, un fuerte gemido salió de sus labios. Su lengua lo recorrió una y otra vez llevándola a un placer inmenso, y justo cuando estaba a punto de estallar en pedacitos, Marcos se detuvo y volvió al principio con su pierna izquierda. Laura quería más, pero al mismo tiempo disfrutaba de cada caricia. Cuando terminó de recorrer su pierna y llegó de nuevo a ese punto húmedo, cálido y sensible, ella se entregó a él y a esa lengua tormentosa que la enloquecía. Levantó y movió su pelvis hasta llegar a la cumbre del placer, y se dejó caer extasiada. Él se incorporó y se coló entre sus piernas, la penetró con fuerza y la volvió a llevar hasta el éxtasis, pero esta vez los dos juntos. Después de eso, se quedaron en silencio recuperándose del esfuerzo.

Cuando Marcos fue capaz de moverse, salió de su interior y se tumbó junto a ella, abrazándola con fuerza.

—No sabes las ganas que tenía de volver a hacerte el amor.

—Sí lo sé, las mismas que yo de volver a ser tuya. Y si no fuera porque estoy agotada, te suplicaría que volvieras a hacerme el amor. Pero será mejor que lo dejemos para mañana, tengo mucho sueño.

—Entonces duérmete y recupera fuerzas, porque a partir de hoy, voy a hacerte el amor todas las noches.

—Eso me parece justo —dijo haciéndole reír—. Buenas noches.

—Buenas noches, mi amor. —Le dio un último beso.

—A mí también me gusta oírte decir esas palabras —susurró medio dormida.

—Pues entonces tendré que decírtelo todos los días.





Capítulo 43

El lunes, cuando Laura y Marcos entraron a trabajar, lo primero que les dijo la enfermera de guardia dejó a Laura destrozada.

—Se trata de Elvira, se nos va, Laura.

—¿¿Qué?! —preguntó Laura asustada, sin querer creer lo que acababa de escuchar.

—Lleva todo el fin de semana inconsciente y sus órganos están fallando a la carrera.

—¡Dios mío! ¿Por qué no me avisasteis?

—Tranquilízate, sabíamos que esto iba a ocurrir. —Marcos la abrazó, pues las lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas al saber lo que estaba a punto de pasar.

—Sí, pero... tan pronto.

—Cuanto antes deje de sufrir, mejor. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, pero es injusto, muy injusto.

—Lo sé. —Laura se desahogó en sus brazos y después entraron en la habitación de Elvira.

Cuando su madre vio entrar a Laura en la habitación se abrazó a ella, pues Elvira acababa de exhalar su último aliento, las dos volvieron a llorar.

Marcos se acercó al padre de Elvira para darle consuelo, aunque sabía que nada podía consolar a un padre cuando por desgracia perdía un hijo.

Laura y Marcos asistieron al entierro de Elvira y después Marcos la obligó a volver a casa y a meterse en la cama, pues estaba destrozada. Esa niña tan sumamente repelente al principio de conocerla se le había colado muy dentro del corazón, pues de repelente no tenía nada, solo era una manera de demostrar su sufrimiento al saber que estaba condenada, pero en el fondo era una niña cariñosa y maravillosa que había tenido la desgracia de padecer una enfermedad cruel e incurable para ella.

—Debes descansar un poco —le ordenó Marcos tumbándose a su lado y abrazándola con fuerza.

—Es tan triste todo lo que ha pasado. No quiero volver a esa planta, no quiero ver morir a otro niño.

—Lo sé, sé que es muy triste ver morir a un niño, y no te puedo asegurar que no vaya a volver a pasar, pero no puedes tirar la toalla, esos niños te necesitan. Necesitan gente como tú, gente que los anime y que les dé un poco de alegría, por eso no puedes abandonarlos. ¿Cómo crees que hubieran sido estas últimas semanas para Elvira si tú no hubieras estado a su lado? La hiciste reír de nuevo, la hiciste volver a jugar con niños, volver a ser una niña feliz y no una niña amargada esperando su final. Porque eso era antes de que tú llegaras, una niña amargada consumiéndose en su habitación, encerrada en sí misma sin dejar que nadie le diera consuelo. Tú conseguiste que cambiara y gracias a ti, tanto ella como sus padres pudieron disfrutar de sus últimos días, pudieron abrazarla y darle ese amor que necesitaba, ya que antes no se dejaba querer. Y por esa misma razón no te voy a permitir que tires la toalla, ¿me has entendido?

—Sí, te he entendido, y odio que tengas razón.

—Bien, pues ódiame si quieres, pero volverás al trabajo.

—¿Es una orden?

—Sí, es una orden.

—Eres un mandón, ¿lo sabías?

—Sí, lo sé; pero, aun así, me quieres.

—Sí, y esa es mi desgracia, porque nunca voy a poder dejar de quererte.

—Eso no es una desgracia, más bien un privilegio.

—¿Ah, sííí? ¿Quererte es un privilegio? Eres un engreído, ¿lo sabes?

—No, no soy engreído, solo pienso que querer a alguien y tener la suerte de que esa persona te quiera es un privilegio.

—Bueno, dicho así, tienes razón; soy muy privilegiada.

Laura le besó y se acurrucó en sus brazos; se quedó en silencio, sintiendo su cuerpo pegado al suyo, y se relajó, quedándose dormida.



Capítulo 44

Dos días después, Laura volvía al trabajo. Estaba leyendo unos informes mientras caminaba y de pronto alguien que salía del laboratorio tropezó con ella. A pesar de que llevaba una peluca y ropa de celadora, Laura la reconoció inmediatamente.

—¿Qué haces aquí, y qué hacías en el laboratorio? —Cuando la vio volverse hacia ella, se dio cuenta de su error. No debía haberla parado, sino avisar a la policía de que estaba en el hospital, y empezó a gritar—: ¡¡Seguridad, seguridad!!

La gente empezó a acercarse e Irene, al verse acorralada, sacó una jeringuilla que acababa robar del laboratorio, le quitó la funda y se abalanzó

sobre Laura.

—No debiste hacer eso, me has obligado a adelantar mis planes. Si te mueves, te inyectaré lo que lleva —la amenazó clavándole la punta de la aguja en el cuello—. Ahora vas a acompañarme.

—No voy a ir contigo a ningún sitio.

—¿Quieres ser la culpable de desatar una catástrofe? En esta jeringuilla llevo el virus del Ébola y pensaba inyectártelo en un lugar donde no pudieras contagiar a nadie, pero si me obligas, lo haré aquí mismo. Tú decides si me acompañas o eres la culpable de esparcir el virus más mortal del mundo en este hospital, de ti depende.

—¡Irene, suéltala ahora mismo y no te pasará nada! —gritó Verónica, que había acudido a la llamada de auxilio de Laura.

—¡No! Y no se te ocurra acercarte o se lo inyecto.

Cuando Verónica dio un paso hacia ellas, Laura le gritó:

—¡No te acerques, la jeringuilla está infectada con el virus del Ébola!
¡Que no se acerque nadie, por favor!

Todos los presentes se quedaron paralizados, incluso los guardias de seguridad, al oír a Laura.

—Vamos, Irene, no puedes estar tan loca. No puedes soltar un virus como ese por unos estúpidos celos —le pidió Verónica intentando que entrara en razón.

—No pensaba hacerlo, lo que pasa es que esta estúpida me ha encontrado antes de tiempo. Ahora voy a pasar y si alguien intenta detenerme, se lo inyectaré en el acto.

—¡Está bien, dejadla pasar! —gritó un guardia de seguridad.

Todos se apartaron e Irene empujó a Laura hacia delante con la jeringuilla en su cuello, caminando muy despacio para asegurarse de que ninguno intentaba detenerla.

—Vamos a la habitación burbuja —le dijo a Laura—, y no se te ocurra hacer ninguna tontería porque te pincharé sin importarme lo que pueda pasar. Total, yo ya lo he perdido todo gracias a ti.

Verónica llamó a Marcos al móvil.

—Hola.

—Marcos tienes que venir inmediatamente a la habitación burbuja de la

cuarta planta.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Irene está aquí, tiene a Laura amenazada con una inyección con el Ébola y está dispuesta a pincharla.

Marcos corrió como un loco por los pasillos del hospital, rezando para que lo que Verónica le acababa de decir solo fuera una broma pesada, porque de lo contrario iba a matar a esa zorra.

Irene la obligó a entrar en esa habitación y luego le ordenó cerrar la puerta y abrir las cortinas para ver qué ocurría fuera.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó Laura.

—Porque te odio, tú me robaste todo lo que debía ser mío.

—Hace mucho que Marcos te dejó, yo no te lo he robado.

—¡Sí, tú me lo robaste! ¡Como también me robaste a su hijo! Hugo debía ser hijo mío, no tuyo.

—¿¿Qué?! ¿De qué estás hablando? ¿Qué tiene que ver mi hijo en todo esto?

—Hace casi veinte años yo trabajaba en Valencia, en el mismo hospital donde a ti te hicieron esa inseminación artificial. Yo conocía a Marcos, estaba loca por él; siempre he estado enamorada de él, desde el mismo instante en el que me miró con esos ojos tan maravillosos que tiene. Desde entonces lo he seguido allá donde ha ido y si me trasladé aquí a Madrid fue por él. Yo fui la enfermera que recibió su donación de esperma, yo la etiqueté reservándola para mí. Jamás creí que después de tantos años esa donación aún estuviera congelada esperando por mí. De haberlo sabido, hubiera ido y me hubiera inseminado con ella en vez de escoger a un gilipollas para que me dejara embarazada y así poder obligar a Marcos a cumplir conmigo. Pero cuando le dije que esperaba un hijo suyo, ¿me creyó? ¡No! Sin embargo, contigo no dudó, aceptó a tu hijo y ni siquiera te obligó a hacerte una prueba de ADN como hizo conmigo. Tú me robaste esa muestra, tú me robaste a su hijo y tú me lo robaste a él. Por eso tienes que pagar, porque antes prefiero verlo muerto que feliz con otra mujer, y mucho menos contigo.

—Pero él ya estaba casado con otra mujer, no te pertenecía cuando yo lo conocí.

—Patricia no lo hacía feliz, por eso nunca me molestó que estuviera

casado con ella, sabía que tarde o temprano volvería a mí. Lo tuyo es distinto, está enamorado de ti, es feliz contigo y eso solo significa una cosa: que te será fiel hasta el fin de tus días y jamás volverá a ser mío. Por eso, has de morir.

—¿Y crees que matándome volverá a ti?

—Al menos no tendré que veros juntos y felices.

—Por Dios, Irene, recapacita. Aunque yo no hubiera aparecido por su vida, él nunca volvería a ser tuyo, te desprecia...

—¡¡¡Cállate!!! —le gritó clavando la jeringa más fuerte en su cuello.

Justo en ese momento llegó Marcos y se quedó petrificado ante la escena que le recibió.

Cuando lo vieron, todos le hicieron sitio para que se acercara. Verónica se puso a su lado para intentar calmarlo, pues tenía la cara desencajada por la ira.

—Tranquilízate, Marcos. Conseguiremos sacarla de ahí, ya lo verás. Acabamos de llamar a la policía, no creo que tarden mucho en llegar.

—A la mierda la policía, voy a entrar ahí y voy a matarla.

—No puedes entrar, ha amenazado con pincharla si a alguien se le ocurre entrar.

Marcos se acercó a la puerta y escuchó la voz de Irene por los altavoces que acababa de conectar.

—Si se te ocurre entrar, ya puedes ir olvidándote de ella.

—¿Qué es lo que quieres, Irene? —preguntó con la voz fría como el acero.

Se le partía el alma al ver a Laura paralizada por el miedo con las mejillas llenas de lágrimas.

—¿Ahora te importa lo que yo quiero?

—¡¡Deja de jugar y di de una puta vez qué es lo que quieres!!

—Lo primero que no grites, otro susto como ese y puede que se me vaya la mano —dijo agitando la mano con la jeringa en el cuello de Laura—. Y lo más importante, quiero venganza. Quiero verte llorar por todas las veces que me has hecho llorar a mí, quiero verte sufrir por todas las veces que he sufrido por ti y quiero verte suplicarme que no la mate.

—¡Está bien, está bien! ¿Quieres vengarte de mí? Pues suéltala a ella y cógeme a mí.

—¡¡¡No!!! —gritó Laura.

—¡¡Tu cállate, zorra!! Esta conversación es entre él y yo —le gritó a Laura apretando más la jeringuilla en su cuello—. Lo siento, querido, pero

matarte sería muy fácil para ti. Sin embargo, ver morir a tu querida, a esta puta que según tú es la mujer de tu vida y de la que estás locamente enamorado, será un castigo para ti, y más sin poder tocarla, sin poder abrazarla, sin poder despedirte de ella. Verla morir desde ese cristal va a ser tu castigo y mi venganza.

—Si se te ocurre inyectarle ese virus, te juro por Dios que te arrancaré el corazón y te lo haré comer. ¡¡¡Suéltala!!! —gritó golpeando el cristal con los puños, haciendo retumbar la habitación.

—¡¡No!! —Le sonrió con mucha malicia y le dijo—: Despídete de ella.

Acto seguido, terminó de introducir la aguja en el cuello de Laura y apretó la jeringa, introduciendo todo el líquido en ella hasta la última gota.

—¡¡¡Nooo!!! —gritó Marcos desesperado.

Laura, al sentir cómo Irene la soltaba y dejaba caer al suelo la jeringuilla vacía, supo que había llegado su hora, pues desde ese mismo instante estaba condenada a una muerte violenta y muy desagradable.

Irene se quitó los guantes tirándolos al suelo, abrió la puerta y salió corriendo de la habitación. Sabía lo que le esperaba fuera, pero era mejor pudrirse en la cárcel o morir a manos de Marcos, que quedarse ahí y arriesgarse a contraer el Ébola. Cualquier cosa era mejor que eso.

—¡¡Marcos!! —le gritó Verónica al verlo abalanzarse sobre Irene.

Marcos la cogió por el cuello y la aplastó contra la pared, apretando su cuello sin piedad. Quería verla muerta, quería asesinarla por lo que acababa de hacer y no le importaba lo que después pasara con él, pues sin Laura, la vida no tenía sentido.

—¡¡Voy a matarte, maldita hija de puta, voy a matarte!!

Los guardias de seguridad lo agarraron por los brazos y la espalda, y con un gran esfuerzo, consiguieron separarle de ella antes de que acabara con su vida. Irene, casi sin poder respirar, cayó al suelo tosiendo desesperada, pues estaba segura de que, si hubieran tardado un segundo más en separarlos, estaría muerta.

—¡Señor, no puede hacer eso! —le gritó un guardia de seguridad—. ¡La policía se encargará de ella!

—¡¡Soltadme, necesito matarla, necesito matarla!! —Estaba desesperado.

—Marcos, por favor, tranquilízate —le ordenó Verónica—. Piensa en Laura, ella te necesita ahora.

Marcos miró hacia la habitación donde estaba Laura y de repente toda su furia se esfumó y dio paso a un gran dolor, un dolor que no podía soportar, un

dolor que le rompía el corazón. No podía hacer nada por ella, no podía salvarla porque aún no se había encontrado una cura para esa enfermedad. Él, que era capaz de acabar con el cáncer, que había sido capaz de encontrar vacunas para erradicar varias enfermedades, ahora debía ver morir a la única mujer a la que amaba porque una loca la había condenado a la única enfermedad que él no podía combatir.

Desesperado, se incorporó, se acercó a la puerta y cuando fue a abrirla, Verónica le gritó:

—¡¡No, Marcos!! ¡No puedes entrar ahí!

—No voy a dejarla sola —dijo muy decaído—. Si ella va a morir por mi culpa, yo moriré con ella.

—¡¡¡No!!! —gritó Irene mientras el guardia de seguridad le ponía las esposas—. ¡No puedes entrar ahí dentro, no puedes hacer eso, yo no podría soportar que te pasara algo así!

—¡Eso debiste pensarlo antes de condenarla a ella! —Se volvió hacia Verónica y le dijo—: Voy a darte esa jeringuilla y quiero que la analicen, ¿vale?

—¡¡No!! —insistió Irene al oírle hablar con Verónica—. No entres ahí, por favor, no estaba jugando. No es necesario que te arriesgues para coger esa jeringa, te puedo asegurar que es el Ébola. Lo cogí del laboratorio, de todas esas pruebas con las que estáis investigando. Por favor, Marcos, no entres ahí, te lo suplico.

—¡Llévala! —ordenó Marcos furioso, porque no soportaba ni siquiera escuchar su voz.

—¡¡¡No, Marcos!!! ¡No puedes entrar ahí, no puedes!

Mientras se la llevaban a rastras iba gritando desesperada solo de imaginar que él fuera a entrar y contagiarse con esa maldita enfermedad, ya que su mente enfermiza aún albergaba la posibilidad de que cuando Laura muriera, ella podría tener una oportunidad de ser perdonada por él y volver a vivir esa corta pero intensa historia de amor que tuvieron un día.

—¡Marcos, por favor, piénsalo bien y por una vez haz caso a esa loca! No puedes entrar ahí.

—Nada va a impedirme estar con ella, así que no insistas. ¿Tú dejarías solo a Sebas?

Verónica lo miró a los ojos derrotada, pues sabía muy bien cuál sería su respuesta. No.

—Está bien, deja que te traiga un traje.

—No, no quiero trajes.

Sin decir nada más, entró en la habitación y cerró la puerta tras él. Cuando cruzó la otra puerta de seguridad vio a Laura sentada en el suelo, llorando y abrazada a sí misma con la cabeza escondida entre los brazos. Marcos, sin decirle nada, cogió la jeringuilla, la metió en una bolsa y se la pasó a Verónica por la ventanilla que estaba a un lado de la pared y que servía para pasar objetos de un lado a otro sin necesidad de entrar en la habitación. Verónica envolvió esa bolsa en otra y se la entregó a otro médico.

—Marcos, sal de ahí. Ya tenemos la jeringuilla, sal de ahí, ¡maldita sea!

—Cuando tengas los resultados, me avisas. Ya sabes dónde encontrarme.

Cerró los micros para cortar la comunicación y empezó a hacer lo mismo con las cortinas. Quería aislarse del mundo con ella y que nadie los viera. Cuando estaba a punto de cerrar las cortinas del todo, vio aparecer en la sala a Patricia, que corrió hacia él y golpeó el cristal gritando y llorando al mismo tiempo.

—¡¡Sal de ahí, cariño, por favor, sal de ahí!! —Marcos pudo leer sus labios, pero sin hacerle caso, terminó de cerrar las cortinas. Patricia se volvió hacia Verónica y le gritó furiosa—: ¡¿Cómo has podido dejarle entrar?! ¡¿Os habéis vuelto todos locos?! ¡Él no debería estar ahí, no debería! ¡¿No os dais cuenta de que se va a morir?!

—No pudimos hacer nada, ya le conoces. Cuando algo se le mete en la cabeza, no hay quien le pare. Me ha dado la jeringuilla para que la analicemos.

—¡Entonces a qué esperáis! ¡Hacedlo inmediatamente, quiero a todo el equipo trabajando en eso! ¡Es mi marido, joder, y quiero que salga de ahí lo antes posible! Esto no debería estar ocurriendo, esa loca lo ha estropeado todo. ¡A él no, por Dios, a él no!

Laura seguía en la misma posición, estaba tan asustada y tan abatida que ni siquiera se había dado cuenta de que él estaba en esa habitación. Marcos se acercó a ella y le pasó la mano por el hombro suavemente.

—¡Hey, bombón! Deja de llorar.

Cuando ella sintió su mano y escuchó su voz, se levantó de un brinco y se alejó de él.

—¡Joder, Marcos! ¡¿Qué haces aquí?! —le gritó histérica—. ¡¡Vete!!

¡¡Mierda, no me toques, vete, vete, por favor!!

—No voy a ir a ningún sitio. Si salgo de esta habitación, será contigo.

—¡¡No!! ¡Joder, joder, vete, maldita sea!

—No blasfemes o tendré que tirarte de las orejas —bromeó incluso sin ganas de hacerlo para tranquilizarla. Cuando intentó acercarse a ella otra vez, ella se apartó bruscamente.

—¡No me toques, y sal de una puta vez de esta maldita habitación! — seguía gritando histérica.

—¡Guau! Sí que debes estar enfadada para blasfemar de esa manera.

—¡Cómo no voy a estar enfadada, no debiste entrar! ¡Es mejor que salgas antes de que sea demasiado tarde!

—Ya te he dicho que no voy a salir.

—Piensa en Hugo, por favor, no puede perdernos a los dos. Tú no puedes estar aquí, yo no soy importante —dijo sin poder controlar las lágrimas.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Es la verdad. Yo no valgo nada, mi vida no es importante. Tú salvas a la gente, el mundo te necesita a ti y no a mí.

—Yo te necesito, para mí eres la persona más importante del mundo, y si tú no estás en él, no me interesa. —Se acercó a ella, le cogió la cara entre sus manos con fuerza para que no escapara y le habló, mirándola a los ojos—. O salimos los dos o ninguno. No me importa morir a tu lado, pero no podría vivir sin ti, bombón. Así que no vuelvas a decirme que me marche porque no pienso hacerlo, no sin ti.

Marcos la besó con mucha ternura, pero ella apartó la boca y volvió a insistirle, con impotencia y con los labios casi pegados a los suyos.

—Por favor, Marcos, vete.

—Demasiado tarde. Si estás infectada, ahora mismo acabo de hacerlo yo, así que es tarde para echarse atrás. Te deseo, Laura, y voy a hacerte el amor ahora mismo.

—¿Estás loco? —le susurró.

—Sí, estoy loco, loco por ti, bombón.

Después de decirle eso, su boca se apoderó de la suya con fuerza. Laura, sin poder seguir luchando contra él porque ya no le quedaban fuerzas, se dejó caer en sus brazos y se entregó a ese beso con la misma pasión con la que él la besaba.

Los dos estaban tan desesperados por todo lo que había pasado que necesitaban un pequeño desahogo, así que sus besos se volvieron voraces,

fuertes y apasionados. La furia que sentían por su condena la estaban descargando en esa pasión y parecían dos locos, arrancándose la ropa el uno al otro, besándose como dos salvajes. Marcos le dio la vuelta y la puso de espaldas a él obligándola a apoyarse sobre la cama. La penetró con fuerza y la oyó gritar.

—Lo siento, no me he dado cuenta, estoy nervioso —le dijo deteniéndose—. ¿Te he hecho daño?

—No... no, por favor, no pares... yo también lo necesito.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito tu fortaleza.

Marcos la incorporó, le giró la cabeza y se apoderó con fuerza de su boca, al mismo tiempo que volvía a penetrarla. Cuando Laura apoyó las manos en la cama él se descontroló y descargó en ella el deseo y la furia que sentía dentro por lo que se les venía encima. Con su pasión, acabó con el miedo de ella, que en ese momento solo podía entregarse a él por completo sin importarle lo que pudiera pasar después.

Cuando terminaron, se dejaron caer en la cama sin moverse, mientras Marcos besaba su cuello y acariciaba su espalda intentando relajarla. Los pies aun los tenían en el suelo, y a Laura empezaron a temblarle las piernas. Cuando él se dio cuenta, se incorporó, salió de su interior, la cogió en brazos y la tumbó suavemente en la cama, acostándose a su lado.

—¿Mejor? —Le dio un beso.

—Sí, has conseguido relajarme.

—¿No he sido un poco bruto?

—Necesitaba eso para poder olvidar toda esta locura. ¿Qué va a pasar ahora? —preguntó asustada.

—Pues tenemos dos opciones. La primera, deprimirnos y amargarnos hasta que nos llegue la hora, y la segunda, pasarnos lo que nos queda follando hasta desfallecer. —A Laura le dio la risa.

—Sí, eres muy bruto, pero me quedo con la segunda opción.

—Gracias a Dios, porque justamente esa es la que yo necesito.

Después de decir eso la besó y volvieron a hacer el amor, pero esta vez con calma, ya que los nervios habían pasado y lo que necesitaban era relajarse y no pensar en nada. Una vez saciados, cansados y relajados, ella le preguntó:

—¿Qué ocurrirá con Hugo?

—Lo que tú decidas, aunque no tenemos muchas opciones. Están tu exmarido y mi madre.

—Tu madre. No quiero que mi hijo se críe con una persona que no lo quiere. —Sus ojos se volvieron a llenar de lágrimas—. Pensar en todo lo que hemos hecho para curar a Hugo y ahora somos nosotros los que vamos a... — Las palabras se le cortaron en la garganta, y no pudo evitar volver a llorar.

—¡Ssshhh! No pienses en eso o tendré que volver a hacerte el amor para que no te deprimas. —Laura le sonrió con tristeza y mientras él le quitaba las lágrimas de sus mejillas, le preguntó—: ¿Por qué no dormimos un poco?

—¿De verdad crees que vamos a poder dormir con todo lo que está pasando?

—Tengo un método infalible.

—¿Cuál? ¿Darme un golpe en la cabeza para que pierda el sentido?

—No. Agotarte para que duermas toda la noche como un bebé. —Le dio un beso apasionado y acarició sus pechos intentando despertar en ella nuevamente la pasión.

—Marcos, no creo que pueda otra vez, estoy muy cansada...

—De eso se trata.

Volvió a hacerle el amor y justo después se quedó dormida en sus brazos, agotada por todo lo que había pasado y por esa sesión continua de sexo. A Marcos, sin embargo, le costó un poco más quedarse dormido pensando en todo lo que había pasado y lo que les quedaba por pasar, pero al final también lo consiguió, pues su día había sido igual de agotador que el de ella.



Capítulo 45

Al día siguiente, a Marcos le despertó el timbre de la puerta. Dormida profundamente a su lado estaba Laura. Cuando volvió a escuchar el timbre, se levantó muy despacio para no despertarla y se puso los pantalones, después se dirigió hasta las cortinas y las apartó para ver quién era. Cuando vio a Verónica con una sonrisa de oreja a oreja, le sonrió y apretó el interruptor para encender el micro.

—Hola, buenos días.

—Hola, habla bajo, Laura sigue dormida. ¿Se sabe algo?

—Sí, ya tenemos los resultados de la jeringuilla. Tu equipo ha estado toda la noche trabajando y han repetido las pruebas tres veces para asegurarse.

—¿Y?

—No es el Ébola.

Marcos se quedó paralizado y el corazón empezó a latirle con fuerza. No estaban infectados con el Ébola, no podía creer que fuera verdad. Estaba

convencido de que todo acabaría en esa habitación, de que sus últimos días los pasaría con Laura allí encerrado esperando una muerte desagradable y dolorosa. Y ahora toda esa pesadilla había terminado, tenía un futuro con ella y con su hijo. No podía creer que pudiera ser tan afortunado y se sentía inmensamente feliz. De repente esa felicidad desapareció y se preguntó a sí mismo: «Si no es el Ébola, ¿qué es?».

—¿Qué es? —preguntó aún con el corazón en un puño.

—Esa estúpida se confundió y usó el suero experimental con el que estabais trabajando. Los dos estaban juntos y en lo único que se diferenciaban era en la S de suero, ya que en las dos botellas pone «Ébola». Pero la del virus no lleva la S, sino la calavera de peligro, aunque eso solo lo sabíais vosotros. O sea, que lo que le inyectó a Laura es inofensivo y no mataría ni a una mosca.

—¿Estás segura?

—Tanto que, si me dejas pasar, soy capaz de darte un beso con lengua —bromeó.

Marcos se rio y le abrió la puerta para poder abrazarla. Después le siguió el juego con su broma, ya que estaba de buen humor.

—Será mejor que no, no quiero problemas con Laura y menos aún con Sebas. Pero te agradezco mucho que hayas pasado la noche en vela por nosotros.

—Es lo menos que puedo hacer por ti, eres mi amigo y además mi jefe. —Se apartó de él y le miró a los ojos, haciéndole reír de nuevo.

—¿Y mi hijo?

—Está con tu madre. En cuanto la llamé y le conté lo que estaba ocurriendo, cogió un taxi y fue a buscar a Hugo. Me ha estado llamando toda la noche para ver si había resultados. Y no te preocupes, ya la he llamado y está supercontenta, hasta se me puso a llorar de alegría.

—No me extraña, después hablaré con ella. Ahora tengo que dejarte, quiero darle la noticia a Laura.

—Está bien, os dejo solos. Ayer debisteis tener una noche movidita para que siga durmiendo con todo lo que habéis pasado —bromeó. Marcos sonrió y le respondió con otra pregunta.

—¿Cómo pasarías la noche con Sebas si te anunciaran el fin del mundo?

—Pues follando como locos.

—Pues para Laura y para mí ayer fue como si nos dijeran que el fin del mundo estaba por llegar. —Los dos se echaron a reír.

—Entonces, no me extraña que siga dormida. —Se despidió de él y los dejó solos.

Marcos se acercó a la cama y se volvió a tumbar a su lado. La besó en el cuello para despertarla, pero ella no quería. Él recorrió cada centímetro de su largo cuello hasta llegar a su boca y la besó con besos cortos y tiernos, consiguiendo que ella le devolviera los besos.

—Vamos, ¿qué te pasa? ¿Por qué no te despiertas?

—Porque no quiero.

—¿Y por qué no quieres?

—Porque prefiero quedarme dormida y no volver a despertar. No quiero verte morir, Marcos, no podré soportarlo. No debiste entrar, nunca voy a perdonártelo y te odio por obligarme a verte morir.

Sus ojos se inundaron de lágrimas que recorrieron sus mejillas.

—No vamos a morir, bombón. —Con una suave caricia, le limpió las lágrimas con sus dedos.

—¿Ahora crees en los milagros?, porque solo un milagro podría sacarnos de esto. No creo que en una sola noche la medicina haya avanzado tanto.

—Se podría decir que fue un milagro que Irene confundiera los frascos.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que te inyectó fue un suero completamente inofensivo que, como bien dice Verónica, no mataría ni a una mosca.

—¿Estás hablando en serio?

—En mi vida he hablado más en serio.

—¡Oh, Dios mío, es increíble! —gritó abrazándolo con fuerza—. ¡¿No vamos a morir?! —preguntó riendo de felicidad.

—No. No vamos a morir. —La besó al verla tan contenta y emocionada. Sus ojos volvían a estar llenos de lágrimas y cuando dejó de besarla, le quitó las lágrimas de las mejillas—. No deberías llorar.

—No puedo evitarlo, me siento tan feliz. —Se levantó de la cama—. Quiero salir de esta habitación, no quiero estar ni un segundo más aquí. — Marcos la miraba sonriendo y ella, con los brazos en jarras, exclamó—: ¡Vamos! ¿Qué haces ahí parado? ¡Salgamos de aquí!

—¿No se te olvida algo?

—¿El qué?

—Vestirte, no voy a dejar que salgas así.

De repente ella se miró y se quedó pasmada, pues con la noticia se había olvidado de que estaba desnuda. Miró a Marcos y los dos rompieron a reír a

carcajadas. Cogió su ropa y se vistió rápidamente, después se acercó a Marcos y se colgó de su cuello.

—No puedo creer que todo haya acabado bien. Tenía tanto miedo, estaba aterrada.

—Yo también. —Laura se separó de él y le dio una bofetada—. ¡Aaaaa! ¿Por qué has hecho eso? —preguntó tocándose la cara, que le ardía por el bofetón.

—Si vuelves a hacer una cosa así, te mataré. Nunca debiste entrar aquí.

—¿Acabas de abofetearme por entrar para morir a tu lado? Eres muy desagradecida, cualquier otra mujer me adoraría por eso.

—La mujer que te agradeciera algo así no te querría lo suficiente. ¿Cómo te sentirías si yo hubiera hecho lo mismo que tú?

Marcos se dio cuenta de que Laura tenía razón, a él no le hubiera hecho ninguna gracia que ella arriesgara su vida para morir a su lado.

—Querría matarte. Tienes razón, lo siento. Pero no me digas que no ha valido la pena después de la noche que hemos pasado. —A ella le dio la risa.

—En ese pequeño detalle te doy la razón, por eso voy a recompensarte por el bofetón. —Y lo besó con ternura.

—Eso me recompensa bastante, pero no lo suficiente. —Agarró su cuello, la acercó hasta su boca y la besó con pasión—. Ahora sí —bromeó haciéndola reír.

Los dos estaban eufóricos por la noticia y necesitaban demostrárselo el uno al otro con besos y caricias para sentirse vivos de nuevo.

—Por favor, vayamos a ver a Hugo, necesito abrazarlo. Ayer no me importaba morir, lo que me mataba era pensar que nunca más podría tenerlo entre mis brazos.

—Sí, vámonos con nuestro hijo. Hoy no quiero trabajar y tú tampoco vas a hacerlo, ni siquiera Hugo va a ir al colegio, pasaremos el día juntos celebrando que seguimos estándolo.

—Buena idea, lo que más me apetece es estar con mis dos hombres preferidos —dijo con una gran sonrisa besándolo con mucha pasión.

Salieron del hospital después de que todos les felicitaran y de hablar con la policía. Se dirigieron a su casa y su madre les recibió hecha un mar de lágrimas. Cuando consiguieron calmarla, se dieron una ducha y desayunaron en familia. Pasaron todo el día juntos en el parque, en la piscina, disfrutando unos de otros, y cuando llegó la noche y volvieron a meterse en la cama, se quedaron abrazados en silencio. Necesitaban la paz de su habitación,

descansar toda la noche relajados después del día y de la noche tan intensa que habían pasado.



Capítulo 46

Al día siguiente Marcos estaba esperando a Patricia, pues la había citado en su despacho. En cuanto entró, se acercó a él muy preocupada.

—¡Gracias a Dios! No sabes lo que sufrí ayer pensando que podías morir.

Cuando fue a abrazarlo, Marcos la cogió de los hombros y la detuvo.

—No se te ocurra tocarme —la amenazó muy serio.

—Pe-pero ¿por qué me dices eso? Ayer pensé que me moriría de la angustia si algo te pasaba, ¿y así es como me pagas la preocupación por ti?

—¿Por qué? ¿Por qué no entraba en tus planes que yo me echara a morir con Laura? ¿Qué pensaste? ¿Que una vez ella no estuviera, yo volvería a tu lado?

—¿También crees que yo planeé esto con esa loca?

—No lo creo, estoy seguro.

—¡¡Marcos!!

—Solo tú pudiste darle la llave del laboratorio.

—¡Yo no! Debió robar alguna.

—Lo he comprobado y todos tenían la llave en el momento en el que Irene entró en el laboratorio. La única que queda eres tú. ¿Dónde está tu llave?

—En mi despacho, donde siempre.

—¡Bien! Pues vayamos a ver si sigue allí.

La cogió del brazo y se dirigieron hacia el de ella. Mientras caminaban, Patricia intentaba hacerle entrar en razón.

—Vas a arrepentirte de acusarme de esto, Marcos. Cuando compruebes que mi llave está en mi despacho, te vas a arrepentir. ¿Tan loca crees que estoy como para liberar el Ébola por un ataque de celos? Puede que uno de tus hombres dejara el laboratorio abierto.

—La llave —le dijo muy serio cuando llegaron a su despacho.

—Está bien, aquí la tienes. —Abrió el cajón y se quedó muda, para luego añadir—. ¡Mierda! No está.

—¡Qué casualidad!

—¿No creerás que yo...?

—No, no lo creo, estoy seguro de que tú se la diste.

—¡Marcos, por Dios, debió robármela!

—Sí, claro, ve y cuéntale eso a otro. Solo te voy a decir una cosa: no voy a descansar hasta que encuentre una prueba que te incrimine en esto, y cuando lo haga, te vas a pasar unos cuantos años encerrada por intento de asesinato y por arriesgar la salud de un millón de personas. ¿Te has parado a pensar qué podría haber ocurrido si Irene no se hubiera equivocado de frasco? ¿Te das cuenta de que casi liberáis el virus más mortal que existe? Si se hubiera propagado, habría sido un caos y miles de personas habrían muerto por tus tonterías y tus celos absurdos. Eres una demente, y si vuelves a acercarte a mí o a Laura, yo mismo acabaré contigo. —Se dio la vuelta para salir del despacho.

—¡¡Te odio, te odio, Marcos!! ¡¡Y esto no te lo voy a perdonar nunca, nunca voy a perdonarte todos estos insultos!! —Cuando Marcos cerró de un portazo, la furia de Patricia era inmensa, tanto que acabó destrozando todo lo que tenía encima del escritorio mientras decía en voz alta—: ¡Se acabó, hasta aquí hemos llegado! ¡No quería llegar a esto, pero no me dejas otra opción!

Con una furia inmensa, salió de su despacho y se dirigió a la planta de pediatría en busca de Laura. Cuando la vio, se dirigió hacia ella, la cogió del brazo, la metió en un despacho y cerró la puerta.

—¡¡Estoy harta de esta situación!! —gritó Laura aterrada al verse acorralada por esa mujer—. ¡¡¿Quieres matarme?!! ¡¡Está bien, hazlo de una puñetera vez!!

—¡Deja de gritar, no voy a hacerte daño!

—Entonces ¿qué quieres? —le preguntó sorprendida.

—Quiero hablar contigo.

—No creo que tú y yo tengamos nada de qué hablar.

—Quiero que dejes a Marcos y que vuelvas a Valencia.

Laura no pudo evitar reírse.

—Vaya, eres muy perseverante. Primero haces que me practiquen un aborto, después intentas matarme con un virus y ahora te atreves a venir aquí y decirme tan tranquilamente que deje a Marcos. ¿No crees que lo más lógico hubiera sido intentar eso desde un principio antes de atentar contra mi vida?

—Sabía que no me harías caso.

—¿Y por qué crees que te lo haré ahora?

—Porque ahora estoy dispuesta a contarte la verdad con tal de que dejes a Marcos.

—No me interesa nada de lo que tengas que decirme. Ahora, si me disculpas, tengo que marcharme. Pero que te quede claro que nada va a hacer que deje a Marcos. Le quiero y no voy a dejarle.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta, lo que le dijo Patricia la dejó paralizada.

—¿Ni siquiera si la que te lo pidiera fuera tu madre?

Laura se volvió muy despacio, la miró a los ojos y con la voz temblorosa, le preguntó:

—¿Tú sabes quién es mi madre?

—Para mi desgracia sí, soy yo.

Laura se quedó sin respiración. Solo podía escuchar el latido de su corazón bombeando en su cabeza mientras se repetía a sí misma: «No, no puede ser. Ella no puede ser mi madre. No, no puede ser, no puede ser, no puede ser».

—Eso no es cierto —susurró incapaz de pronunciar casi las palabras—, es otra de tus mentiras para que me aleje de Marcos.

—Te juro que si pudiera volver al pasado, en vez de dejarte en la puerta de ese convento te echaría al mar para que te ahogaras y que así, casi treinta años después, no te convirtieras en mi peor pesadilla. ¿Cómo crees que me siento al haber dado a luz a la única mujer a la que el hombre al que amo es capaz de amar? ¿De verdad crees que puedo inventar algo así? Te odié desde el primer instante que supe que estaba embarazada.

—¿Por qué?! —le gritó con lágrimas en los ojos.

—Porque el hombre que te engendró me violó y, como era socio y amigo

de mi padre, no pude acusarle. Me amenazó con arruinar a mi padre y como yo era una muchacha débil y estúpida, le creí.

—¿Y por qué no abortaste en vez de dar a luz a una criatura inocente para odiarla y abandonarla como a un perro?

—Porque tenía miedo. Mi madre murió cuando sufrió un aborto estando embarazada de mi hermano, por eso no quise abortar y preferí marcharme de casa con la excusa de estudiar en Valencia. Uno más de mis caprichos, como decía mi padre. Pero como no podía negarme nada, dejó que estuviera fuera un año, un año en el cual pude dar a luz y recuperarme en una ciudad donde nadie me conocía y así dejar allí mi vergüenza, porque eso fuiste para mí. —Laura no podía evitar llorar en silencio—. Y también para que mi padre nunca supiera que estaba embarazada, para que nunca supiera que su socio y amigo había abusado de su hija. Porque si lo hubiera sabido, lo habría matado y yo me habría sentido culpable de eso toda mi vida.

Laura escuchaba todas y cada una de sus palabras, que se le clavaban en el corazón haciéndolo añicos.

—¿Cómo puedes estar tan segura de que yo soy esa niña que abandonaste?

—Lo supe en el mismo instante en que te vi, eres igual que él. Jamás podría olvidar su cara y tú eres su vivo retrato. Pero, aun así, investigué de dónde venías y no necesité más pruebas. En ese convento donde te dejé solo habían abandonado a una niña hace casi treinta años, y esa niña eres tú. Y si mis palabras no te convencen, tal vez esto lo haga. —Se levantó la falda y se bajó las medias y las bragas para enseñarle su nalga derecha, donde se podía ver una mancha de nacimiento en forma de corazón, roja como la sangre—. Esto fue lo único que esa niña heredó de mí y lo único que recuerdo de ella. Jamás te he visto desnuda, pero por tu cara parece ser que tienes una igual que esta, ¿verdad? ¿Ahora me crees?

Laura se quedó atónita. Era verdad, esa horrible mujer que la odiaba era su madre y quería morir. Hubiera preferido mil veces que la hubiera tirado al mar nada más nacer para que se ahogara, antes que saber esa amarga realidad.

—¡Oh, Dios mío!

—No, Dios no creo que tenga nada que ver en esto. Si alguien participó, debió ser Lucifer, pues toda esta historia es una maldición. Ahora voy a hacerte una pregunta: ¿de verdad te crees capaz de seguir con Marcos después de saber la verdad? ¿De verdad eres capaz de robarle el marido a tu madre? ¿Crees que podrás volver a acostarte con él después de saber que más o

menos es tu padrastro?

—¿Por-por-por qué haces esto? —Las lágrimas no la dejaban hablar con claridad.

—Porque prefiero estar muerta, que te quede bien claro ¡muerta!, antes de cederle mi marido a la niña que destrozó mi juventud, al engendro de un perverso que disfrutaba abusando de jovencitas. Si eso llegara a pasar, te juro que esta vez mis amenazas de suicidio no serían amenazas, sino hechos, porque prefiero estar muerta a verte feliz al lado del hombre al que amo. Te odié desde el mismo instante que supe que te llevaba en mis entrañas y te olvidé cuando te dejé en la puerta de ese convento. Pero volví a odiarte cuando te cruzaste de nuevo en mi camino y me robaste al hombre que he amado y amaré toda mi vida. Solo de ti depende el final de esta historia. Sigue con él siendo la amante de tu padrastro y siéntete culpable de la muerte de tu madre. O vete y no vuelvas nunca más, porque, aunque nos pese a las dos, soy tu madre y me lo debes. Yo te di la vida, y a pesar de que fuera en contra de mi voluntad, solo por eso me lo debes.

—¿De verdad crees que cuando me vaya él volverá contigo?

—Siempre lo hace, y más contigo. Se sentirá tan mal que necesitará consuelo y él sabe que en mí puede encontrarlo. Ahora me voy, pues todo lo que te tenía que decir ya lo he dicho y no soporto un segundo más tenerte a mi lado.

Cuando esa mujer se fue, todo su mundo empezó a tambalearse. No podía entender por qué el destino era tan cruel con ella, por qué le había puesto en su camino a Marcos, por qué le había dado un hijo suyo cuando al mismo tiempo podía ser el abuelo de su propio hijo, y tampoco entendía por qué le había hecho ser la amante de su padrastro. Dios, todo era demencial y, lo mirara por donde lo mirara, ya no tenía solución. Nunca podría volver a estar con él sin pensar en esa mujer, a la que, por mucho que lo fuera, ella no podía ver como su madre. En ese momento hubiera dado cualquier cosa por ser hija de una prostituta, como pensaba cuando se sentía deprimida.

Pero no, su padre era un horrible hombre que abusaba de menores y su madre la mujer más despreciable y desagradable que había conocido en su vida. Sentía ganas de morir y de desaparecer. Ya no podría estar con Marcos sin pensar en Patricia, y eso levantaba una gran barrera entre los dos. Lo peor de toda esa situación era cómo huir de él sin decirle la verdad, pues prefería morir antes de que él supiera quiénes eran sus padres. No quería repugnarle como le pasaba a ella en ese momento, que sentía repulsión y vergüenza al

descubrir quiénes eran sus padres.

Sin poder soportarlo más, salió de ese despacho y se fue corriendo hacia la casa para recoger todas sus cosas y volver a su pequeño apartamento en Valencia. Allí intentaría olvidar todas las desgracias que le habían pasado en esa horrible ciudad. Lo único bueno de esa historia era que, gracias a eso, su hijo estaba curado, eso y los momentos tan hermosos que había pasado con Marcos, a quien nunca podría olvidar, por más años que viviera.

Cuando Marcos llegó a casa, encontró a Laura llorando mientras hacía las maletas. Su madre le había llamado diciéndole que Laura estaba histérica, que decía que se iba y que se había puesto a hacer las maletas. Marcos no se lo podía creer, pero era verdad. Allí estaba, llorando mientras preparaba el equipaje.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás haciendo las maletas? ¿Por qué le has dicho a mi madre que te vas? —preguntó asustado, pues no le había gustado su forma de mirarlo cuando entró en la habitación.

Laura se secó las lágrimas y respiró profundamente.

—Tengo que hacerlo, y no intentes detenerme porque no te va a servir de nada.

—No voy a obligarte a nada, pero quiero saber qué está pasando.

—Héctor ha sufrido un accidente, está herido y necesito estar con él.

—Vaya, me habías asustado. No necesitas llevarte al niño, yo puedo hacerme cargo de él mientras vas a ver a tu ex. ¿Tanto jaleo por eso? ¿Qué pensaste, que no te iba a dejar ir a verlo? Entiendo que quieras ir si ha sufrido un accidente, pero tampoco es necesario que te lleves todas tus cosas. ¿Cuánto tiempo piensas estar?

—No me has entendido, vuelvo con mi marido.

—¿¿Qué?! ¿Te refieres a volver con él, a dejarme por él?

—Sí, lo siento, pero cuando mi cuñado me ha llamado y me ha dicho que Héctor ha sufrido un accidente y que está herido, he sentido que me moría de la angustia y me he dado cuenta de que es con él con quien quiero estar, es a él a quien amo.

—¿Te-te-te has vuelto loca?! ¿Porque recibes una llamada de teléfono vas a tirar por la borda todo lo nuestro?

—¿No me he vuelto loca...!

—¿Sí, estás loca! Si después de todo lo que hemos vivido, de lo que pasó hace dos días, eres capaz de decirme que no me quieres, entonces estás loca.

—Sí te quiero, pero no lo suficiente como para dejar a Héctor. He hablado con él, me perdona y quiere que vuelva, y es lo que voy a hacer.

—¿Y tú le perdonas todos sus engaños y sus mentiras?

—Ha jurado no volver a mentirme.

—¿Y le crees?

—Sí, le creo.

—¿Cómo puedes hacerme esto?! ¿Cómo puedes volver con él después de lo que te hizo?!

—Pues una de las razones y la más importante es que con él me siento segura, y gracias a ti he estado a punto de morir y han matado a mi niña. Así que prefiero irme a esperar que una de esas amantes locas que has tenido acabe conmigo o le dé por hacer daño a mi hijo.

—Yo nunca dejaría que eso ocurriera.

—Pues una de ellas hace dos días me inyectó una jeringuilla y tú no pudiste evitarlo. Si no fuera porque se equivocó, a estas alturas estaría muerta.

—Sí, y yo contigo.

—Eso no me consuela.

—¿Puedes decirme qué sentiste por mí cuando hace dos días entré en esa habitación para morir a tu lado?

—Sentí angustia. —Con los ojos llenos de lágrimas y sabiendo que iba a terminar de destrozar lo poco que le quedaba de su maltrecho corazón, le clavó una estocada—. Pero no se puede comparar con lo que he sentido al saber que Héctor podía morir. Cuando mi cuñado me ha dicho que estaba muy malherido, he sentido ganas de morir. No te das cuenta de lo que puedes llegar a querer a alguien hasta que crees que puedes perderlo para siempre. —Y terminó de rematarlo diciendo—. En ese momento he sabido que por ti no entraría en una habitación con un virus mortal, pero por el sí.

Marcos sintió como si un mazazo de mil toneladas lo aplastara contra la pared.

—Yo ahora me arrepiento de haber entrado en esa habitación —le dijo con la voz destrozada por todo lo que Laura acababa de confesarle—, de haber sido tan gilipollas y de haber querido tanto a alguien que no se lo merecía. Solo quiero saber qué va a pasar con Hugo. Porque no pretenderás a estas alturas que me olvide de mi hijo, ¿verdad?

—No. Podrás verlo siempre que quieras, solo deberás decirme cuándo tienes tiempo para estar con él y te lo mandaré en avión con una azafata, porque la verdad es que prefiero que no volvamos a vernos nunca más. Ahora

tengo que irme, el taxi me espera. Pasaré a por mi hijo al colegio y desde allí nos iremos. ¿Quieres despedirte de él?

—No, en estos momentos no tengo fuerzas para eso. Me pondré en contacto contigo para decirte cuándo puedes mandármelo.

—Está bien. Adiós, Marcos. Siempre voy a estar agradecida de haberte conocido y de que curaras a nuestro hijo.

Laura cogió las maletas y cuando estaba a punto de marcharse, le oyó decir:

—Pues yo siempre voy a maldecir el día que entraste en mi vida y los días que pasé a tu lado.

Si pensaba que no podía escuchar algo más doloroso, estaba equivocada. Las últimas palabras de Marcos habían terminado de destrozar su ya maltrecho corazón. Con un mar de lágrimas desbordando sus ojos, se marchó corriendo de la casa, se subió en el taxi y se fue a buscar a su hijo. Hugo tampoco podía entender por qué su madre lo alejaba de su padre.

—¿Por qué, mami? ¿Por qué nos vamos a Valencia? Yo no quiero vivir con Héctor, quiero estar con mi papá.

—No vamos a vivir con Héctor, vamos a vivir tú y yo solos en un apartamento muy chulo cerca del mar. Ya verás cómo te gusta.

—No, a mí me gusta el apartamento de papá, me gusta su piscina y nadar allí con él.

—¡¡Ya basta, Hugo!! ¡No podemos estar con papá y no se hable más! Podrás ver a tu padre siempre que él quiera, pero olvídate de que estemos con él porque eso no va a pasar nunca más, ¿lo entiendes?

—¡No, no lo entiendo y te odio! —gritó enfadado y se giró hacia la ventana del coche dándole la espalda sin dejar de llorar.

Laura sentía que no podría seguir soportando más disgustos ese día y mirando por su ventanilla, no pudo evitar romper a llorar ella también. Que su hijo le dijera eso le partía el alma, pero lo entendía, entendía que la odiara por apartarlo de un padre maravilloso sin darle una explicación. Incluso ella misma se odiaba por todo lo que estaba pasando.



Capítulo 47

Tres semanas después, Laura estaba en el aeropuerto muy nerviosa esperando el regreso de Hugo. Después de su ruptura con Marcos, su secretaria le había pedido que le mandara al niño cuatro días. Quería que su hijo estuviera el jueves por la mañana en el avión que salía a las diez de Valencia y se lo devolvería el domingo por la tarde en el vuelo de las ocho. Todo estaba programado y los billetes estaban sacados, así que ella solo debía seguir las instrucciones de esa horrible mujer. Marcos ni siquiera quería ponerse en contacto con ella.

Mientras esperaba a Hugo no dejaba de preguntarse si Marcos habría vuelto con Patricia y un dolor muy grande se apoderó de ella al imaginarlo.

También le daba terror imaginar que Marcos intentara averiguar si ella estaba con Héctor a través de su hijo y que él le dijera la verdad.

Antes de irse le había hecho jurar a Hugo que si Marcos intentaba preguntarle algo sobre ella, él le dijera que su madre no quería que hablaran de ellos, y rezaba para que no se camelara al niño y le sonsacara información. Se veía incapaz de volver a mentirle si a este le daba por preguntarle por qué no vivía con Héctor.

Pero cuál fue su sorpresa cuando, al preguntarle a Hugo, este le respondió dejándola alucinada:

—Papá me dijo nada más llegar que estaba prohibido hablar de ti cuando estuviéramos juntos.

—¡Vaya! Eso está bien —dijo cuando fue capaz de sobreponerse a la respuesta de su hijo—. Entonces, nosotros haremos lo mismo.



Capítulo 48

Habían pasado cinco meses sin una sola llamada entre ellos. Cuando Marcos necesitaba saber algo sobre Hugo, su secretaria llamaba a Laura Y cada vez que ella debía preguntarle algo a Marcos, de nuevo esa horrible mujer le decía: «El doctor Román está muy ocupado, déjeme su recado y le devolveré la llamada con lo que él decida». Su odio hacia esa mujer crecía cada día, aunque sabía que era un odio irracional porque estaba completamente segura de que no la despreciaba por gusto, sino por órdenes de su jefe, y era comprensible. Qué hombre no despreciaría a una mujer que le juró amor eterno un día y al siguiente fue capaz de morir de amor por otro.

«¡Oh Dios mío! Esto tiene que terminar, no puedes estar pensando en él y en esas locuras cada vez que empaquetas a tu hijo en un avión. Si sigues así, vas a volverte loca. Olvídalo de una vez y para siempre. Nunca más vas a volver a estar con él, te odia y eso es lo único que va a sentir por ti el resto de sus días. Así que ya basta, dile adiós a tu hijo y vete para casa a llorar tus

penas, que eso es lo único que sabes hacer cuando tu hijo está con su padre».

Alzó la mano para despedirse de Hugo mientras pasaba por la puerta de embarque con la azafata que le habían asignado en ese vuelo y se marchó muy decaída a su casa. Pero antes de subir, dio un paseo por la playa llorando sus penas al viento.

Era la última noche que Marcos pasaba con su hijo y estaba acostándolo en su cama cuando le preguntó:

—Papá, cuando tengas novia, ¿ya no querrás que venga a pasar los fines de semana contigo?

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Te lo ha dicho tu madre?

—No.

—Entonces ¿ha sido Héctor?

—No, no veo a Héctor. Me lo ha dicho un compañero de clase, que sus padres están divorciados y dice que desde que su padre tiene una nueva novia, ya no quiere que él vaya a su casa.

—Eso nunca va a pasar, tú eres lo más importante para mí, ¿vale, campeón?

—Sí. Te quiero, papi.

—Y yo a ti. —De repente pensó en lo que acababa de decir su hijo y le preguntó—: ¿Por qué has dicho que no ves a Héctor? Vives con él, así que lo debes ver todos los días, ¿no?

—Héctor no vive con nosotros.

—¿Por qué? ¿Tu madre ha vuelto a dejarlo? —Se enfadó pensando que Laura había vuelto a hacer de las suyas y había abandonado a ese gilipollas como había hecho con él.

—Mamá no quiere que hable de estas cosas contigo.

—¿Y qué tal si esto es un secreto entre los dos? —dijo intentando manipular al niño, pues necesitaba saber por qué Laura había dejado a Héctor—. ¿No te gustaría compartir un secreto con tu padre?

—¡Sííí!

—Entonces, dime, ¿desde cuándo tu madre y tú no vivís con Héctor?

—Desde que yo estuve malito y vinimos aquí para que me curaras.

—No, eso no puede ser, campeón. Regresasteis a Valencia para volver a vivir con Héctor.

—No.

Marcos empezó a ponerse nervioso, pues no entendía nada.

—Cuando tu madre y tú os marchasteis de esta casa, ¿dónde os fuisteis a vivir?

—A un apartamento en la playa que tiene mi mamá.

Marcos recordaba ese apartamento, ya que Laura le había hablado de él, y según le había dicho, era lo único que su marido le había dejado quedarse para darle el divorcio y la custodia de Hugo.

—¿Y en ese apartamento solo vivís tu mamá y tú?

—Sí. ¿Por qué?

—Creía que Héctor vivía con vosotros.

—No, mamá no quiere a Héctor. Cuando vino a casa al poco de vivir en la playa, mamá lo echó muy enfadada y le dijo que no quería volver a verlo y que no regresara nunca más.

Marcos estaba descolocado, no entendía nada. Se suponía que Laura lo había dejado para volver con Héctor, ¿por qué no estaba con él? ¿Por qué se había ido entonces?

—¿Héctor no tuvo un accidente y por eso tuvisteis que volver con él?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí. Yo no he vuelto a ver a Héctor después de que mi madre lo echara de casa.

—¿Cómo se encuentra tu madre?

—¿Qué quieres decir?

—¿Está contenta, es feliz?

—No, mamá no es feliz. Ya no sonrío y cuando cree que estoy durmiendo, llora. Muchas noches la oigo llorar en su cama. La primera vez que fui para ver si se había hecho daño, me abrazó y lloró más fuerte, después me dijo que lloraba porque estaba tonta y que volviera a la cama. Así que cuando la oigo llorar ya no voy porque no quiero que llore más fuerte, seguro que es por mi culpa.

—No, campeón, no pienses eso. Tu madre no llora por tu culpa, seguro que es por otra cosa. ¿Está trabajando?

—Sí, trabaja mucho, y yo creo que por eso llora, porque dice que no soporta tener que dejarme por las noches con la canguro.

—¿Trabaja por las noches?

—Sí, muchas veces y se enfada. Dice que como es la nueva le ponen casi

todas las guardias a ella.

—¿Dónde trabaja?

—En el hospital donde me cuidaban cuando estaba malito.

—¡Ya! Bueno, ahora a dormir. Y recuerda que esto es nuestro secreto y que no debes decirle a tu madre que hemos estado hablando.

—Sí. Me gusta tener secretos contigo, papi.

—A mí también me gusta tener secretos contigo, campeón. Buenas noches.

—Buenas noches. —Le dio un beso y se marchó a su habitación.

Pero cuando se tumbó en su cama, no podía dormir. No dejaba de preguntarse por qué. ¿Por qué Laura había hecho eso? ¿Por qué lo había dejado para irse a vivir sola con su hijo? No entendía nada y se moría por encontrar una respuesta, algo que pudiera explicarle por qué de repente todo se había terminado y por qué ella le había mentado diciéndole que volvía con Héctor. Todo el odio que había sentido por Laura durante esos últimos meses desapareció de pronto y el único sentimiento que lo invadía era la necesidad de saber qué había ocurrido para que ella huyera de él de esa manera tan violenta.

En la oscuridad de su habitación un recuerdo lo invadió y una sensación de rabia e impotencia lo envolvió al darse cuenta de que solo una persona podría ser capaz de urdir cualquier locura para conseguir sus propósitos: Patricia. Estaba seguro de que ella tenía algo que ver con esa repentina separación, ya que al día siguiente se presentó en su despacho más amable que de costumbre y como siempre hacía cuando él dejaba a una de sus amantes, intentó seducirlo.

Pero la ruptura con Laura no se parecía a ninguna que hubiera tenido antes, ya que en las otras siempre era él quien las dejaba, y con Laura había sido al contrario. Había roto con él y lo había hundido en la más absoluta miseria, porque el dolor era tan grande que no se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. De no ser así, se hubiera dado cuenta de que Laura jamás le habría contado a Patricia que había roto con Marcos, y ella esa mañana sabía que Laura se había ido, por eso había entrado en su despacho para seducirlo.

Se sentía miserable por no haber intentado encontrar una explicación a su marcha, pero imaginarla con Héctor lo cegaba de celos y no podía ver la realidad, y la realidad no era más que una. No se podía dejar de sentir un amor tan grande como el que sentían ellos de la noche a la mañana, ya que si él después de todo lo que había pasado era capaz de seguir amándola, a ella

debería estar sucediéndole lo mismo. Por eso lloraba por las noches como le había dicho su hijo y la única explicación para ese llanto era que cuando llegaba la noche, lo echaba tanto de menos como él a ella.



Capítulo 49

Después de dejar a su hijo en el aeropuerto, lo primero que hizo Marcos fue ir a buscar a Patricia. Necesitaba saber la verdad y estaba dispuesto a usar las mismas armas que ella utilizaba: el engaño.

—Hola, que grata visita —dijo ella dándole un beso.

Llevaba puesto un camisón muy corto y una bata que le caía por los hombros, sabía que así estaba más sexi y lo hacía adrede para provocarlo. Marcos le siguió el juego.

—Siempre me ha gustado cómo te sienta ese camisón. —Nada más decir eso, ella dejó caer la bata al suelo—. Y siempre me ha gustado tu sensualidad. Eres la mujer más hermosa que he tenido en mi cama.

—¿Mas que esa Laura?

—¿Quién? ¿Quién recuerda a esa mojigata? Tú vales mil veces más —le habló comiéndosela con la mirada—. Ni siquiera su juventud puede eclipsar tu belleza. —Esas palabras la descontrolaron.

—¡Oh, Dios mío! Nunca creí que algún día dejarías de pensar en esa chica.

—Hace mucho que la olvidé, ya me conoces, me duran poco las penas de amor. Pero me costaba volver a ti.

—¿Por qué? No sabes lo mucho que deseaba que volvieras a mí — confesó mientras se acercaba a él y enroscaba las manos en su cuello. Marcos agachó la cabeza y, con un gran esfuerzo, la besó con mucha pasión—. ¡Te he echado tanto de menos!

—Y yo a ti, preciosa.

—Hazme el amor, Marcos, te deseo tanto.

—Puedes pedirme lo que quieras, te debo mi libertad.

—¿Por qué dices eso?

—Laura me confesó antes de irse que gracias a ti ya no quería seguir a mi lado. Al principio me molestó, pero inmediatamente me di cuenta de que era lo mejor. Estaba cansado de tantas peleas y necesitaba de nuevo mi libertad. Por eso quiero pedirte perdón, tú eres la única mujer que soporta mis andanzas. Y si eres capaz de volver a perdonarme, te juro que intentaré cambiar y no volveré a serte infiel. Eso sí, debes aceptar a mi hijo.

—Pues claro que sí. Acepto a tu hijo, te perdono y siempre voy a soportar tus andanzas. Eso sí, si vuelves a mis brazos después.

—Sabes que pase lo que pase, siempre vuelvo a tus brazos.

—¡Oh, Marcos! Te quiero tanto.

—Yo también te quiero.

Volvió a besarla con pasión y empezó a acariciar su cuerpo, volviéndola loca de placer. La recostó sobre la mesa y comenzó a lamer y a morder sus pechos, al mismo tiempo que su mano se colaba por sus bragas para masturbarla. Cuando consiguió llevarla a un punto donde lo único que necesitaba era tenerlo dentro, Patricia le gritó desesperada:

—¡Por favor, Marcos! ¡No puedo soportarlo más, te necesito dentro ahora!

—¿Me quieres dentro?

—Sí, por favor.

—Antes necesito saber una cosa, y después me tendrás dentro todas las veces que quieras, te lo prometo. Yo también estoy ansioso por ti, cariño —le dijo con otro beso apasionado, haciéndola gemir.

—¿Qué quieres saber... te diré lo-lo que quieras? —Las palabras se le cortaban por el inmenso placer que sentía.

Su mano seguía castigándola para que esa locura no se apagara y así saber exactamente lo que quería, ya que estaba seguro de que ella sería capaz de contarle cualquier cosa con tal de que él le hiciera el amor, tal y como le había prometido.

—Quiero saber qué le dijiste a esa mojigata para que por fin me dejara en paz.

—Le hice creer que era su madre y... que si no te dejaba... mi muerte no la dejaría vivir. —Él sonrió.

—¿Cómo pudo creer esa estúpida semejante mentira?

—Ya me conoces, soy capaz... de cualquier cosa... para conseguir lo que quiero, porque... ¡Oh, Dios, Marcos! No... no puedo más.

—Sigue hablando, cariño. Después te complaceré en todo lo que quieras.

—Está bien. ¿Por qué... no me miras el culo?

Cuando la volvió de espaldas, se quedó muy sorprendido al ver en su nalga ese tatuaje. Era tan idéntico a la mancha de nacimiento de Laura que no podía creérselo. Pero ahora entendía que Laura se hubiera tragado semejante historia, sobre todo conociendo la facilidad que tenía Patricia para mentir. Otra vez le metió los dedos por detrás mientras besaba y mordía su cuello con la intención de enloquecerla y así poder seguir interrogándola.

—¡Dios! Eres tan perversa, me encantan tus tretas. —Ella se rio y gimió al mismo tiempo al volver a sentir sus dedos dentro de ella—. ¿Cómo supiste que tenía una marca de nacimiento?

—Irene la vio un día... cam-cambiarse en los vestuarios, ella me lo contó. Por favor, Marcos, te-te necesito.

—Solo una pregunta más, no sabes lo cachondo que me está poniendo este juegucito.

—A mí también, pero date prisa. ¡Oooh, sí, date prisa! Estoy a punto de correrme.

—Yo también, cariño, pero no puedes irte sin mí, aguanta un poco. ¿Fuiste cómplice de Irene en el aborto y en lo del Ébola? —Patricia no contestó. Marcos tiró de su cabello, le mordió el lóbulo de la oreja y profundizó con sus dedos para darle más placer. Entonces le dijo, para que se dejara llevar—: Vamos, preciosa, me muero por estar dentro de ti. No sabes lo mucho que te deseo, lo mucho que me está poniendo este juegucito y lo que te echaba de menos.

—Sí... sí, lo hice. Y no te puedes imaginar lo que sufrí cuando me dijeron que-que habías entrado en la habitación con esa mojigata. Ahora, por favor, dame lo que necesito, ya-ya no puedo resistirlo más. —Satisfecho al haber conseguido exactamente lo que quería, sacó sus dedos de ella y la cogió del pelo con fuerza, haciéndola gritar—. ¿Qué haces? ¿Por qué paras? ¡Aaaaa! No me tires tan fuerte del pelo, me haces daño.

—No, no debería tirarte del pelo, debería matarte por hija de puta —la amenazó con una voz fría pegando los labios a su oreja.

—¿Qué?! ¿Te has vuelto loco?!

—¿De verdad creíste que podría volver contigo? Te desprecio, eres la mujer más horrible que jamás he conocido y maldigo el día en el que te salvé la vida.

—¡¡Hijo de puta!! ¡Me has engañado!

—No, solo he jugado a tu juego. Y parece que lo he hecho muy bien, pues he llegado a engañar a la reina de las mentiras y las manipulaciones. Voy a confesarte una cosa, todos estos meses llegué a comprenderte, porque los celos de imaginar a Laura con su ex me estaban volviendo loco, y ese fue mi gran error, desconfiar de Laura como tu hacías conmigo. Pero yo he aprendido, estoy completamente seguro del amor que Laura siente por mí y eso hará que volvamos a estar juntos. Tú, sin embargo, me das pena porque nunca serás feliz, ya que eres incapaz de confiar en nadie ni de querer a nadie.

—¡Voy a hundirte en la miseria, maldito cabrón!

Marcos tiró de su pelo con fuerza y la hizo gritar de nuevo, pero esta vez de dolor.

—Tú no vas a hacer nada, yo voy a encargarme de que tu culo vaya a parar directamente a la cárcel con tu queridísima Irene y voy a quitarte todo lo que posees. Tengo toda esta conversación en mi iPhone, así que estás acabada. Solo necesito que Irene corrobore todo lo que has dicho y te pudrirás en la cárcel con ella.

—Marcos, no puedes hacer eso, todo lo que eres me lo debes a mí.

—¿Lo que soy? Yo he llegado a donde estoy por mis propios méritos, no le debo nada a nadie y mucho menos a ti. Lo único que te debo son diez años de amargura y, como comprenderás, nadie puede sentirse agradecido por eso. Ahora he de dejarte, tengo una cita con la policía.

—¡¡¡Marcos!!! ¡¡No te atreverás a denunciarme!! —Cuando le vio atravesar la puerta sin hacerle caso, le volvió a gritar—: ¡¡¡Marcos!!! ¡¡Regresa aquí, maldita sea!! ¡¡Te odio, te odio!!! ¡¡Debiste morir en esa habitación con ella, maldito hijo de puta!!



Capítulo 50

Cuando Laura fue llamada al despacho del director del hospital, subía asustada. No podía imaginar para qué quería verla. Lo único que se le ocurría era que estuvieran investigando por qué de repente hacía más de tres semanas habían dejado de ponerle guardias nocturnas. Ya no se quedaba ni una sola noche, pues todo su horario había cambiado y ahora solo trabajaba las horas que Hugo estaba en el colegio y de lunes a viernes, ni siquiera trabajaba los fines de semana. Era como si Dios hubiera escuchado sus plegarias y le dejara tiempo libre para poder estar con su hijo.

Cuando preguntó por su cambio de horario, lo único que le dijeron fue: «Órdenes de arriba». Y ahora la llamaban de arriba seguramente para averiguar quién había falsificado las guardias y por qué a ella de repente le habían puesto un horario privilegiado por el cual muchas de sus compañeras matarían.

—Hola, me han dicho que debía presentarme en el despacho del director

—preguntó al llegar.

—¿Quién eres? —le preguntó la secretaria.

—Soy la enfermera Laura Salinas.

—¿Laura Salinas? —dijo muy sorprendida.

—Sí —le respondió Laura preocupada por la sorpresa de esa mujer.

—Puede pasar, el director la está esperando.

—Gracias.

Laura se dirigió a esa gran puerta donde ponía director, pero no había ningún nombre en él, era como si lo hubieran borrado. Extrañada, abrió la puerta.

—Buenos días, soy la enfermera Laura Salinas —se presentó con voz temblorosa, pues estaba asustada y preocupada—. ¿Quería usted verme?

—Siéntese, por favor. —El hombre que le había dado la orden con una voz muy aguda estaba sentado en el sillón detrás de ese enorme escritorio y de cara a la pared—. ¿Sabe por qué está aquí?

—No, pero creo imaginarlo.

—¿Y qué es lo que imagina?

—Quiere saber si yo he falsificado de alguna manera mi horario, porque eso es lo que piensa todo el mundo, y le juro por Dios que estoy tan sorprendida como el que más —explicó nerviosa.

—Yo ordené su cambio de horario.

—¿Usted? ¿Por qué haría algo así? —preguntó muy confusa y sorprendida.

—¿Está casada?

—No.

—Vive con alguien.

—No. Bueno, sí, con mi hijo. Pero no creo que eso sea de su incumbencia.

—Te equivocas, bombón —dijo suavizando su voz. Giró el sillón y enfrentó su mirada por primera vez—. Todo lo tuyo es de mi incumbencia.

Laura se quedó tan sorprendida al verlo que no fue capaz de articular palabra y mucho menos de poder moverse, hasta la respiración se le había cortado. Marcos la miraba fijamente, parecía un ratoncillo asustado sentada en ese enorme sillón con las piernas juntas, las manos apoyadas en las rodillas y con la espalda muy recta.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó después del *shock* cuando fue capaz de reaccionar.

—Soy el nuevo director.

—¿El nuevo director? —inquirió más sorprendida todavía.

—Sí.

—No tenía ni idea de que iban a cambiar de director, nadie ha comentado nada.

—El director de este hospital iba a jubilarse, les propuse hacerme cargo y no se lo pensaron demasiado. Así que le adelantaron la jubilación a Antonio, creo que se llama, y hace apenas dos días me nombraron director.

—No me extraña. No... no puedes estar aquí, eso es degradarte. Tu sitio está en Madrid, en ese magnífico hospital. Aquí no pintas nada, tienes que volver con tu esposa.

—Voy a aclararte unos pequeños detalles que parece que no entiendes. — Se levantó del sillón y se puso delante de ella apoyándose en el escritorio—. Primero, estar aquí no es bajar mi nivel, sino todo lo contrario, aquí es donde de verdad están los retos. Siempre me gustó la medicina pública, la gente rica y pija me saca de quicio, creen que por un lunar pueden morir y te exigen toda clase de pruebas sin importarles tu diagnóstico. Segundo, mi sitio está donde estéis mi hijo y tú, y si un rey fue capaz de renunciar a su corona por amor, ¿por qué no iba yo a renunciar a un hospital por mi familia?

Laura lo miró a los ojos y le habló con voz temblorosa, pues las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos.

—No, tu sitio está con tu esposa. Debes volver con ella.

—¿De verdad crees que volvería con esa mujer? ¿Por quién me tomas?

—Siempre lo has hecho, ¿qué ha cambiado esta vez?

—Esta vez me enamoré —confesó haciéndole palpitar el corazón—, y no podía volver con una mujer a la que desprecio, una mujer a la que no le importa planear asesinatos para tenerme a su lado, y menos aún después de conocerte a ti. No he podido estar con otra mujer desde que te fuiste, y eso que te odié cuando me mentiste diciéndome que volvías con Héctor. No sabes cómo te odié.

Podía ver cómo las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no se atrevía a acercarse hasta estar seguro de que no lo rechazaría, la veía muy nerviosa.

—¿Por qué crees que te mentí? Estoy con Héctor, por eso debes marcharte.

—Acabas de decirme hace un momento que solo vivías con tu hijo y Hugo me confesó hace unas semanas que nunca habéis estado viviendo con Héctor. Por eso estoy aquí.

—Voy a matar a ese pequeñajo —dijo haciendo reír a Marcos—. Aun así, es mejor que vuelvas a Madrid, yo ya no quiero estar contigo. Si insistes en quedarte, seré yo la que se marche.

—¿Por qué no quieres estar conmigo?

—Ya te lo dije, no me siento segura a tu lado. En cuanto me descuidara, aparecería una de tus amantes enloquecidas de amor por ti e intentaría matarme. He de mirar por el bienestar de mi hijo y vivir a tu lado no es seguro para él.

—Ya no existen esas amantes enloquecidas, no he vuelto a estar con otra mujer desde que te fuiste y no pienso volver a estarlo. Tú ocupas todos mis pensamientos, bombón, y eres la única mujer con la que quiero estar.

—Patricia... —se quedó callada porque aún le dolía pensar en esa mujer y saber que esa loca era su madre—, e Irene nunca van a dejar de formar parte de tu vida. Allá donde vayas estoy segura de que te perseguirán, como siempre han hecho.

—Patricia e Irene están en la cárcel, y ahí van a estar por una buena temporada.

Ella levantó la cara para mirarlo a los ojos, sorprendida por esa noticia.

—Estás mintiendo, ¿verdad? Lo de Irene puedo creerlo, pero no había pruebas en contra de Patricia.

—La obligué a confesar y después solo tuve que conseguir que Irene corroborara sus palabras, así que ahora las dos deben estar compartiendo celda y matándose la una a la otra. —La vio torcer cuanto apenas el labio en forma de sonrisa y eso le dio la confianza de acercarse a ella. Se sentó a su lado, levantó su cara para mirarla a los ojos, le quitó las lágrimas y dijo con mucha ternura—: No pensarías que dejaría sin castigo a las mujeres que mataron a nuestra hija y que casi te matan a ti, ¿verdad?

—Marcos, yo... no sé si podría volver a estar contigo, y tampoco sé si me hace feliz saber que Patricia está encerrada. Ella... ella... es mi madre —confesó al fin abatida—, y te juro que hubiera preferido morir en el parto que ser la hija de esa loca.

—Ella no es tu madre, eso también me lo confesó.

—¿Qué?! No puede ser, tiene esa mancha en el culo como la mía. También sabía en qué convento me dejó y cuándo lo hizo, y luego está esa historia que me contó tan espeluznante sobre mí padre.

—Pagó para que le facilitaran esa información y ese corazón en su culo solo es un tatuaje.

—No, no puede ser. —Lo miró con furia, se levantó del sofá y empezó a caminar por el despacho muy nerviosa—. Ella no podía saber lo de mi mancha de nacimiento.

—Se lo dijo Irene un día que te vio en los vestuarios cambiándote de ropa.

—¿Y toda esa historia que me contó de que abusaron de ella y que por eso me odiaba, y que su madre murió teniendo un aborto?

—Mentiras, todo mentiras. Su madre huyó, desapareció con su amante cuando ella era una niña. Puede ser que eso la marcara y que por eso estuviera tan loca, que por eso odiara a los niños y que no soportara que yo la dejara por otra mujer. Además, piensa un poco, ¿de verdad crees que yo hubiera reaccionado como lo hice el día que descubrí esa preciosa mancha en tu culo? Más bien te hubiera dicho espantado: «¡Dios mío, tienes la misma mancha de nacimiento en el culo que mi ex!».

Laura en ese momento se dio cuenta de la verdad. Marcos tenía razón, a él le hubiera espantado que su mujer y su amante tuvieran la misma mancha de nacimiento, y no se la habría besado diciéndole lo mucho que le gustaba. Esa loca se había tatuado el culo y había inventado toda esa historia para separarlos, y maldita sea, lo había conseguido, había conseguido que ella la creyera y saliera despavorida al creerse la amante de su padrastro.

—¡Qué hija de puta! —gritó muy cabreada.

—¡Joder! Sí que debes estar enfadada para soltar un taco como ese. Al final te voy a tener que lavar la boca con jabón. —Ella de repente lo miró y se echó a reír.

—Todo esto es de locos, ¿no crees? Parece una telenovela venezolana.

Justo en ese instante Marcos se dio cuenta de su estado, ya que el miedo de volver a perderla solo le había dejado concentrarse en su cara y en sus gestos para averiguar de qué humor estaba.

—¡¡Joder, Laura!! ¿Por qué no me lo dijiste?

—No blasfemes, ¿y qué se supone que debería haberte dicho?

—¡Es evidente, ¿no crees?! —Señaló su gran barriga—. ¡Estás embarazada, hostias! ¿Por qué siempre huyes de mí sin decirme que esperas un hijo mío?

—Lo siento, pero cuando me fui no lo sabía y después no te iba a llamar para decirte: «Estoy embarazada, pero no puedes acercarte a mí porque la loca de mi madre me ha amenazado con matarse si tú y yo volvemos a estar juntos». ¿Y qué te iba a decir? «Vas a ser padre, pero al mismo tiempo tu hijo

va a ser tu nieto». O vete tú a saber qué podríais ser siendo mi padrastro. Además, tampoco te hubiera comunicado algo así a través de esa secretaria tuya tan desagradable, antes habría preferido morirme. ¡Y tú no querías hablar conmigo! —exclamó furiosa de nuevo.

Volvía a estar enfadada y le encantaba verla así, sobre todo porque lo que le molestaba era que él no hubiera querido comunicarse con ella en todos esos meses.

—Estaba muy enfadado, dolido, y me moría de celos imaginándote con tu ex, por eso no podía hablar contigo. Pero no te puedes ni imaginar lo mucho que te echaba de menos. —Según hablaba, se fue acercando a ella, cogió su cintura y apretó suavemente su barriga contra la de ella—. En esos días llegué a entender a Patricia, pues los celos me estaban volviendo loco y lo único que me pasaba por la mente era venir y asesinar a tu ex. —Ella le sonrió por esa confesión.

—Yo también te he echado muchísimo de menos y también me moría de celos pensando que habrías vuelto con esa arpía.

—Vaya pareja que estamos hechos —dijo haciéndola reír.

—Sí. ¿Podrías besarme, por favor?

—No sé, te mereces un castigo por dejarme de esa manera y destrozarme la vida.

—Sabré recompensarte —prometió con una sonrisa picarona.

—¿Estás segura? Me he vuelto muy exigente. De ahora en adelante voy a reclamarte que seas mía todas las noches y, sobre todo, que no vuelvas a huir de mí nunca más.

—¿Dónde hay que firmar, jefe? —bromeó haciéndole reír.

—Te mandaré a mis abogados con un contrato, pero ¿qué tal si primero lo sellamos con un beso?

—Me parece una idea estupen...

Sin dejarla terminar de hablar, le dio un beso tan apasionado que la hizo perder el sentido, pero inmediatamente una patada que salió de la barriga de Laura lo hizo apartarse sorprendido y maravillado al mismo tiempo. Tocó su tripa muy emocionado, ya que creyó que nunca tendría la oportunidad de vivir algún día algo así.

—Parece que nuestro hijo no me va a perdonar tan fácilmente, acaba de darme una patada, ¿lo has notado?

—Tu hija, es una niña, y sí, lo he notado.

—¿Es una niña?

—Sí.

—¡Me encanta! —dijo abrazándola con fuerza—. ¡Voy a tener una niña! —gritó haciéndola reír y puso la mano de nuevo en su barriga—. ¿De cuánto estás?

—De seis meses. Parece que esa noche que parecía nuestro final, que pensamos que íbamos a morir, lo que hicimos fue crear una nueva vida.

—Pues entonces bendigo esa noche tan llena de miedos, lujuria y fecundación. —Ella se rio al oírle decir eso. Marcos la besó otra vez y le preguntó—: ¿Crees que podría hacerte el amor sin que nuestra hija me dé una paliza? —Laura volvió a reírse.

—Si no lo haces, seré yo quien te la dé.

—¡Vaya! Estoy entre la espada y la pared. —Ella se rio de nuevo.

—¿Y a cuál de las dos vas a hacer caso? —preguntó con picardía provocándole con la mirada.

—A ti, bombón. Hasta dentro de tres meses, tú eres la única mujer a la que quiero complacer. Aprovecha ese tiempo ya que después vas a tener una gran rival.

—Podré compartirte con ella. Ella es a la única mujer a la que te voy a dejar mirar y no me importa si no te gustan las mujeres celosas —bromeó haciéndole reír.

—Siempre has sido y serás la única mujer que quiero que me cele, así que no dejes de hacerlo nunca.

Después de esas últimas palabras la besó, la besó con tanta fuerza y con tanta pasión que le robó la razón. Sin dejar de devorar su boca, la desnudó de cintura para arriba y acarició sus pechos lentamente, haciendo que se estremeciera de placer. Sus manos bajaron por sus caderas para subirle la falda y deshacerse de sus bragas. Ansioso por tenerla, apartó las cosas del escritorio de un manotazo y la sentó encima. El deseo por ella era tan grande que no podía esperar, así que liberó su erección y la penetró lentamente, pues no quería lastimarla, mientras la besaba con ternura pero también con pasión.

—Te he echado tanto de menos... te amo tanto, mi amor —le susurró con la voz entrecortada por el deseo.

—Yo también te amo, bombón... y no puedes imaginar lo mucho que echaba de menos esto —dijo con un golpe de caderas haciéndola gritar de placer.

Atrapó su boca con la suya y se movió dentro de ella provocándola y llevándola hasta lo más alto de la cumbre del placer. Le hizo el amor con

mucha pasión, pero con cuidado al mismo tiempo, ya que su embarazo estaba muy avanzado. Cuando terminaron, la cogió de la cintura, la levantó de la mesa y la llevó hasta el sofá, donde se acostaron. Permanecieron tumbados y abrazados mientras se recomponían del esfuerzo, sin dejar de besarse.

—¿No tienes miedo de que entre tu secretaria y nos pille? No creo que en tu primer día como director sea muy beneficioso para ti que corran rumores como que te gusta llamar a las enfermeras a tu despacho para seducirlas y hacerles el amor.

Marcos se rio a carcajadas.

—No, porque cuando le dije que te quería en mi despacho y ella me preguntó que para qué quería que una simple enfermera subiera, ¿sabes qué le contesté?

—No. ¿Qué?

—Que esa simple enfermera iba a ser la futura esposa del nuevo director.

—¡Oh, no puede ser! Por eso me ha mirado de esa manera y me ha preguntado: «¿Es usted Laura Salinas?».

—Probablemente. Y bien, ¿qué me dices?

—¿Qué te digo a qué?

—Tú estás divorciada, yo estoy divorciado. Ya no necesitas mi médula ósea, así que ya no me buscas por interés. —Laura se rio—. Entonces... ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero casarme contigo, y tienes razón, nunca más voy a pedirte tu médula ósea, ¿y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque ya no me conformo solo con eso de ti. Ahora te quiero completito, con médula incluida.

Esas palabras le hicieron reír a carcajadas y la abrazó con fuerza para besarla de nuevo, pues parecía no poder dejar de hacerlo.

—Soy todo tuyo, bombón, y te quiero. No sabes lo mucho que te quiero.

—Yo también te quiero, mi amor.

—En todos estos meses que hemos estado separados me dolía imaginar que nunca más volvería a oírte decir esas palabras.

Laura lo besó dejándolo sin aliento, pues sus palabras la emocionaban.

—Te quiero, mi amor. Te quiero, mi amor. Te quiero, mi...

Marcos, sin poder reprimirse al escuchar su voz suave, aterciopelada y muy seductora, volvió a atrapar su boca en un beso ardiente y apasionando que despertó sus sentidos. Y se amaron de nuevo.

Estaban abrazados en el sofá, cansados, pero muy dichosos de volver a estar juntos y de saber que esta vez nada ni nadie volvería a separarlos, cuando Laura rompió el silencio.

—¿Cómo conseguiste que Patricia confesara todos sus crímenes?

—No quiero hablar de eso.

—¡Vamos, no seas malo y cuéntamelo! —insistió ella.

—No.

—Vamos, cuéntamelo.

—Por favor, Laura, no me obligues. No te va a gustar y no quiero que te enfades. No soportaría perderte otra vez.

—No vas a perderme, pero necesito saber toda la verdad. Es mejor sincerarnos ahora que tener problemas más adelante, ¿no crees?

—Puede que tengas razón, pero prométeme que te cuente lo que te cuente, no vas a enfadarte.

—¿Te acostaste con ella verdad? —le preguntó muy triste.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque te da miedo contármelo así que, ¿que podría haber peor que eso?

—No me acosté con ella, pero más o menos fue como si lo hubiera hecho.

—¿Qué quieres decir? —preguntó muy confusa.

—Empezare desde el principio, ¿vale?

—Vale.

Durante un rato, Marcos le detalló cómo había obtenido la verdad de Patricia.

—Cuando terminó de confesarme todo y sintió que de repente yo dejaba de tocarla y de besarla, se dio cuenta de mi engaño y me tocó salir corriendo antes de que me matara.

—No me extraña, si te hubieras quedado, seguro que te habría matado. Me hubiera encantado ver su cara.

—¿No estás enfadada? —preguntó temeroso.

—No. Más bien orgullosa. Hay que tener mucho valor para hacer de tripas corazón y fingir con alguien a quien detestas que la quieres. Yo no creo que pudiera hacer eso, no creo que pudiera besar a alguien a quien odio por nada del mundo.

—Mi futuro contigo estaba en juego y nada más que por eso sería capaz de acostarme hasta con el mismísimo diablo. Gracias a Dios no me hizo falta llegar tan lejos, pero he de confesarte que, si me hubiera hecho falta, lo habría

hecho. Y, por favor, no me odies por eso.

Laura lo miró a los ojos con la certeza de que ese hombre estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, y lo besó con mucha ternura.

—No puedo odiarte sabiendo que hubieras sido capaz de acostarte con esa arpía para descubrir la verdad, y sobre todo si esa verdad te llevaba hasta a mí. ¿Cómo crees que podría odiarte por eso?

—Tenía miedo de que no lo entendieras, de que los celos te cegaran como a mí. Pero soy un estúpido, ¿verdad? No recordé que lo que te hace perfecta es precisamente eso, que no sientas celos.

—¡Hey! Tampoco te pases, sí siento celos. ¿A qué mujer le va a dar igual que su hombre seduzca a otra? La diferencia entre ellas y yo es que yo sé que me quieres y que lo hiciste para estar conmigo, sé valorar lo que arriesgaste y por eso lo entiendo. Como también sé que el resultado final es tenerte a mi lado. Así que nada puedo reprocharte si gracias a todo lo que hiciste, podemos estar juntos.

—¿Ves? Eso es lo que más me gusta de ti —dijo dándole un beso muy apasionado—. Tu comprensión. Te quiero, bombón.

—Y yo a ti, mi amor. —Le devolvió el beso—. Olvidemos todo lo que ha pasado y volvamos a empezar de cero, los niños, tú y yo.

—Sí, tienes razón, volvamos a empezar. No hay nada que más desee en este mundo que formar una familia contigo.

—Eso suena muy bien, jefe —bromeó haciéndole reír, y Marcos, sin poder evitarlo, volvió a besarla, pero esta vez con mucha ternura

Después de haber aclarado ese asunto y mucho más tranquilo al saber que Laura era capaz de comprender y olvidar todo lo que había pasado, le dijo:

—Quiero contarte una cosa.

—¿Buena o mala? Porque si es mala, no quiero saberla.

—Buena, o por lo menos eso espero.

—Entonces cuéntamela, aunque me siento tan feliz que no creo que nada pueda estropear este momento.

—¿Y si te dijera que tengo una invitada especial en nuestra boda?

—¿Quién?

—Tu madre. —Laura lo miró muy seria y sin poder articular palabra. Él, asustado, le dijo—: Si no quieres conocerla, no es necesario que lo hagas.

—¿Estás bromeando? Porque si lo estás haciendo, no tiene ni pizca de gracia.

—¿Crees que bromearía con algo así?

—¿Has hablado con mi madre?

—No, con tu hermana.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde?

—Puse un anuncio en internet explicando tu caso porque no quería que nunca más nadie volviera a engañarte con ese tema. Dos días después me contestaron.

—¿Quién? —preguntó con cautela.

—Tus hermanos.

—¿Mis hermanos? —se sorprendió—. ¿Tengo hermanos? ¿Cuántos?

—Dos, un chico y una chica.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que son mis hermanos? —preguntó con inquietud.

—Ellos corroboraron la historia.

—Podrían estar mintiendo.

—No lo creo, me dijeron cómo es tu mancha de nacimiento y dónde la tienes.

—Eso lo deben saber porque tú lo pusiste en mi historia.

—No. Yo nunca puse ese pequeño detalle, eso lo guardé para asegurarme de que la persona que me dijera que era tu madre no mintiera, y así lo hizo tu hermana sin decirle yo nada. Me dijo que eso era lo único que tu madre recordaba de ti.

—¿Mi madre está muerta?

—¡No! No está muerta. ¿Por qué dices eso?

—Entonces ¿no quiere saber nada de mí? —le preguntó con los ojos llenos de lágrimas.

—¡No! Está deseando conocerte.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Porque tú solo has hablado con mis hermanos, no con ella. ¿Por qué me abandonó? ¿Por qué ellos viven con ella y yo no? —Las lágrimas rodaban por sus mejillas y Marcos la abrazó con fuerza.

—Tu madre quedó embarazada con quince años de un amor de verano. Cuando las vacaciones terminaron, él se fue, pero a tu madre le dejó un buen recuerdo. Tus abuelos, al enterarse, la mandaron a la capital a casa de un pariente para tapar esa vergüenza, y cuando dio a luz, su padre fue quien te arrancó de sus brazos y te dejó en la puerta del convento. Al ser menor de edad y por miedo a su padre, no pudo evitarlo. Ella le suplicó durante mucho

tiempo que le dijera dónde te había abandonado, pero él nunca lo hizo para castigarla por la falta que había cometido. Nunca más volvió a saber de ti, hasta que hace cinco años su padre al morir le confesó dónde te había dejado.

—¿Por qué no me buscó entonces?

—Porque creyó que era demasiado tarde para entrar en tu vida, porque creyó que te habrían adoptado, que tendrías una familia, que serías feliz y que ella no tenía derecho a presentarse y volverte la vida del revés. Pero les contó su historia a sus hijos y por eso se pusieron en contacto conmigo. Desde que tu madre les habló de tu existencia, tu hermana nunca ha dejado de mirar en internet, en las páginas de niños desaparecidos o abandonados, buscando una pista sobre ti, hasta que leyó la mía y me llamó.

—¿Mi madre quiere conocerme?

Esta vez su pregunta estaba llena de emoción, mientras se limpiaba las lágrimas.

—Está loca por conocerte, ella y tu padre...

—¿Mi padre?!

—Sí, fue uno de los que acabaron convenciendo a tu abuelo para que le confesara a tu madre dónde te había dejado antes de morir. Según él, tu madre nunca pudo superar esa pérdida. ¿Sabes? Cuando habla de ella, es como si estuviera hablando de ti.

—¿Has hablado con él? —le preguntó muy sorprendida.

—Sí.

—¿Y por qué dices eso?

—Porque dice que su mujer es una persona muy dulce, cariñosa, buena, generosa y capaz de dar amor a todo el mundo, y que cualquiera que la conoce queda cautivado por ella. También me ha dicho que si decides conocerla no te arrepentirás de darle una oportunidad, porque no se merece seguir llorando por ti. Por eso me ha pedido que intente convencerte para llevarte a su pueblo y que por fin pueda darte ese abrazo que su padre nunca le dejó darte.

—¡Oooh! Mi abuelo era un cazurro, ¿verdad? —dijo llorando de emoción por todo lo que Marcos acababa de contarle.

—Probablemente un hombre anticuado y con muy mala leche, incapaz de perdonar a su hija la vergüenza que le causó.

—Fue muy injusto y cruel.

—Sí, lo fue, porque prefirió vivir y morir sin el perdón de su hija.

—Pobrecitos, me muero por conocerlos.

—Y ellos a ti.

—Quiero verlos —le pidió ilusionada.

—Está bien, hablaré con tu padre.

Entonces Laura se dio cuenta de un detalle.

—Si él se fue dejándola embarazada, ¿por qué ahora están juntos?

—Cuatro años después tu padre regresó al pueblo y se reencontraron, y cuando supo por todo lo que tu madre había pasado, volvieron a enamorarse. ¿A que es una historia muy bonita?

—¡No, es horrible! Si mi padre volvió, ¿por qué mi abuelo no les dijo cómo encontrarme?

—Por venganza hacia tu padre y para que el pueblo siguiera sin saber la verdad.

—Pensar que por culpa de ese hombre y del qué dirán he estado separada de mi familia toda la vida. ¡Diiioos! Me pone de tan mala leche.

—No me extraña.

—Podría haberme criado con mis padres y mis hermanos. —Sacudió la cabeza para quitarse el coraje por lo que había hecho su abuelo—. Pero ahora voy a conocerlos, solo eso me debe importar. El pasado, pasado está, es mejor no pensar en ello.

—Eso es, ahora debes aprovechar el tiempo perdido y es mejor no pensar en lo que podría haber sido, porque no te va a servir de nada. Además, tus sobrinos son bebés así que podrás disfrutar de ellos.

—¿Tengo sobrinos?

—Tres. Dos de tu hermano, que es el mayor; bueno, después de ti, claro. Tiene dos, uno de dos años y el otro de cuatro meses, y tu hermana una niña, que tiene un año.

—¡Oh, Dios mío! No puedo creerlo. ¿Dónde viven?

—En Montanejos.

—¡Eso está aquí al lado! —gritó muy emocionada.

—Sí.

—Quiero ir a verlos. ¿Me llevarías a verlos, por favor?

—Sabes que sí, bombón, que por ti soy capaz de cualquier cosa.

—Sí, lo sé. Incluso has renunciado a un hospital por mí y eso me hace sentir mal.

—No he renunciado al hospital, ahora el único dueño soy yo.

—¿De verdad?

—Sí. Cuando encarcelaron a Patricia y pedí el divorcio, me pertenecían la mitad de sus *boutiques*, ya que fueron abiertas después de nuestro

matrimonio, y como ella no quería renunciar a ellas, me cedió sus acciones del hospital a cambio. Llegamos a un acuerdo y firmamos el divorcio. Ahora ella tiene las *boutiques* y el cincuenta por ciento del capital, y yo tengo el otro cincuenta y el hospital.

—¡Vaya! Y estamos hablando de mucho dinero, ¿verdad?

—No puedes ni imaginar cuánto.

—Si ella era la ricachona cuando se casó contigo, ¿por qué tú heredas la mitad de su fortuna?

—No te puedes imaginar cómo cambian las cosas cuando eres culpable de intento de asesinato, de casi exponer al mundo a un virus mortal y de agresión a una mujer embarazada consiguiendo la muerte de su bebé. —A Laura le cambió la cara—. Cuando un juez oye todas esas cosas, estás perdido. Además, el capital creció bastante desde que nos casamos, pues uno de los ingresos más fuertes que teníamos era el hospital, y como funcionaba gracias a mí, lo justo era que yo recibiera mi parte. Y después de lo que hizo, mi abogado dice que soy demasiado generoso al concederle la mitad de los bienes, porque si quisiera podría dejarla en bragas. Pero lo único que quiero es no volver a verla y al dejarle la mitad de todo sabiendo que podía haberla dejado sin nada, sé que se sentirá agradecida y acabará olvidándose de mí. También ayudarán los diez años de condena; por ser quien es, acabará cumpliendo la mitad o menos, pero no me importa. Solo quiero olvidarme de ella.

—¡Bien! Entonces no hablemos más de ella, me saca de quicio. ¿Cuándo vas a llevarme a ver a mi familia?

—Ya te lo he dicho, cuando quieras.

—¿Qué tal este fin de semana?

—Hoy es jueves. —Al ver su cara de impaciencia se echó a reír—. Está bien, hablaré con tu padre, estoy seguro de que estarán tan impacientes como tú y de que querrán que vayamos mañana mismo.

—Mañana sería perfecto. —Marcos se rio de nuevo—. ¿Por qué siempre consigues cumplir todos mis sueños?

—Porque te quiero.

—No, porque eres mi héroe. Me diste tu médula ósea, salvaste a nuestro hijo y has conseguido hacer mis dos sueños realidad, algo que nunca creí posible. Tener una hija —dijo tocándose la barriga—, y conocer a mis padres. Que más se puede pedir. ¡Ah!, y después metiste a los malos entre rejas y volviste a por mí. Solo un héroe de verdad puede hacer todo eso, ¿no crees?

—Un héroe o el destino.

—¿A qué te refieres?

—A que el destino nos puso en el mismo camino. Primero, te inseminaron con mi muestra; segundo, nuestro hijo enfermó y tú tuviste que buscarme, y tercero, acabé siendo el mejor en mi campo, precisamente para poder salvarlo.

—Puede que tengas razón, pero para mí, tú siempre serás mi héroe.

Marcos no pudo evitar reírse, abrazarla y besarla con mucha ternura.

Fueron juntos al colegio y, cuando Hugo los vio, no podía creerse lo que estaba viendo. Con gritos de alegría, echó a correr y se tiró a los brazos de Marcos.

—¡¡Papi, has venido!! —exclamó emocionado.

Marcos también se emocionó por el recibimiento de su hijo y lo abrazó con fuerza como si temiera perderlo de nuevo.

—Sí, he venido porque no podía seguir lejos de vosotros ni un minuto más.

—¿Vas a quedarte?

—Sí.

—¿Para siempre?

—Sí.

—¿Vivirás con mamá y conmigo, como cuando estábamos en Madrid?

—Por supuesto, y esta vez nada nos separará.

—Te quiero, papi, te quiero mucho.

—Y yo a ti, campeón.

—Mami, ¿vas a dejar que papá viva con nosotros? —preguntó preocupado a su madre.

—Lo que más deseo en el mundo es que estemos juntos como lo que somos, una familia.

—Te quiero, mami, y me va a encantar que papá y tú estéis juntos de nuevo —dijo abrazando a su madre loco de contento.

Los tres se fueron a casa para que Marcos dejara las maletas que llevaba en el coche.

—Sé que es muy pequeño para lo que estás acostumbrado —comentó Laura al enseñarle su pequeño apartamento.

—Es perfecto, ¿y sabes por qué?

—No. ¿Por qué?

—Porque en él estáis vosotros, y eso es lo único importante para mí. Además, cuanto más pequeño, más apretujaditos estaremos, y eso me gusta — bromeó haciéndoles reír.

—Pero tendrás que volver a Madrid, no puedes dejar aquel hospital.

—¡No! No quiero que vuelva a Madrid —protestó Hugo enfadado.

—No voy a volver a Madrid, campeón. Ahora, ¿puedes dejarnos a tu madre y a mí solos para que hablemos?

—Está bien, pero no voy a dejar que vuelvas a Madrid —añadió muy enfadado, y se puso a ver la televisión.

Marcos cogió a Laura de la mano y la llevó hasta la terraza para hablar a solas. Las vistas eran muy bonitas, pues desde allí se veía toda la playa.

—Los niños te necesitan y tu centro de investigación también. Lo que haces allí es demasiado importante como para dejarlo todo por nosotros. Allí salvas vidas y consigues vacunas que destruyen enfermedades peligrosas. No puedes dejar todo eso.

—No voy a hacerlo, voy a montar en este hospital otro centro de investigación. Y he dejado a Verónica a cargo del hospital, así que no podría estar en mejores manos. Mi equipo de investigación de allí está muy bien preparado, pueden llevarlo solos. Yo me pasaré de vez en cuando para comprobar que todo esté bien. Pero es aquí, contigo y con Hugo, donde quiero estar. Y en todos los hospitales debería haber un centro de investigación, por eso voy a montar uno aquí. Cuanto más se investigue, menos virus y enfermedades de las que preocuparse, ¿no crees, bombón?

—Marcos...

—No insistas, Laura. Mi hijo y tú sois lo más importante para mí, y no pienso renunciar a vosotros —dijo abrazándola y besándola.

—Nosotros podríamos volver a Madrid contigo.

—¿Quieres volver a Madrid? Y dime la verdad, por favor.

—No, no me gusta. Prefiero estar aquí, y más ahora que puedo disfrutar de mis padres, de mis hermanos y de mis sobrinos; necesito estar con ellos.

—Lo sé, y por eso nos quedamos aquí. Además, me he comprometido con este hospital; me apetece volver a la medicina pública y montar un nuevo centro de investigación. Y voy a confesarte una cosa: necesito cambiar de aires, olvidarme de todos los años que viví allí con Patricia, y para eso solo os necesito a vosotros. —Mirando el mar, abrazó su cintura por detrás y le besó el cuello, haciéndola reír—. Y empezar en esta hermosa ciudad, con esta hermosa valenciana, es lo que más me apetece.

—Entonces no se hable más. ¿Sabes lo que más echaré de menos de Madrid?

—Sí, mi apartamento —contestó sonriendo.

—Sí, y esa preciosa piscina.

—Buscaremos una casa aquí que tenga piscina. ¡Playa y piscina! ¡¿Qué más se puede pedir?! —exclamó sonriendo lleno de dicha.

—¿Y tu madre? —preguntó preocupada, imaginándola sola en esa gran ciudad.

—Está preparando las maletas. Dice que si nosotros estamos aquí, a ella nada la retiene en Madrid.

—Menos mal, no soportaría saber que está allí sola.

—¿Te molestaría que viviera con nosotros en la misma casa?

—No, me encantará tenerla cerca y será una gran ayuda cuando nazca la niña.

—Seguro que a ella también le encanta.

Una vez todo estuvo aclarado entre los dos, le explicaron a Hugo la situación. Se puso muy contento al saber que todos, incluso su abuela, vivirían juntos. Después bajaron a merendar un helado y a dar un paseo por la playa, y mientras Marcos y Hugo jugaban a lanzar piedras al agua para que rebotaran sobre ella, Laura dibujaba un gran corazón en la arena en cuyo interior puso dos iniciales. Se sentía feliz como una niña al volver a tener a Marcos a su lado y había hecho ese dibujo sin apenas darse cuenta, como una adolescente enamorada.

—¿Qué es eso, mami? —le preguntó Hugo cuando los dos se acercaron a ella.

—Un corazón.

—Te has confundido —dijo Marcos alegremente viendo esas iniciales—. Cuando uno dibuja un corazón, pone su inicial y la de su amado. —Mientras hablaba, cogió el palo que Laura había utilizado y dibujó al lado de su corazón otro con las iniciales «M L»—. Así, Marcos y Laura.

—Lo sé, pero este es mi corazón y en él están las iniciales de mis dos amores. —Laura había escrito «M H». Nada más decir eso, besó a su hijo y después a Marcos.

—Claro, papi, tu nombre y el mío. Nosotros somos sus dos amores, ¿verdad, mami?

—Claro que sí, mi amor. Vosotros sois mis dos grandes amores.

—¡Aaayyy, papi!, que no te enteras —dijo haciendo reír a carcajadas a

sus padres.

Siguieron paseando por la playa agarrados de la mano mientras Hugo jugaba con las olas.

—Me encanta estar aquí, me gusta la playa.

—Y a nosotros nos encanta que estés aquí. —Volvieron a besarse.

—¡Oh, nooo! Otra vez empezáis con los besos —protestó Hugo al verlos —. Bueno, no importa, me gusta veros así —confesó con una gran sonrisa.

Los dos se rieron con él, después echaron a correr para pillarlo y pasaron un rato muy divertido, corriendo y revolcándose en la arena; bueno, ellos, ya que Laura no estaba para esos trotes.

Esa noche Hugo se durmió en los brazos de su padre porque no había manera de quitárselo de encima, aunque a Marcos tampoco le apetecía esa noche alejarse de ninguno de los dos ni un segundo.



Capítulo 51

Al día siguiente, tal y como Marcos había dicho, todos estaban esperándolos. Laura estaba muy nerviosa por el encuentro y contestaba a las preguntas de su hijo mientras se dirigían en el coche a Montanejos para conocer a su familia, que se habían empeñado en que pasaran el fin de semana con ellos.

—Mami, ¿cuántos primos tengo?

—Tres.

—¿Por qué no conocías a tu familia?

—Porque mi abuelo, que era muy malo, me dejó en el convento y nunca les dijo a mis padres dónde estaba.

—¿Por qué?

—No lo sé, mi amor. Pero prométeme que no vas a decir nada de esto delante de ellos, la abuela podría ponerse triste.

—Te lo prometo, mami.

El encuentro entre Laura y su madre fue tan emotivo que no necesitaron

palabras. El abrazo que se dieron la una a la otra fue tan grande, tan tierno, tan apretado y tan amoroso, que compensaron en un segundo todos esos años de separación. Cuando fueron capaces de pronunciar palabra, ya que la congoja y el llanto no les habían dejado hacerlo hasta ese momento, su madre le pidió perdón.

—Lo siento, lo siento, cariño. No puedes imaginar lo mucho que te he añorado, lo que hubiera dado porque mi padre no te alejara de mí.

—Está bien, no importa, mamá. No debes pedir perdón, no fue culpa tuya. Lo único que importa ahora es que por fin podemos recuperar el tiempo perdido y para eso he venido, para recuperar a mi familia.

—Bien, entonces vas a darle un abrazo a tu padre. —Laura se volvió para mirar a ese hombre grande y fuerte con cara de bonachón y se lanzó a sus brazos llorando como una niña—. Ya, ya, mi niña. Ahora estás aquí con nosotros y, como bien has dicho, tenemos mucho tiempo para conocerte, aunque solo hay que mirarte para saber que eres hija de tu madre. Eres igualita que ella, sus mismos ojos, su misma boca y ese pelo tan bonito. Es como mirar a tu madre veinte años atrás.

—Sí, se parece bastante a mí —dijo su hermana, que se acercó para abrazarla.

—Sí, y no sé si eso me va a gustar, al final sigo siendo el feo de la casa —bromeó su hermano, que se unió al abrazo, haciéndolas reír.

Una vez superadas las primeras emociones y tranquilizándose todos un poco, empezaron a hablar. Laura descubrió que su abuelo la abandonó porque siempre creyó que su padre había dejado a su hija embarazada para casarse con ella y hacerse el dueño de todas sus tierras, sus refinerías de aceite y sus clientes. Suponía que eso era lo único que le interesaba a su yerno pues era un muchacho sencillo y de una familia mediocre, como siempre le decía él.

—¿Quieres decir que tu padre te castigó por enamorarte de un hombre sencillo? ¿Por eso me apartó de tu lado?

—Sí, él quería que me casara con el hijo de su socio. Por eso se deshizo de ti, para tapar mi error y obligarme a contraer matrimonio con ese muchacho. Gracias a Dios que tu padre apareció y nos fugamos para casarnos.

—¿Os fugasteis?! —preguntó sorprendida.

—Sí, dos días antes de la boda con ese muchacho al que yo odiaba.

—¡Oh, Dios mío! Con razón tu padre nunca te perdonó.

—Sí, igual que yo no pude perdonarle a él que me arrebatara a mi niña —dijo acariciando su cara—. Pero ya estás aquí, y mi padre debe estar

revolviéndose en su tumba al ver que después de todo he tenido la oportunidad de conocerte.

—Sí, que se revuelva —dijo Laura con mucha rabia.

—Vaya, si tenemos una hermana peleona —bromeó su hermano haciéndoles reír.

—¡Uuuyyy! No sabes cuánto. —Marcos le siguió la broma—. Cuando la conocí, entró en mi despacho a punta de pistola.

Todos se quedaron mirándola espantados, pero divertidos al mismo tiempo.

—No seas malo, la cosa no fue así —se defendió Laura echándose a reír al ver sus caras—. Qué van a pensar de mí si te oyen decir esas cosas.

—¡Ah, ¿no?! Y después lo primero que me dijo fue: «Solo necesito su médula ósea». Así, como el que pide una barra de pan —bromeó haciendo reír a todos.

—¡Joder, hermanita, cómo te las gastas! —dijo su hermana muerta de risa al ver su cara.

—¿De verdad le pediste eso? —le preguntó su madre atónita.

—Sí. Pero él secuestró un avión para hacerme bajar —se defendió de las acusaciones de Marcos mientras se reía al ver la cara de sus padres.

—¡¡¿Qué?!! —gritaron todos a la vez.

—Eso no es posible. —Su padre estaba igual de atónito que su mujer.

—Sí, después de eso se convirtió en mi héroe salvando a mi hijo y me enamoré de él. —Acarició la cara de Marcos y lo besó con mucha ternura.

—Creo que será mejor que les contemos toda la historia, o si no van a pensar que estamos locos.

—Pues sí, va a ser que sí —dijo su padre.

—Yo quiero saberlo todo —exigió su madre—, parece una historia muy interesante.

—Pues yo creo que es muy romántico. ¿Dónde puedo encontrar un héroe como tú y con esos ojos? —bromeó su hermana, haciéndoles reír a todos.

Laura se abrazó a Marcos y les contó la historia de cómo un total desconocido se convirtió en su gran héroe, salvando a su hijo de la muerte y a ella de una vida aburrida al lado de un hombre que no se los merecía a ninguno de los dos.

Fin

Únete a mi iniciativa

Si has llegado hasta aquí, entenderás el porqué de esta iniciativa. Cuando puse la palabra fin a esta novela, sentí la necesidad de ayudar de alguna manera, tal y como Marcos, nuestro protagonista, ayuda investigando y descubriendo vacunas o medicamentos para combatir enfermedades infecciosas y peligrosas. Pues bien, yo necesitaba colaborar, así que escribí un relato y busqué una asociación sin ánimo de lucro donde todo lo que recaudaran fuera a parar exclusivamente a la investigación sobre el cáncer infantil, y encontré una aquí en Valencia, la asociación Esperanza y Sonrisa donde todo lo que recaudan lo donan íntegro para esa causa al Hospital La Fe de Valencia y al IIS (instituto de investigación sanitaria la Fe).

Si esta historia te ha llegado al corazón y te ha emocionado tanto como lo hizo conmigo en cada palabra que escribía, si sientes la necesidad como me paso a mí de combatir esta horrible enfermedad que ningún niño debería sufrir, si quieres poner tu granito de arena para que se siga investigando, para que en un futuro (espero que no sea muy lejano) lleguen a erradicar de una vez por todas esta devastadora enfermedad y que la palabra cáncer no resulte tan terrorífica, únete a esta iniciativa.

¿Cómo poner tu granito de arena? Pues es muy fácil, solo has de entrar en Amazon. Verónica y Sebas te esperan en un precioso relato titulado *Siempre serás nuestro superhéroe*. Esta vez ellos son los protagonistas y con ellos vivirás una corta pero emocionante aventura, y de paso, pondrás ese pequeño granito de arena que espero que llegue a ser una gran montaña porque todo lo recaudado con él ira a parar a Esperanza y Sonrisas.

Próximamente en Amazon

Relato solidario
Siempre serás nuestro superhéroe



Septiembre 2019

Agradecimientos

Cada vez que llego aquí, a este preciso instante, me suele pasar lo mismo: qué decir para no repetirme. Y es que es tan difícil después de varias novelas no repetirse al querer agradecerle a todas esas personas que me han ayudado, apoyado, que han creído en mí, en mi trabajo, en mis historias, y que siguen ahí. Pues eso, que mil gracias a todos por estar ahí y por llegar hasta aquí, pues si estás leyendo estas palabras es porque una vez más he conseguido mi objetivo y he logrado engancharte hasta el final, pero sobre todo espero que lo hayas disfrutado tanto como lo hice yo escribiendo y poniendo todos mis sentimientos en ello. Así que os espero, si aún queréis seguir descubriendo hasta dónde puede llegar mi imaginación, en mi próxima novela.

Una vez más y con todo mi amor, les agradezco a mi marido Pedro y a mis dos tesoros, mis hijas Sandra y Laura, pues son los que más me apoyan y a los que menos tiempo les dedico cada vez que me encuentro sumergida entre el teclado de mi ordenador y mi imaginación creando nuevas historias.

A mi madre, a mi hermana Babeet, a la que adoro, a mis cuñados, a mis sobrinos, a mis amigos, a mis lectoras cero, a mis chicas Coca-Cola, a mis chicas de oro, a mi grupo barraconero «+ ke vecinos.son» y a toda esa gente maravillosa que conozco a través de este mundo literario, ya sea en persona o por las redes, que cada vez se hace más grande, y en especial a L@s autentic@s devoralibros.

Quiero dar las gracias, a Carol RZ Correctora (Deletréame) y a Marien F. Sabariego (Adyma Design); como siempre, es un auténtico placer trabajar con ellas. Son mi mejor equipo, pues con ellas tengo la certeza de que mis novelas estarán por dentro y por fuera perfectas para dejarlas volar y que lleguen a vosotros así de bonitas. En esta novela tengo que hacer una mención especial para las dos. A Carol, ya que el título se lo debo a ella. El que le puse en un principio no me desagradaba, pero no les gustaba a mis lectoras cero. Así que cuando ella me dio una idea para cambiarlo, supe que había que hacerlo y entre las dos encontramos el adecuado. Al final, como siempre me pasa con mis bebés, me enamoré de ese título y *Siempre serás mi héroe* es el mejor que podía haberle puesto. A Marien quiero agradecerle de corazón, toda esa

paciencia que tiene conmigo cada vez que tengo un problema. Sé que a veces te vuelvo un poco loca, pero siempre acabas resolviendo mis problemas, así que eres como mi superheroína, siempre al rescate.

Redes sociales:

Facebook: Natalia Roman Lopez

Twitter: @NataliaRomanLo1

Instagram: nataliaromanlopez

Si te ha gustado esta novela, no te cortes y pásate por Amazon. Me gustaría saber tu opinión.

Otros títulos de la autora

